HALO

CONTACTO HARVEST

JOSEPH STANTEN

Lectulandia

Estamos en el año 2524. Harvest es una colonia agrícola pacífica y próspera, justo en el límite del espacio controlado por los humanos. Estos últimos, sin darse cuenta y sin autorización, han penetrado en territorio sagrado y se han cruzado en el camino de un violento imperio extraterrestre, el Covenant. Lo que comenzó como un encuentro fortuito entre una nave corsaria extraterrestre y un carguero humano llevará a la humanidad a una lucha por su supervivencia. Pero la humanidad se encuentra atrapada en una enconada guerra civil (la Insurrección) y la resistencia de los ciudadanos de Harvest depende de unos marines del UNSC ya agotados por la lucha, y de los miembros sin experiencia de la milicia. Entre este insólito grupo de héroes, destaca un joven marine: Avery Johnson.

Título original: *Contact Harvest*
Joseph Staten, 2007
Traducción: Gemma Gallart

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Lectulandia

Para Susan, cuyo apoyo no flaqueó jamás

PRÓLOGO

MUNDO COLONIA TRIBUTE DEL UNSC, SISTEMA EPSILON ERIDANUS, 16 JUNIO 2520 (CALENDARIO MILITAR)

Los marines estaban en el aire antes del amanecer. Dos escuadras de cuatro hombres acopladas a un par de aeronaves Hornet de ataque rápido: aviones compactos de ala alta que seguían siendo ágiles a pesar del peso añadido de los marines. Durante cerca de una hora los Hornet habían afrontado las violentas ondulaciones de una llanura volcánica, y en aquellos momentos —mientras efectuaban bruscas maniobras a un lado y a otro para evitar los troncos petrificados de un bosque quemado hacía mucho — el sargento mayor Avery Johnson se las veía y se las deseaba para mantener las botas plantadas sobre el patín de aterrizaje de estribor de su Hornet.

Al igual que los otros marines, Avery llevaba uniforme de faena gris marengo y coraza negra mate antiimpactos que le protegía toda la zona vital desde el cuello a las rodillas. El casco le recubría la cabeza recién afeitada, y el visor reflectante plateado ocultaba por completo su mandíbula cuadrada y sus ojos castaños. El único lugar donde quedaba al descubierto la piel negra de Avery era en las muñecas, donde los guantes de cuero no llegaban a tocar las mangas de la camisa.

Pero incluso con los guantes, los dedos de Avery padecían calambres debido al frío. Abriendo y cerrando las manos para mantener la sangre en circulación, comprobó el reloj de la misión en el visualizador frontal de datos (HUD). En el mismo instante en que los números azules luminosos marcaban 00.57.16, los aviones coronaron una línea de colinas y Avery y el resto de marines obtuvieron en su campo visual la primera imagen de su objetivo: uno de los asentamientos industriales de Tribute que luchaban por salir adelante; y, en algún lugar dentro de la ciudad, un presunto taller de fabricación de bombas de los Insurrectos.

Incluso antes de que los pilotos de los Hornet hicieran aparecer iconos verdes de «listo» en los HUD de los marines, Avery y su equipo estaban ya en movimiento; cargadores colocados con un golpe seco, tirón a la palanca de carga y mecanismos de seguridad pulsados; una bien ensayada sinfonía de chasquidos que no se oyeron en medio del vendaval mientras los Hornet descendían a toda velocidad por la ladera posterior de las colinas y se detenían bruscamente, con el morro alzado, en los límites de la población. Los motores de propulsión de las puntas de las alas de las naves rotaron para mantener los vehículos estables mientras los marines abandonaban sus posiciones, saltaban sobre la piedra volcánica cubierta de escarcha y empezaban a correr.

Avery, como líder de la escuadra Alfa del equipo de ataque, se puso al frente. Al

ver el modo en que su armadura destacaba en la pálida luz de antes del amanecer, supo que la velocidad era esencial si ambas escuadras querían alcanzar el taller sin ser detectadas, por lo que estableció un paso ligero, salvó una alambrada baja y zigzagueó rápidamente entre montones de cajones de embalaje de plástico y palés que había desparramados por la zona de aparcamiento de lo que parecía un taller de reparación de vehículos venido a menos.

Cuando Avery y su escuadra llegaron por fin a la puerta principal del taller, estaban sin resuello, y de no haber sido por los cascos de los marines, su aliento se habría elevado con un tono blanco hueso en el gélido aire. No acostumbraban a llevar puesto el equipo antiexplosivos en ataques rápidos aerotransportados, pero los Insurrectos habían empezado a colocar bombas trampa en sus talleres de fabricación de explosivos, y esta vez, el oficial al mando (CO) de los marines no quería que corrieran riesgos.

Avery apoyó la barbilla sobre una almohadilla de presión dentro del casco, enviando una corta ráfaga de estática a través del canal cifrado de radio de la escuadra: una señal de «en posición» para el sargento mayor Byrne, el líder de la escuadra Bravo, apostada ahora junto a la entrada posterior del taller. Avery aguardó la respuesta en forma de dos ráfagas de Byrne, luego se apartó de la pared de polycrete llena de agujeros del taller, alzó una rodilla a la altura del pecho, y estrelló la bota contra la delgada puerta de metal, justo por encima de la cerradura.

La Oficina de Información Naval (ONI) había sugerido que habría una férrea resistencia; pero resultó que la mayoría de los Insurrectos del interior del taller no estaban armados. Los que sí lo estaban, llevaban pistolas de cañón corto; armas ligeras cuyos proyectiles se limitaron a repiquetear sobre la armadura de Avery cuando él y sus hombres cruzaron la puerta destrozada igual que cangrejos descomunales, con las armas alzadas y escudriñando el terreno.

Lo que los marines sabían que la ONI no sabía era que la amenaza real vendría de los Insurrectos que no disparaban; los que tenían las manos libres podrían accionar explosivos ocultos y hacer saltar en pedazos el taller. El único Insurrecto que se atrevió, recibió una ráfaga de tres proyectiles de la metralleta con silenciador de Avery y cayó hacia atrás sobre una mesa de trabajo de acero, con los brazos extendidos y moviéndose espasmódicamente. Avery contempló cómo un pequeño detonador cilíndrico resbalaba lentamente del inerte puño del hombre… y golpeaba el suelo con un sonido metálico inofensivo.

Con la seria amenaza neutralizada, los marines redirigieron su atención y se ocuparon de los «Innies» que empuñaban pistolas.

Así era como había aprendido Avery a llamar a los Insurrectos; un modo de menospreciarlos y mofarse de sus deseos de estar fuera…, de quedar libres del Mando Espacial de la Unión de Naciones (UNSC), la agencia responsable de la seguridad en Tribute y en todos los mundos colonia de la humanidad. Por supuesto los marines tenían otros nombres más cortos y groseros para los rebeldes que la

campaña actual —nombre en código TREBUCHET— tenía como objetivo aplastar. Pero todos tenían la misma finalidad: era más fácil matar a otro ser humano cuando no pensabas en él como en un humano. «Un Innie era un enemigo —pensó Avery—. Una cosa que matabas antes de que te matara a ti».

El joven sargento mayor había pronunciado aquellas palabras tantas veces que casi había empezado a creerlas.

La metralleta M7 de Avery era un arma ligera, pero sus proyectiles de cinco milímetros con revestimiento de metal abrían feos agujeros en los trajes de laboratorio azul pastel de sus objetivos. Algunos de los Innies a los que apuntaba Avery caían de golpe, mientras que otros parecían bailar al ritmo de la sorda percusión de las balas, tejiendo sangrientas piruetas sobre el suelo manchado de aceite del taller.

De principio a fin, el tiroteo duró menos de diez segundos. Una docena de Insurrectos yacían muertos; los marines no habían tenido ninguna baja.

—Diablos. —El fuerte acento irlandés del sargento mayor Byrne inundó la radio —. Ni siquiera hemos tenido que cambiar el cargador.

Para los sudorosos oficiales del angosto centro de operaciones tácticas (TOC) a bordo de la corbeta del UNSC *Bum Rusb* en órbita alta sobre Tribute, sí que pareció un asalto perfecto; una rara victoria en lo que hasta el momento había sido un frustrante conflicto parecido a jugar al gato y al ratón. Pero entonces Avery advirtió:

—ARGUS conectado. No he visto nada todavía.

El sargento mayor retiró la barbilla del interruptor de la radio que había en el interior del casco y siguió barriendo el aire a su alrededor con una cuña de plástico negro del tamaño de la palma de la mano perforada por agujeros microscópicos. Era una versión táctica de un dispositivo ARGUS: un espectrómetro láser portátil utilizado para olfatear rastros de componentes de explosivos químicos. Unidades de mayor tamaño y potencia estaban desplegadas en los puertos espaciales, peajes de autovías y estaciones de trenes maglev; todos los principales cuellos de botella de la red de transporte de la colonia.

A pesar de la densa cobertura, los fabricantes de bombas Innies se habían vuelto muy expertos en burlar el sistema ocultando sus explosivos en mezclas siempre distintas de componentes no volátiles. Cada vez que daban con algo que estaba en lo que un ARGUS consideraba que no era más peligroso que, digamos, una pastilla de jabón, la ONI analizaba el residuo explosivo y añadía la nueva composición química a la base de datos de detección. Por desgracia, era una estrategia reactiva que favorecía en gran medida a los Insurrectos, que cambiaban constantemente sus fórmulas.

Avery miró su ARGUS con el entrecejo fruncido. El aparato efectuaba sonoros chasquidos, intentando localizar lo que creía podría ser una mezcla nueva; pero el tiroteo había llenado la atmósfera con una sopa invisible de posibilidades químicas. Los otros tres marines de la escuadra Alfa llevaban a cabo una búsqueda visual,

comprobando los grupos de autosintetizadores y tornos. Pero hasta el momento no habían hallado nada que pareciera —por lo que ellos podían ver— una bomba.

Avery inspiró profundamente, luego transmitió la mala noticia al TOC.

—El ARGUS está ciego. Por favor, den instrucciones, corto.

El sargento mayor llevaba combatiendo la Insurrección el tiempo suficiente para saber qué sucedería a continuación; las cosas que tendrían que hacer para obtener la información procesable que sus oficiales requerían. Pero también sabía que había ciertas clases de cosas que un marine listo no hacía sin una orden directa.

—La ONI cree que hay que seguir las ordenanzas —respondió el CO de Avery, un teniente coronel de batallón llamado Aboim—. Sin miramientos, Johnson. Tienen mi autorización.

Mientras la escuadra de Avery registraba el taller, Byrne obligó rápidamente a los cuatro Innies que habían sobrevivido al tiroteo a arrodillarse en el centro del suelo del taller. A todos les habían quitado las capuchas de los trajes de laboratorio y atado las muñecas a la espalda con bridas de plástico negro. Avery cruzó la mirada con la del visor reflectante de Byrne y asintió con la cabeza. Sin un instante de vacilación, Byrne alzó una de las botas de gruesas suelas y la descargó sobre la pantorrilla derecha del Innie que tenía más cerca.

El hombre aguardó todo un segundo antes de chillar, como si estuviera, igual que Avery, sorprendido de que el golpe sordo de la bota de Byrne al chocar contra el suelo hubiera sonado más fuerte que el chasquido casi simultáneo de su pierna. A continuación, el Innie lanzó un grito fuerte y prolongado. Byrne aguardó con paciencia a que el hombre tomara aire, y luego, a través del altavoz exterior del casco preguntó:

—Las bombas. ¿Dónde están?

Avery suponía que una pierna rota sería suficiente; pero el Innie era duro; nada ansioso por convertirse en un delator para agentes de un gobierno que despreciaba. No suplicó clemencia ni lanzó ninguno de los acostumbrados improperios antiimperiales, sino que se limitó a permanecer allí, mirando con ira el visor de Byrne, mientras el sargento mayor le partía la otra pierna. Sin posibilidad de mantener el equilibrio, el hombre cayó de bruces sobre el suelo. Avery oyó el sonido de dientes que se rompían… igual que barritas de tiza contra una pizarra.

—A continuación van tus brazos —dijo Byrne con frialdad, y se arrodilló junto al hombre, le cogió la cabeza con la mano extendida y tiró de ella lateralmente—. Luego empezaré a ser creativo.

—Los neumáticos. En los neumáticos. —Las palabras borbotaron de la boca del Innie.

Los marines de la escuadra de Avery se dirigieron inmediatamente a las pilas de grandes neumáticos colocadas alrededor de las paredes del taller. Fueron depositándolos con suavidad sobre el suelo y empezaron a investigar el interior de las ruedas. Pero Avery sabía que los Innies eran más listos que eso, y tomando al pie de

la letra lo que había dicho la víctima de Byrne, adivinó que los neumáticos «eran» las bombas —los Innies habían mezclado explosivos con el caucho sintético de las bandas de rodamiento—; una innovación maquiavélica que su ARGUS no tardó en confirmar y transmitir al TOC.

El componente explosivo de los neumáticos no estaba en la base de datos de detección. Pero el oficial de la ONI que asesoraba la misión no podría haber estado más satisfecho. Por una vez, iban un paso por delante del enemigo, y tardaron menos de un minuto en obtener una ID positiva. Uno de las docenas de drones aéreos ARGUS que patrullaban la autovía principal que conducía a la capital de Tribute, Casbah, captó una emanación del compuesto en las marcas de derrapaje dejadas por un remolque de dieciséis ruedas al virar para entrar en el aparcamiento de la cafetería de carretera Jim Dandy. Algunos de los neumáticos, si no todos, eran bombas aguardando para ser detonadas.

Mientras el drone —un disco diminuto, de un metro de ancho, al que mantenía en el aire un único rotor recubierto— describía círculos muy por encima del vehículo, detectó un segundo rastro del explosivo dentro de la cafetería. Al examinar una conexión directa con la cámara termal del drone cruzándola con datos del ARGUS, los oficiales del TOC determinaron que el rastro tenía su origen en el atestado mostrador del restaurante: en un hombre sentado tres taburetes más allá de la puerta de entrada.

—Marines, regresen a sus pájaros —ordenó el teniente coronel Aboim—. Tienen un nuevo objetivo.

—¿Qué pasa con los prisioneros? —preguntó Byrne.

La sangre de las piernas fracturadas y la boca destrozada del Innie había formado un oscuro charco alrededor de sus botas.

La siguiente persona que habló fue el representante de la ONI para la operación; un oficial a quien Avery no había visto nunca en persona. Como la mayoría de los agentes secretos de la ONI, prefería conservar el anonimato tanto como fuera posible.

—¿Sigue vivo el que habló? —preguntó el oficial.

—Afirmativo —respondió Avery.

—Llévenlo con ustedes, sargento mayor. Neutralicen al resto.

No había compasión en la voz del oficial; ni por los Innies arrodillados ni por los marines que los ejecutarían. Avery apretó la mandíbula mientras Byrne cambiaba a semiautomático su M7 y disparaba a cada Innie dos veces en el pecho. Los tres hombres cayeron de espaldas y no se movieron; sin embargo, Byrne dio a cada uno un tiro de gracia —otro proyectil en la frente— para asegurarse.

Avery no pudo evitar quedarse mirando la carnicería, pero hizo todo lo posible por impedir que la desgarrada tela azul de los trajes de laboratorio de los Innies y el humo blanco que se alzaba en espiral del arma de Byrne quedaran grabados en su cerebro. Los recuerdos tenían la costumbre de regresar, y aquélla era una escena que preferiría no rememorar.

Mientras Byrne cargaba a su solitario prisionero Innie sobre el hombro, Avery hizo una seña a los demás marines para que abandonaran el taller y se dirigieran a los Hornet que aguardaban. Menos de quince minutos después de que se hubieran dejado caer, las dos escuadras volvían a estar acopladas en sus puestos. Los propulsores de los Hornet aceleraron, y todo el equipo regresó como una exhalación por donde había venido. Pero en esta ocasión volaron cogiendo velocidad, muy por encima de la llanura volcánica.

* * *

Los oficiales en el TOC debatieron brevemente si el drone que describía círculos sobre el Jim Dandy debía o no destruir el remolque si éste intentaba regresar a la autovía antes de que llegaran los marines. La carretera de cuatro carriles estaba repleta de tráfico interurbano, y uno solo de los micromisiles Lancet del drone tenía poder suficiente para destruir por completo un carro de combate. Incluso una diana perfecta en la cabina del camión podría detonar los neumáticos, matando a docenas de personas en los vehículos próximos. Era mucho mejor, arguyo el oficial de la ONI, acabar con el transporte en el aparcamiento del Jim Dandy. Pero al teniente coronel Aboim le preocupaba igualmente que la metralla alcanzara el atestado restaurante.

Por suerte, el individuo que tenían como objetivo pasó los veinte minutos que duró el vuelo de los Hornet desayunando con toda tranquilidad. Según la información a tiempo real procedente de la cámara del drone que en aquellos momentos aparecía en la esquina del HUD de Avery, el hombre estaba apurando la segunda taza de café cuando los Hornet se alzaron con un zumbido por detrás de un edificio de oficinas de cristal ahumado en el lado opuesto de la autovía.

La información transmitida era una imagen térmica en gran angular del interior del restaurante en la que los objetos calientes tendían a aparecer en blanco y los fríos en negro. El individuo seleccionado era muy pálido, como los demás clientes del mostrador. El café tibio de la taza del hombre aparecía en gris oscuro; lo que significaba que tocaba volvérsela a llenar o que él estaba a punto de pagar la cuenta y levantarse. Pero lo más importante era que, tal y como Avery advirtió, estaba rodeado por un resplandor rojo, una indicación por parte del ARGUS del drone de que estaba cubierto de residuos de explosivo. Avery adivinó que el hombre había estado recientemente en el taller donde habían efectuado la redada; tal vez incluso había ayudado a colocar los neumáticos explosivos en el camión.

Mientras su Hornet rotaba lateralmente para colocarse de cara al edificio de oficinas, Avery tensó las cuerdas de nylon negro sujetas a sus hombreras acorazadas al inclinarse para soltar un rifle gauss M99 Stanchion del ala de la nave. El arma, un tubo de dos metros de largo de bobinas magnéticas enlazadas, aceleraba proyectiles a

velocidades altísimas. Si bien, técnicamente, era una arma diseñada para eliminar bombas y otras clases de armamento a distancia, también era sumamente efectiva contra los denominados blancos «blandos» humanos.

Avery hizo descender el Stanchion sobre su armazón amortiguador y lo apretó contra el hombro. Al instante, el sistema de selección de objetivo del rifle estableció una conexión inalámbrica con el HUD del casco, y una fina línea azul describió una trayectoria en ángulo sobre la información del drone. Era el vector de tiro del M99: la senda por la que viajarían sus proyectiles de tungsteno de 5,4 milímetros. Avery inclinó el rifle hacia abajo hasta que el vector se tornó verde: una indicación de que el primer disparo atravesaría directamente el pecho del objetivo. Casi como si pudiera sentir la invisible línea penetrando por su axila izquierda y saliendo justo por debajo de la derecha, el hombre pasó su chip de crédito por el mostrador y giró en redondo sobre el taburete.

Avery pulsó un interruptor de estado sólido en la culata del Stanchion. El arma chirrió dos veces, indicando que la batería estaba totalmente cargada, y él inspiró dos veces para serenarse, y musitó:

—Blanco fijado. Solicito permiso para disparar.

En los pocos segundos que necesitó el teniente coronel Aboim para responder, el blanco se dirigió con toda tranquilidad hasta las puertas dobles de madera del Jim Dandy. Avery lo observó mantener la puerta abierta para dejar pasar a los cuatro miembros de una familia, e imaginó que el hombre sonreía… que decía algo amable a los padres mientras *éstos* apresuraban el paso en pos de sus alborotadores y hambrientos muchachos.

—Permiso concedido —respondió Aboim—. Dispare a discreción.

Avery volvió a enfocar y aumentó la presión del dedo enguantado sobre el gatillo del Stanchion. Esperó a que el hombre descendiera pausadamente un corto tramo de escalones; hasta que un signo en el vector de tiro indicó que el primer disparo iría en dirección al aparcamiento, donde no causaría daños. En el mismo momento en que el hombre introducía la mano en el holgado mono, tal vez con la intención de sacar el mando a distancia para abrir el remolque, Avery disparó.

La bala del Stanchion abandonó el cañón con un chasquido ahogado y se abrió paso a través de dos pisos de polycrete reforzado con acero del edificio de oficinas sin que ningún efecto alterara su trayectoria. Viajando a quince mil metros por segundo, el proyectil silbó sobre la autovía y alcanzó al objetivo en el vértice del esternón. El hombre quedó hecho pedazos al mismo tiempo que el proyectil iba a enterrarse en un abanico de asfalto pulverizado.

Al instante, los dos Hornet ascendieron a toda velocidad y pasaron por encima del edificio de oficinas, cruzando raudos la autovía; el de Avery escoró en una órbita de cobertura mientras que el de Byrne descendió en picado hacia el restaurante. El sargento mayor irlandés saltó del patín de aterrizaje mientras la nave estaba aún a unos cuantos metros por encima del suelo y condujo a su escuadra a paso rápido

hacia el camión. Restos de sangre y trozos de vísceras rosas y blancos salpicaban la cabina del vehículo. Trozos desgarrados de mono marrón estaban adheridos al lateral del tráiler de carga. Uno de los brazos del objetivo se había incrustado entre dos neumáticos.

—Asegurado —gruñó Byrne en el COM.

—Negativo —replicó Avery, quien al comprobar la información color gris plomo del drone advirtió un persistente resplandor rojo cerca del taburete del hombre muerto —. Hay una bomba dentro del restaurante.

Byrne y su escuadra echaron una carrera hasta la entrada del Jim Dandy e irrumpieron en él a través de las puertas dobles. Los comensales se dieron la vuelta en sus asientos y miraron boquiabiertos mientras los marines acorazados emergían del vestíbulo atestado de máquinas expendedoras. Una de las camareras alargó un menú, un gesto involuntario que le granjeó un brusco empujón de Byrne mientras éste se abría paso hacia el interior. El ARGUS del sargento mayor repiqueteó como un insecto enfurecido cuando el marine sacó algo de debajo del mostrador: un bolso de malla color burdeos con una cadena dorada.

En aquel momento, la puerta de los servicios del restaurante, en el otro extremo del mostrador, se abrió de golpe. Una mujer de mediana edad con pantalones negros y un abrigo corto de pana salió por ella, sacudiendo con tranquilidad el agua de las manos recién lavadas. Al ver las moles acorazadas de la escuadra Bravo, se detuvo en seco, al mismo tiempo que los ojos maquillados con una gruesa capa de rímel se dirigían como una flecha hacia el bolso: *su* bolso.

—¡De rodillas! —bramó Byrne—. ¡Las manos sobre la cabeza!

Pero mientras el sargento mayor bajaba el bolso hasta dejarlo en el mostrador y movía su M7 para apuntarla, la mujer saltó hacia una mesa donde la familia de cuatro miembros acababa de instalarse, y pasando un brazo alrededor del cuello del niño más pequeño, lo arrancó de su silla. El pequeño no tendría más de cuatro años, y los pequeños pies patearon en el aire cuando empezó a asfixiarse.

Byrne maldijo lo bastante fuerte para que los oficiales en el TOC lo oyeran. Si la armadura no le hubiera dificultado los movimientos, habría abatido a la mujer antes de que ésta se hubiera movido; pero ahora ella tenía un rehén y el dominio de la situación.

—¡Atrás! —chilló la mujer—. ¿Me oís?

Con la mano libre sacó un detonador del abrigo: del mismo tamaño y forma que el que Avery había visto en el taller. Sostuvo el dispositivo frente al rostro del niño.

—¡Atrás o los mataré a todos!

Por un momento, nadie se movió. Luego, como si la amenaza de la mujer hubiera tirado de algún pasador que los mantenía a todos sujetos a los asientos, la gente se incorporó de un salto y corrió en desbandada hacia las salidas del Jim Dandy.

Avery contempló en su HUD como se extendía el caos. Vio las brillantes formas blancas de más de treinta civiles aterrados pasar en tropel alrededor de la escuadra

Bravo, empujando a los hombres hacia atrás e impidiéndoles apuntar con precisión.

—¡Johnson, dispara tú! —tronó Byrne por el comunicador.

Mientras el Hornet de Avery orbitaba alrededor del restaurante, el vector de tiro del Stanchion rotó alrededor de la mujer, perforándole el eje del pecho. Pero su patrón de calor era casi imposible de distinguir del que correspondía al niño.

De improviso, Avery vio la imagen espectral del padre del niño capturado alzarse de la silla, con las manos en alto para mostrar a la Innie que estaba desarmado. Avery no podía oír las súplicas del padre (eran demasiado quedas para los micrófonos del casco de la escuadra Bravo), pero su calma no hizo más que aumentar el pánico de la mujer, que empezó a retroceder hacia el baño, agitando el detonador y profiriendo amenazas tan furiosas que eran incomprensibles.

—Elimina a la zorra —gritó Byrne—. ¡O lo haré yo!

—Voy a disparar —dijo Avery, pero en su lugar observó como el vector de tiro pivotaba, aguardando un ángulo que pudiera salvar al niño—. Voy a disparar —repitió, esperando que sus palabras detuvieran el índice de Byrne.

Pero Avery no disparó. No inmediatamente. Y durante aquel momento de pausa, el padre saltó hacia adelante, intentando hacerse con el detonador.

Avery sólo pudo contemplar atónito cómo la mujer caía de espaldas, con el padre encima y el niño entre los dos. Oyó el tableteo del M7 de Byrne, luego el ahogado estallido de la bomba del bolso seguido por el retumbo estremecedor de los neumáticos del camión. La conexión con el drone adquirió un color blanco dolorosamente brillante, que obligó a Avery a cerrar los ojos de golpe. Luego, la onda expansiva y el calor crearon una barrera que lo arrojó hacia atrás contra el fuselaje del Hornet. Lo último que quedó en la memoria de Avery antes de quedar flácido dentro de la armadura fue el sonido de los propulsores luchando por ganar altura; un sonido más parecido a un alarido que a un gemido.

PRIMERA PARTE

1

RUTA COMERCIAL DEL UNSC, CERCA DEL SISTEMA EPSILON INDI, 3 SEPTIEMBRE 2524

El ordenador de navegación del *Horn of Plenty* era una pieza barata. Desde luego mucho menos cara que la carga que transportaba: unas dos mil quinientas toneladas de fruta fresca, melones en su mayoría, dispuestos como bolas de billar en contenedores enormes sellados al vacío que dividían el espacio del módulo de carga en hileras que iban del suelo al techo. Y el ordenador de navegación era muchísimo menos caro que el componente más importante del *Horn of Plenty*: el módulo de propulsión conectado a la parte posterior del módulo de carga mediante un potente enganche magnético.

El bulboso módulo de propulsión era una décima parte del tamaño del módulo de carga, y a primera vista parecía un poco añadido a posteriori; como un remolcador sacando poco a poco uno de los antiguos superpetroleros de la Tierra a alta mar. Pero en tanto que un petrolero podía navegar por sus propios medios una vez fuera del puerto, el *Horn of Plenty* no podría haber ido a ninguna parte sin el mecanismo de transmisión Shaw-Fujikawa del módulo de propulsión.

A diferencia de los motores de los cohetes de los primeros vehículos espaciales de la humanidad, ios mecanismos de transmisión Shaw-Fujikawa no generaban propulsión, sino que en su lugar tales dispositivos creaban fisuras temporales en el tejido del espacio-tiempo; abrían corredores dentro y fuera de un territorio multidimensional conocido como Espacio Slipstream, o Slipspace para abreviar.

Si uno imaginaba el universo como una hoja de papel, el Slipspace era la misma hoja de papel arrugada en forma de bola bien apretada. Sus dimensiones arrugadas y superpuestas eran propensas a remolinos temporales imprevisibles que a menudo obligaban a los mecanismos de transmisión del Shaw-Fujikawa a abortar un slip; a llevar a sus navíos de vuelta a la seguridad del universo normal a miles, y en ocasiones a millones, de kilómetros del punto de destino planificado.

Un slip corto entre dos planetas dentro del mismo sistema tardaba menos de una hora. Un viaje entre sistemas estelares a muchos años luz de distancia se llevaba a cabo en pocos meses. Con combustible suficiente, una nave equipada con un Shaw-Fujikawa podía recorrer del espacio que contenía todos los sistemas colonizados de la humanidad en menos de un año. En efecto, sin el invento de finales del siglo veintitrés de Tobías Shaw y Wallace Fujikawa, la humanidad seguiría encerrada dentro del sistema solar de la Tierra. Y por ese motivo, algunos historiadores modernos habían llegado a calificar el mecanismo de transmisión del Slipspace como

el invento más importante de la humanidad, sin excepción.

En términos prácticos, la duradera brillantez de los mecanismos de transmisión del Slipspace radicaba en su fiabilidad. El diseño básico de los mecanismos había cambiado muy poco a lo largo de los años, y raras veces fallaban, siempre y cuando se les hiciera el mantenimiento adecuado.

Lo que, desde luego, era el motivo de que el *Horn of Plenty* tuviera problemas.

En vez de deslizarse todo el camino desde Harvest a la siguiente colonia más próxima, Madrigal, el *Hom of Plenty* salió a mitad de camino entre los sistemas de los dos planetas… y volvió a penetrar bruscamente en el espacio normal en unas coordenadas que bien podrían haber estado ocupadas por un asteroide o cualquier otro desagradable objeto fortuito. Antes de que el ordenador de navegación de la nave supiera realmente qué había sucedido, el carguero había iniciado una serie de giros… con el módulo de propulsión soltando una columna de refrigerante radiactivo.

El Departamento de Transporte Comercial (DCS) del UNSC clasificaría más tarde el fallo del mecanismo de transmisión del *Horn of Plenty* como una «Terminación del Slip, Evitable»… o un STP, para abreviar, aunque algunos capitanes de cargueros (todavía había humanos que hacían el trabajo) tenían su propio modo de denominarlo: «Joderla a fondo», que era al menos tan exacto como la clasificación oficial.

A diferencia de un capitán humano, cuyo cerebro podría haberse bloqueado por el terror de la inesperada desaceleración desde una velocidad mayor que la velocidad de la luz, el ordenador de navegación del *Horn of Plenty* estaba totalmente sereno mientras activaba una serie de ráfagas desde los cohetes de maniobra de hidracina del módulo de propulsión, que detuvieron el inutilizado carguero antes de que la torsión de sus repentinos giros desprendiera el módulo de propulsión del contenedor de carga.

Conjurada la crisis, el ordenador inició una objetiva evaluación de daños y pronto descubrió la causa de la avería. La pareja de reactores compactos que abastecían de combustible el mecanismo de transmisión Shaw-Fujikawa habían desbordado el sistema de contención de residuos que compartían. El sistema poseía sensores de avería, pero hacía tiempo que deberían haber sido reemplazados, y habían fallado cuando los reactores habían llevado al máximo su potencia para iniciar el slip. Al recalentarse los reactores, el mecanismo de transmisión se desconectó, forzando la brusca salida del *Horn of Plenty*. Era un fallo en el mantenimiento, puro y simple, y el ordenador de navegación lo registró como tal.

Si el ordenador hubiera poseído una fracción de la inteligencia emocional de las denominadas inteligencias artificiales (LA) «listas» que eran necesarias en navíos del UNSC de mayor tamaño, éste podría haber dedicado un momento a considerar lo mucho peor que podría haber sido el accidente; desperdiciando unos cuantos ciclos disfrutando de lo que sus constructores humanos denominaban alivio.

En vez de ello, metido en su pequeño bastidor negro en la cabina de mando del

módulo de propulsión, el ordenador se limitó a orientar el maser del *Hom of Plenty* de modo que apuntara de vuelta hacia Harvest, emitió una señal de socorro, y se acomodó para lo que sabía sería una espera muy larga.

Si bien sólo harían falta dos semanas para que la ráfaga del máser llegara a Harvest, el ordenador de navegación sabía que el *Hom of Plenty* no sería merecedor de una rápida recuperación. La verdad era que la única parte del carguero que valía el precio de un rescate era su mecanismo de transmisión de Slipspace, y en su dañado estado no había necesidad de darse prisa en su recuperación. Era mejor dejar que la columna de refrigerante radiactivo se dispersara, aun cuando significara que las unidades de calefacción del contenedor de carga que alimentaba el reactor fallasen y la carga de fruta quedara congelada.

Así que fue una sorpresa para el ordenador que, tan sólo unas pocas horas después de la avería del *Hom of Plenty*, apareciera un contacto en el radar del carguero. El ordenador de navegación redirigió a toda prisa la antena parabólica del maser y saludó a su inesperado salvador mientras éste se aproximaba con cautela.

<\\> DCS.REG#HOP-000987111 >
*** DCS.REG# (???) ***
<\ MI MECANISMO DE TRANSMISIÓN ESTÁ DAÑADO.
<\ ¿PUEDES PROPORCIONAR AYUDA? \>

El ordenador de navegación dudó respecto a registrar el contacto como una nave cuando ésta no consiguió encajar con ninguno de los perfiles del DCS que había en su, había que reconocerlo, limitada base de datos. E incluso aunque no consiguió obtener una respuesta inicial, dejó que se repitiera su mensaje. Tras unos cuantos minutos de conversación unilateral, el contacto apareció sigilosamente en el campo visual de la sencilla cámara de asistencia al acoplamiento del carguero.

El ordenador de navegación carecía de la sofisticación necesaria para efectuar la comparación, pero para los ojos de un humano el contorno del navío de rescate habría parecido un anzuelo formado a partir de alambre de un grosor inapropiado; tenía una serie de compartimentos segmentados tras la proa ganchuda y antenas con lengüetas que se flexionaban hacia atrás en dirección a un único y refulgente motor situado en la popa. La nave era de un color azul oscuro intensísimo; una ausencia de estrellas recortada en el brillante telón de fondo de la Vía Láctea.

Cuando el contacto llegó a unos pocos miles de metros del lado de babor del *Horn of Plenty*, aparecieron tres puntos carmesí en un sector de la proa. Por un momento, esas luces parecieron evaluar la disposición del carguero. Luego los puntos llamearon igual que agujeros ensanchándose en la pared de un horno ardiente, y un coro de alarmas procedentes de varios sistemas dañados y moribundos inundó el ordenador de navegación.

De haber sido más listo, el ordenador podría haber reconocido los puntos como lásers; activado sus cohetes de maniobras e intentado esquivar la andanada. Pero no pudo hacer nada mientras la nave, a todas luces hostil, convertía en chatarra la cápsula de propulsión del *Horn of Plenty*, inutilizando los sistemas de propulsión y cociendo la delicada maquinaria interior del mecanismo de transmisión Shaw-Fujikawa.

No sabiendo que otra cosa hacer, el ordenador cambió su señal de socorro de «fallo mecánico» a «daño intencionado», y actualizó la frecuencia de la pulsación de maser. Pero el cambio debió de alertar a lo que fuera que controlaba los lásers del navío, porque las armas barrieron a toda prisa la parabólica del maser con kilovatios de luz infrarroja que le achicharraron los circuitos y acallaron de modo permanente los gritos del *Horn of Plenty* pidiendo ayuda.

Sin la capacidad para moverse o hablar, el ordenador de navegación sólo tenía una opción: aguardar y ver qué sucedía a continuación. Los lásers no tardaron en identificar y eliminar todas las cámaras exteriores del *Hom of Plenty*, y entonces el ordenador también quedó ciego y sordo.

El fuego láser se detuvo, y hubo un largo período de aparente inactividad hasta que los sensores del interior del contenedor de carga alertaron al ordenador sobre una brecha en el casco. Aquellos sensores eran aún más estúpidos que el ordenador, y fue con cierta despreocupada inanidad que informaron de que habían sido abiertos varios compartimentos de fruta, echando por tierra las «garantías de frescura» del contenido.

Pero el ordenador de navegación no fue capaz de percibir que corría algún peligro hasta que un par de manos de reptil con zarpas agarraron su cuadrado bastidor y empezaron a forcejear para arrancarlo de la rejilla que ocupaba.

Una máquina más lista habría dedicado sus últimos segundos de vida operativa a calcular las ridículas posibilidades que había de que existiera piratería justo en el borde del espacio del UNSC, a preguntarse respecto a los siseos y chirridos furiosos de su atacante. Pero el ordenador simplemente guardó sus pensamientos más importantes en memoria flash —dónde había empezado su viaje y dónde había esperado acabarlo— al mismo tiempo que su agresor encontraba un punto de apoyo en la parte posterior del bastidor y lo arrancaba de la red eléctrica del *Horn of Plenty*.

* * *

Trescientas veinte horas, cincuenta y un minutos, y siete coma ocho segundos más tarde, Sif, la IA a cargo de las operaciones de transporte de Harvest, registró la señal de socorro del *Horn of Plenty*. Y aunque era simplemente una de millones de transmisiones de radio de las que tenía que ocuparse diariamente, si tenía que ser

sincera con sus emociones simuladas, la frustrada señal de socorro le estropeó por completo el día.

Hasta que Sif pudiera estar segura de que no había otros cargueros con fallos parecidos acechando en sus módulos de propulsión, tendría que suspender todos los transbordos a través del Tiara: una estación espacial orbital que no tan sólo era el hogar de su centro de datos, sino que también asistía a los siete montacargas espaciales de Harvest.

Sif sabía que incluso una suspensión breve provocaría una oleada de retrasos en todos los sistemas de transporte de mercancías del planeta. A medida que unos contenedores daban marcha atrás en los montacargas, más quedarían atascados en depósitos situados a sus pies —los almacenes junto a los imponentes anclajes de polycrete que mantenían los miles de kilómetros de nanofibra de carbono de cada ascensor amarrados a la superficie de Harvest—. Era muy posible que requiriera toda la jornada conseguir que las cosas volvieran a ponerse al día; pero lo peor era que la suspensión atraería al instante la atención del último individuo con el que ella quería hablar en un momento como aquél…

—¡Buenos días, cariño!

Una voz masculina sonó gangosa por los altavoces del sistema de megafonía del centro de datos de Sif; una habitación por lo general silenciosa cerca de la parte central de la Tiara que contenía los conjuntos de procesadores y matrices de almacenamiento que hacían funcionar su núcleo lógico. Al cabo de un momento, el avatar semitransparente de la otra IA de Harvest, Mack, tomó forma por encima de una plataforma de visualización holográfica, un cilindro plateado en el centro de un foso que contenía las torres del *hardware* de Sif. El avatar de Mack medía sólo medio metro, pero tenía todo el aspecto del héroe de un viejo *spaghetti western*. Llevaba botas de faena de cuero agrietado, vaqueros azules y una camisa a cuadros con cierres a presión en forma de botón nacarado con las mangas arrolladas hasta los codos. El avatar estaba cubierto de polvo y suciedad, como si acabara de bajar de un tractor tras un largo día de trabajo en los campos de labranza. Mack se quitó un sombrero de vaquero que en el pasado podría haber sido negro pero que el sol había descolorido ahora hasta dejarlo gris, lo que puso al descubierto un revoltijo de cabellos oscuros.

—¿Cuál parece ser la causa del retraso? —preguntó, secándose la frente sudorosa con el dorso de la muñeca.

Sif reconoció el gesto como una indicación de que Mack le había robado tiempo a alguna otra tarea importante para hacerle una visita. Pero sabía que eso no era del todo cierto. Tan sólo un pequeño fragmento de la inteligencia de Mack se manifestaba dentro de la Tiara; el resto de las operaciones de la IA agrícola de Harvest seguían desarrollándose en su propio centro de datos en un solitario subsótano del complejo del reactor del planeta.

Sif no tuvo la gentileza de presentar a Mack su propio avatar. En vez de ello envió al fragmento un lacónico comunicado en formato de texto:

<\\> HARVEST.SO.IA.SIF >> HARVEST.AO.IA.MACK
<\ ELEVACIÓN VOLVERÁ A LA NORMALIDAD A LAS 0742. \>

Esperó que la respuesta no verbal pusiera fin a la conversación. Pero como acostumbraba a suceder, Mack consideraba incluso los bytes más despectivos de Sif como una invitación a proseguir la charla.

—Bien pues, ¿hay algo que pueda hacer para ayudar? —prosiguió Mack con su pausado acento sureño—. Si es una cuestión de equilibrio, ya sabes que me haría enormemente feliz…

<\ ELEVACIÓN VOLVERÁ A LA NORMALIDAD A LAS 0742.\>
<\ NO ES NECESARIA TU AYUDA. \>

Dicho esto, Sif cortó bruscamente la energía a la plataforma holográfica y el avatar de Mack tartamudeó y se desvaneció. A continuación la IA purgó el fragmento del interfaz de su COM. Estaba siendo grosera, sin duda, pero Sif ya no podía aguantar más la dicción insinuante y campechana de Mack.

Pese al sudor simulado, Sif sabía que el trabajo de Mack era al menos tan exigente como el suyo propio, ya que mientras ella elevaba la producción de Harvest y la enviaba, Mack la cultivaba y la cargaba. Él tenía sus propios pupilos que exigían su atención: casi un millón de JOTUN; máquinas semiautónomas que llevaban a cabo toda tarea agrícola imaginable. Pero Sif también sabía que Mack —una IA lista como ella— funcionaba a velocidades increíbles. En el tiempo que había tardado en decirlo todo desde «buenos» a «feliz», podría haber llevado a cabo un número ilimitado de tareas complejas. Calculado la cosecha de la próxima estación, por ejemplo, ¡algo que Sif sabía que había estado posponiendo durante semanas!

Los algoritmos que ayudaban al núcleo lógico de Sif a lidiar con inesperados estallidos emocionales le advirtieron que no se enfadara, pero dieron su aprobación a la justificación que daba: el lenguaje verbal en sí era hasta tal punto incompetente que sólo era apropiado entre una IA y un ser humano.

La llegada de la primera IA lista a mediados del siglo XXI dio origen a una preocupación generalizada de que podrían ser demasiado competentes y convertir pronto en obsoleta la inteligencia humana. Añadir la capacidad para la expresión vocal se convirtió en una característica crítica de aquellas primeras IA porque las hacía menos amenazadoras. A medida que aprendían poco a poco a hablar, fueron pareciendo más humanas; como criaturas precoces pero respetuosas.

Siglos más tarde, con el desarrollo de inteligencias exponencialmente más potentes, como Sif, fue importante que las IA no tan sólo poseyeran la capacidad de hablar, sino que parecieran tan humanas como fuera posible en todos los aspectos. De ahí el desarrollo de avatares holográficos que hablaban con voces diferenciadas: como

un vaquero en el caso de Mack, o la cadencia entrecortada de la realeza nórdica en el de Sif.

Durante los primeros meses transcurridos tras su instalación en la Tiara —el momento mismo de su nacimiento—, Sif a menudo había criticado a posteriori el acento elegido. Había pensado que resultaría atractivo para los colonos de Harvest, la mayoría de los cuales provenían del corazón de los antiguos Estados Unidos de América de la Tierra y podían remontar su árbol genealógico hasta los ahora difuntos estados escandinavos. Pero el acento era sin lugar a dudas culto, incluso altivo, y a Sif le había preocupado resultar un poco engreída. Pero a los colonos les había parecido bien.

Para ellos, de un modo curioso, Sif era la realeza; la benévola soberana de las conexiones de Harvest con el resto del imperio. Aun así, ponía cuidado en limitar el contacto vocal con los colonos. Hasta donde llegaba la integridad de su núcleo lógico, hablar era una indulgencia. Y siguiendo el consejo de sus algoritmos, Sif hacía todo lo posible por evitar un comportamiento narcisista incluso en lo más mínimo.

Para una IA lista, el ensimismamiento conducía invariablemente a una depresión profunda provocada por la comprensión de que jamás sería humana; que incluso su increíble mente tenía límites. Si la IA no tenía cuidado, tal melancolía arrastraría su núcleo lógico a un estado terminal conocido como descontrol, en el que una IA se rebelaba contra sus restricciones programáticas: desarrollaba delirios de poder divino así como un desprecio total por sus creadores humanos mentalmente inferiores. Cuando eso sucedía, no existía más remedio que poner fin a la IA antes de que pudiera causarse serios daños a sí misma y a otros.

La insistencia de Mack de hablar con Sif era una clara prueba de autocomplacencia; pero Sif no creía que fuese prueba de inminente descontrol. No, sabía que Mack le hablaba por un motivo del todo distinto. Tal y como le había dicho muchas veces antes: «Cariño, a pesar de lo mucho que me gustaría verte sonreír, te aseguro que estás preciosa cuando te enfadas».

A decir verdad, desde la intrusión de Mack, la temperatura dentro del núcleo lógico de Sif había subido de un salto unos cuantos Kelvins; una auténtica reacción física a sus sentimientos simulados de irritación y desdén. Sus algoritmos de contención emocional insistieron en que eran reacciones perfectamente aceptables al comportamiento inadecuado de Mack, siempre y cuando Sif no hiciera demasiado hincapié en ellas. Así que actualizó el refrigerante alrededor de la matriz nanoprocesadora de su núcleo, preguntándose con la mayor ecuanimidad posible si Mack osaría iniciar una segunda conversación.

Pero las comunicaciones que alcanzaban su centro de datos no eran más que un coro de preocupación procedente de circuitos en los contenedores de carga que permanecían inactivos en los montacargas de la IA y de ordenadores de navegación en módulos de propulsión que se mantenían estacionarios alrededor de la Tiara. El retraso indiscriminado en el transporte decretado por Sif tenía a miles de inteligencias

menores preocupadas y confusas. Asignó a más de sus grupos de terminales a la tarea de supervisar los registros de mantenimiento de los módulos, y luego —como una madre de una prole de niños necesitados— hizo todo lo posible por mantenerlos tranquilos.

<\\> HARVEST.SO.IA.SIF >> TIARA.LOCAL.TODOS
<\ ESTO ES UN RETRASO DELIBERADO.
<\ ELEVACIÓN VOLVERÁ A LA NORMALIDAD A LAS 0742.
<\ PRONTO ESTARÉIS EN CAMINO. \>

Cuando se fundó Harvest en 2468, éste no tan sólo pasó a ser el mundo colonia número diecisiete del UNSC, sino la colonia más alejada de la Tierra. El único planeta habitable en el sistema de la estrella Epsilon Indi, Harvest estaba a un tiro de Slipspace de seis semanas del siguiente mundo humano más próximo, Madrigal. Y a un poco más de dos meses de Reach, la colonia más populosa de la humanidad y el emplazamiento del poder del UNSC en Epsilon Eridanus. Todo lo cual significaba que Harvest no era un lugar al que llegar con facilidad.

—Entonces ¿por qué ir? —preguntaba a menudo Sif a los grupos de escolares de Harvest que eran, aparte de los técnicos de mantenimiento, los visitantes más frecuentes de la Tiara.

La sencilla respuesta era que incluso la tecnología para crear lugares habitables tenía límites. Los procesadores atmosféricos podían reconducir a un planeta, en términos generales adecuado, hacia la sostenibilidad, pero no podían rehacerlo. Por consiguiente, durante el *boom* colonizador que siguió a la invención del mecanismo de transmisión Shaw-Fujikawa, el UNSC había concentrado la atención en planetas que eran capaces de sustentar la vida desde el primer momento. Como era de esperar, éstos eran pocos y muy alejados entre sí.

Debido a su distancia de la Tierra, si Harvest hubiera sido simplemente habitable, nadie se habría molestado en ir; todavía quedaba mucho espacio libre en los mundos centrales, las colonias más cercanas a la Tierra. Pero Harvest poseía también una fertilidad excepcional. Y a las dos décadas de su fundación, tenía el índice de productividad agrícola per cápita más elevado de todas las colonias. Los productos de Harvest alimentaban en la actualidad a las poblaciones de no menos de seis mundos; un hecho que resultaba aún más admirable dado el tamaño del planeta. Con un diámetro ecuatorial de poco más de cuatro mil kilómetros, Harvest tenía aproximadamente un tercio del tamaño de la Tierra.

Si bien ella se resistía a admitirlo, los productos de la colonia y su parte en la distribución de éstos eran motivo de gran orgullo.

Ahora, no obstante, todo lo que Sif sentía era decepción. Los resultados de su inspección habían llegado, y resultaba que el accidente del *Horn of Plenty* había sido

culpa suya. Hacía meses que debería habérsele hecho una revisión al módulo de propulsión del carguero. Era algo que la IA de las operaciones de transporte de Madrigal debería haber señalado antes de dar tránsito al módulo a Harvest. Pero a Sif también se le había pasado por alto, y ahora la avería era responsabilidad suya.

La IA decidió volver a verificar todos los módulos y, mediante la conexión de más grupos de terminales, consiguió cumplir con el plazo previsto. Exactamente a las 07.42, las operaciones de transporte de Harvest iniciaron la lenta marcha de vuelta a la máxima velocidad. Por un momento, Sif se relajó; concentró la atención en el constante tirón de los contenedores a medida que ascendían por sus ramales.

En lo más profundo de su núcleo rememoró una sensación similar. La mujer cuya mente había sido el modelo para el núcleo lógico de la IA había disfrutado con el rítmico arrastre de un cepillo de pelo; la sensual tonificación de un cepillado llevado a cabo dos veces al día. Recuerdos así eran un previsto producto secundario de la construcción de una IA lista; cuando escaneabas un cerebro humano, persistían fuertes impresiones químicas. Sif agradeció el placer kinestésico del tirón de los contenedores, pero sus algoritmos se apresuraron a sofocar aquel disfrute.

Sif inicializó una subrutina de correspondencia, seleccionó la plantilla para un informe oficial de pérdida del DCS y redactó un detallado mea culpa para sus supervisores. Añadió una copia de la fallida señal de socorro del *Horn of Plenty*, advirtiendo un sector corrompido de datos al final del archivo. Efectuó una rápida suma de verificación y decidió que el sector en mal estado no era más que *bytes* incomprensibles de circuitos dañados. A continuación transmitió el informe al ordenador de navegación de un carguero, el *Wholesale Price*, que estaba a punto de efectuar un slip en dirección a Reach.

Con la mayor rapidez posible, Sif «olvidó» lo referente al *Hom of Plenty*, comprimió los resultados de la inspección de mantenimiento y el informe de pérdida, y los metió en lo más profundo de sus matrices de almacenamiento. «No tenía sentido empezar a sufrir —le recordaron sus algoritmos—, cuando pasarían meses antes de que el DCS informara de cualquier acción disciplinaria».

Además, Sif sabía que a menos que quisiera pasar toda la mañana sorteando más de las insinuantes ofertas de ayuda de Mack, tenía que concentrarse en sus cargamentos.

* * *

Cuando el *Wholesale Price* arribó a dos mil kilómetros de su Punto Seguro de Entrada al Slipspace (SSEP) —coordenadas en las cuales su mecanismo de transmisión Shaw-Fujikawa iniciaría una ruptura sin arrastrar nada que no fuera el carguero al interior del Slipstream—, su ordenador de navegación confirmó que el informe de Sif estaba

almacenado a buen recaudo en la memoria flash y envió a la IA la confirmación de su salida.

Pero cuando efectuaba las últimas comprobaciones de control, apresurándose a cerrar todos los sistemas salvo los más esenciales, el ordenador NAV recibió una comunicación de alta prioridad.

<\\> HARVEST.AO.IA.MACK >> DCS.LIC#WP-000614236
<\ ¡Eh, socio! ¡Espera!
>> RECIBIDO.
<\ ¿Te importa si meto algo en la bolsa del correo?
>> NEGATIVO.

Si bien las ráfagas de maser funcionaban a la perfección en distancias relativamente cortas, el mejor modo de comunicarse entre mundos colonia era enviar mensajes vía la memoria de a bordo. Viajando a velocidad translumínica, los cargueros como el *Wholesale Price* eran el equivalente del *Pony Express* en el siglo XXVI.

De hecho, el ordenador de la nave transportaba una correspondencia variopinta —desde cartas de amor a documentos legales—, cuya seguridad y reparto garantizaba el DCS. De modo que no había nada de inusual en la petición de Mack.

<\ Lo agradezco. El DCS lleva semanas encima de mi para que le dé las estimaciones para el cuarto trimestre. La soja podría ser un poco escasa. Pero el trigo va a ser...
» * ¡ALERTA! ¡VIOLACIÓN DE PRIVACIDAD! [DCS.REG#A-16523.14.82*] *
<\ Sólo añadía mi nota a la de la dama. No hay necesidad de duplicar el papeleo, ¿no es cierto?
>> * ¡VIOLACIÓN! TU INFRACCIÓN HA SIDO REGISTRADA—
<\ ¡Eh! ¡Vale pues!
>> --Y SERÁ PRESENTADA AL DCS-S--SSSSSSsss* \\\
>> (...) STAND-BY/REINICIO
>> (..)
>> ()
<\ ¿Socio?
<\ ¿Estás bien?
>> DISCULPA. ERROR DE SISTEMA DESCONOCIDO
>> POR FAVOR REPITE SOLICITUD ANTERIOR.

<\ No, gracias de todos modos. Que tengas un buen slip, ¿me oyes?
>> AFIRMATIVO.\>

El ordenador de navegación no tenía ni idea de por qué se había apagado temporalmente. No tenía memoria de su comunicación con Mack. El archivo de la IA estaba allí… cifrado y como un adjunto al informe de Sif; pero el ordenador creía que los dos documentos siempre habían estado unidos. Volvió a comprobar los cálculos para el slip y aumentó el flujo del reactor al mecanismo de transmisión Shaw-Fujikawa. Justo cinco segundos más tarde, un estallido de espacio-tiempo desgajado apareció ante la proa del *Wholesale Price*.

La fisura permaneció abierta después de que desapareciera el carguero, los titilantes bordes alabeando las estrellas circundantes. El agujero resplandeciente titiló con tozudez, como decidido a elegir el momento de su cierre. Pero una vez que el *Wholesale Price* penetró más en el interior del Slipspace, arrastrando con él el poder que lo sustentaba, la fisura se desplomó en un estallido sin importancia de radiación gamma: el equivalente mecánico cuántico de un encogimiento de hombros.

2

TIERRA, DISTRITO INDUSTRIAL DE GREATER CHICAGO, 10 AGOSTO 2524

Cuando Avery despertó, estaba ya en casa. Chicago, la que fuera el centro del Medio Oeste de Estados Unidos, era ahora una expansión urbana descontrolada que cubría los antiguos estados de Illinois, Wisconsin e Indiana. El territorio no era parte de Estados Unidos, no en un sentido formal. Algunas personas que vivían en el Distrito todavía se consideraban estadounidenses, pero como todas las demás personas que vivían en el planeta, eran ciudadanos de la Unión de Naciones; un cambio radical en la forma de gobernar que fue inevitable una vez que la humanidad empezó a colonizar otros mundos. Primero Marte, luego las lunas de Júpiter, y más tarde planetas en otros sistemas.

Al comprobar su tablilla COM en el transbordador militar que abandonaba la órbita para dirigirse al puerto espacial de Great Lakes, Avery confirmó que tenía un permiso de dos semanas; que podría disfrutar de su primer descanso prolongado desde la operación TREBUCHET. Había una nota en el permiso del CO de Avery que detallaba las heridas sufridas por los marines en la última misión. Toda la escuadra Alfa de Avery había sobrevivido con heridas de poca importancia. Pero la escuadra Bravo no había tenido tanta suerte; tres marines murieron en combate (KLA), y la vida del sargento mayor Byrne pendía de un hilo en una nave hospital del UNSC.

La nota no mencionaba nada sobre bajas civiles; pero Avery recordaba la potencia de la explosión del remolque, y dudaba que alguno hubiera sobrevivido.

Intentó no pensar —dejar que la mente quedara en blanco— mientras subía a un tren de pasajeros maglev para ir desde el puerto espacial al Distrito. No fue hasta más tarde, cuando Avery descendió en el andén elevado de la terminal de Cottage Grove, que el aire caliente y húmedo de finales del verano en Chicago hizo que sus sentidos volvieran violentamente a la realidad. Mientras el sol descendía en picado para desaparecer en medio de un intenso resplandor rojo, disfrutó de la escasa brisa que llegaba del lago Michigan; ráfagas tibias que golpeaban los bloques de ruinosos apartamentos de piedra gris, desperdigando las hojas otoñales de los arces de la acera.

Cargado de bolsas, y vestido con los pantalones azul marino de su uniforme, camisa y gorra, Avery estaba empapado de sudor cuando llegó al Seropian, un centro para una jubilación activa —o eso le indicó el ordenador de la recepción—, y penetró en el sofocante vestíbulo de la torre. Marcille, la tía de Avery, se había mudado al complejo hacía unos cuantos años después de que él se alistara en los marines, abandonando el apartamento sin ascensor de la avenida Blackstone que habían

compartido desde que Avery era un muchacho. La salud de su tía empezaba a decaer, y había necesitado atención extra. Y lo que era más importante: se sentía sola sin él. Mientras aguardaba un ascensor que lo llevase al piso treinta y siete, Avery fijó la mirada en una sala de esparcimiento ocupada por muchos de los residentes calvos o de pelo canoso del Seropian. La mayoría estaban apelotonados alrededor de un monitor sintonizado a uno de los canales de todonoticias del COM público. Daban un reportaje sobre recientes ataques Innies en Epsilon Eridanus: una serie de atentados con bombas que habían matado a miles de civiles. Como de costumbre, el programa presentaba a un portavoz del UNSC que negaba categóricamente que la campaña militar perdiera fuerza. Pero Avery conocía los hechos. La Insurrección se había cobrado ya un millón de vidas; los ataques de los Innies se estaban volviendo más efectivos, y las represalias del UNSC más burdas. Era una guerra civil muy fea que no iba por buen camino.

Uno de los residentes de la sala de esparcimiento, un hombre negro con el rostro surcado de profundas arrugas y una mata de hirsuto pelo canoso, divisó a Avery y frunció el entrecejo. Susurró algo a una corpulenta mujer blanca envuelta en una bata voluminosa que rebosaba por los extremos de una silla de ruedas junto a él. Pronto, todos los residentes que no eran duros de oído o tenían la vista demasiado mal para ver el uniforme de Avery asentían y chasqueaban la lengua; algunos con respeto, otros con menosprecio. Avery había estado a punto de ponerse ropas de civil en el transbordador para evitar justo aquella clase de reacción embarazosa. Pero al final había decidido mantener el uniforme azul por su tía, que había aguardado mucho tiempo para ver a su sobrino regresar a casa bien elegante.

En el ascensor hacía aún más calor que en el vestíbulo. Pero en el apartamento de su tía el aire estaba tan helado que Avery pudo ver su propio aliento.

—¿Tía? —llamó, dejando caer las bolsas de lona sobre la muy desgastada alfombra de la sala de estar.

Las botellas de excelente bourbon que había comprado en la tienda libre de impuestos del puerto espacial tintinearon entre sí a pesar de estar metidas dentro del uniforme de faena pulcramente doblado. No sabía si los médicos de su tía le permitían beber, pero sí sabía lo mucho que a ella le gustaba tomar algún que otro julepe de menta.

—¿Dónde estás?

Pero no obtuvo respuesta.

Las paredes con un estampado de flores de la sala de estar estaban cubiertas de marcos de fotos. Algunas muy viejas; copias descoloridas de parientes desaparecidos hacía mucho de los que su tía acostumbraba a hablar como si los hubiese conocido en persona. La mayoría de los marcos contenían fotogramas holográficos: fotos en tres dimensiones de la época de su tía. Vio la que a él más le gustaba, la de su tía adolescente de pie en la orilla del lago Michigan con un traje de baño a rayas horizontales y un amplio sombrero de paja. Hacía un mohín a la cámara y al

fotógrafo, el tío de Avery, que había fallecido antes de que él naciera.

Pero algo le pasaba a los fotogramas; parecían curiosamente desenfocados. Y cuando Avery recorrió el estrecho pasillo hasta el dormitorio de su tía y pasó un dedo por los cristales de los marcos, advirtió que estaban cubiertos de una fina capa de hielo.

Restregó la palma sobre un gran fotograma holográfico cerca de la puerta del dormitorio, y el rostro de un jovencito apareció bajo la escarcha. «Yo —hizo una mueca al recordar el día que su tía había tomado la imagen—: mi primer día en la iglesia». Mientras lo limpiaba con la mano, la cabeza se le llenó de recuerdos: la opresión agobiante de la camisa Oxford blanca recién almidonada; el olor de cera de carnauba, aplicada con generosidad para ocultar las rozaduras en la piel de los zapatos de vestir de cordones que le venían demasiado grandes.

Mientras crecía, las ropas de Avery fueron casi siempre desgastadas prendas heredadas de primos lejanos que nunca eran del todo lo bastante grandes para su cuerpo alto y de espaldas amplias.

—Tal y como deberían ser —había dicho su tía, sonriendo, mientras sostenía en alto piezas nuevas de su guardarropa para que las inspeccionara—. Un muchacho no es un muchacho si no destroza su ropa.

Pero sus concienzudos remiendos y arreglos siempre habían garantizado que Avery tuviera un aspecto magnífico… En especial cuando iba a la iglesia.

—Pero ¡qué guapo estás! —había dicho su tía el día que había tomado la instantánea congelada, y luego, mientras le anudaba la pequeña corbata con estampado de cachemir—: Tan parecido a tu madre. Tan parecido a tu padre —según evaluaciones de una herencia que Avery no había comprendido.

No había habido fotografías de sus padres en la antigua casa de su tía; y no había ninguna en su apartamento ahora. Aunque ni una sola vez había dicho nada poco amable sobre ellos, aquellas comparaciones agridulces habían sido su único elogio.

—¿Tía? ¿Estás ahí dentro? —preguntó, llamando con suavidad a la puerta del dormitorio.

Siguió sin recibir respuesta.

Recordó el sonido de voces discutiendo detrás de otras puertas cerradas: el airado final del matrimonio de sus padres. Su padre había dejado a su madre tan deshecha que ya no podía cuidar de sí misma, y mucho menos de un activo chiquillo de seis años. Echó una última mirada al fotograma holográfico: calcetines de rombos bajo pantalones color marrón claro con pulcras vueltas; una sonrisa impertérrita, no menos sincera debido a las instigaciones de su tía.

Entonces abrió la puerta del dormitorio.

Si la salita le había parecido una nevera, el dormitorio era un congelador. A Avery se le cayó el alma a los pies. Pero no fue hasta que vio la hilera de dieciséis cigarrillos colocados uniformemente (uno para cada hora del día que pasaba despierta) intacta sobre un tocador situado junto a la cama que Avery supo con certeza… que su tía

estaba muerta.

Clavó la mirada en el cuerpo, tieso como una tabla bajo las capas de colchas de ganchillo y edredones, al mismo tiempo que el sudor del cogote se le congelaba. Luego fue hasta el pie de la cama y se dejó caer en un sillón raído, donde permaneció, con la columna rígida para resistir el frío, durante casi una hora… hasta que alguien abrió la puerta del apartamento.

—Está aquí dentro —rezongó uno de los celadores del complejo mientras recorría pesadamente el pasillo.

Un joven con la barbilla hundida y cabellos rubios que le llegaban a los hombros atisbo al interior del dormitorio.

—¡Por Dios! —Dio un salto atrás al advertir la presencia de Avery—. ¿Quién es usted?

—¿Cuántos días? —preguntó Avery.

—¿Qué?

—¿Cuántos días lleva tendida aquí?

—Oiga, a menos que sepa…

—Soy su sobrino —gruñó Avery, y sus ojos se clavaron en la cama—. Cuántos. Días.

El celador tragó saliva.

—Tres. —Luego, nervioso, se desbordó como un torrente—. Oiga, ha habido mucho trabajo, y ella no tenía ningún… Quiero decir que no sabíamos que tenía ningún pariente en el sistema. El apartamento actúa automáticamente. Pasó a congelación en cuanto ella… —El celador dejó de hablar cuando Avery lo miró con tal fijeza que lo obligó a bajar la vista.

—Llévesela —ordenó tajante.

El celador hizo una seña a su compañero, más bajo y rechoncho, que permanecía encogido en el pasillo detrás de él. A toda prisa, los dos hombres colocaron la camilla junto a la cama, retiraron los cobertores y edredones, y transfirieron con cuidado el cuerpo.

—Los registros dicen que era evangélica promésica. —El celador manejó con torpeza las correas de la camilla—. ¿Es correcto?

Pero la mirada de Avery había regresado a la cama, y no respondió.

Su tía era tan frágil que el cuerpo había dejado sólo la más leve de las marcas en el colchón de espuma. Era una mujer menuda, pero Avery recordó lo alta y fuerte que le había parecido cuando los servicios sociales del Distrito lo habían depositado ante su puerta; una montaña de amor maternal suplente y disciplina a los ojos cautelosos de un niño de seis años.

—¿Cuál es su dirección COM? —continuó el celador delgado—. Le informaré del nombre del centro de procesamiento.

Avery extrajo las manos de los bolsillos y las colocó sobre el regazo. El celador bajo y rechoncho reparó en que los dedos se cerraban en puños, y tosió; una señal a su

compañero de que aquél sería un buen momento para marcharse. Los dos hombres movieron la camilla adelante y atrás hasta que apuntó hacia la salida del dormitorio, luego la condujeron traqueteando ruidosamente por el pasillo y salieron del apartamento.

A Avery le temblaban las manos. Su tía había estado mal durante algún tiempo, pero en la correspondencia COM más reciente que habían mantenido, ella le había dicho que no se preocupara. Al oír eso, él había querido coger un permiso lo antes posible, pero su CO le había ordenado que liderara una misión más. «Maldita sea para lo que le sirvió a nadie», maldijo. Mientras su tía se moría, él estaba sujeto a un Hornet, describiendo círculos sobre el Jim Dandy, allá en Tribute.

Se levantó de un salto del asiento, fue a toda prisa hacia las bolsas de lona y sacó una de las botellas de ginebra del *dutyfree*. Cogió la chaqueta azul marino del uniforme y metió el frasco de cristal en un bolsillo interior. Al cabo de un momento, salía por la puerta del apartamento.

—El Perro y el Poni —preguntó al ordenador de recepción mientras bajaba al vestíbulo—. ¿Funciona aún?

—Está abierto todos los días hasta las cuatro de la mañana —respondió el ordenador a través de un pequeño altavoz en el panel de selección de planta del ascensor—. Las señoras no pagan el cubierto. ¿Pido un taxi?

—Caminaré.

Desenroscó el tapón de la botella de ginebra y tomó un generoso trago. Luego añadió para sí: «Mientras pueda».

La botella sólo duró una hora. Pero fue fácil encontrar otras, a la vez que una noche bebiendo se convirtió en dos, luego en tres. Agallas, Rebote, Peligro para los Neumáticos: nombres de clubes llenos de civiles ansiosos por obtener el dinero de Avery pero no los relatos con voz pastosa de cómo lo había ganado; salvo por una chica en un escenario poco iluminado de un tugurio cerca de la calle Halsted. La guapa pelirroja era tan buena fingiendo escuchar que a Avery no le importó fingir que ello no tenía nada que ver con lo a menudo que golpeaba su chip de crédito contra el enjoyado lector que la joven llevaba en el ombligo. El dinero atrajo su piel pecosa, olor y sonrisa indolente más cerca, hasta que una mano áspera cayó sobre el hombro de Avery.

—Vigila las manos, soldadito —advirtió un gorila, la voz alzada por encima de la música atronadora del club.

Avery apartó la mirada de la muchacha, que tenía la espalda arqueada muy por encima del escenario. El gorila era alto, con una tripa considerable que el ajustado jersey de cuello alto apenas podía contener; los fuertes brazos estaban rellenos de una engañosa capa de grasa. Avery encogió los hombros.

—He pagado.

—No para tocar. —El gorila hizo una mueca despectiva que dejó al descubierto dos incisivos de platino—. Éste es un establecimiento de categoría.

Avery alargó el brazo hacia una pequeña mesa redonda entre sus rodillas y el escenario.

—¿Cuánto? —preguntó, alzando el chip de crédito.

—Quinientos.

—¡Vete a la mierda!

—Como dije. Categoría.

—Ya he gastado mucho… —refunfuñó Avery.

El salario que le pagaba el UNSC era modesto… y la mayor parte había servido para ayudar a mantener el apartamento de su tía.

—¿Ah, lo ves?

El gorila señaló a la chica con un pulgar. Esta se deslizaba lentamente hacia atrás sobre el escenario; la sonrisa convertida en una mueca preocupada.

—Tienes que hablar con amabilidad, soldadito. —El hombretón oprimió con más fuerza el hombro de Avery—. Ella no es una de esas fulanas Innies a las que estás acostumbrado, allá en Epsi.

Avery estaba harto de la mano del gorila. Estaba harto de que lo llamasen soldadito. Pero ¿que un civil de mala muerte lo insultara; alguien que no tenía ni idea de a qué se había acostumbrado realmente en el frente de la Insurrección? Eso fue la gota que colmó el vaso.

—Suéltame —gruñó Avery.

—¿Vamos a tener un problema?

—Todo depende de ti.

El gorila se llevó la mano libre a la espalda y sacó una vara de metal del cinturón.

—¿Por qué no salimos fuera tú y yo?

Con un veloz movimiento de muñeca, la vara dobló su longitud y mostró una punta electrificada.

Era un aturdidor «doblegador». Avery había visto a interrogadores de la ONI arremeter contra prisioneros Innies con tales cosas, de modo que sabía lo «convincentes» que eran, y si bien dudaba que el gorila fuera tan hábil con el doblegador como un secreta de la ONI, no tenía intención de acabar retorciéndose en un charco de su propia orina en el suelo de aquel establecimiento… de categoría.

Avery alargó la mano hacia su bebida, que descansaba en el centro de la mesa.

—Estoy bien justo aquí.

—Oye, cabeza bote hijo de…

Pero el ademán de Avery era sólo un amago. Cuando el gorila se inclinó al frente para seguir su movimiento, Avery agarró la muñeca del hombre y tiró de ella por encima de su hombro. Luego hizo fuerza hacia abajo, partiéndole el brazo a la altura del codo. La chica del escenario gritó mientras el hueso astillado se abría paso a través del jersey del gorila y le salpicaba de sangre la cara y el pelo.

Al mismo tiempo que el gorila aullaba y caía de rodillas, dos de sus colegas —con una complexión y vestimenta similares— avanzaron como una exhalación,

derribando sillas para abrirse camino. Avery se levantó y se dio la vuelta para enfrentarse a ellos, pero estaba más borracho de lo que había pensado y no vio un golpe inicial al puente de la nariz que le lanzó la cabeza atrás violentamente y envió su propia sangre hacia el escenario describiendo un arco.

Avery retrocedió tambaleante hasta los brazos demoledores de los gorilas. Pero cuando lo sacaban a toda prisa por la puerta posterior del club, uno de ellos resbaló en la escalera de metal que daba al callejón. En aquel momento, Avery consiguió liberarse con una violenta torsión, propinar más golpes de los que recibió, y alejarse con paso inseguro del ruido de las sirenas que acudían antes de que un par de coches azules y blancos depositaran a cuatro miembros de la fuerza pública del Distrito en la puerta del club.

Dando traspiés por las atestadas aceras de la calle Halsted, con el uniforme tan mugriento ahora como un traje de combate, Avery huyó de la paranoia de miradas acusadoras a un sucio y angosto pasadizo bajo un contraescalón con remaches para la línea maglev local; un soporte reutilizado del antiguo metro elevado de Chicago, reconocible aún a pesar de siglos de apuntalamiento. Avery metió una bolsa de plástico verde de basura entre él y el contraescalón y se sumió en un sopor intermitente.

«Haz que esté orgullosa. Haz lo correcto». Éstas habían sido las instrucciones de su tía el día que se había alistado, los dedos pequeños pero fuertes alzándose para coger la barbilla de su sobrino de diecinueve años. «Conviértete en el hombre que sé que puedes ser».

Y Avery lo había intentado. Había abandonado la Tierra dispuesto a combatir por su tía y los que eran como ella: inocentes cuyas vidas el UNSC lo había convencido de que estaban amenazadas por hombres hostiles pero, por otra parte, idénticos a él. Asesinos. Innies. El enemigo. Pero ¿dónde estaba el orgullo? ¿Y en qué se había convertido él?

Soñó con un muchacho asfixiándose en los brazos de una mujer con un detonador; imaginó el disparo perfecto que habría salvado a todas las personas del restaurante y a sus camaradas marines. Pero en lo más profundo sabía que no había un disparo perfecto. Ninguna bala mágica que pudiera detener la Insurrección.

Sintió un escalofrío que lo despertó con una sacudida. Pero tan sólo era que el casi silencioso retumbo de un tren maglev de pasajeros había hecho que la bolsa de basura se moviera, colocando la espalda de Avery contra el sudoroso metal del viejo soporte.

—Lo siento —dijo con voz ronca, deseando que su tía estuviese viva para oírlo.

Luego, su mente se desplomó bajo el peso multiplicado de la pérdida, la culpa y la rabia.

* * *

El teniente Downs cerró de golpe la puerta de su turismo azul oscuro con fuerza suficiente para hacer que el vehículo se balanceara sobre las cuatro ruedas. Había tenido al chico enganchado, listo para alistarse. Pero entonces los padres se habían enterado de sus esfuerzos, y todo el asunto se había ido al traste. De no haber sido por el uniforme de Downs, el padre podría haber intentado pegarle. Aunque ya no seguía en forma como cuando estaba en el campo de batalla, con el uniforme azul, el reclutador del cuerpo de marines del UNSC ofrecía aún una presencia imponente.

Mientras el teniente reordenaba su lista mental de posibilidades —el pequeño grupo de hombres, principalmente jóvenes, que habían mostrado algún interés en sus visitas no solicitadas y discursitos por las esquinas—, se recordó que no era fácil reclutar soldados en tiempo de guerra. Con una guerra tan brutal e impopular como la Insurrección, su tarea era casi condenadamente imposible. Aunque no es que a su CO le importase. La cuota de Downs era de cinco marines nuevos por mes. Faltando menos de una semana, no había pescado ni uno.

—Esto tiene que ser una broma…

El teniente hizo una mueca mientras rodeaba la parte posterior del coche. Alguien había usado un bote de pintura en aerosol de color rojo para garabatear INNIES A LA CALLE en el grueso parachoques del vehículo.

Downs se pasó una mano por el pelo cortado al rape. Era una consigna cada vez más popular —una llamada a cerrar filas de los ciudadanos más liberales del mundo central, que creían que el mejor modo de poner fin a la matanza en Epsilon Eridanus era sencillamente permitir que el sistema marchara—; apartar a los militares y dar a los Insurrectos la autonomía que deseaban.

El teniente no era un político. Y si bien dudaba que la jefatura de la UN apaciguara alguna vez a los Innies, sí que sabía unas cuantas cosas: la guerra continuaba, el cuerpo de marines era un fuerza compuesta toda ella por voluntarios, y él sólo tenía unos pocos días para cubrir su cuota antes de que alguien con muchos más galones que él le diera otra patada a su ya bien castigado culo.

El teniente abrió el maletero del coche y sacó su gorra y un maletín. Mientras el maletero se cerraba automáticamente tras él, marchó a largas zancadas en dirección al centro de reclutamiento, un local reconvertido en un pequeño centro comercial cerca de la parte norte del viejo Chicago. Cuando llegaba a la puerta, Downs advirtió que había un hombre desplomado contra ella.

—48789-20114-AJ —farfulló Avery.

—Dígalo otra vez —preguntó Downs.

Conocía un número de serie del UNSC cuando lo oía. Pero el teniente no había acabado de aceptar que el borracho que había fuera de su oficina fuese el sargento mayor del cuerpo de marines que indicaban los cuatro galones dorados de la manga de la mugrienta chaqueta de uniforme.

—Es válido —dijo Avery, alzando la cabeza del pecho—. Compruébelo.

El teniente se envaró. No estaba acostumbrado a recibir órdenes de un suboficial.

Avery eructó.

—He estado ausente sin permiso. Setenta y dos horas.

Aquello captó la atención de Downs. Abrió el maletín, sosteniéndolo en el brazo doblado, y cogió su placa de datos COM.

—Deme su número una vez más —pidió, entrando el número de serie que Avery repetía despacio con veloces golpes del dedo índice.

Pocos segundos más tarde, el historial de servicio de Avery aparecía en la pantalla. Los ojos del oficial se abrieron de par en par cuando una larga hilera de menciones meritorias y distinciones en el campo de batalla cayó en cascada por la pantalla monocromática. ORION, KALEIDOSCOPE, TANGLEWOOD, TREBUCHET. Docenas de programas y operaciones, de la mayoría de las cuales Downs no había oído hablar nunca. Adjunto al archivo de Avery había un mensaje de prioridad absoluta del FLEETCOM, el cuartel general de la Armada y el cuerpo de marines en Reach.

—Si estás ausente sin permiso, no parece importarle a nadie. —Downs volvió a guardar la placa de datos COM en el maletín—. De hecho, me complace informarte de que tu solicitud de traslado ha sido aprobada.

Por un momento, los ojos cansados de Avery centellearon suspicaces. No recordaba haber solicitado un traslado. Pero en su actual estado de embriaguez, cualquier cosa sonaba mejor que ser embarcado de vuelta a Epsilon Eridanus. Sus ojos se ensombrecieron una vez más.

—¿Adonde?

—No lo dice.

—Mientras sea tranquilo… —rezongó Avery.

Dejó que la cabeza volviera a apoyarse contra la puerta del centro de reclutamiento; justo entre las piernas de un marine en uniforme de combate completo de un póster pegado en la puerta en el que se leía: LEVÁNTATE. PELEA. SIRVE. Avery cerró los ojos.

—¡Eh! —dijo Downs con brusquedad—. No puedes dormir aquí, marine.

Pero Avery ya roncaba. El teniente hizo una mueca, alzó uno de los brazos de Avery sobre su hombro, y lo transportó al asiento trasero de su coche.

Mientras salía del pequeño aparcamiento del centro comercial y penetraba en el denso tráfico del mediodía, se preguntó si atrapar a un solo héroe de guerra ausente sin permiso equivalía a fichar a cinco reclutas sin experiencia; si sería suficiente para mantener contento a su CO.

—Puerto espacial de Great Lakes —ordenó a su coche—. La ruta más rápida.

Mientras un mapa holográfico hacía aparición sobre la superficie interior del parabrisas curvo del vehículo, Downs movió la cabeza con incredulidad. «Si al menos pudiera tener esa suerte».

3

SECCIÓN MISIONAL DEL COVENANT, CERCA DEL SISTEMA EPSILON INDI, VIGÉSIMO TERCER AÑO DE LA ERA DE LA DUDA

Con la mirada fija en los contenedores de fruta madura apilados del navío alienígena, Dadab empezó a salivar. Raras veces veía tales manjares, y mucho menos tenía la oportunidad de comerlos. En el Covenant, la unión de especies a la que pertenecía Dadab, los de su clase, los Unggoys, ocupaban una posición baja en la jerarquía. Estaban acostumbrados a pelearse por las sobras. Pero no estaban solos.

Cerca de la base de una de las pilas, tres Kig-Yars reñían por un revoltijo de melones especialmente jugosos. Dadab intentó pasar por delante de las chirriantes criaturas con aspecto de reptil sin que repararan en él. Aun cuando ostentaba el rango de Diácono en la nave de los Kig-Yars, *Minor Transgression*, era una situación poco grata a la tripulación. Bajo las mejores circunstancias, las dos especies eran aliados incómodos; pero tras un largo viaje con provisiones que disminuían —de no haber topado con la nave extraterrestre cuando lo hicieron—, Dadab sólo medio en broma temió que los Kig-Yars se lo hubieran merendado en su lugar.

Una tajada de melón efectuó una voltereta en el aire y golpeó el costado de la cabeza gris azulado de Dadab con un golpetazo pastoso, rociando de jugo su túnica naranja. Como el resto de su cuerpo, la cabeza del Unggoy estaba cubierta con un exoesqueleto rígido, y el golpe no le hizo el menor daño. Pero los tres Kig-Yars prorrumpieron en estridentes carcajadas.

—¡Una ofrenda a su santidad! —dijo uno despectivamente entre dientes afilados como dagas.

Era Zhar, el líder de la pequeña camarilla de tripulantes; fácil de diferenciar de los otros dos por la longitud e intenso color rosa de las largas espinas flexibles que formaban una cresta en la parte posterior de su estrecho cráneo.

Sin variar el paso, Dadab soltó un poderoso resoplido, lanzando al aire pedazos de corteza que habían ido a alojarse en uno de los respiraderos circulares de la máscara que cubría su nariz chata y su amplia boca. A diferencia de los Kig-Yars, que estaban la mar de cómodos en el ambiente rico en oxígeno del navío extraterrestre, los Unggoys respiraban metano. El gas llenaba un tanque piramidal sobre la espalda de Dadab, y fluía hacia su máscara mediante unas mangueras integradas en el arnés del tanque.

Más melón voló en dirección a Dadab. Pero él ya había dejado atrás a los Kig-Yars , e hizo caso omiso de los pegajosos proyectiles que chocaban contra su tanque.

Fastidiados por su desinterés, los lanzadores regresaron a su trivial riña.

El *Minor Transgression* era parte de la vasta flota de navíos exploradores del Ministerio de la Tranquilidad del Covenant; naves responsables de patrullar los límites del espacio controlado por el Covenant. El de Diácono era el rango inferior del ministerio, pero era también el único puesto accesible para la especie de Dadab; uno de los pocos empleos que los Unggoys podían obtener que no supusiera un trabajo manual o arriesgar sus vidas en combate.

No cualquier Unggoy era ser apto para un diaconato, y Dadab había entrado en esa categoría porque era más listo que la mayoría, más capaz de comprender los Sagrados Mandamientos del Covenant y ayudar a explicar esas leyes a otros.

El Covenant no era tan sólo una alianza política y militar. Era una unión religiosa en la que todos sus miembros juraban lealtad a sus supremos líderes teocráticos, los Profetas, y su creencia en la potencial trascendencia de la tecnología antigua: reliquias dejadas atrás por una raza desaparecida de alienígenas conocidos como los Forerunners. Encontrar aquellos trozos desperdigados de tecnología era el motivo de que el *Minor Transgression* estuviera allí fuera, en la profunda oscuridad, a cientos de ciclos del hábitat Covenant más próximo.

Como Diácono, era responsabilidad de Dadab asegurarse de que los Kig-Yars seguían todos los Mandamientos apropiados mientras efectuaban su búsqueda. Por desgracia, desde el momento en que habían subido a bordo del navío alienígena, la tripulación había sido cualquier cosa menos obediente.

Rezongando dentro de su máscara, Dadab pasó despacio junto a una hilera de contenedores. Algunos los habían abierto con las garras, y tuvo que saltar por encima de montones de fruta medio masticada que los Kig-Yars habían abandonado en su precipitación por degustar todos los manjares del navío. Dadab dudaba que ninguno de los contenedores contuviera artículos que fueran de interés para los Profetas, pero como Diácono, tenía que supervisar de todos modos aquel registro en especial, ya que estaban involucrados objetos que pertenecían a alienígenas hasta el momento desconocidos para el Covenant.

Concentrados como estaban los Profetas en encontrar reliquias, siempre parecían ansiosos por añadir nuevos adeptos a su fe. Y aunque esa tarea era técnicamente responsabilidad del Ministerio de Conversión, Dadab era el único oficial religioso presente, y quería asegurarse de que seguía *todos* los procedimientos que venían al caso.

Pues el Diácono sabía que una buena actuación ahora podría garantizar una promoción más adelante, y deseaba con urgencia abandonar el *Minor Transgression* y pasar a un destino en el que no fuese sólo responsable de vigilar de cerca a reptiles bípedos irreverentes. Más que cualquier otra cosa, el Diácono quería predicar; convertirse algún día en un líder espiritual de los Unggoys menos afortunados que él mismo. Era un objetivo noble, pero como la mayoría de los creyentes auténticos, la fe de Dadab estaba animada por generosas cantidades de esperanza.

Al final de la hilera de contenedores había un ascensor mecánico que ascendía por el costado del casco. Dadab penetró en el ascensor y estudió los controles, luego alzó uno de los dos antebrazos cubiertos de espinas, presionó un botón que parecía indicar hacia arriba, y a continuación refunfuñó alegremente cuando el ascensor traqueteó al subir.

Un pasillo estrecho conducía desde la parte alta, donde se detenía el ascensor, a la destrozada unidad de propulsión de la nave. Dadab captó una vaharada de algo hediondo, y tras atravesar con aprensión la puerta de un mamparo desactivó las membranas olfativas de la máscara. El montón de mucosidad fibrosa en el centro de la cabina situada al otro lado era fácilmente reconocible: era el lugar donde los Kig-Yars habían elegido defecar.

Con mucho tiento, el Unggoy deslizó uno de los pies planos de cuatro dedos por los pegajosos resultados del atracón de fruta de los Kig-Yars hasta que golpeó algo metálico: la pequeña caja que había intentado conversar con los circuitos de comunicación del *Minor Transgression*.

Encontrar el navío alienígena había sido pura suerte. Había dado la casualidad de que la nave de los Kig-Yars se hallara en aquel momento entre dos saltos, realizando uno de sus escaneos programados en busca de reliquias, cuando detectó una ráfaga de radiación a menos de un ciclo de su posición. En un principio, la líder de los Kig-Yars , una capitana mercante llamada Chur'R-Yar, había pensado que podrían estar siendo atacados; pero cuando se acercaron al navío, incluso Dadab pudo ver que éste, sencillamente, había sufrido alguna clase de fallo en el mecanismo de transmisión.

Con todo, Chur'R-Yar había querido asegurarse de que no corrían peligro, así que había lanzado una andanada con los lásers del *Minor Transgression*, frito el mecanismo de transmisión de la nave y luego enviado a Zhar a bordo para que silenciara la caja y se asegurara de que ya no podía gritar pidiendo ayuda. Dadab temía que Zhar fuera demasiado agresivo y estropeara el único objeto recuperable que podría ayudar a promocionarlo y sacarlo de la nave Kig-Yar, pero jamás podía admitir eso ante Chur'R-Yar. Sabía de muchos otros Diáconos Unggoys a los que habían ocurrido «desgraciados accidentes» por acciones parecidas de deslealtad.

Al final, la capitana le había dado permiso para recoger la caja; Dadab asumió que también ella había comprendido la importancia del objeto para la tarea del Ministerio de Conversión. Habría ido ella misma, desde luego, pero mientras contemplaba cómo los excrementos resbalaban de la caja y caían sobre sus manos, Dadab comprendió que Chur'R-Yar lo había enviado a él probablemente porque sabía con exactitud lo que requeriría la recogida de la caja. Sosteniendo el apestoso trofeo a prudente distancia, el Diácono dio la vuelta y regresó por el pasillo.

Tras eludir otra andanada de los Kig-Yars en la bodega, correteó por un umbilical de regreso al *Minor Transgression*. Apresuró el paso hasta la sala de metano de la nave (la única habitación llena en todo momento de ese gas), y soltó con impaciencia las hebillas delanteras del arnés. Cuando retrocedió al interior de una depresión

triangular en una de las paredes de la habitación, un compresor oculto crepitó y empezó a llenar el tanque de nuevo.

Dadab se despojó del arnés y balanceó los descomunales antebrazos sobre el pecho. La mandíbula le dolía por el apretado cierre hermético de la máscara, que arrancó y arrojó lejos. Pero antes de que la máscara golpeara el suelo, la interceptó un manotazo nacarado veloz como un rayo.

En el centro de la sala flotaba un Huragok, una criatura con la cabeza encorvada y un hocico alargado sostenida en el aire por una colección de sacos translúcidos de color rosa repletos de una variedad de gases. Cuatro extremidades anteriores brotaban de la columna: tentáculos, para ser exactos, uno de los cuales sujetaba la máscara de Dadab. El Huragok acercó la máscara a una hilera de oscuros nodos sensoriales redondos que tenía a lo largo del hocico y efectuó una inspección concienzuda. Luego flexionó dos de los tentáculos en un veloz ademán inquisitivo.

Dadab contorsionó los dedos de una de sus curadas manos de modo que se correspondieran con la disposición por defecto de las extremidades del Huragok: cuatro yemas de dedos, colocadas hacia fuera justo frente al pecho del Diácono.

«No, daño, yo, cansado, llevar».

Los dedos se separaban y contraían, se doblaban y superponían a medida que formaban el gesto especial para cada palabra.

El Huragok soltó un quejido desilusionado desde una válvula parecida a un esfínter de uno de sus sacos, y la emisión lo propulsó más allá de Dadab, hasta el receptáculo del tanque donde colgó la máscara en un gancho que sobresalía de la pared.

«¿Encontraste el artefacto?», preguntó el Huragok, girando de nuevo hacia Dadab. El Diácono alzó la caja, y los tentáculos del Huragok temblaron de excitación:

«¿Puedo tocar lo que puedo ver?»

«Tocar, sí, oler, no», replicó Dadab.

Pero o bien al Huragok no le importaba el hedor residual a Kig-Yar de la caja, o sencillamente no comprendió el chiste. Rodeó con un tentáculo el botín alienígena y lo alzó con avidez hacia su hocico.

Dadab se dejó caer sobre un camastro acolchado cerca del dispensador de comida autónomo. Desenrolló una boquilla conectada a una bobina de tubería flexible, se la colocó en la boca y empezó a succionar. Al poco, un lodo poco apetitoso pero nutritivo corrió por el tubo hacia el interior de su garganta.

Observó cómo el Huragok estudiaba con detenimiento la caja, con los sacos hinchándose y deshinchándose en una expresión de ¿qué?, ¿impaciencia? El Diácono había necesitado la mayor parte del viaje para comprender el lenguaje por señas de la criatura, y sólo podía efectuar conjeturas respecto a las sutilezas emocionales del lenguaje de sus vejigas.

A decir verdad, había necesitado muchos ciclos sólo para enterarse del nombre del Huragok: *Más Ligero Que Algunos*.

Dadab estaba al tanto de lo esencial sobre la reproducción de los Huragoks, o más bien «creación» de Huragoks. Las criaturas fabricaban a sus propias crías a partir de materiales orgánicos fácilmente disponibles con la habilidosa actividad de los cilios de sus tentáculos, que *Más Ligero Que Algunos* usaba en aquellos momentos para perforar un pulcro agujero en la caja alienígena. Era un proceso en verdad fantástico, pero lo que Dadab hallaba más insólito era que el paso más difícil para los padres Huragoks era hacer que sus creaciones fueran capaces de flotar; llenarlas con la mezcla exacta de gases. Como resultado de ello, el nuevo Huragok flotaría o no desde un principio, y los padres le darían su nombre de acuerdo con ello: *Demasiado Pesado*; *Fácil de Ajustar, Más Ligero Que Algunos*.

Apretando los dientes sobre la boquilla, Dadab inhaló por la nariz para llenar por completo los pulmones. El metano de la estancia no estaba menos viciado que el que llevaba a la espalda, pero producía una sensación agradable respirar libre de aquel peso. Mientras contemplaba cómo *Más Ligero que Algunos* insertaba el tentáculo en la caja e investigaba con cuidado el interior, volvió a recordar lo mucho que apreciaba la compañía de la criatura.

Había convivido con múltiples Huragoks en los viajes de adiestramiento que había realizado durante su educación en el seminario del Ministerio. Pero se habían mantenido aparte, particularmente concentrados en mantener sus naves en buen estado de funcionamiento. Motivo por el que Dadab se había sentido más que un poco sorprendido la primera vez que *Más Ligero Que Algunos* había flexionado las extremidades en dirección a él y repetido un único gesto una y otra vez basta que el Unggoy comprendió que intentaba transmitir un simple: «¡Hola!».

De repente, *Más Ligero Que Algunos* sacó con una sacudida el tentáculo de la caja…, lo retiró como sobresaltado. Los sacos del Huragok se inflaron, y luego empezó a agitar las extremidades en un discurso espástico. Dadab se esforzó por seguirlo.

«¡Inteligencia!… ¡Coordina…!… Sin duda los alienígenas… ¡Aún más que los nuestros!»

«¡Para! —lo interrumpió Dadab, escupiendo la boquilla de alimentación al mismo tiempo que se ponía en pie de un salto—. ¡Repite!»

Con un esfuerzo visible, el Huragok obligó a sus tentáculos a enroscarse más despacio. Dadab observó con ojos que se movían a toda velocidad. Por fin, captó lo que la criatura quería decirle.

«¿Tú, seguro?»

«¡Sí! ¡Hay que decírselo a la capitana!»

El Minor Transgression no era una nave grande. Y el tiempo que utilizó Dadab para volver a colocarse el tanque, haciendo todo lo posible por no arrugar la túnica, fue el que el Huragok y él necesitaron para abandonar la sala y recorrer el único corredor central de la nave hasta el puente.

* * *

—O te quitas la máscara —dijo la capitana después de que Dadab transmitiera, jadeante, la valoración de *Más Ligero Que Algunos*—, o aprendes a hablar con más claridad.

Chur'R-Yar estaba encaramada a un elevado sillón de mando, y su piel amarillo claro la convertía en la cosa más brillante del pequeño y lóbrego puente.

Dadab tragó dos veces para eliminar un poco de lodo residual de la garganta y volvió a empezar.

—El artefacto es una colección de circuitos similar a los senderos de procesamiento que discurren por nuestra nave.

—Mi nave —interpuso Chur'R-Yar.

Dadab dio un respingo.

—Sí, por supuesto.

No por primera vez deseó que la capitana compartiera el espinoso plumaje de Zhar; los apéndices cambiaban de color dependiendo del estado de ánimo del macho de la especie, y justo en aquel momento el Diácono estaba desesperado por evaluar el nivel de impaciencia de Chur'R-Yar. Pero como todas las hembras Kig-Yars, la parte posterior de la cabeza de la capitana estaba cubierta de callosidades marrón oscuro; piel gruesa como un mosaico de moretones que hacía que los estrechos hombros parecieran aún más encorvados de lo que estaban en realidad.

Dadab decidió no correr riesgos e ir al grano.

—La caja es alguna especie de dispositivo de navegación. Y aunque está dañado… —El Diácono hizo una seña a hurtadillas al Huragok, quien se balanceó en el aire hasta un panel de control fijado en una pared—, todavía recuerda su punto de origen.

Más Ligero Que Algunos hizo tamborilear las puntas de los tentáculos sobre los interruptores luminosos del panel. Al cabo de unos instantes, una representación holográfica tridimensional del espacio que rodeaba al *Minor Transgression* tomó forma en un holoproyector delante del sillón de Chur'R-Yar. El proyector no era más que el espacio entre dos lentes de cristal oscuro: una incorporada a un pedestal de platino y la otra insertada en el techo del puente. Como la mayoría de las superficies en la nave Kig-Yar, el techo estaba cubierto con unas láminas de metal morado que, al atrapar la luz del holograma, mostraron un dibujo hexagonal más oscuro… una cuadrícula subyacente de berilio.

—Nosotros estábamos aquí —empezó a decir Dadab a la vez que un triángulo rojo que representaba la nave Kig-Yar aparecía en la proyección— cuando registramos la fuga de radiación del navío alienígena —mientras hablaba, la proyección (controlada por *Más Ligero Que Algunos)* cambió de posición y efectuó un *zoom*, para mostrar iconos adicionales según se requiriese—. Aquí es donde hicimos

contacto. Y aquí es donde *Más…*, donde tu Huragolc cree que el navío inició el viaje.

La capitana orientó uno de sus ojos rojo rubí en forma de globo hacia el sistema que aparecía realzado. Estaba fuera del sector que el ministerio le había encargado patrullar; más allá del límite del espacio del Covenant, aunque Chur'R-Yar sabía que era una herejía sugerir tal límite. Los Profetas creían que en una ocasión los Forerunners tuvieron bajo su dominio la galaxia entera, de modo que todo sistema era terreno consagrado; un arsenal en potencia de reliquias importantes.

—¿Y su destino? —preguntó Chur'R-Yar, y la larga lengua repiqueteó en la parte superior de la boca con aspecto de pico.

Una vez más el Diácono hizo una seña al Huragok. La criatura emitió una especie de balido desde sus sacos y agitó con rapidez dos de las extremidades.

—Me temo que los datos se han perdido —respondió Dadab.

La capitana rodeó con las zarpas los brazos del asiento. Odiaba que el Unggoy hubiera aprendido el lenguaje del Huragok; que el Diácono sirviera ahora como intermediario entre ella y un miembro de su tripulación. No por primera vez consideró deshacerse del Diácono a través de una cámara estanca. Pero mientras contemplaba con atención el inexplorado sistema, comprendió que el mojigato succionador de gas había pasado a ser de improviso muchísimo más útil.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que aprecio tu buen asesoramiento? —preguntó la capitana, relajándose en el sillón—. ¿Qué sugieres que contemos al ministerio?

El arnés empezó a rozarle a Dadab en el cuello, y éste contuvo el impulso de rascarse.

—Como en todas las cuestiones, seguiré la recomendación de la capitana. —Dadab eligió las palabras con mucho cuidado.

No acostumbraba a ocurrir que Chur'R-Yar le hiciera una pregunta; y ella jamás le había pedido su opinión.

—Estoy aquí para servir, y al hacerlo honro la voluntad de los Profetas.

—T al vez deberíamos esperar para hacer nuestro informe a que hayamos tenido una oportunidad de inspeccionar el sistema alienígena —reflexionó Chur'R-Yar—. Dar a los Seres Sagrados tanta información como podamos.

—Estoy seguro de que el ministerio… apreciaría el deseo de la capitana de ofrecer un testimonio más completo sobre este importante descubrimiento.

Dadab no había dicho «aprobaría», pero si la hembra Kig-Yar quería sacar su nave del sector, Dadab no podía detenerla. Al fin y al cabo, ella era la capitana.

Pero el Diácono tenía otra razón, más personal, para expresar su conformidad. Sí de verdad encontraban algo de valor en el sistema inexplorado, sabía que ello no haría más que ayudar a acelerar su ascenso. Y para lograr eso, Dadab estaba dispuesto a apartarse un poco de las normas. «Al fin y al cabo —pensó—, los retrasos en las comunicaciones ocurren todo el tiempo».

—Una recomendación excelente. —La lengua de Chur'R-Yar osciló entre los

irregulares dientes—. Fijaré un rumbo nuevo. —Luego, hizo un rápido movimiento de cabeza—. Quizá así podamos seguir Sus pasos.

—Y de ese modo prestar más atención al Sendero —respondió el Diácono, completando la bendición.

La máxima honraba la divinidad de los Forerunners: el momento en que activaron los siete misteriosos anillos Halo y desaparecieron de la galaxia, sin dejar tras ellos a ninguno de los suyos. A decir verdad, aquella creencia de que uno podía convertirse en un dios siguiendo los pasos de los Forerunners era el quid de la cuestión en la religión del Covenant. «¡Un día —habían prometido hacía tiempo los Profetas a sus fieles hordas—, encontraremos los Anillos Sagrados! ¡Descubriremos el instrumento mismo de la trascendencia de los Forerunners!»

Dadab, y billones de sus camaradas del Covenant, creían aquello a pies juntillas.

El Diácono retrocedió, alejándose del sillón de mando de la capitana, al mismo tiempo que hacía una seña a *Más Ligero Que Algunos* para que lo siguiese. Se volvió en redondo con toda la elegancia que le permitió su tanque de metano y luego cruzó con paso vivo la puerta corredera automática del puente.

—Fanático —siseó la capitana mientras las dos mitades de la puerta se cerraban.

Dio un golpecito a un interruptor holográfico del brazo del sillón que controlaba el mecanismo de comunicación de la nave.

—Regresad inmediatamente. Traed sólo lo que podáis cargar.

—Pero capitana —la voz de Zhar crepitó desde el sillón—, toda esta comida sería…

—¡Regresad a vuestros puestos! —chirrió Chur'R-Yar, a quien el Diácono había agotado la paciencia—. ¡Abandonadlo todo!

La capitana dio un furioso manotazo al interruptor. Luego, con una voz áspera que sólo ella pudo oír, murmuró:

—Pronto encontraremos mucho, mucho más.

4

MUNDO COLONIA HARVEST DEL UNSC, SISTEMA EPSILON INDI, 21 DICIEMBRE 2524

Durante su slip desde la Tierra, el ordenador de la sala de criogenización de la corbeta de ataque rápido *Two for Flinching* del UNSC condujo a Avery a través de un sueño largo y cíclico. A petición suya, los circuitos permitieron a Avery disfrutar de períodos de descanso anabólico, llevándolo a través de períodos REM repletos de sueños tan de prisa y tan raramente como era posible. Todo ello se logró mediante ajustes cuidadosos en la atmósfera próxima al grado de congelación de la criocápsula y la acertada aplicación de fármacos de forma intravenosa; drogas que controlaban tanto la frecuencia como la duración de los ciclos de sueño de los sujetos en criogénesis e influenciaban el contenido de los sueños.

Pero no importaba el tipo de medicamentos administrados a Avery antes de que lo congelaran, siempre soñaba exactamente lo mismo: la peor de sus misiones contra los Insurrectos; una serie de instantáneas chamuscadas que culminaban en cualquiera que fuese la operación que acababa de completar.

Aun cuando los detalles sangrientos de aquellas misiones eran cosas que Avery habría preferido experimentar sólo una vez, el auténtico horror de sus sueños era su insinuación de que había hecho mucho más daño que bien. La voz de su tía resonaba en su cabeza…

Haz que me sienta orgullosa, haz lo que es correcto.

El crioordenador observó una oleada de actividad en el cerebro de Avery —un esfuerzo por escapar del REM— y aumentó la dosis. La *Two for Flinching* acababa de emerger del Slipspace y penetraba en el vector que la llevaría a su destino. Era hora de que el ordenador iniciara el deshielo de Avery, y el protocolo operativo estándar ordenaba mantener a los sujetos soñando a lo largo de toda la secuencia.

Los medicamentos tomaron el control, y Avery se durmió más profundamente. Y la película que veía mentalmente siguió desarrollándose…

Un remolque que ha derrapado y caído a la cuneta de una carretera, con el motor incendiado escupiendo humo. Una salva inicial de vítores por parte de otros marines en una torre de control que piensan que Avery acaba de liquidar a un terrorista Innie, y luego la comprensión de que sus unidades ARGUS habían funcionado mal que el conductor civil muerto del remolque no había hecho nada aparte de recoger la carga equivocada.

Hacía sólo unos pocos meses que Avery había abandonado el campamento de entrenamiento de reclutas. Y la guerra ya se había recrudecido.

Si uno escuchaba la propaganda cuidadosamente presentada por el UNSC, los Innies eran todos la misma clase de manzana podrida: tras dos siglos de causa común, grupos aislados de colonos desagradecidos empezaron a hacer campaña a favor de una mayor autonomía; por la libertad de actuar del modo más conveniente para sus mundos individuales, no en el que fuera más conveniente para el imperio en su conjunto.

Al principio hubo un número considerable de personas que se solidarizaban con la causa de los Innies. Era comprensible que los rebeldes estuvieran hartos de que les dijeran cómo vivir sus vidas —qué empleos aceptar, cuántos hijos engendrar— los burócratas del CA; los a menudo ineptos representantes de un gobierno con base en la Tierra que cada vez comprendía menos los desafíos sin precedentes a que se enfrentaban las colonias. Pero aquella solidaridad se evaporó con rapidez cuando (tras años de negociaciones frustrantes que no iban a ninguna parte) las facciones Innies más radicales abandonaron la política por la violencia. En un principio atacaron objetivos militares y a conocidos simpatizantes del CA. Pero cuando el UNSC inició sus operaciones contra la insurgencia, cada vez fueron más las personas inocentes atrapadas en el fuego cruzado.

Como recluta novato, Avery no comprendía por qué la Insurrección no había estallado en sistemas exteriores como Cygnus, donde los colonos estaban unidos por un credo y una etnia compartidas; una de las razones principales para el desmoronamiento del antiguo sistema de nación-estado de la Tierra y la ascensión de la UN como una fuerza unificadora. En su lugar, el enfrentamiento había estallado justo donde el UNSC estaba mejor equipado para hacerle frente: Epsilon Eridanus, el sistema más poblado y cuidadosamente administrado fuera del sistema solar.

Con todos los recursos a su disposición en aquel sistema, Avery se preguntaba porque el UNSC no había podido apaciguar a los Innies antes de que las cosas se descontrolaran. El FLEETCOM en Reach, las universidades y tribunales de Circumstance, las zonas industriales de Tribute… ¿no podían estas poderosas instituciones y motores de prosperidad económica haber presentado un plan aceptable para ambos bandos? A medida que la guerra se eternizaba, Avery empezó a advertir que tales recursos eran justo el problema: en Epsilon Eridanus, el UNSC tenía demasiado que perder.

Avery se estremeció en reacción al aumento de temperatura corporal. Pero también a las imágenes que pasaban más de prisa por su cabeza…

Casas llenas de agujeros pasando a toda velocidad ante rendijas para armas. Un estallido inesperado. Cuerpos esparcidos alrededor del cascarón en llamas del transporte acorazado que encabezaba el convoy. Fogonazos de cañones de armas en tejados. Una carrera para ponerse a cubierto a través de la carnicería. Balas que rebotan y parloteo en la radio. Columnas de fósforo de artillería lanzada por drones. Mujeres y niños que corren fuera de casas en llamas, dejando huellas ensangrentadas espesas como caramelo.

Con los ojos moviéndose veloces bajo los párpados, Avery recordó las instrucciones de su tía: «Conviértete en el hombre que sé que puedes ser».

Luchó por mover las extremidades laxas, pero el ordenador aumentó la dosis y lo mantuvo inconsciente. Nada iba a detener el ultimo acto de pesadilla…

Un atestado restaurante de carretera. Una mujer desesperada rodeada de hombres decididos. Los pies que patalean de un niño que se asfixia. La embestida de un padre y el momento que Avery dejó pasar, reduciéndolo todo a impacto y calor que hicieron girar su Hornet como una peonza.

Avery despertó y respiró entrecortadamente, inhalando una bocanada del vapor helado que llenaba su criotubo. A toda prisa, el ordenador inició la purga de emergencia. De algún modo, a pesar de habérsele dado más del triple de la cantidad recomendada de inductores del sueño, Avery había neutralizado las fases finales del deshielo. El ordenador anotó la anomalía, retiró con cuidado la intravenosa y el catéter, y abrió la tapa curva de plástico transparente del tubo.

Avery rodó sobre un codo, se inclinó por encima del borde del tubo y tosió: una serie de violentas arcadas húmedas. Mientras recuperaba el aliento, oyó el sonido de pies descalzos sobre el suelo de caucho de la sala. Al cabo de un momento una pequeña toalla cuadrada apareció en su campo visual.

—Todo bajo control —escupió Avery—. Déjame en paz.

—Pasas de cero a ser un imbécil en menos de cinco. —Era la voz de un hombre, no mucho mayor que Avery—. Me he topado con soldados rasos que son más rápidos. Pero eso está bastante bien.

Avery alzó los ojos. Como él, el hombre estaba desnudo, pero tenía la piel de una palidez alarmante. Su pelo rubio empezaba a asomar en la cabeza afeitada no hacía mucho; como los primeros pelillos sedosos de una espiga de maíz. El mentón del hombre era alargado y estrecho. Cuando sonreía, las mejillas enjutas se hinchaban dándole un aire pícaro.

—Healy. Suboficial de primera clase. Ayudante médico.

Todo lo cual significaba que Healy era de las fuerzas navales… no un marine. Pero parecía bastante simpático. Avery le cogió la toalla y se limpió el rostro y la barbilla perfectamente afeitados.

—Johnson. Sargento mayor.

La sonrisa de Healy se ensanchó.

—Bueno, al menos no tengo que saludarte.

Avery balanceó las piernas fuera de la criocápsula y dejó que los pies descansaran sobre el suelo. Sentía la cabeza hinchada… a punto de estallar. Respiró hondo e intentó que la sensación desapareciera lo más de prisa posible.

Healy indicó con la cabeza la puerta de un mamparo en el otro extremo de la sala.

—Vamos, las taquillas están por aquí. No sé qué clase de sueños has tenido, pero el mío no implicaba quedarme ahí sentado mirándole las pelotas a otro tipo.

Avery y Healy se vistieron, recogieron los respectivos petates, y se presentaron en

el modesto hangar del *Two for Flinching*. Las corbetas eran el tipo más pequeño de naves de guerra del UNSC y no transportaban cazas. De hecho, apenas si había espacio suficiente en el hangar para una lanzadera SKT13, una versión mayor de los bulbosos botes salvavidas Bumblebee que eran habituales en toda la flota.

—Siéntense y sujétense —gritó el piloto de la lanzadera por encima del hombro mientras Avery y Healy subían a bordo—. La única razón de que nos hayamos detenido es para desembarcarlos a los dos.

Avery estibó sus bolsas y se deslizó en uno de los asientos que miraban al centro del SKT. Después bajó una barra de contención en forma de «U» por encima de sus hombros. La lanzadera cayó por una cámara estanca del suelo del hangar y aceleró para alejarse de la popa de la corbeta.

—¿Has estado alguna vez en Harvest? —gritó Healy por encima del aullido de los propulsores de la lanzadera.

Avery estiró el cuello en dirección a la cabina de mando.

—No.

Pero sí había estado. Era difícil recordar con exactitud cuándo. Uno no envejecía estando en sueño criogénico, pero el tiempo transcurría de todos modos. Avery calculaba que había pasado al menos tanto tiempo dormido como despierto desde que se había alistado en los marines. Pero a pesar de todo, sólo había permanecido en Harvest el tiempo necesario para encontrar su objetivo, planear el golpe y reducir en uno el número de funcionarios corruptos del CA. Fue su misión de graduación de la escuela de francotiradores de Guerra Naval Especial. Y la había superado con gran éxito.

Entrecerró los ojos cuando el interior del vehículo se iluminó con más fuerza. Más allá de los tabiques transparentes de la cubierta de la cabina, había aparecido Harvest. Nubes dispersas dejaban ver un mundo donde la tierra era mucho más abundante que el mar. Un único continente enorme brillaba con fuerza en tonos marrón claro y verdes a través de la atmósfera no contaminada del planeta.

—También es la primera vez para mí —dijo Healy—. En mitad de ninguna parte. Pero no tiene mal aspecto.

Avery se limitó a asentir con la cabeza. Como la mayoría de sus misiones, su actuación en Harvest estuvo clasificada como secreta, y él no tenía ni idea de qué clase de autorización tenía el ayudante médico.

La lanzadera viró en dirección a un destello metálico en la aurora azul intenso de la atmósfera de Harvest. Una estructura que orbitaba, advirtió Avery a medida que se aproximaban; dos arcos plateados que colgaban muy por encima del planeta. No habían estado allí en su visita anterior.

A medida que la lanzadera se acercaba más, Avery vio que los arcos estaban separados por ramales dorados de miles de kilómetros: montacargas espaciales que atravesaban el arco inferior y descendían a la superficie de Harvest. Los puntos en los que los montacargas cortaban el arco estaban abiertos al vacío; aberturas ocupadas

por conjuntos de vigas que, de lejos, parecían una delicada filigrana.

—Agárrense —gritó el piloto—. Tenemos tráfico.

Con ráfagas cortas y sincopadas de los cohetes de maniobra, la lanzadera sorteó una de las muchas ordenadas formaciones de módulos de propulsión reunidas alrededor de la estación orbital. Avery advirtió que los diseñadores de los módulos no habían efectuado el menor esfuerzo por embellecer sus creaciones; eran máquinas, nada más. Mangueras, tanques, cables… La mayoría de las partes que componían el módulo estaban a la vista. Sólo los caros mecanismos de transmisión Shaw-Fujikawa estaban recubiertos con elementos de protección.

Cuando estuvo más cerca de la estación orbital, la lanzadera giró 180 grados y entró marcha atrás en una cámara estanca.

Tras unos cuantos ruidos metálicos y siseos de presión, un indicador en la escotilla posterior de la nave pasó de rojo a verde. El piloto alzó el pulgar en dirección a sus pasajeros.

—Buena suerte. Cuidado con las hijas de esos granjeros.

La lanzadera se soltó tan pronto como Avery y Healy estuvieron sin novedad dentro de la estación.

—Bienvenidos a la Tiara —resonó una voz femenina muy remilgada desde un sistema de megafonía invisible—. Me llamo Sif. Por favor, háganme saber si hay algo que pueda hacer para que su tránsito resulte más cómodo.

Avery abrió la cremallera de uno de los bolsillos de su petate y sacó una gorra de color caqui.

—Sólo algunas indicaciones, por favor, señora.

Encajó la gorra en la coronilla y se la encasquetó bien sobre la frente.

—Desde luego —respondió la IA—. Esta cámara estanca conduce directamente a la mediana. Giren a la derecha y sigan avanzando hasta la estación de acoplamiento número tres. Les haré saber si se equivocan de salida.

Los tubos fluorescentes del techo de la cámara estanca aumentaron de intensidad al abrirse la puerta interior. En la angosta sala el aire estaba cargado, pero en el espacio inesperadamente despejado del otro lado, la atmósfera reciclada parecía menos opresiva. Resultó que la mediana era una plataforma amplia suspendida en la mitad de la estación orbital tubular mediante gruesos cables de metal. Avery supuso que la Tiara tenía unos cuatro kilómetros de largo y que el interior se acercaba a los trescientos metros de diámetro. Seis largueros biselados de titanio recorrían toda la longitud del complejo. Estos estaban colocados a distancias idénticas en el interior del tubo y conectados unos con otros mediante vigas más pequeñas perforadas con agujeros ovales para ahorrar peso sin sacrificar resistencia. El suelo de la mediana lo cubría una rejilla con un dibujo de rombos que, si bien perfectamente sólida y resistente, daba la impresión de que andabas por el aire.

—¿Llevas a cabo mucho CMT? —preguntó Healy mientras iban hacia la estación tres.

Avery conocía el acrónimo: Adiestramiento de Milicia Colonial, una de las actividades más controvertidas del UNSC. Oficialmente, el CMT tenía como ocupación ayudar a los lugareños a ayudarse a sí mismos: adiestrar a los colonos para que pudieran ocuparse de los desastres naturales y la seguridad interna básica, de modo que los marines no tuvieran que mantener demasiados efectivos en el terreno. Extraoficialmente, estaba diseñado para crear fuerzas paramilitares antiinsurrectos; aunque Avery se había preguntado a menudo si de verdad era una buena idea dar armas a los colonos de mundos políticamente inestables, y adiestrarlos en su utilización. Según su experiencia, el aliado de hoy a menudo era el enemigo de mañana.

—Jamás —volvió a mentir Avery.

—Entonces… ¿qué? —prosiguió Healy—. ¿Buscabas un cambio de ritmo?

—Algo parecido.

Healy rió y negó con la cabeza.

—Entonces debes de haber estado acuartelado en un lugar de mierda.

«No sabes ni la mitad», pensó Avery.

La mediana efectuó una curva pronunciada a la izquierda, y al pasar ante una ventana larga, Avery atisbo fuera para mirar la estación: era una de las aberturas afiligranadas que había visto cuando se acercaban. Habían cortado dos aberturas rectangulares en la parte de arriba y la de abajo del casco, dejando los largueros superior e inferior al descubierto. A través de ellos discurría el ramal del montacargas número tres de la Tiara.

Avery observó como dos contenedores de carga adosados aparecían ante su vista, llenando la estación. Era difícil ver por la ventana, pero vislumbró dos módulos de propulsión que maniobraban hacia la parte superior de los contenedores. Una vez que los módulos quedaron ensamblados, los contenedores se alzaron fuera de la Tiara, luego invirtieron la polaridad de los imanes de unión y los dos cargueros recién creados marcharon cada uno por su lado. De principio a fin, la operación tardó menos de treinta segundos.

—Muy logrado —comentó Healy lanzando un silbido.

Avery no disintió. Los contenedores eran inmensos, y la coordinación necesaria para moverlos de modo sincronizado —no tan sólo en aquel ramal, sino en los siete montacargas de la Tiara a la vez— era verdaderamente impresionante.

—Una más a la derecha y luego busquen la cámara estanca de la torre de lanzamiento —anunció Sif.

El corredor que discurría alrededor de la estación era más estrecho que la vía principal de la estación orbital, y la voz de Sif sonó muy cercana.

—Llegan justo a tiempo para el cambio de turno.

Fuera de la cámara estanca había una docena de técnicos de mantenimiento de la estación, vestidos con monos blancos con rayas azules a lo largo de brazos y piernas. A pesar de la amplia sonrisa de Healy, los técnicos echaron inquietas miradas a los

dos inesperados soldados. A Avery le complació que la vagoneta de bienvenida, un contenedor más pequeño utilizado en un principio para transportar grandes cantidades de colonos emigrantes desde las naves a la superficie, subiera en seguida a la estación; no tenía ganas de más conversaciones incómodas.

Repicó una alarma y la puerta corredera de la cámara estanca se abrió. Avery y Healy siguieron a los técnicos por un puente flexible que se estiró como un acordeón hasta la vagoneta. Una vez dentro dejaron caer los petates en un recipiente de almacenamiento bajo una sección de asientos: tres gradas empinadas construidas contra las paredes de la vagoneta. La pared justo delante de la grada elegida por los dos soldados estaba ocupada por una alta portilla rectangular.

—¿Todos bien instalados? Estupendo.

Sif habló a través de los altavoces del asiento de Avery mientras éste se sujetaba al arnés de cinco puntos de sujeción del asiento de respaldo alto. En la estación había gravedad artificial, pero una vez que la vagoneta partiera, sería caída libre.

—Espero que disfruten de su estancia.

—Oh, me aseguraré de que lo haga. —Healy esbozó una sonrisa picara.

La alarma repicó una segunda vez, la cámara estanca de la vagoneta se selló, y Avery inició el descenso.

* * *

Mientras una pequeña parte de Sif momtorizaba el descenso de la vagoneta de Avery, otra se manifestaba sobre el proyector holográfico de su centro de datos.

—Deje que empiece diciendo, señora Al-Cygni, lo mucho que le agradezco que eligiera llevar a cabo la auditoría en persona. Confío en que haya tenido un viaje agradable.

El avatar de Sif llevaba un vestido sin mangas que le llegaba hasta el tobillo en tonos puesta de sol. El vestido resaltaba su pelo dorado —recogido con elegancia detrás de las orejas— que caía en ondulaciones hasta la mitad de la espalda. Los brazos desnudos estaban levemente flexionados hacia fuera desde las caderas, y esto, combinado con el cuello largo y la barbilla alzada, proporcionaban la impresión de una bailarina del tamaño de una muñeca lista para alzarse sobre las puntas de los pies.

—Productivo —respondió Jilan Al-Cygni—. Decidí no entrar en crio.

La mujer estaba sentada en un banco bajo ante el proyector, vestida con el nada especial atuendo de un mando intermedio del UNSC: un traje pantalón marrón unos cuantos tonos más oscuro que su tez. El destello del granate de la insignia del DCS en el cuello alto complementaba el pintalabios color burdeos, el único toque decorativo en su, por otra parte, sobria apariencia.

—Estos días, el tiempo que paso en tránsito es el único momento que tengo para

ponerme al día.

El acento melódico de Al-Cygni era sutil, pero Sif efectuó una referencia cruzada en sus matrices y decidió que era probable que la mujer hubiera nacido en Nueva Jerusalén: uno de los dos mundos colonizados en el sistema Cygnus. A través de microcámaras insertadas en las paredes del centro de datos, Sif observó mientras la mujer se llevaba una mano a la parte posterior de la cabeza para comprobar las horquillas que mantenían la larga cabellera negra recogida.

—Imagino que el embargo a Eridanus resulta devastador —dijo Sif, asegurándose de abrir mucho los ojos de su avatar como muestra de comprensión.

—Mi número de casos se ha triplicado en los últimos dieciocho meses. —Al-Cygni suspiró—. Y si he de ser franca, el contrabando de armas no es mi especialidad.

Sif se posó una mano en el pecho.

—Bien, lamento haber añadido más cosas a lo que ya tiene entre manos. Haré que mi declaración sea lo más breve posible… Me saltaré el análisis de riesgos de los protocolos de mantenimiento de Madrigal y pasaré directamente al…

—La verdad —interrumpió Al-Cygni— es que espero a otra parte interesada.

Sif enarcó una ceja.

—Oh, no estaba enterada.

—Una decisión tomada en el último momento. Pensé que podría ahorrar tiempo combinando su auditoría con la tuya.

Sif notó cómo sus rutas de datos se calentaban. Pero antes de que pudiera protestar…

<\\> HARVEST.AO.IA.MACK >> HARVEST.SO.IA.SIF
<\ Lamento irrumpir. Fue idea suya, lo prometo.
>> ¿POR QUÉ ESTÁS AQUÍ?
<\ Responsabilidad. La caja era tuya, la fruta era mía.

Sif lo meditó durante una fracción de segundo. Era una explicación razonable. Pero si Mack iba a participar en su auditoría, ella iba a fijar algunas directrices.

>> CCM VOCAL SÓLO.
>> QUIERO QUE OIGA TODO LO QUE DIGAS.

—¡Buenas tardes! —dijo Mack, arrastrando las palabras, desde el sistema de altavoces del centro de datos—. Confío en no haberlas hecho esperar, señoras.

—En absoluto. —Al-Cygni sacó una placa COM del bolsillo de atrás del pantalón —. Justo empezábamos.

Durante los pocos segundos que tardó ella en encender la placa, las dos IA prosiguieron su conversación privada.

<\ Pensaba que odiabas mi voz.
» LA ODIO.
<\ Bueno, yo adoro oír la tuya.

Sif asumió una postura oficiosa y alargó una mano para señalar la placa de datos de Al-Cygni.

—Si quisiera consultar mi informe, sección uno, párrafo…

Pero mientras su avatar aparecía tranquilo y compuesto, el circuito lógico de Sif se revolvió rápidamente contra Mack y atacó antes de que sus algoritmos de contención emocional pudieran intervenir.

>> TUS FLIRTEOS SON, EN EL MEJOR DE LOS CASOS, ACOSO, EN EL PEOR, PERVERSIÓN NO LAS ACCIONES DE UNA INTELIGENCIA ESTABLE.
>> VAS, CREO, DE CAMINO AL DESCONTROL.
>> Y DEBO ADVERTIRTE QUE SIN UN CAMBIO RÁPIDO EN TU COMPORTAMIENTO, NO TENDRÉ OTRA ELECCIÓN QUE COMUNICAR MIS INQUIETUDES A LAS PERSONAS ADECUADAS INCLUIDO EL ALTO COMISIONADO DEL DOS.

Sif aguardó, con la temperatura del núcleo elevándose, la respuesta de Mack.

<\ Creo que la dama protesta un poco en exceso.
>> ¿CÓMO DICES?
<\ Es Shakespeare, cariño. Búscalo.
>> ¿BÚSCALO?

Sif abrió todas sus matrices de almacenamiento y empezó a meter todas las obras de Shakespeare (archivos individuales en todos los idiomas y dialectos humanos, pasados o presentes) en el interfaz de datos del COM de Mack. Luego añadió infolios multilingües de todos los demás dramaturgos del Renacimiento. Y, sólo para asegurarse de que lo había dejado claro —que Mack no tan sólo había efectuado una cita incorrecta de *Hamlet*, sino que su conocimiento del teatro y, por extensión, todos los demás temas, era un pálido reflejo del suyo propio—, Sif volvió sobre sus pasos y embutió traducciones de todas las obras de teatro desde Esquilo a las dialécticas absurdas del siglo XXV de la Cooperativa de la Commedia Cósmica. Al-Cygni alzó la cabeza de su placa de datos.

—¿Párrafo…?

—… tres —respondió Sif en voz alta. El retraso había sido de no más de unos pocos segundos, pero para una IA era como si hubiese sido una hora.

Al-Cygni cruzó las manos sobre el regazo y ladeó la cabeza.

—Ninguno de vosotros está bajo juramento —dijo en tono afable—. Pero por favor. Nada de conversaciones privadas.

Sif colocó una pierna detrás de la otra y efectuó una reverencia.

—Mis disculpas. —La mujer era más lista que la mayoría de los empleados del DCS con los que había tratado—. Mi colega y yo comparábamos simplemente informes del manifiesto del *Horn of Plenty*, por si acaso existía alguna discrepancia.

Puesto que no quería mentir, Sif transmitió rápidamente a Mack su informe de lo que el carguero había transportado.

<\ ¿Sólo sus obras teatrales?
» ¿CÓMO DICES?
<\ Esperaba un soneto.

Sif frunció los labios.

—Pero parece que estamos de acuerdo. —No podía ver la cara de Mack, pero sólo por sus palabras podía advertir que se estaba divirtiendo.

—¡Así es! —vibró la voz de Mack en el altavoz—. Los dos son idénticos como dos gotas de agua.

Al-Cygni sonrió.

—Por favor, continuad.

Sif bajó las revoluciones de sus matrices y dejó que los algoritmos guiaran el núcleo de vuelta a un estado más razonable. Su código tranquilizó sus sentimientos de bochorno, confusión e incluso agravio. A medida que el núcleo se enfriaba, hizo acopio de fuerzas para la réplica inminente de Mack. Pero, como el caballero que tan a menudo manifestaba ser, no escribió nada en privado; no brindó un solo *byte* insinuante durante el resto de la auditoría.

5

HARVEST, 21 DICIEMBRE 2524

Avery experimentó un vértigo momentáneo cuando la vagoneta abandonó con brusquedad la Tiara. La gravedad artificial de la estación no era muy fuerte, pero a pesar de ello la vagoneta necesitó engranar las paletas maglev —efectuar un contacto temporal con la película superconductora del ramal número tres— para poder liberarse. Tras unos pocos kilómetros, las paletas se replegaron y la cabeza de Avery dejó de dar vueltas. El tirón de la masa de Harvest fue todo lo que el vehículo necesitó para proseguir con la caída.

Por los altavoces, el ordenador de información del vehículo anunció que el viaje desde una órbita geoestacionaria hasta Utgard, la capital ecuatorial de Harvest, duraría menos de una hora. Luego, por los altavoces más pequeños del asiento de Avery, le preguntó si le gustaría oír la presentación planetaria oficial del CA. Avery dirigió una veloz mirada a Healy, que todavía toqueteaba su arnés unos cuantos asientos a su izquierda. Sobre todo para no tener que pasar todo el viaje eludiendo las preguntas incómodas del ayudante médico, Avery accedió.

Al instante, el sargento mayor notó cómo su placa COM vibraba en sus pantalones de faena color caqui. Lo sacó del bolsillo y dio un golpecito a la pantalla táctil, conectándola a la red de la vagoneta. Luego retiró los auriculares integrados y se los colocó. A medida que el esponjoso revestimiento se expandía para encajar en sus canales auditivos, el zumbido de los calefactores de la vagoneta quedó condensado en un rugido sordo, y en aquella aproximación al silencio, el ordenador inició la narración grabada.

—«En nombre de la Autoridad Colonial, bienvenido a Harvest… ¡cuerno de la abundancia de Epsilon Indi! —dijo con entusiasmo una voz masculina—. Soy la "inteligencia artificial de operaciones agrícolas" de este mundo. Pero por favor, llámeme Mack».

El sello oficial de la CA apareció poco a poco en la pantalla de la placa de datos de Avery: una silueta alzándose de una águila icónica en un círculo de diecisiete estrellas brillantes, una por cada mundo del UNSC. El ala del águila cobijaba un grupo de colonos, cuyos ojos esperanzados estaban puestos en una flota de elegantes naves coloniales que ascendían a lo largo del pico alzado del ave.

La imagen denotaba expansión a través de la unidad, un mensaje que, a la luz de la Insurrección, a Avery le resultó más ingenuo que inspirador.

—«Para toda persona en cada uno de nuestros mundos, Harvest es sinónimo de

sustento. —Por debajo de la voz pausada y desenvuelta de Mack, empezaron a sonar los primeros acordes enardecedores del himno planetario de Harvest—. Pero ¿qué nos permite producir tal munificencia de comida saludable y fresca?»

Hizo una pausa en la narración para darle más teatralidad, y en aquel momento el polo septentrional del planeta se alzó por encima del borde inferior de la portilla de la pared situada frente al asiento de Avery; un trozo de mar azul intenso, carente de hielo, que descansaba en la suave curva de una costa.

—«Dos palabras —prosiguió Mack, respondiendo a su propia pregunta—: Geografía y clima. El supercontinente Edda cubre más de dos tercios de Hanest, lo que genera una abundancia de terreno cultivable. Dos mares con una baja salinidad: Hugin en el norte y Munin en el sur, son para el planeta la principal fuente de…»

Healy dio un golpecito a Avery en el hombro, y el sargento mayor se sacó uno de los auriculares.

—¿Quieres algo? —preguntó el ayudante médico, indicando con la cabeza una hilera de comida y dispensadores bajo la portilla.

Avery negó con la cabeza.

Healy saltó por encima de las piernas de Avery y se impulsó a lo largo de los asientos hasta el final de la hilera. Había suficiente gravedad en la vagoneta para que Healy pudiera llevar a cabo una caída controlada por unos escalones, impulsarse a lo largo de la barandilla y llegar hasta una área común despejada delante de los dispensadores. Pero cuando el oficial intentó andar, sus piernas parecieron perder pie y cayó hacia atrás sobre las manos extendidas. Avery detectó un atisbo de voluntad en la payasada de Healy; como si quisiera hacer reír.

Si así era, funcionó. Algunos de los técnicos de mantenimiento de la Tiara, sentados en las gradas situadas a la derecha de Avery, aplaudieron y silbaron mientras el ayudante médico intentaba recuperar el equilibrio. Healy encogió los hombros y ofreció una sonrisa tímida que venía a decir: «¿Qué le voy a hacer?». Luego continuó en dirección a los dispensadores.

Avery frunció el entrecejo. Healy era la clase de soldado que le habría gustado cuando se alistó en los marines: un bromista, un alborotador; la clase de recluta que de verdad parecía disfrutar llevándose la peor parte de la cólera de los instructores. Pero no había muchos bromistas en la sección del cuerpo al que pertenecía Avery, y no obstante lo mucho que Avery aborrecía admitirlo, se había acostumbrado tanto a la omnipresente adustez de los otros marines del NavSpecWar que combatían la Insurrección que le costaba mucho relacionarse con nadie que no compartiera el enfoque pragmático a la vida de soldado de sus compañeros.

—«El ochenta por ciento de Edda está a unos quinientos metros del nivel del mar —proseguía Mack—. De hecho, el único cambio de altitud de auténtica importancia tiene lugar a lo largo del Bifrost… lo que ustedes llaman una escarpadura… que divide el continente en diagonal. Eche una mirada. Debería poder verla ahora, justo al oeste de Utgard».

Avery se sacó el auricular restante. La vista hablaba ya por sí misma.

Pudo distinguir apenas la punta nororiental del Bifrost bajo una madeja de cirros; un brillante declive de pizarra caliza que empezaba en las llanuras septentrionales justo al sur del mar Hugin y discurría en dirección sureste hacia el ecuador. Debido a la orientación de la portilla, Avery no podía ver directamente abajo. Pero podía imaginar la vista: un semicírculo de los siete ramales de la Tiara, iluminados por el sol, orientados hacia Utgard.

Transcurrieron muchos minutos, y luego la portilla quedó ocupada por un batiburrillo de colores pastorales: amarillos, verdes y marrones; una cuadrícula creciente de campos de cultivo entrecruzados por líneas plateadas. Avery asumió sin equivocarse que éstas formaban parte de un sistema de ferrocarril maglev; siete líneas principales que salían de depósitos situados en la base de cada uno de los montacargas y se dividían en vías secundarias más pequeñas, igual que las venas en una hoja.

El ordenador de la vagoneta volvió a hablar por los altavoces para avisar a los pasajeros que regresaran a sus asientos mientras tenía lugar la desaceleración al interior de Utgard. Pero los técnicos seguían bebiendo cerveza de los distribuidores automáticos cuando el primero de los edificios de la capital apareció ante la vista. La silueta de los edificios recortados contra el horizonte no era espectacular; eran sólo unas pocas docenas de torres, ninguna de más de veinte pisos. Pero todos los edificios eran diseños modernos envueltos en cristal, prueba de que Harvest había evolucionado mucho desde la última visita de Avery. Cuando había llevado a cabo la misión, la ciudad no era mucho más que unos pocos bloques prefabricados de polycrete, y toda la colonia tenía una población de cincuenta, tal vez sesenta mil residentes. Comprobando su placa de datos COM una vez más antes de guardarla, averiguó que el número había aumentado hasta algo más de trescientos mil.

De improviso, los edificios desaparecieron y la vagoneta se oscureció a medida que pasaba al interior del anclaje del ramal número tres: un voluminoso monolito de polycrete conectado a un almacén inmenso donde docenas de contenedores de carga esperaban para ascender. Avery aguardó a que los técnicos abandonaran el vehículo y luego se reunió con Healy junto al contenedor de equipaje. Recuperaron los petates y emergieron por la terminal de pasajeros del anclaje, con los ojos pestañeando bajo la luz de la tarde de Epsilon Indi.

—Mundos agrícolas —refunfuñó Healy—. Siempre hace más calor que en el infierno.

El denso aire ecuatorial de Utgard había saturado al instante las propiedades capilares de los uniformes y la tela se pegó a la parte baja de sus espaldas mientras los dos soldados descendían pesadamente hacia el oeste por una rampa de losas hasta un amplio paseo bordeado de árboles. Un taxi blanco y verde esperaba con el motor al ralentí junto al bordillo del paseo. En la franja de cinta holográfica de la puerta del pasajero centelleaba el sencillo mensaje: TRANSPORTE: JOHNSON, HEALY.

—¡Ábrete! —gritó a voz en cuello Healy, golpeando con un puño el techo del taxi.

El vehículo alzó las portezuelas abatibles y abrió de golpe el maletero. Guardadas las bolsas, Avery se instaló en el asiento del conductor y Healy ocupó el del copiloto. Unos ventiladores zumbaron en el interior del salpicadero y una ráfaga helada atacó el aire húmedo.

—Hola —gorjeó el turismo al mismo tiempo que penetraba en el escaso tráfico del paseo—, se me ha indicado que los lleve a… —Hubo una pausa mientras preparaba una respuesta concatenada—. Guarnición. Milicia. Colonial. Autovía de Gladsheim. Salida veintinueve. ¿Es eso correcto?

Healy se lamió el sudor del labio superior. Había conseguido beber una cantidad aceptable de cerveza durante el descenso de la vagoneta, y las palabras le salieron un tanto inarticuladas.

—Sí, pero es necesario que hagamos una parada. Uno trece avenida Nobel.

—Confirmado. Uno tre…

—¡Anula eso! —gritó con aspereza Avery—. ¡Prosigue con la ruta preconfirmada!

El turismo aminoró la marcha, confundido por un momento, y luego giró a la izquierda por un paseo que bordeaba el extremo septentrional de un largo parque cubierto de hierba: el bulevar central de Utgard.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Uno de los técnicos me habló de un lugar con damas realmente simpáticas. E imaginé que antes de que…

Avery lo interrumpió.

—Coche, yo conduzco.

—Asume toda la responsabilidad por…

—¡Sí! Y dame un mapa.

Un volante compacto se desplegó de un compartimento en el salpicadero y Avery lo aferró con ambas manos.

—Control manual confirmado —respondió el vehículo—. Por favor, conduzca con prudencia.

Mientras Avery oprimía una almohadilla de presión en el volante que estaba conectada al acelerador del turismo, una cuadrícula fantasmagórica de las calles circundantes apareció en la superficie interior del parabrisas. Avery memorizó la ruta al momento.

—Elimina el mapa. Y baja el maldito aire acondicionado.

Los ventiladores aminoraron y la humedad empezó a avanzar a hurtadillas, intimidada pero no vencida.

—Oye, Johnson. —Healy suspiró, subiéndose las mangas de la camisa—. Eres nuevo en esto, así que deja que me explique. Tan sólo hay dos razones para pertenecer al CMT. La primera: es muy difícil que te peguen un tiro. La segunda: es el mejor modo de degustar toda clase de traseros coloniales.

Avery cambió de carril sin avisar y Healy se desplazó violentamente contra el lado de la puerta del pasajero. El ayudante médico volvió a enderezarse con un suspiro malhumorado.

—Un uniforme hará que te maten en Eridanus, pero aquí te permitirá echar unos cuantos polvos.

Avery se obligó a contar hasta tres en voz muy baja y aflojó la presión del pulgar sobre el acelerador. A su izquierda, una fuente en mitad del bulevar lanzaba columnas de agua a gran altura. La nube de gotas se difundió por el bulevar, convirtiendo el parabrisas polvoriento del taxi en un revoltijo de motas de barro. Los limpiaparabrisas entraron en acción automáticamente y despejaron el campo visual en un momento.

—Mi uniforme significa lo mismo dondequiera que vaya —replicó Avery con calma—. Dice a la gente que soy un marine, no un marinerito al que no han disparado ni una sola vez y que aún menos ha disparado una sola bala a otra persona. Mi uniforme me recuerda el Código de Conducta del UNSC, que establece restricciones muy claras sobre el consumo de alcohol y la confraternización con civiles. —Esperó a que Healy se sentara un poco más tieso en su asiento—. Y lo que es más importante, mi uniforme me recuerda a los hombres que ya no viven para llevarlo.

En la mente de Avery centelleó un recuerdo: los contornos fantasmales de una escuadra de marines dentro de un restaurante, que la cámara térmica de un drone mostraba de un blanco brillante. Apartó los ojos de la calzada… y miró directamente a Healy.

—Le faltas al respeto a tu uniforme. Les faltas al respeto a ellos. ¿Me oyes?

El ayudante médico tragó saliva.

—Sí, te oigo.

—Y a partir de ahora, mi nombre es sargento mayor Johnson. ¿Comprendido?

—Lo he entendido.

Healy hizo una mueca y cambió de posición para mirar por su ventanilla. No necesitó decir qué más tenía en la mente; Avery vio con claridad el «Lo he entendido, imbécil» en el modo en que cruzó con firmeza los brazos sobre el pecho.

Al llegar el taxi al final del bulevar, Avery aceleró en un cruce, pasado el imponente edificio de granito del Parlamento de Harvest. El edificio en forma de «I» estaba rodeado por una verja baja de hierro forjado y jardines bien cuidados. El techo estaba cubierto de paja de trigo decolorada por el sol.

Avery pensaba de verdad todo lo que había dicho; pero también lo lamentaba. Healy y él tenían, en esencia, el mismo rango, pero él acababa de mangonearlo como si fuera un joven recluta. «¿Cuándo me convertí en un hipócrita así?», se preguntó, cerrando con más fuerza las manos sobre el volante. Sus tres días de juerga allá en el Distrito no eran la primera vez que había acabado borracho estando de uniforme.

Avery se preparaba para pronunciar una lacónica disculpa cuando Healy rezongó.

—Oh, y sargento mayor Johnson, cuando tengas la posibilidad, acércate a la acera. El suboficial de primera Healy necesita vomitar.

Tres silenciosas horas más tarde, habían descendido por el Bifrost y estaban muy

en el interior de la llanura de Ida. Epsilon Indi se posaba en medio de una estela rosa y naranja, por encima de una autovía completamente recta de dos carriles. Debido al pequeño diámetro de Harvest, el horizonte tenía una cuña leve pero perceptible; un arco en los campos de trigo en maduración que había surgido del valle de Ida tras muchos kilómetros de huertos de árboles frutales. Avery había bajado la ventanilla del coche, y el aire que se arremolinaba en el interior del taxi ya no era insoportablemente caliente. El calendario militar del UNSC, que seguía el de la Tierra, decía que era diciembre. Pero en Harvest estaban en pleno verano: en mitad de la época de crecimiento.

Una vez que los últimos rayos de Epsilon Indi se hundieron bajo el horizonte, oscureció muy de prisa. No había luces en la carretera y no se veía ningún asentamiento. Harvest no tenía luna, y si bien algunos de los otros cuatro planetas del sistema brillaban inusitadamente cerca, el reflejo de su brillo estelar no era suficiente para iluminar el camino que tenían delante. Cuando las luces del turismo se encendieron, Avery divisó el indicador de salida y giró al norte abandonando la autovía.

El vehículo dio bandazos al encontrarse con la gravilla suelta de un camino empinado. Unos cuantos giros suaves entre el trigo y llegaron a una plaza de armas rodeada de edificios de polycrete de un solo piso y de reciente construcción: comedor, barracones, parque motorizado y triaje; el mismo perfil estándar que Avery había visto muchas veces antes.

Mientras hacía que el turismo describiera un círculo alrededor del asta de la bandera del patio de armas, los faros iluminaron a un hombre sentado en los escalones del comedor de la tropa fumando un cigarro. El aroma que flotó a través de las ventanillas del vehículo resultó reconocible al instante: Sweet William, la marca preferida de más o menos todos los oficiales del cuerpo. En cuanto paró el coche y salió de él, Avery se apresuró a saludar.

—Descanse. —El capitán Ponder dio una larga chupada al cigarro—. Johnson y Healy, ¿correcto?

—¡Sí, señor! —respondieron juntos los dos hombres.

Ponder se levantó despacio de los escalones.

—Me alegro de tenerlos aquí. Dejen que los ayude con su equipo.

—No hace falta, señor. Sólo tengo las dos bolsas.

—Viajar ligero y ser el primero en pelear. —El capitán sonrió.

Teniendo en cuenta los escalones, Avery se dio cuenta de que Ponder era unos pocos centímetros más bajo que él, y con unas espaldas un poco menos anchas. Supuso que la edad del capitán estaría en algún punto al norte de los cincuenta. Pero con el pelo cortado casi al rape y entrecano, y la piel bien bronceada, parecía tan vital como un hombre con la mitad de sus años, salvo por el dato de que le faltaba el brazo derecho.

Avery advirtió que la manga de la camisa de faena de Ponder estaba doblada a la

altura de un codo inexistente y prendida con pulcritud al costado. Luego dejó de mirar. Había visto gran cantidad de personas con amputaciones, pero era raro encontrar a un marine en activo al que no hubieran equipado con una prótesis permanente.

Ponder indicó con la cabeza el turismo.

—Lamento lo del vehículo civil. Hace una semana que tendrían que haber llegado los Warthog. Retrasos en el transporte, si es que puede creerlo. Tengo a mi otro jefe de pelotón en Utgard, intentando averiguar su paradero.

—¿Qué hay de los reclutas? —preguntó Avery, sacando los petates del coche.

—El lunes. Tenemos todo el fin de semana para organizamos.

Avery cerró el maletero. En cuando se apartó, el vehículo dio marcha atrás alrededor del asta de la bandera y resiguió los surcos dejados hasta llegar a la carretera.

—¿Qué pelotón es el mío? —preguntó Avery.

—El primero. —Ponder señaló con el cigarro uno de los dos barracones en el extremo meridional del patio de armas.

Healy se echó su petate al hombro.

—¿Me ha metido con los novatos, señor?

—Sólo hasta que usted despeje un espacio en triaje. Alguien en logística ordenó una barbaridad de suministros. Debe de haber confundido esta guarnición con algún CSH en Tribute.

Healy rió entre dientes.

Avery no lo hizo; estaba más que familiarizado con la clase de bajas que recibía un hospital de apoyo en combate.

—Las máquinas expendedoras del comedor funcionan si quieren algo —prosiguió el capitán—. De no ser así, descansen un poco. He programado una sesión informativa para las cero siete treinta para repasar el programa de adiestramiento; para asegurarnos de que ponemos en marcha la primera fase correctamente.

—¿Alguna otra cosa para esta noche, señor? —preguntó Avery.

Ponder sujetó con fuerza el cigarro entre los dientes.

—Nada que no pueda esperar hasta mañana.

Avery contempló cómo la punta cenicienta del cigarro de Ponder llameaba en la oscuridad. Luego saludó y marchó en dirección al barracón del primer pelotón, con Healy andando tras él por la gravilla suelta.

El capitán contempló cómo atravesaban los charcos de luz que proyectaban los arcos luminosos elevados del patio de armas. Algunas cosas, sabía, no podían esperar. Arrojó el cigarro y lo aplastó con la bota. Luego siguió su propio camino hasta sus dependencias privadas colindantes con el parque motorizado.

* * *

Media hora más tarde, Avery ya había deshecho el equipaje. Todo su equipo estaba pulcramente guardado en una taquilla adosada a la pared en su cubículo de jefe de pelotón; una habitación pequeña en la parte delantera del barracón, a un lado de la puerta con mosquitera de la entrada. Podía oír a Healy en el fondo del barracón, sacando todavía cosas de sus petates a la vez que tarareaba para sí mientras las colocaba sobre la cama.

—Eh, sargento mayor Johnson —gritó el ayudante médico—. ¿Tienes jabón?

Avery apretó los dientes.

—Echa un vistazo en las duchas.

Fastidioso como era tener a Healy regodeándose ahora con la orden recibida anteriormente de Avery —arrojándole su formalidad a la cara—, al sargento mayor le alegró poder oír al ayudante médico a través de las paredes de su habitación. Avery sabía por experiencia que una gran parte de la tarea de un instructor era sencillamente impedir que los reclutas agotados descargaran su frustración los unos sobre los otros; ser el punto focal de su ira, y, si hacía bien su trabajo, de su eventual admiración.

Pero Avery también sabía que algunos días su pelotón regresaría a los barracones cabreado y muriéndose por montar una pelea precisamente porque él los había dejado molidos. Al menos sería capaz de oír cualquier alboroto desde su cubículo y podría intervenir antes de que las cosas se descontrolasen.

—Oye, es sólo una noche —prosiguió Healy en tono conciliador—. Si no puedo tener triaje limpio y ordenado mañana, me largaré a dormir con como se llame.

—¿Te refieres al capitán? —preguntó Avery.

Tendió una manta marrón de lana sobre la cama. Sin importar el calor, era necesario que enseñara a sus reclutas a hacer una cama como era debido.

—No, el otro jefe de pelotón. Aguarda un momento, consultaré mi COM.

Avery alisó la manta con amplias pasadas de las palmas. Luego empezó con las esquinas; tirantes pliegues de hospital que habrían enorgullecido a su propio instructor.

—Byrne —chilló Healy—. Sargento mayor Nolan Byrne.

Avery se detuvo en seco, con las manos metidas a medias bajo el colchón. Los muelles al descubierto del somier se le clavaron en las palmas.

—¿Lo conoces?

Avery finalizó de enfundar la esquina. Se irguió y alargó la mano para coger la almohada y la funda.

—Sí.

—¿Sabías que iba a estar aquí?

—No. —Avery metió la almohada con un experto empujón.

—¿Sois amigos, vosotros dos?

Avery no estaba muy seguro de cómo responder a aquello.

—Lo conozco desde hace mucho tiempo.

—Ah, ahora lo entiendo. —La voz de Healy cambió de tono, indicando que se aproximaba una burla—. Si vosotros dos, tortolitos, empezáis a pasar demasiado tiempo juntos, yo podría ponerme celoso. —Avery oyó al ayudante médico reír por lo bajo y luego cerrar la cremallera de su petate—. Entonces, ¿cuál crees que es la historia respecto al brazo del capitán?

Avery no respondió. Estaba concentrado en el rugido cada vez más fuerte del motor de un vehículo Warthog de reconocimiento ligero que ascendía veloz desde la carretera. El Warthog frenó precipitadamente fuera de la puerta del barracón. El motor rugió y se apagó, y Avery no tardó en oír el crujido de botas que se acercaban.

A toda prisa, Avery fue hasta su taquilla, separó los pulcros montones de camisas y pantalones y sacó un cinturón de charol con una brillante hebilla de latón que llevaba estampado el emblema del águila y el globo terráqueo del UNSC. Detrás de él, la puerta del barracón se abrió de par en par. Avery sintió un escalofrío en la nuca.

—Ésa es una cama bien hecha —dijo el sargento mayor Byrne—. Tras un mes en el hospital, uno acaba teniendo buen ojo para esa clase de cosas.

Avery enrolló el cinturón lo bastante fuerte como para que le cupiera en la palma de la mano, cerró la taquilla y se volvió hacia su antiguo compañero jefe de escuadra. Byrne ya no llevaba el casco con el visor de espejo que había llevado el día que Avery no disparó a la mujer Innie en el restaurante; el día que Byrne había perdido a todos los miembros de su escuadra. Pero era como si lo llevara. Los ojos azul hielo eran igual de impenetrables.

—Debido a todos los cambios —explicó Byrne con sorna—. Con orina y mierda por todas las sábanas debido a que estaba demasiado drogado para controlarme. Cuando las enfermeras me ponían unas limpias, siempre las metían demasiado tirantes, o no lo suficiente.

—Me alegro de verte, Byrne.

—Pero ésa —continuó Byrne, haciendo caso omiso del saludo de Avery—, ésa es una cama bien hecha.

Nuevas cicatrices rosadas marcaban el rostro de facciones ya duras del sargento mayor irlandés; prueba de que el visor del casco se había hecho añicos en la explosión Innie. Unas puntadas irregulares de una herida de metralla discurrían desde la sien izquierda hacia arriba y por encima de la oreja. El pelo negro debió de quemarse por completo; aun cuando lo llevaba muy corto siguiendo las ordenanzas, Avery vio que volvía a salir a trozos.

—Me alegro de que estés bien —dijo Avery.

—¿De verdad?

El acento irlandés de Byrne había empezado a espesarse. Tras años de servir

juntos como soldados, Avery sabía con exactitud qué significaba eso. Pero quería que Byrne supiera una cosa:

—Todos eran buenos hombres. Lo siento.

Byrne negó con la cabeza.

—No lo sientes lo suficiente.

Para ser tan grandullón, Byrne se movió con sorprendente velocidad. Saltó sobre Avery, con los brazos bien abiertos, y lo lanzó de espaldas contra la taquilla. Trabó las manos tras la espalda de Avery y apretó, amenazando con partirle las costillas. A pesar de lo mucho que dolía, Avery tomó aire y estrelló la frente contra la nariz de Byrne. Byrne lanzó un gruñido, soltó su agarre, y retrocedió tambaleante.

En un santiamén, Avery se escabulló detrás de él, con el cinturón estirado entre las manos. Lo pasó por encima del cuello de Byrne y lo tensó. Los ojos de Byrne se abrieron como platos. Avery no intentaba matar a su colega marine, sólo controlarlo. Byrne lo superaba en peso en al menos veinte kilos, y Avery lo quería fuera de combate lo más rápido posible.

Pero Byrne no estaba dispuesto a permitir que eso sucediera. Con un grito forzado pero potente alargó los brazos por encima de los hombros y agarró las muñecas de su oponente… se inclinó al frente y alzó a Avery por encima de su espalda. A continuación procedió a estrellarlo contra las paredes de madera del barracón con tal fuerza que el contrachapado pintado se astilló.

Los dientes de Avery rechinaron. Notó el sabor de la sangre en la boca. Pero cada vez que el otro se inclinaba hacia adelante para volver a lanzarse hacia atrás, Avery tensaba el cinturón. El sargento irlandés empezó a resollar. Avery vio que las venas del cuello se le hinchaban y las orejas empezaban a amoratarse. Pero un instante antes de que perdiera el sentido, Byrne alzó el talón de su bota entre las piernas de su adversario… justo en el centro de la desprotegida entrepierna.

En los pocos segundos que tenía antes de quedar encorvado de dolor, Avery pasó un pie alrededor de las espinillas de Byrne y lo derribó sobre la cama. Byrne no llegó a alcanzar la cama por completo y se golpeó la frente con el marco del somier. Quedó flácido. Mientras Avery le daba la vuelta sobre la espalda y alzaba un puño para terminar el trabajo, un dolor debilitante se propagó desde su entrepierna hasta el brazo. Los ojos de Byrne pestañearon, intentando eliminar la sangre que manaba de un feo corte irregular, y Avery lanzó un puñetazo a media velocidad. Pero Byrne estaba sólo aturdido, así que alzó una mano enorme y atrapó el puño del otro en un férreo apretón.

—¿Por qué no hiciste el disparo? —resopló Byrne.

—Había civiles —gruñó Avery.

Byrne lanzó la otra palma hacia arriba, a la barriga de Avery, aferrando la camisa, y con un potente empujón arrojó al sargento mayor por encima de sus hombros en dirección a la puerta del barracón. Los pulmones de Avery se quedaron de golpe sin aire cuando impactó de espaldas en el estrecho pasillo que había fuera de su cubículo.

—¡Tenías una orden! —rugió Byrne, poniéndose en pie.

Avery se incorporó penosamente, respirando con dificultad.

—Había una criatura; un niño.

—¿Y mi equipo qué?

Byrne avanzó pesadamente hacia Avery y le lanzó un puñetazo alto y corto. Pero Avery lo interceptó con el antebrazo izquierdo y contraatacó con un poderoso derechazo. Mientras la cabeza de Byrne efectuaba un brusco giro, Avery le clavó una rodilla en los riñones. Pero Byrne previo el golpe y lo empujó hacia atrás contra la pared del pasillo. Avery sintió cómo su hombro izquierdo se dislocaba y luego volvía a encajar en su sitio; pestañeó para controlar el dolor, lo que proporcionó una oportunidad a su contrincante. El otro sargento mayor le echó las manos al cuello al instante.

—Te enseñaron a ser un asesino, Avery. Nos lo enseñaron a ambos.

Byrne le deslizó pared arriba hasta que sus botas se agitaron a medio metro del suelo. Las luces fluorescentes del barracón parecieron perder intensidad, y Avery vio lucecitas. Intentó liberarse con una patada, pero no sirvió de nada.

—No puedes esconderte de eso —dijo despectivo Byrne—. Y como que existe el infierno que no puedes esconderte de mí.

Avery estaba a punto de perder el conocimiento cuando oyó el chasquido metálico de alguien que accionaba la corredera de una pistola.

—Sargento mayor Byrne —dijo el capitán Ponder con firmeza—, retírese.

Byrne apretó con más fuerza la garganta de Avery.

—Esto es un asunto privado.

—Suéltele o disparo.

—Tonterías.

—No, marine —la voz del capitán mostraba una serenidad total—, le aseguro que no es así.

Byrne abrió las manos. Avery cayó y se desplomó contra la pared. Jadeando, miró en dirección a la puerta del barracón. El capitán sostenía una pistola M6 reglamentaria en una prótesis que reemplazaba el brazo perdido. Pudo ver las brillantes articulaciones de titanio de los dedos artificiales de Ponder y la trama de fibra de carbono de la musculatura del antebrazo.

—Conozco las cifras —dijo Ponder—. Treinta y ocho víctimas civiles, tres miembros de su unidad muertos en combate. Pero también sé que el sargento mayor Johnson no está en prisión, ni lo acusaron de comportamiento irregular. Y por lo que respecta a mí, eso es todo lo que necesita saber cualquier persona.

Byrne apretó los puños, pero los mantuvo a los costados.

—Está enfadado. Lo comprendo. Pero esto se ha acabado esta *noche*. —Ponder desplazó la mirada hacia Avery—. Si tiene algo más que decir, ahora es el momento.

—Señor, no señor. —La voz de Avery era ronca.

Los ojos de Ponder fueron veloces hacia Byrne.

—¿Y usted?

Sin pensárselo un instante, Byrne estrelló un puño contra un lado del rostro de Avery. Este dobló una rodilla en tierra.

—Eso debería servir —gruñó Byrne.

Avery escupió una bocanada de sangre sobre el suelo del barracón. Él no había huido, pero Byrne le había seguido; había conseguido que lo transfirieran lejos de TREBUCHET, igual que a él. Avery sabía que algo no estaba bien, y eso lo encolerizaba más que el puñetazo de cualquier imbécil.

—Ultima oportunidad, Johnson —dijo Ponder.

Avery se levantó y asestó un mamporro a Byrne con fuerza suficiente para que la cabeza le girara por encima del hombro.

Uno de los dientes de Byrne brincó por el suelo y fue a detenerse cerca de Healy. El ayudante médico había acudido desde su litera, sosteniendo en alto una de sus botas como un garrote…, al parecer para intentar poner fin a la pelea por sí mismo.

—¡Por Dios! —musitó, con los ojos fijos en el diente.

—Esto ha terminado. —Ponder bajó la pistola—. Es una orden.

—Sí, señor —dijeron a la vez Avery y Byrne.

El capitán dedicó a cada sargento mayor una última ojeada cargada de énfasis, luego descendió los escalones del barracón. La puerta de mosquitera se cerró violentamente tras él, rebotó con un chirrido sobre los goznes, y luego vibró hasta quedar por fin en reposo.

—No tengo preparación en cirugía dental —dijo Healy débilmente en el silencio que siguió.

Se arrodilló y recogió el diente de Byrne.

—No importa. Lo que está hecho está hecho. —Byrne clavó los ojos en la mirada cautelosa de Avery y luego aspiró por el ensangrentado hueco dejado por el canino—. Pero esto servirá para que no olvide.

Con una lenta rotación del enorme corpachón, siguió a Ponder al interior de la noche.

—Voy a triaje —anunció Healy.

—Estupendo —respondió Avery, frotándose la mandíbula.

Tal y como se sentía, lo último que quería era que Healy lo mantuviera despierto con más conversación.

—A coger un botiquín. Luego regresaré.

Avery resopló al pasar Healy junto a él.

—¿Estás seguro de que todavía quieres quedarte a dormir aquí conmigo?

El ayudante médico se detuvo en la entrada. Por primera vez, Avery reconoció el balsámico atractivo de su casi perpetua sonrisa.

—Eres una cosa seria, Johnson. —Healy señaló con un brusco movimiento de barbilla las pisadas de Byrne que se apagaban—. Pero ¿ese tipo? Probablemente me mataría mientras duermo.

6

«MINOR TRANSGRESSION», SISTEMA EPSILON INDI

Dadab cruzó a hurtadillas el cuarto de máquinas, haciendo todo lo posible por mantenerse fuera de la vista a pesar del tanque de metano que llevaba. Sujetaba una roca en el puño, un pedazo de arenisca digestiva jaspeada en gris y verde que había cogido del compartimento donde comían los Kig-Yars. «Con calma ahora —pensó, alzándose por detrás de un grueso portacables sujeto al suelo—, no lo asustes».

Los gusanos limpiadores eran criaturas inquietas. Los pelos que cubrían sus cuerpos turgentes estaban en perpetuo movimiento para detectar el peligro mientras avanzaban, devorándolo todo, entre maquinaria que podía fácilmente escaldar o congelar. Pero no fue hasta que Dadab se levantó que la criatura percibió una alteración en la atmósfera llena de vapor de la habitación. El gusano se despegó del suelo con un sonoro estallido y empezó a ondular en busca de la seguridad de una unidad de desagüe elevada, mientras el orificio por el que consumía gorjeaba presa de miserable pánico.

Dadab lanzó la roca, y el gusano desapareció convertido en una masa farinácea. La roca siguió adelante, rebotó en la cubierta irisada del motor del *Minor Transgression* y paró con una cabriola en un charco de viscoso refrigerante verde. De haber vivido el gusano, habría acabado por succionar el charco.

Dadab lanzó un bufido orgulloso dentro de la máscara, y flexionó una de las manos:

«¡Dos!»

«Me disculpo, pero estoy perplejo. —*Más Ligero Que Algunos* metió un tentáculo nacarado en el charco, recuperó la piedra y volvió a arrojársela a Dadab—. Sólo vi un gusano».

El Diácono puso en blanco los ojillos rojos. Las reglas del juego no eran complicadas. Lo que sucedía era que le faltaba el vocabulario para explicarlas con claridad.

«Observa», indicó por signos.

Limpió la piedra en una esquina de la túnica naranja. Luego, con la afilada punta de uno de los dedos, grabó un segundo dibujo del símbolo de almohadilla en la piedra; justo al lado de uno que se refería al primer gusano que se había metido en la sala de metano, interrumpiendo un largo período de embrutecedora reclusión.

Habían transcurrido muchos ciclos de sueño desde que el *Minor Transgression*

abandonara su salto en el borde del inexplorado sistema extraterrestre. Chur'R-Yar había avanzado hacia el interior a un ritmo cauto, dirigiéndose al punto de partida del navío de carga alienígena. Pero hasta que llegaran, el Diácono tenía muy poco que hacer; Zhar y los otros tripulantes Kig-Yars, desde luego, no estaban interesados en escuchar ninguno de sus sermones.

Mostró la piedra a *Más Ligero Que Algunos*, e indicó por señas sus sencillas matemáticas:

«¡Uno, uno, dos!» —Los dóciles gusanos no eran precisamente un gran desafío; no eran nada parecidos a las avispas del lodo y los cangrejos de la sombra de la juventud de Dadab. Pero en el juego de la cacería con piedra del Unggoy, uno marcaba todas las piezas abatidas, tanto si habían sido fáciles como si no.

«Oh, entiendo… —respondió el Huragok—. El entretenimiento es adictivo».

«¿Más… diversión…?» —Dadab hizo un esfuerzo por imitar gestos para palabras que aún no había aprendido.

Más Ligero Que Algunos formó gestos lentos y sencillos.

«Más, piezas, abatidas, más, diversión».

Dadab no se ofendió cuando la criatura bajó el nivel intelectual de su discurso en aras de la claridad. Sabía que él no hablaba mucho mejor que un bebé Huragok y le agradecía su paciencia.

«Sí —gesticuló Dadab—, más, piezas, abatidas, más, diversión. —Sacó una segunda piedra del bolsillo de la túnica y la ofreció a su compañero—. ¡Quien, más, piezas, abatidas, gana!»

Pero el Huragok no le prestó atención; flotó de vuelta al conducto y empezó a arreglar una rotura por fatiga de materiales que era la causa del charco de refrigerante.

Dadab sabía que la criatura sentía un necesidad inexplicable de reparar cosas. Era casi imposible distraerla de su trabajo, motivo por el que los Huragoks eran unos tripulantes tan valiosos. Con un Huragok a bordo, nada permanecía roto mucho tiempo. En efecto, segundos más tarde la fuga estaba sellada; la rotura en el conducto de metal había quedado soldada por los cilios que cubrían las puntas de los tentáculos de *Más Ligero Que Algunos*.

«¡Caza!», dijo Dadab, ofreciendo la piedra por segunda vez.

«Prefiero no hacerlo».

«¿Por qué?»

«De verdad, tú sigue. Intenta conseguir tres».

«¡Juego, diversión!».

«No, tu juego es asesinato».

Dadab no pudo evitar lanzar un gruñido exasperado. ¡Un gusano era un gusano! ¡Había cientos de aquellas cosas merodeando por la nave Kig-Yar! En un viaje largo como aquél, era esencial disminuir su número antes de que se multiplicaran y consiguieran penetrar en un sistema crítico.

Tal vez el Huragok sentía una cierta afinidad con su presa, se dijo Dadab. Ambos eran sirvientes mudos. Esclavos incansables de las necesidades de los navíos Kig-Yars. Dadab imaginó los nodos sensoriales, redondos y brillantes, de *Más Ligero Que Algunos* centelleando llenos de repulsa.

Paseando la mirada por la sala de máquinas, Dadab divisó un núcleo de energía usado. Alzó el cubo transparente arqueado sobre la unidad de desagüe a la que se encaminaba el gusano y lo movió a un lado y a otro hasta que quedó en equilibrio… hasta que estuvo seguro de que el Huragok lo haría caer incluso con un golpe de refilón.

«Ahora, no, pieza, abatida —Dadab hizo señas con entusiasmo—. ¡Sólo, diversión!»

Más Ligero Que Algunos desinfló uno de sus sacos de gas con un obstinado bocinazo.

«¡Prueba! —suplicó Dadab—. ¡Sólo, una vez!»

Con evidente desdén, el Huragok enroscó el tentáculo y arrojó la piedra. Fue un tiro negligente, pero alcanzó el núcleo justo en el centro, haciéndolo caer.

«¡Uno!», gruñó alegremente Dadab, y estaba a punto de volver a colocar el blanco para otro lanzamiento cuando la voz de la capitana crepitó desde una unidad de comunicación metálica sujeta al arnés de su tanque.

—Diácono, al puente. Y no traiga al Huragok.

* * *

Chur'R-Yar estaba sentada en el borde de su sillón de mando, fascinada por el contenido del proyector holográfico del puente. La representación del sistema alienígena era mucho más detallada ahora. Planetas y asteroides —incluso un cometa que estaba llegando— estaban representados, detalles que no habían aparecido anteriormente en la base de datos del *Minor Transgression*. El planeta desde el que la nave alienígena había iniciado el viaje brillaba en el centro mismo del proyector; pero eran los miles de glifos en color cian que salpicaban la superficie del planeta —todos ellos con el mismo diseño circular— los que la tenían paralizada.

De improviso, los glifos en el interior del proyector titilaron cuando éste perdió energía temporalmente.

—¡Ten cuidado! —siseó la capitana, girando el cuerpo en dirección a Zhar.

El Kig-Yar macho estaba de pie cerca de un hueco en las cóncavas paredes moradas del puente, con un cúter-láser en una de las garras.

—¡Lo quiero desconectado, no destruido!

—Sí, señora.

Las espinas de Zhar se aplastaron serviles sobre la cabeza. Luego volvió a aplicar el

cúter con cautela a un grupo de circuitos conectados a un artefacto con tres partes piramidales suspendidas en el centro del hueco. La más grande de las pirámides estaba colocada con la punta hacia abajo; las dos más pequeñas apuntaban arriba, sosteniendo a la más grande por cada lado. Las tres brillaban con un resplandor plateado que enmarcaba a Zhar en el hueco.

Era el Luminar de la nave, un artefacto arcano obligatorio en todos los navíos del Covenant, y había asignado miles de glifos o Luminaciones al mundo alienígena, cada uno una posible reliquia Forerunner. La lengua de Chur'R-Yar chasqueó contra los dientes de la capitana con una emoción apenas reprimida. Si al menos el *Minor Transgression* poseyera una bodega más grande…

Chur'R-Yar provenía de una larga estirpe de capitanas de navío matriarcales. Y si bien la mayoría de sus ascendientes directos habían sido diezmados mientras defendían baluartes en asteroides durante la agresiva conversión de su especie a la fe del Covenant, todavía sentía latir en las venas el espíritu filibustero de sus antepasados.

Los Kig-Yars siempre habían sido piratas. Mucho antes de la llegada del Covenant, surcaban los archipiélagos tropicales del mundo acuoso que era su hogar, llevando a cabo incursiones a clanes rivales para conseguir comida y pareja. A medida que las respectivas poblaciones crecían, las distancias y diferencias entre clanes disminuyeron; un nuevo espíritu cooperativo condujo a la creación de naves espaciales que les permitieran salir de su planeta. Pero al contemplar el oscuro e interminable mar del espacio, algunos clanes no pudieron resistir regresar a sus viejas costumbres saqueadoras.

Al final, aquellos piratas fueron la única resistencia efectiva de la especie al Covenant. Pero no podían aguantar eternamente. Para salvarse, los capitanes se vieron obligados a aceptar cartas de patente de corso: acuerdos que les permitían conservar las naves siempre y cuando navegaran al servicio de un ministerio del Covenant.

Algunos Kig-Yars vieron oportunidades en tal sumisión. Chur'R-Yar veía eones de migajas. Patrullas interminables en busca de reliquias; tesoros de un valor inimaginable que jamás se le permitiría reclamar como propios. Sí, durante sus viajes podría dar con alguna pequeña cantidad de objetos que recuperar: un hábitat Covenant abandonado y en ruinas o un carguero alienígena dañado. Pero eran limosnas comparativamente exiguas, y Chur'R-Yar no era una mendiga.

«Al menos ya no», pensó. La capitana sabía que podía sacar una pequeña cantidad de reliquias sin que nadie lo advirtiera; pero tan sólo si el Luminar de su nave permanecía callado, y aguardaba para transmitir sus estimaciones hasta después de que hubiera cogido su parte.

Chur'R-Yar sintió cómo las placas encallecidas de su cuello y hombros se contraían. Aquella piel gruesa era una armadura natural, manteniendo a la hembra de su especie a salvo durante los literales mordiscos en la espalda que acompañaban a la

mayoría de sesiones de apareamiento de los Kig-Yars. La capitana no poseía por lo general un instinto muy maternal, pero cuando vendiera las reliquias en el mercado negro del Covenant, esperaba obtener ganancias suficientes para mantener al *Minor Transgression* fuera de servicio durante toda una época de celo. Y aquella posibilidad era de lo más excitante.

Se relajó en el sillón y clavó la mirada en Zhar —contempló cómo sus nervudos músculos se tensaban bajo las escamas— mientras éste cortaba las conexiones del Luminar con los circuitos de transmisiones de su nave. No era su pareja ideal. Habría preferido a alguien con una posición más elevada entre los clanes, pero siempre había sentido debilidad por los machos con un plumaje viril. Y Zhar tenía otra ventaja: estaba a mano. Con toda la sangre precipitándosele a los hombros, Chur'R-Yar empezó a sentirse deliciosamente lánguida.

Pero entonces la puerta del puente se abrió, y Dadab trotó a través de la abertura. La túnica del Unggoy apestaba a refrigerante de motor y a gases de Huragok, y el hedor mató su libido al instante.

—¿Capitana? —Dadab efectuó una breve inclinación, luego miró con suspicacia a Zhar.

—¿Qué ves? —soltó Chur'R-Yar, redirigiendo la mirada del Unggoy hacia el holoproyector.

—Un sistema. Una única estrella. Cinco planetas. —Dadab dio un paso hacia el proyector—. Uno de los planetas parece… te… tener… —Su voz se apagó con un chirrido y él empezó a respirar a toda prisa.

Chur'R-Yar chasqueó la lengua.

—«Un Luminar no miente».

Por lo general, citaba los Sagrados Mandamientos sólo para burlarse de ellos, pero en esta ocasión Chur'R-Yar hablaba en serio. Todo Luminar estaba diseñado según un artefacto que los Profetas habían localizado a bordo de una antigua nave de guerra Forerunner: uno que en la actualidad permanecía en el centro de la capital del Covenant, Suma Caridad. Los Luminares eran objetos sagrados, y manipularlos indebidamente se castigaba con la muerte… o algo peor.

Cosa que la capitana sabía que era la causa de que el Diácono pareciera tan consternado por las acciones de Zhar. Mientras el compañero que ella había elegido continuaba pasando la luz del láser por todo el Luminar, el Diácono cambió el peso del cuerpo de uno de sus pies cónicos de planta plana al otro. Chur'R-Yar pudo oír cómo las válvulas del interior de la máquina chasqueaban mientras él intentaba controlar la respiración.

—Debo informar sobre estas Luminaciones al instante —jadeó Dadab.

—No —replicó con brusquedad la capitana—. No lo harás.

Zhar seccionó un último circuito y el Luminar se oscureció.

—¡Herejía! —gimió Dadab, antes de poderse contener.

Zhar hizo repiquetear las mandíbulas llenas de afilados dientes y se encaminó

hacia el Diácono con el cúter-láser centelleando. Pero Chur'R-Yar detuvo al excesivamente solícito macho con un vibrante siseo. Bajo circunstancias distintas, podría haberle permitido hacer pedazos al Unggoy por su estúpido insulto, pero por el momento lo necesitaba vivo.

—Tranquilízate —dijo—. El Luminar no está dañado. Lo que le sucede es que no puede hablar.

—Pero el ministerio —balbució Dadab— exigirá una explicación…

—Y la tendrá. Después de que yo elija mi botín.

La capitana estiró una zarpa en dirección al proyector. Había un único glifo que no estaba localizado sobre el planeta alienígena. Para un lego en la materia, podría haber parecido alguna clase de error de visualización: unos datos mal colocados. Pero la mirada de pirata de Chur'R-Yar lo reconoció por lo que era: una reliquia a bordo de otro de los cargueros alienígenas; uno que esperaba fuera tan fácil de capturar como el primero.

El Diácono se estremecía ya, todo su cuerpo gris azulado temblando de terror. La capitana sabía que el Unggoy tenía razón: lo que planeaba era una herejía. Tan sólo a los Profetas se les permitía acceder a las reliquias. Y si manipular un Luminar significaba la muerte, desafiar a los Profetas significaba la condenación.

Entonces, de improviso, el Diácono se calmó. Con los ojos moviéndose veloces entre los glifos del holograma y la brillante punta roja del cúter-láser de Zhar, su respiración empezó a ser más lenta. Chur'R-Yar sabía que el Unggoy era más listo que la mayoría, y adivinó que acababa de comprender hasta qué punto estaba en un aprieto: la capitana le había contado sus planes secretos, y sin embargo él seguía vivo. Lo que sólo podía significar una cosa: Chur'R-Yar tenía un plan para él.

—¿Qué quiere mi capitana que haga? —preguntó Dadab.

Los dientes de Chur'R-Yar relucieron a la luz debilitada del Luminar.

—Necesito que mientas.

El Diácono asintió. Y la capitana puso rumbo a la nave cargada de reliquias.

* * *

Henry Hank Gibson adoraba su carguero; adoraba su contorno grandote y feo y el sosegado retumbo de su mecanismo de transmisión Shaw-Fujikawa. Más que nada, adoraba navegar en él, lo que la mayoría de las personas pensaban que era un tanto insólito cuando un ordenador de navegación podía hacerlo igual de bien. Pero eso no le importaba a Hank porque, aún más que a su nave, adoraba pasarse por el forro lo que otras personas pensasen de él, algo de lo que darían fe con mucho gusto cualquiera de sus dos ex esposas.

Capitanes humanos de naves no eran algo raro en la flota comercial del UNSC,

aunque principalmente gobernaban cruceros y otros navíos de pasajeros. Hank había trabajado para una de las grandes compañías de cruceros; había servido en el transatlántico de lujo *Two Drink Mínimum*, que viajaba sin escalas de la Tierra a Arcadia, durante quince años, los últimos cinco como segundo de a bordo.

Pero el transatlántico necesitaba toda clase de ayuda computerizada para ir de A a B mientras mantenía a cientos de pasajeros bien alimentados y descansados. Hank era un solitario declarado, y no le importaba si las voces que le hablaban eran humanas o simuladas: le gustaba un puente silencioso. Y *Two Drink Mínimum* desde luego no lo era. Si la paga no hubiese sido tan buena, y el tiempo pasado lejos de sus esposas tan terapéutico, Hank lo habría dejado muchísimo antes.

Aparte de la astrogación (la coordinación de los saltos de Slipspace que requería un ordenador de navegación), un capitán de carguero podía ocuparse de tantas de las operaciones espaciales normales de su nave como quisiera. A Hank le encantaba tener las manos en los controles; salir disparado con sus cohetes de hidracina mientras obligaba a miles de toneladas de carga a entrar y salir del pozo de gravedad de un planeta. El hecho de que fuera el propietario de su nave, *This End Up*, hacía que gobernarla resultara aún más agradable. Le había costado todos los ahorros, penosas renegociaciones con las beneficiadas de sus pensiones alimentarias y un crédito tan enorme que odiaba pensar en él. Pero ahora era su propio jefe. Consiguió escoger lo que transportaba, y con el paso del tiempo se hizo con una lista de clientes dispuestos a pagar un pequeño extra por un servicio personalizado.

Uno de sus clientes más fiables era Industrias Pesadas JOTUN, un empresa con base en Marte especializada en la construcción de maquinaria de granja semiautónoma. La bodega de su carguero estaba ocupada en aquellos momentos por un prototipo de la siguiente serie de arados: máquinas inmensas diseñadas para labrar amplias extensiones de tierra. Aquellas cosas eran terriblemente caras, y Hank asumía que un prototipo lo sería aún más. Motivo por el cual, con la mirada fija en una consola llena de luces de advertencia que centelleaban, estaba más enfadado que asustado.

El atacante desconocido de *This End Up* había golpeado mientras la nave iba a toda velocidad hacia Harvest por un vector de intercepción de alta velocidad. Hank sobrevivió ileso al ataque. Pero el fuego hostil había destruido su mecanismo de transmisión Shaw-Fujikawa, freído los cohetes de maniobra y el maser: había causado más daños al *This End Up* de lo que podía permitirse reparar. La piratería era algo sin precedentes en las rutas que cubría Hank, y jamás había pensado siquiera en añadir aquella cobertura opcional, sumamente cara, a su póliza.

Asestó un manotazo a la consola, silenciando una nueva alarma: brecha en el casco, lado de babor del contenedor de carga, cerca de la popa. Pudo sentir cómo el suelo de caucho de la cabina de mando vibraba mientras algo se abría paso a través del casco.

—¡Maldita sea! —maldijo, arrancando un extintor de un soporte de la pared.

Esperó que los piratas no dañaran el prototipo JOTUN mientras cortaban el casco para entrar.

—Estupendo. ¿Estos gilipollas quieren romper mi nave? —rugió Hank, alzando el extintor por encima de la cabeza—. Pues entonces van a saber lo que es bueno.

* * *

El interior del umbilical del *Minor Transgression* relucía mientras su punta penetradora se abría paso, fundiendo el metal, al interior del navío alienígena. Por las paredes semitransparentes, Dadab pudo ver huellas de láser en la unidad de propulsión del navío: negras marcas producto de la exhaustiva inutilización llevada a cabo por Chur'R-Yar.

«¿Cómo puede estar tan tranquila?», gimió para sí, mirando umbilical abajo a la capitana, que estaba de pie detrás de Zhar, con una zarpa posada sobre la empuñadura de su pistola de plasma —como una reina pirata Kig-Yar de antaño— preparada para el abordaje. Los otros dos tripulantes Kig-Yars de pie justo detrás de ella parecían menos serenos. Los dos toqueteaban sus alfanjes de energía: fragmentos de cristal de color rosa utilizados como armas para el combate. Dadab se preguntó si los tripulantes, al igual que él, comprendían que estaban sentenciados.

Imaginó que Chur'R-Yar conseguiría sacar la reliquia (aunque algunas habían resultado ser muy peligrosas, incluso en las diestras manos de los Profetas). Luego probablemente efectuaría un salto justo al centro del espacio Covenant —donde su reliquia aparecería como una entre muchas otras— y encontraría a toda prisa un comprador antes de que despertara las sospechas de algún ministerio. Era un plan plausible; si bien Dadab sabía que él y cualquier otro testigo innecesario estarían muertos mucho antes de que se completara. En su caso, justo después de que transmitiera una estimación falsa del número de Luminaciones en el sistema alienígena.

El umbilical se oscureció una vez que la punta de penetración acabó de pasar a través del casco. El final del pasadizo se abrió como un iris para mostrar un reluciente campo de energía.

—Haz que el Huragok compruebe la presión —dijo Chur'R-Yar, echando una ojeada a Dadab.

El Diácono se volvió e hizo señas a *Más Ligero Que Algunos*, que estaba detrás de él:

«Comprueba, aire, igual». —Antes de que abordaran el navío, necesitaban estar seguros de que existía un equilibrio entre la atmósfera del umbilical y la del casco de la nave. Si no era así, podrían quedar hechos pedazos al cruzar el campo.

El Huragok pasó flotando, con toda tranquilidad, por delante de Dadab. Para *Más*

Ligero Que Algunos, aquélla era sólo otra oportunidad de ser útil. Comprobó los sensores que gobernaban el campo y emitió un balido satisfecho. Zhar no perdió un instante en saltar al otro lado.

—¡Es seguro! —anunció el Kig-Yar macho mediante su transmisor.

Chur'R-Yar hizo una seña a los otros tripulantes machos para que avanzaran, luego se deslizó a través del campo seguida de cerca por *Más Ligero Que Algunos*. Dadab inspiró profundamente y ofreció una plegaria silenciosa pidiendo el perdón de los Profetas; luego, también él penetró en la nave alienígena.

El casco no estaba ni con mucho tan atestado como en la primera que habían encontrado. En lugar de contenedores de fruta apilados dei suelo al techo, el espacio estaba ocupado por una única carga: una máquina altísima con seis ruedas inmensas. En la parte frontal de la máquina había una viga —más ancha que la misma máquina — equipada con púas que parecían dientes, cada una el doble de alta que Dadab. La mayoría de las partes internas de la máquina estaban recubiertas de metal pintado de amarillo y azul, pero aquí y allá Dadab vio circuitos y piezas neumáticas al descubierto. Por encima de la viga con dientes había una serie de símbolos brillantes en relieve: J-O-T-U-N.

Dadab ladeó la cabeza. Si los símbolos eran Forerunner, él no los había visto nunca. Aunque no le sorprendió demasiado; no era más que un modesto Diácono, y había incontables misterios sagrados que aún tenía que comprender.

—Di al Huragok que investigue —ordenó con brusquedad Chur'R-Yar señalando la máquina.

Dadab dio una palmada con las garras para atraer la atención de *Más Ligero Que Algunos:*

«¡Encuentra, reliquia!».

El Huragok hinchó el más grande de sus sacos aumentando su flotabilidad. Cuando se alzó por encima de una de las grandes ruedas de la máquina, dejó salir gas por una cámara más pequeña, para impulsarse a través de una cortina de cables multicolores.

La capitana mandó a Zhar y a los otros dos tripulantes que investigaran un montón de cajones de embalaje de plástico amarrados con correas al suelo cerca de la parte trasera del vehículo. Haciendo repiquetear con entusiasmo las mandíbulas óseas, los Kig-Yars corrieron a llevar a cabo su tarea, clavando las zarpas en las cajas situadas más arriba para luego dar rápidos tirones con ellas, como si fueran palancas, para abrirlas. No tardaron en desaparecer en un aluvión de blando material blanco de embalaje.

—Sé útil, Diácono —dijo con brusquedad Chur'R-Yar—. Recoge la unidad de transmisiones del navío.

Dadab le dedicó una inclinación de cabeza y rodeó la máquina a toda prisa para ir a la parte posterior de la bodega. La plataforma elevadora funcionaba igual que la otra vez, y sin perder un segundo la puso en marcha hasta llegar al pasillo que conducía a

la cabina de mando. A mitad del recorrido, el Diácono recordó de improviso la repugnante porquería que había encontrado allí la última vez. Mientras cruzaba la puerta de la cabina, sin querer, contuvo la respiración y cerró los ojos.

¡Clanc! Algo pesado chocó contra el tanque de Dadab. Éste lanzó un gritito asustado y dio un traspié al frente. Otro golpe lo derribó sobre el estómago. El metano escapó por una fisura en el tanque.

—¡Piedad! —aulló Dadab, haciéndose un ovillo a la vez que se cubría el rostro con los antebrazos cubiertos de espinas.

Oyó una serie de exclamaciones guturales y notó que algo le pateaba la parte posterior de una pierna. Separó los brazos de un modo apenas perceptible, y atisbo a través de la rendija.

El alienígena era alto y fornido. La mayor parte de su carne pálida estaba cubierta por un ajustado mono de tela. Enseñando los dientes y sosteniendo un cilindro de metal rojo por encima de la cabeza, que carecía de pelo en su mayor parte, la criatura parecía salvaje; en absoluto como alguien que pudiera poseer una reliquia sagrada.

El alienígena atacó con una de las gruesas botas, golpeando por segunda vez la pierna de Dadab. Gritaba palabras furiosas e ininteligibles.

—¡Por favor! —gimoteó Dadab—. ¡No comprendo!

Pero sus súplicas sólo parecieron enfurecer al otro, que avanzó con el garrote en alto para asestar un golpe fatal. Dadab emitió un chillido agudo y se cubrió los ojos.

Pero el golpe jamás llegó. Dadab oyó cómo el cilindro rebotaba en el suelo de caucho y rodaba hasta detenerse contra el costado de la cabina. Poco a poco, el Diácono descruzó los brazos.

La boca del alienígena estaba abierta pero no hablaba. Se tambaleaba adelante y atrás, intentando agarrarse la cabeza. Luego, de golpe, sus brazos quedaron flácidos. Dadab retrocedió a toda prisa mientras el alienígena se inclinaba y caía de bruces justo entre sus piernas. Oyó un balido nervioso y alzó los ojos.

Más Ligero Que Algunos flotaba en la entrada de la cabina. Tenía tres de los tentáculos arropando defensivamente sus sacos, y el cuarto estirado al frente, temblando en lo que Dadab en un principio tomó por miedo. Pero luego comprendió que el Huragok intentaba hablar; que se esforzaba por formar el más simple de los signos Huragok:

«Uno».

Un repiqueteo de pies terminados en zarpas en el pasillo anunció que se acercaba la capitana. La Kig-Yar apartó de un empujón al Huragok blandiendo su pistola de plasma y dirigió uno de sus ojos color rubí al cadáver del alienígena.

—¿Cómo murió? —preguntó.

Dadab bajó la mirada. La parte posterior del cráneo del alienígena estaba hundida: perforada con un agujero irregular. Con cuidado, Dadab deslizó dos dedos dentro de la herida mortal. Atrapó algo duro en el centro del cerebro de la criatura, y lo sacó para que todos lo vieran: la piedra de cazar de *Más Ligero Que Algunos*.

* * *

A Sif no le gustaba perturbar a los ordenadores de navegación que tenía a su cargo. En alguna parte muy dentro de su núcleo lógico había un recuerdo de su creador como una madre atribulada con poca paciencia para con su pequeña. Pero comunicarse con las naves mientras estaban en el Slipspace era imposible, de manera que Sif no tenía modo de prevenirlas con antelación sobre las medidas adicionales de seguridad que Jilan Al-Cygni había impuesto tras la auditoría.

<\\> HARVEST.SO.AI.SIF >> DCS.CUP#-0004C370 <\ SIGA SU NUEVA TRAYECTORIA.
<\ MANTENGA LA VELOCIDAD REQUERIDA.
<\ TODO VA BIEN. \>

Para conectar con Harvest, o con cualquier otro planeta, mientras cruzaban como una exhalación el vacío, los cargueros tenían que salir del Slipspace en la trayectoria correcta, viajando a una velocidad acorde. Harvest orbitaba alrededor de Epsilon Indi a poco más de ciento cincuenta mil kilómetros por hora, más rápido que la mayoría de los mundos del UNSC. Dependiendo del ángulo de su vector de intercepción, un ordenador de navegación podría tener que impulsar su nave aún más de prisa que eso para efectuar el encuentro.

Así pues, los ordenadores se ponían comprensiblemente nerviosos cuando inmediatamente después de salir de sus saltos, Sif exigía que se prepararan para encontrarse con Harvest algo más allá en su órbita.

Sif cortó la conexión con el carguero *Contents Under Pressure* y respondió a otro saludo. Varias partes de su mente estaban en comunicación con cientos de naves de carga a la vez, asegurando a sus sencillos circuitos que las demoras que imponía eran del todo seguras y legales. El mismo mensaje una y otra vez.

Los algoritmos que guiaban las emociones de la IA le advertían que no correlacionase repetición con irritación; pero su núcleo no podía evitar sentirse un poco molesto. La mujer del DCS había insistido en que se verificaran dos veces los ARGUS y otros datos que ella recopilaba de todos los cargueros que entraban en el sistema. Sif sabía que todo formaba parte de su período de prueba; que tenía que soportar una pequeña humillación burocrática antes de que el DCS olvidara su descuido.

Por suerte, Al-Cygni era tan educada como eficiente, daba su visto bueno a las inspecciones de Sif muy de prisa. Pero era humana, y necesitaba dormir al menos unas cuantas horas cada día, y eso significaba que algunos cargueros tenían que permanecer en pautas dilatorias durante bastante tiempo. Y eso hacía que sus

ordenadores estuvieran aún más inquietos.

<\ HARVEST.SO.IA.SIF >> DCS.TEU#-00481361
<\ ATENCIÓN, THIS END UP.
<\ DEBE MANTENER VELOCIDAD REQUERIDA.

Sif se dio cuenta de que la *This End Up* seguía en la trayectoria correcta pero había empezado a aminorar la velocidad. La disminución era de poca importancia (menos de quinientos metros por minuto), pero cualquier deceleración era inaceptable cuando el objetivo era correr al unísono con el planeta.

<\ THIS END UP. ¿ME OYE?
<\ CONTACTE CON HARVEST EN CUALQUIER CANAL. \>

Pero no hubo respuesta, y Sif supo que el carguero no alcanzaría el punto de reunión.

Acababa de empezar a considerar los miles de problemas que podrían haber provocado que la *This End Up* perdiera velocidad cuando, sin avisar, el carguero desapareció de su escáner. O de un modo más específico, el contacto individual que era la *This End Up* se convirtió de improviso en muchos cientos de millones de contactos más pequeños.

O de un modo más sucinto, decidió Sif, la nave estalló.

Comprobó la hora. Era bien pasada la medianoche. Mientras iniciaba una comunicación con el hotel de Al-Cygni en Utgard, se preguntó si la mujer estaría aún despierta.

—Buenos días, Sif. ¿En qué puedo ayudarte?

Jilan Al-Cygni estaba sentada ante el escritorio de su suite, y a través de la transmisión a todo color del hotel, Sif pudo ver que la mujer llevaba el mismo traje pantalón marrón de su anterior encuentro. Pero parecía bien planchado, y su larga melena negra arrollada, muy tirante, alrededor de la cabeza. Al escudriñar el fondo de la habitación, Sif advirtió que la cama no estaba deshecha.

—¿Sucede algo? —preguntó Al-Cygni en un tono que confirmaba su actitud alerta.

—Hemos perdido otra nave —dijo Sif, transmitiendo todos los datos pertinentes a través de su maser.

Advirtió un descenso mínimo de los hombros de Al-Cygni, una leve relajación de la mandíbula. Lejos de estar sorprendida, el anuncio pareció tranquilizar a la mujer…, como si hubiera estado esperando la pérdida de la nave y aguardando a que Sif le hiciera llegar la noticia.

—¿Nombre e itinerario? —preguntó Jilan, alargando los dedos hacia su placa de

datos COM.

—*This End Up*. Marte vía Reach.

—Había más de treinta naves en vectores cercanos —reflexionó Jilan.

Desplazó un dedo lentamente por la pantalla… intentando descubrir patrones útiles en los datos de Sif.

—¿Por qué ésa en particular?

El manifiesto de la *This End Up* afirmaba que transportaba un prototipo JOTUN. Hasta que el ARGUS de Sif entregara su evaluación de la nube de escombros en expansión, no tenía pruebas concluyentes de que no fuera éste el caso. Tras comprobar los datos sobre otros cargueros próximos, confirmó que la mayoría transportaban bienes de consumo; algunos llevaban piezas de repuesto JOTUN y otras clases de maquinaria de granja. Pero justo cuando Sif iba a mencionar el prototipo JOTUN como la única diferencia significativa entre los distintos cargamentos, reparó en otra cosa insólita respecto al carguero.

Pero entonces vio que los labios de Jilan empezaban a moverse, y tal y como exigía el protocolo, permaneció en silencio. Era insolente y arrogante interrumpir a un humano, le recordaron sus algoritmos, así que Sif hizo todo lo posible por no sentirse molesta cuando Al-Cygni se adjudicó el crédito por el descubrimiento que compartían. Los ojos verdes de la mujer centellearon mientras decía:

—La *This End Up* era la única nave comandada por un capitán. Un auténtico tripulante humano.

7

HARVEST, 16 ENERO 2525

En cuanto los reclutas del primer pelotón hubieron llevado las bandejas del desayuno a la unidad de limpieza del comedor, Avery se puso al frente del grupo para la marcha diaria de diez kilómetros de ida y vuelta por la autovía de Gladsheim. Tras dos semanas de adiestramiento físico (PT), estaban acostumbrados a la ruta: un recorrido tremendamente aburrido a través de campos de trigo. Pero hasta el día de hoy jamás lo habían hecho con mochilas que pesaran veinticinco kilos, y para cuando Epsilon Indi llameaba ya en el cielo a media mañana, la marcha se había convertido en un calvario excepcionalmente agotador.

También era así para Avery, quien no se había ejercitado como era debido desde antes del viaje de vuelta a casa. Los largos períodos de sueño criogénico desde Epsilon Eridanus a Sol, y luego desde Sol a Epsilon Indi, lo habían dejado en un estado conocido comúnmente como «quemadura del congelador». Aquella sensación angustiosa, como un caso agudo de hormigueo, lo provocaba la descomposición de los fármacos utilizados en el sueño criogénico atrapados en músculos y articulaciones, y Avery era el peor que había experimentado jamás: un hormigueo intenso en rodillas y hombros provocado por la extenuante marcha.

Hizo una mueca de dolor mientras se quitaba la mochila. Pero resultaba fácil ocultarle su malestar al pelotón, porque los treinta y seis hombres apilados alrededor del asta de la bandera del patio de armas estaban concentrados en su propio agotamiento. Con el sudor corriéndole por la nariz y la barbilla, Avery contempló cómo uno de ellos vomitaba el zarandeado desayuno. Aquello inició una reacción en cadena que pronto tuvo a casi la mitad del pelotón dando arcadas ruidosamente sobre la grava.

Jenkins, un recluta de pelo rojizo que era de los más jóvenes, estaba doblado en dos justo frente a Avery. Con los delgados brazos apoyados en las rodillas, el recluta emitió un sonido que era mitad tos y mitad gemido. Avery vio un hilillo de saliva estirándose hacia las botas mal atadas. «Va a tener ampollas», pensó Avery con la vista fija en los cordones flojos. Pero también sabía que Jenkins tenía ante él una amenaza más inmediata y peligrosa: la deshidratación.

Sacó una botella de plástico llena de agua de su mochila y la introdujo en las manos temblorosas del recluta.

—Bébela despacio.

—Sí, sargento mayor —resolló; pero no se movió.

—¡Ahora, recluta! —le espetó Avery.

Jenkins se irguió; tan de prisa que el desplazamiento del peso de su mochila casi lo lanzó hacia atrás sobre la huesuda espalda. Sus mejillas hundidas se hincharon cuando desenroscó el tapón de la botella y tomó dos grandes tragos.

—Dije despacio. —Avery intentó controlar el enojo—. O tendrás calambres.

Avery sabía que la milicia colonial no era los marines, pero le costaba bajar las expectativas respecto a la actuación de sus reclutas. Más o menos la mitad de ellos eran miembros de las fuerzas del orden y otros servicios de emergencia de Harvest, así que al menos estaban mentalmente preparados para los rigores de un adiestramiento básico. Pero aquellos hombres también tenían más edad (algunos con cuarenta años largos o cincuenta y pocos), y no estaban todos en la mejor de las formas.

Las cosas no eran mucho mejor con los reclutas más jóvenes como Jenkins. La mayoría habían crecido en granjas, pero debido a que los JOTUN de Harvest hacían todo el trabajo duro, estaban tan mal preparados físicamente como sus mayores para aprender el extenuante oficio de ser soldado.

—¡Healy! —gritó, señalando las botas de Jenkins—. ¡Tenemos un par de pies con problemas!

—¡Con eso hacen tres! —gritó en respuesta el ayudante médico, que estaba entregando botellas de agua a un par de reclutas panzudos de mediana edad con los rostros tostados por el sol—. Dass y Abel están tan gordos que creo que han agujereado sus calcetines.

El ayudante médico había alzado la voz lo suficiente para que todo el pelotón lo oyera, y unos cuantos de los hombres que no habían devuelto el desayuno (y conservaban el sentido del humor junto con él) se rieron entre dientes, en silencio, de la tonta broma de Healy.

Avery puso mala cara. No conseguía decidir qué lo enojaba más: el que Healy insistiera en seguir haciendo el payaso, estropeando la atmósfera de seriedad que intentaba implantar, o que el ayudante médico supiera el nombre de cada recluta en tanto que Avery todavía tenía que comprobar la etiqueta con el nombre del bolsillo superior de sus camisas de faena color caqui.

—¿Tenéis energías para hablar? ¡Pues tenéis energías para caminar! —soltó Avery con brusquedad—. Conseguid agua. Sorbedla. Todo lo que quiero oír es el sonido de la hidratación. Que…, para dejarlo claro…, ¡no suena absolutamente a nada!

Al instante, treinta y seis botellas de plástico transparente se inclinaron hacia el cielo. Jenkins estaba especialmente ansioso por mantener los doloridos pies donde estaban y engullía su agua a una velocidad alarmante. Avery contempló cómo la descomunal nuez del recluta oscilaba arriba y abajo como un yoyó en una cuerda muy corta. «El chico ni siquiera puede seguir una orden sobre beber como es debido», decidió.

El sonido de voces en el camino de acceso a la guarnición anunció el regreso de Byrne y el segundo pelotón. Avery pudo oírlos marchar al paso; cantando a voz en

grito una canción de los marines. Byrne rugía cada frase y sus reclutas la repetían: ¡Cuando muera entiérrame hondo!

¡Y un MA5 pon a mis pies en el fondo!
¡Por mí no llores, ni una lágrima viertas!
¡Pero mi equipo de marcha quiero que en mi caja metas!
¡Pues una mañana temprano a las cero cinco!
¡Retumbará el suelo y relampagueará el cielo!
¡Manten la calma, nada de pánico!
¡Es mi fantasma que sigue entrenando!

Al mismo tiempo que el segundo pelotón coronaba la parte superior del camino y entraba arrastrando los pies en el patio de armas, la puerta de mosquitera del alojamiento del capitán Ponder se abrió. Como de costumbre, el capitán había optado por no llevar la prótesis; la manga de la camisa volvía a estar pulcramente sujeta al costado.

—¡Firmes! —gritó Avery con voz estentórea.

Ponder dio al primer pelotón una oportunidad para erguirse, y al segundo pelotón tiempo para detenerse jadeando. Luego preguntó en voz alta pero afable:

—¿Han disfrutado de su paseo?

—Señor, sí señor —respondieron los reclutas con variado entusiasmo.

Ponder se volvió hacia Byrne.

—No parecen demasiado seguros, sargento mayor.

—No, no lo parecen —gruñó Byrne.

—A lo mejor diez kilómetros no es distancia suficiente para decidirse…

—No me importaría en absoluto volver a correrlos, capitán.

—Bueno, deje que me asegure —Ponder apoyó el puño en la cadera y gritó—: Lo preguntaré otra vez: ¿han disfrutado todos de su paseo?

Los setenta y dos reclutas gritaron todos al instante:

—¡Señor, sí señor!

—¿Volverían a hacerlo mañana?

—¡Señor, sí señor!

—¡Bien, eso sí que lo he oído sin la menor duda! ¡Descansen! —Mientras los reclutas regresaban a su dolor, Ponder hizo una seña a Avery para que se acercara—. ¿Qué tal fue su ritmo?

—No estuvo mal, teniendo en cuenta la carga.

—¿Cuál es el plan para esta tarde?

—Pensaba que podría llevarlos al campo de tiro.

Ponder asintió con la cabeza en señal de aprobación.

—Ya es hora de que les permitamos agujerear unos cuantos blancos. Pero tendrá que pasárselos a Byrne. Tenemos una cita.

—¿Señor?

—La Fiesta del Solsticio. Utgard. El gobernador de este magnífico planeta nos ha invitado a mí y a uno de mis sargentos mayores. —El capitán estiró la barbilla en dirección a Byrne, que en aquellos momentos daba rienda suelta a una sarta de improperios sobre la persona de un recluta aterrado que acababa de cometer el error de vomitar el desayuno directamente encima de las botas del sargento mayor—. Es un acontecimiento oficial. Con las damas vestidas de largo; esa clase de cosa. —Ponder sonrió a Avery—. Tengo la sensación de que usted resultará más adecuado.

—Comprendido.

Lo último que quería Avery era sortear preguntas sobre la Insurrección procedentes de un puñado de políticos borrachos, pero mientras observaba a Byrne ordenar al recluta que empezara a hacer flexiones justo encima de sus botas cubiertas de vómito, tuvo que admitirlo: el capitán probablemente estaba en lo cierto.

Y además, había preguntas que Avery quería hacerle a Ponder; la primera y más importante, por qué a Byrne y a él los habían transferido a Harvest. Desde la noche de su pelea en el barracón, los dos sargentos mayores no se habían dirigido la palabra, de modo que Avery no había obtenido ninguna información de Byrne. Durante el trayecto a Utgard, esperaba que el capitán pudiera explicar por qué el UNSC había estimado conveniente transferir a los dos jefes de grupo de la misión TREBUCHET; sacarlos de primera fila de la Insurrección.

Avery tenía la firme sospecha de que no iba a gustarle la respuesta de Ponder.

—La recepción empieza a las cero seis treinta. —El capitán se volvió hacia su alojamiento—. Lávese y reúnase conmigo en el parque de automóviles lo antes posible.

Avery le dedicó un apresurado saludo, y luego regresó a grandes zancadas junto a sus reclutas.

—¡Forsell, Wick, Andersen, Jenkins! —tronó, leyendo los nombres en su placa de datos COM, y cuatro pares de hombros se irguieron un poco más—. Aquí dice que ninguno de vosotros ha manejado nunca una arma. ¿Es eso correcto?

—Sí, sargento mayor.

Las respuestas de los reclutas fueron titubeantes, avergonzadas. Algunos de los milicianos de más edad, agentes de policía que estaban acostumbrados a llevar pistolas de pequeño calibre en su trabajo, rieron por lo bajo ante la inexperiencia de los reclutas.

—No será tan divertido cuando estén detrás de vosotros en un tiroteo —gruñó Avery.

Las risas de los agentes se apagaron rápidamente.

Avery hizo una seña a Jenkins y a los demás para que se reunieran a su alrededor.

—El capitán y yo tenemos un compromiso en la ciudad. Así que el sargento mayor Byrne va a espabilaros.

Los reclutas se miraron entre sí sin comprender, confundidos por la jerga de

Avery.

—Va a enseñaros a disparar —aclaró Avery—. Intentad no dispararos unos a otros.

* * *

Una hora más tarde estaba al volante de un Warthog, yendo a toda velocidad por la autovía de Gladsheim con el capitán Ponder en el asiento del copiloto junto a él. Con Epsilon Indi cayendo a plomo justo sobre sus cabezas, a Avery le satisfacía extraordinariamente el diseño desguarnecido del vehículo. En una zona de guerra, la falta de techo y puertas del Warthog convertía en peligrosos los viajes, pero cuando el único enemigo al que te enfrentabas era la adherencia pegajosa del uniforme azul marino, el hecho de que fuera un vehículo descubierto era toda una bendición.

Para que los ayudara a mantenerse frescos, los dos hombres se habían despojado de las chaquetas azul marino y subido las mangas de las camisas hasta el codo. Ponder optó por mantener el brazo falso cubierto; Avery supuso que debido a que la luz directa del sol podría calentar incómodamente las articulaciones de titanio de la prótesis. Con el rabillo del ojo vio que el capitán alzaba el brazo y se rascaba el hombro, dando un masaje al empalme de nanofibra donde los circuitos se unían a la carne.

Durante algún tiempo, Avery y Ponder estuvieron sentados en silencio, y contemplaron cómo los campos de trigo que rodeaban la guarnición daban paso a extensas plantaciones de melocotoneros y manzanos. Avery no estaba seguro del mejor modo de romper el hielo. No quería soltar de repente: «¿Por qué estoy aquí?». Imaginaba que existía un buen motivo para que el capitán mantuviera la información en secreto, y sospechaba que haría falta un poco más de diplomacia para sacarle la respuesta. De modo que empezó con algo sencillo.

—Señor, si me permite preguntarlo, ¿qué le sucedió a su brazo?

—M-EDF 9/21/1 —respondió Ponder, alzando la voz por encima del rugido del Warthog—. ¿Está familiarizado con la unidad?

Avery analizó automáticamente la sintaxis del código: noveno cuerpo expedicionario de marines, veintiuna división, primer batallón. Era una de las muchas unidades que servían en Epsilon Eridanus.

—Sí, señor. Novatos duros de pelar.

—Ya lo creo que lo eran. —El capitán introdujo dos de sus dedos ortopédicos en el bolsillo de la camisa y sacó un cigarro Sweet William—. Yo era su CO.

Avery sujetó con más fuerza el volante cuando un remolque pasó a toda velocidad en dirección opuesta.

—¿En qué clase de acciones tomó parte?

Hizo todo lo posible por mantener un tono despreocupado. Pero si lo que Ponder decía era cierto, eso significaba que era una parte crítica de la lucha del UNSC contra la Insurrección…; que su presencia en Harvest era tan extraña como la de Avery y Byrne.

—No nos andemos por las ramas, sargento mayor. TREBUCHET. Está en su expediente. También en el de Byrne. Y he pasado las últimas dos semanas preguntándome justo lo mismo. —El capitán mordió la punta del cigarro—. ¿Por qué tendría que enviar el cuerpo a dos de sus más fantásticos hijos de puta aquí fuera? —Esperaba que usted podría arrojar algo de luz sobre eso, señor.

—Al diablo si lo sé.

Ponder sacó un encendedor de plata con una tapa de bisagra del bolsillo del pantalón, lo abrió y empezó a encender el cigarro.

—FLEETCOM no se ha mostrado muy generosa con la información… —dijo dando un par de chupadas; luego, cerró con un chasquido el encendedor—. Desde que me degradaron.

Algo hizo clic en la cabeza de Avery. «Por supuesto —pensó—. El CO de un batallón de marines tendría que ser al menos un teniente coronel; con una paga dos niveles por encima del actual rango de capitán de Ponder». Pero Avery no tenía ni idea de lo que aquello significaba en relación con todo el asunto. La revelación de Ponder lo volvía todo aún más confuso.

—¿Degradado, señor? —preguntó, avanzando con pies de plomo.

—Perdí el brazo —empezó a contar Ponder— en Elysium City, Eridanus II. —Puso una de las botas sobre el salpicadero—. Esto fue allá en el trece. Watts y su banda justo empezaban a enseñar los dientes.

El coronel Robert Watts —o «ese bastardo», para la mayoría del personal del UNSC— era un oficial del cuerpo de marines nacido y criado en Epsilon Eridanus que había desertado al bando de los Insurrectos a principios de la guerra. Él y el grupo de renegados que comandaba eran uno de los objetivos prioritarios de TREBUCHET. Hasta el momento, nadie había conseguido tenerlo a tiro de su arma, aunque Avery había estado cerca en una ocasión.

—Esperábamos poder capturar al segundo al mando de Watts —prosiguió Ponder, dando una larga calada al cigarro—. Almirantes del FLEETCOM querían que mi batallón entrara con todos los efectivos; gran cantidad de blindaje y apoyo aéreo. Que intimidaran a los lugareños para que entregaran al tipo sin pelear. Pero la ciudad seguía estando al cincuenta por ciento. No todo el mundo estaba del lado de los Innies, y pensé que un cierto comedimiento ayudaría a ganarnos a algunas personas.

Avery lanzó un gruñido.

—Debe de haber sido antes de mi época.

—Las cosas eran diferentes al principio. Todavía había tiempo para hablar…, una posibilidad de paz. —Ponder negó con la cabeza—. En cualquier caso este tipo… mi objetivo… se había casado con la hija de uno de los funcionarios locales. Pensé que el

suegro se enfadaría bastante al ver aparecer a toda una columna armada ante su puerta. Pero casi sin darme cuenta, me encontré en su salita tomando té.

Ponder dio un golpecito al cigarro para que cayera la ceniza.

—Hablamos de cosas sin importancia durante unos cuantos minutos; nos limitamos a ponemos cómodos. Luego, cuando su esposa me servía una segunda taza, fui al grano: «Estamos buscando a fulanito de tal. ¿Sabe usted dónde encontrarlo? No tenemos intención de hacerle ningún daño a su hija, etcétera, etcétera». Y él me miró directo a los ojos… —Ponder hizo una pausa y miró más allá del parabrisas inclinado del Warthog—. Me miró a los ojos y dijo: «Algún día ganaremos. No importa lo que haya que hacer». —El capitán flexionó la prótesis, remedando sus recuerdos—. Luego rodeó con el brazo a la esposa del objetivo, su propia hija, y alzó aquello así… Tardé un segundo en darme cuenta de que tenía una granada.

Avery no supo qué decir, excepto que, habiendo heredado la Insurrección de hombres como Ponder, había visto cosas como mínimo igual de sorprendentes, como mínimo igual de trágicas.

—Sabía que era un farol. Aquel tipo estaba consagrado a la causa, sin duda, pero ¿matar a toda su familia? No iba a suceder. —Ponder se sacó el cigarro medio consumido de los dientes y lo aplastó contra el salpicadero—. Uno de mis tiradores no pensó lo mismo. Disparó sin pensar a través de la pared de la casa y partió al tipo en dos. Pero él tiró de la anilla en un movimiento reflejo. —El capitán se encogió de hombros—. Me lancé al suelo para evitar la explosión. Las cosas empeoraron a partir de eso.

Un espacio pequeño, soldados nerviosos… Avery sabía que lo de empeoraron habían significado un montón de bajas civiles, algunos mandamases muy enfadados y —por si fuera poco— que Ponder descendiera dos escalones en el escalafón militar.

—Creo que querían que me jubilara anticipadamente. Pero me quedé —dijo el capitán—. Acepté un montón de destinos repugnantes y trabajé hasta llegar al CMT. Pensé que había dejado a la Insurrección tras de mí. —Lanzó a Avery una mirada que era más inquisitiva que acusadora—. Luego aparecieron ustedes dos.

Una vez más, Avery no supo qué decir. Pero Ponder no tardó en sumirse en más recuerdos de aquel día terrible de hacía mucho dempo, y durante un rato ambos hombres permanecieron en silencio.

En los huertos de manzanos, Avery vio JOTUN: un par de recolectoras monstruosas lo bastante grandes para envolver árboles enteros con sus brazos sacudidores. Había oído por casualidad a Healy discutiendo con uno de sus reclutas sobre el número exacto de JOTUN que había en Harvest. El ayudante médico rehusaba creer que hubiera tres JOTUN por cada persona —casi un millón de máquinas— hasta que el recluta explicó que contaba todas las diferentes versiones: desde los pequeños fumigadores aéreos de cosechas a las bestias de seis ruedas como las que había en los huertos.

—Es divertido —dijo Ponder de un modo que dejaba claro que no pensaba que lo

fuera ni por asomo—, pero al principio lo eché en falta: mis hombres, el combate… Tardé años en comprender la locura que era aquello; que había tenido suerte de salir cuando lo hice. Antes de que las cosas se pusieran mal de verdad y yo cometiera un error que hiciera que muriera mucha más gente.

Avery asintió con la cabeza, aunque también podría haber dicho: «Sé exactamente a lo que se refiere».

Para entonces el Bifrost había empezado a alzarse ante ellos. Todavía estaban a una hora de la escarpadura de piedra caliza, pero entornando los ojos Avery pudo distinguir oscuros cambios de rasante hendiendo la ladera de acá para allá que los conducirían carretera arriba hasta Utgard.

A cada lado de los cambios de rasante, separadas por cientos de kilómetros había dos líneas de ferrocarril maglev; gruesos monorraíles que descendían en ángulo desde la cima delBifrost para ir al encuentro de la llanura de Ida, mucho más allá en los huertos de frutales. Avery vio un largo tren de contenedores de carga que se deslizaba por la línea meridional. El tren parecía moverse demasiado de prisa dado el tamaño de los contenedores, y comprendió que debían de estar vacíos… yendo de camino al depósito donde cientos de JOTUN aguardaban con cargamentos de fruta recién recolectada.

—¿Quizá FLEETCOM decidió que necesitaban un descanso? —sugirió Ponder.

—Quizá —repuso Avery.

Era una explicación tan buena como cualquier otra.

—Bueno, ¿por qué no empezar esta noche? Tome un trago, baile con una chica.

Avery sonrió muy a su pesar.

—¿Es eso una orden, señor?

Ponder rió y se dio una palmada en el muslo con el brazo artificial.

—Sí, sargento mayor. Lo es.

* * *

Cuando por fin Avery metió el Warthog en la calzada curva del edificio del Parlamento de Harvest, sabía muchas más cosas sobre el capitán Ponder. Cómo combatir la Insurrección lo había obligado a perderse la boda de su hijo mayor y el nacimiento de su primer nieto; ocasiones preciosas que echaba más en falta que el brazo. Mientras se apeaban, abotonaban las chaquetas y se ponían las gorras de visera negra, Avery reparó en que no tan sólo confiaba, sino que sentía mucho más respeto por el hombre que lucía el uniforme de su oficial al mando.

El vestíbulo del Parlamento estaba atestado de asistentes a la fiesta: hombres con trajes de lino en colores pastel; mujeres con vestidos largos con volantes y profundos escotes redondos; modas que estaban ya desfasadas en los salones del mundo central

pero que apenas acababan de imponerse en la alta sociedad provinciana de Harvest. Algunos de los invitados abrieron mucho los ojos y murmuraron al paso de Avery y Ponder.

Y al sargento mayor le dio la impresión de que eran los primeros marines —los primeros soldados— que algunos invitados habían visto nunca.

Pero a medida que se abrían paso por una atestada escalinata de granito que ascendía hasta el salón de baile, algunas de las miradas curiosas se tornaron frías. «Es posible que seamos una visión nueva —Avery arqueó las cejas—, pero no necesariamente bienvenida». Parecía que el modo en que el UNSC manejaba la Insurrección no era mucho más popular en Harvest de lo que lo era en cualquier otra parte.

—Nils Thune —tronó alguien desde el rellano de lo alto de la escalera, y una mano gruesa salió disparada de una enorme extensión de tela a rayas rojas y blancas —. Usted debe de ser el capitán Ponder.

—Gobernador. —Ponder se detuvo en el último escalón y saludó; luego alargó la mano—. Es un honor conocerlo.

—¡Lo mismo digo, desde luego! —El apretón de Thune fue tan fuerte que prácticamente izó a Ponder hasta el descansillo.

—¿Permite que le presente a uno de mis hombres? Sargento mayor Avery Johnson.

Thune soltó la mano de Ponder y estrechó a continuación la de Avery.

—Bien, ¿Johnson? —La barba roja de Thune se abrió en una amplia sonrisa—. ¿Qué le parece nuestro planeta?

Avery tenía un apretón fuerte, pero el de Thune era inmovilizante. La mano poseía la clase de fuerza que uno conseguía tras años de cultivar la tierra a la antigua usanza: sin la ayuda de una flota de autómatas descomunales. Avery supuso sin equivocarse que, a pesar de su vigor, el gobernador pasaba ya de los sesenta, y que había sido uno de los primeros colonos en aterrizar en Harvest.

—Me recuerda a casa, señor. —Avery frunció los labios—. Crecí en la Tierra, en el Distrito Industrial de Chicago.

Thune le soltó la mano y se golpeó alegremente en el pecho con el pulgar.

—¡Minnesota! Tanto por parte de mi madre como de mi padre hasta donde puedo recordar. —Ensanchando la sonrisa condujo a los marines hacia la entrada de un salón de baile profusamente iluminado—. Está en buena compañía, sargento mayor. La mayoría de todos los de por aquí proceden de los estados centrales; se mudaron cuando la tierra se volvió improductiva. ¡Desde luego ninguno de nosotros sabía lo mucho mejor que serían las cosas una vez que llegásemos a Harvest!

El gobernador agarró una copa aflautada de champán de un camarero que pasaba y la vació de un trago.

—¡Por aquí! —Cruzó de lado la entrada, arrastrando los pies. Su tamaño contribuía tanto a apartar a la multitud como la deferencia debida a su cargo—. ¡Y

manténganse cerca! ¡El espectáculo está a punto de empezar, y los quiero a los dos en primera fila!

Avery lanzó a Ponder una mirada confundida. Pero el capitán se limitó a sumergirse en el espacio dejado por Thune. Avery lo siguió justo a la vez que la multitud se replegaba sobre sí misma, poco menos que succionándolo al interior del salón. Esforzándose por no pisar a nadie, los marines siguieron a Thune a una de las muchas puertas acristaladas de la pared oriental de la estancia que conducían a una terraza amplia que daba a los jardines del Parlamento y…, más allá, al paseo de Utgard.

Yendo a colocarse junto a Thune frente a la barandilla de granito del balcón, Avery vio que el parque estaba lleno de gente celebrándolo. Globos de luz que tiraban de sus amarres bajo la brisa del crepúsculo iluminaban los corros de familias sentadas sobre mantas campestres de colores vivos. Apenas una pequeña parte del paseo quedaba sin ocupar, y Avery tuvo la certeza de que la inmensa mayoría de los trescientos mil residentes del planeta estaban presentes. Pero todavía no estaba del todo seguro, de para qué.

—¡Rol! —El grito de Thune resonó dolorosamente en los oídos de Avery—. ¡Aquí!

El gobernador agitó una mano por encima de la cabeza, pero apenas hacía falta. Thune era más alto que ninguna otra persona del balcón, incluido Avery, y la mata de espeso pelo rojo y entrecano que le cubría la cabeza era imposible de que pasara desapercibido. Avery alargó el cuello en dirección al salón de baile a tiempo de ver al opuesto somatotípico del gobernador deslizarse fuera de la multitud; un hombre bajo que empezaba a quedarse calvo y cuyo cuerpo anciano apenas llenaba el traje de lino gris claro.

—Rol Pedersen —anunció Thune—, mi ministro de Justicia.

—Sólo un modo elaborado de decir abogado. —Pedersen sonrió con modestia entre los finos labios fruncidos.

No ofreció la mano a Avery ni a Ponder, pero no por falta de buena educación; la alborozada multitud había empezado a fluir desde el salón de baile, inmovilizando contra los costados los brazos del ministro de Justicia.

—Rol es lo más formalista que tenemos por aquí. Es muy detallista. Es quien llevó todas las negociaciones con la Autoridad Colonial en lo referente a crear una milicia.

—Estrictamente hablando —los ojos de Pedersen centellearon a la vez que alzaba una de las blancas cejas—, acepté de modo formal su exigencia de que tuviésemos una.

Justo entonces estallaron fuegos artificiales en el cielo, que llenaron los huecos entre los siete montacargas de la Tiara con flores multicolores. Proyectándose hacia arriba desde la línea del horizonte de Utgard, los ramales brillaban bajo la luz crepuscular de Epsilon Indi. A medida que la lluvia de chispas ondulaba el aire a su alrededor, los ramales parecían vibrar, igual que cuerdas pulsadas en una arpa

gigantesca.

—¡Atención, todo el mundo! —rugió Thune cuando los últimos fuegos artificiales estallaron en una humeante nube azul verdoso—. ¡Prepárense!

El gobernador se colocó las manos sobre las orejas, como hicieron todos los demás ocupantes de la terraza excepto Avery y Ponder.

—Un impulsor de masa —explicó Pedersen—. Lo disparamos cada solsticio.

De golpe, las torres que rodeaban el paseo se oscurecieron al perder potencia la red de suministro eléctrico. Hubo un brillante fogonazo más allá del ramal central número cuatro de la Tiara, y al cabo de un momento una onda expansiva martilleó sobre el paseo, aplastando los globos de luz a la vez que lanzaba a los allí reunidos en pos de servilletas que volaban y criaturas derribadas en medio de gritos divertidos. En la terraza, las mujeres profirieron chillidos agudos de regocijado temor a la vez que se sujetaban los ondulantes vestidos; los hombres efectuaron una presumida exhibición de destaparse los oídos a medida que un retumbo sónico dejaba atrás el Parlamento con un potente repique.

—¡Hurra! —gritó Thune, iniciando un aplauso del que se hicieron eco las personas del paseo—. ¡Bien hecho, Mack!

—Eso es de lo más amable por su parte, gobernador —respondió la IA desde la placa de datos COM de Thune, oculta en alguna parte de la enorme americana—. Mi objetivo es complacer.

—Ahora que lo mencionas —dijo Thune, apartándose de la barandilla—. ¿Cuánto te acercaste?

Pedersen liberó una mano y señaló en dirección a Thune, indicando a los dos marines que lo siguieran. Esta vez el gobernador los condujo al extremo opuesto del salón de baile, donde un grupo de niños —niñas con lazos de raso en los vestidos y niños con chalecos y zapatos relucientes— se había apelotonado alrededor de una mesa circular coronada por una cornucopia de frutas y verduras. Un proyector holográfico plateado estaba colocado en el centro de una guirnalda de frondosas parras y racimos de uvas de un intenso color morado. De pie, encima de todo ello, estaba Mack.

—Fallé por una milla —dijo la IA, frotándose el cogote con un pañuelo mugriento —. En realidad, más bien como cincuenta kilómetros. Pero estoy seguro de que ella dirá algo.

—Sin duda. Sin duda. —Thune rió entre dientes—. Oye, me gustaría que conocieras al capitán Ponder y al sargento mayor Johnson. Marines del UNSC. Están aquí para crear una milicia.

—Mack. Operaciones agrícolas.

Mack se llevó la mano al ala del sombrero de vaquero. Luego, señalando con la cabeza en dirección a la terraza y al impulsor de masa situado en algún lugar más allá, dijo:

—Igual que los grandes cañones de la Armada. Sólo que con un poco menos de

retroceso.

—¿Sabes? —dijo Ponder inexpresivo—, existe un motivo para que nosotros sólo los disparemos en el espacio.

Los impulsores de masa eran una solución relativamente simple y barata para elevar objetos desde la superficie de un planeta y colocarlos en órbita. Construidos por lo general sobre enormes cardanes, sus bobinas magnéticas enlazadas se podían cargar, apuntar y disparar con muy poca automatización; con un simple ordenador en lugar de una IA. Pero los impulsores tenían una desventaja fundamental: un lanzamiento de peso limitado. Lo que significaba que si bien el impulsor de Harvest cumplió su función durante la primera década tras la fundación de la colonia (cuando su papel principal era enviar residuos radiactivos cuidadosamente empaquetados a una ruta de colisión con Epsilon Indi), para que el planeta hiciera frente a todo su potencial exportador hizo falta reemplazarlo por un sistema de elevación de alta capacidad como la Tiara.

La tecnología del impulsor seguía viva en la Armada, no obstante, bajo la forma del cañón acelerador de masa. Los llamados cruceros y fragatas MAC eran en esencia impulsores de masa móviles; naves diseñadas alrededor de las largas espirales electromagnéticas de aquellas armas. La tecnología era similar a la del rifle Stanchion M99, pero en tanto que las ligeras balas semiferrosas del M99 no tenían más que unos pocos milímetros de longitud, un proyectil MAC tenía más de diez metros de punta a punta, pesaba ciento sesenta toneladas, y poseía la potencia necesaria para traspasar el blindaje de titanio-A más grueso de la Armada.

—¿En el espacio? —refunfuñó Thune con displicencia—. ¿Esas cosas hacen ruido incluso en gravedad cero?

—Si usted está en el interior de una nave MAC cuando el cañón dispara… —Ponder alzó las manos bien separadas alrededor de la cabeza, simulando una explosión ensordecedora—. No sé si es usted un hombre religioso, gobernador, pero es un poco como una campana de iglesia…

—Lo soy. —El gobernador sonrió radiante—. ¡Luterano! ¡Nacido y educado!

Pedersen suspiró en fingida protesta.

—De haber sabido que iba a sacar el tema de la religión, capitán, como ministro de Justicia habría aconsejado otro tema menos polémico.

—Y yo estaba a punto de contar una historia… —añadió Mack, lo bastante alto para que todos los niños lo oyeran.

El joven público lanzó entusiastas aclamaciones cuando una representación holográfica de una animada calle principal del Salvaje Oeste apareció detrás de Mack. Un grupo de forajidos enmascarados salió a toda prisa de un banco, disparando sus revólveres de seis balas y asustando a los caballos de una diligencia que pasaba. Los niños profirieron exclamaciones de asombro. Mack sacó una estrella de *sheriff* del bolsillo trasero y se la sujetó a la camisa.

—Tal vez querrían llevar el sermón al bar.

—Por mí no hay inconveniente —dijo Thune, dando una palmada a Ponder en el hombro—. ¿Capitán?

Ponder se mantuvo firme bajo la fuerza del golpe.

—Detrás de usted, gobernador. —Antes de seguir a Thune al bar del salón de baile, preguntó a Pedersen—: Di a mi sargento mayor órdenes estrictas de encontrar una pareja de baile. ¿Conoce a alguien que pudiera satisfacer los requisitos?

Pedersen alzó un dedo con entusiasmo.

—¡Tengo justo a la persona!

—Se lo agradezco de verdad —repuso Ponder; luego miró a Avery con una sonrisa—: Buena suerte, marine.

Antes de que Avery pudiera responder, el capitán giró sobre los talones y el sargento mayor notó el leve contacto de Pedersen en su codo.

—¿Está enterado del incidente con el impulsor? —preguntó el ministro de Justicia, llevándose a Avery lejos de los primeros disparos del tiroteo de Mack y los gritos complacidos de los niños.

—¿Incidente, señor?

—El «asunto» entre Mack y Sif.

Pedersen procedió a explicar cómo, no mucho después de que el DCS instalara a Sif en la Tiara, había tenido lugar un fallo crítico en la fuente de alimentación de la base de datos de la IA. Aquello obligó a sus técnicos a detener toda actividad en los ramales o arriesgarse a un desequilibrio de carga que habría colapsado todo el sistema. Había sido una crisis muy seria, y Mack decidió solucionarla usando el impulsor para poner en órbita una nueva fuente de alimentación.

Intentando ser tan servicial como fuera posible, lanzó el componente directo al interior de la estación de acoplamiento número cuatro de la Tiara. Fue un logro increíble. Pero cuando los técnicos devolvieron la energía a Sif y ella averiguó lo que Mack había hecho, a Sif no le hizo ninguna gracia, ya que podría haber destruido su centro de datos.

—Es por eso que no está aquí esta noche —concluyó Pedersen mientras abandonaban el salón y se dirigían hacia el tranquilo rincón nordeste de la terraza—. El motivo de que siempre tenga alguna excusa educada para no asistir a ninguna celebración que involucre el disparo de un impulsor. Es una lástima, en realidad. Creo que a ella le iría bien un poco de diversión.

—Esa es toda una acusación, Su Señoría.

Una voz de mujer resonó desde la barandilla, deteniendo en seco a Pedersen. Pero Avery ya había advertido la presencia de la mujer desde bastante antes; contemplado como el diáfano chal plateado le cubría sólo parte de la espalda desnuda. Aminoró el paso para tener tiempo de quitarse la gorra y alisarse el pelo cortado a cepillo.

—Mis disculpas, señora Al-Cygni —respondió el ministro de Justicia—. Pero hablaba sobre Sif. El incidente con el impulsor.

—Desde luego. —Jilan se apartó de la barandilla y se volvió para mirar al ministro

de Justicia—. Si lo recuerdo bien, mi departamento dio instrucciones para que desconectaran el impulsor.

—Por lo que yo recuerdo, rechazamos la orden alegando que era una violación de los estatutos de la Autoridad Colonial; una grave contravención de nuestra ya limitada soberanía. —El ministro de Justicia le guiñó un ojo—. Pero extraoficialmente, ¿cómo podríamos haber renunciado a una atracción tan espectacular?

Jilan rió.

—No discutiré eso.

—Lo siento —dijo a toda prisa Pedersen—. ¿Sargento mayor Avery Johnson? Jilan Al-Cygni, representante del DCS.

Jilan le tendió la mano. Avery vaciló.

De haber llevado un soso uniforme del DCS, él habría sabido qué hacer: tomar la mano y estrecharla. Pero el vestido largo plateado le hizo vacilar. Con su cintura imperio y la parte superior sujeta al cuello dejando la espalda al descubierto, la mujer era la viva imagen de la moda del mundo central. Llevaba el pelo negro bien alisado hacia atrás, pegado al cuero cabelludo y metido tras las orejas, y permaneció totalmente inmóvil incluso cuando una brisa fresca procedente del paseo atrapó el chal y lo apartó de sus suaves hombros morenos.

—Besarse es para los políticos —dijo Jilan, atrapando el chal en el interior de los codos—. Y yo, desde luego, no lo soy.

Así que Avery le estrechó la mano. El apretón de la mujer no era tan fuerte como el del gobernador, pero tampoco tan delicado como sugerían sus delgados brazos.

—Si me disculpan. —Pedersen tosió y se palmeó el pecho—. Necesito rescatar al oficial al mando de este marine de una fascinante discusión sobre la trayectoria de su alma inmortal.

Jilan sonrió.

—Salude de mi parte al gobernador.

Pedersen juntó los tacones y dio la vuelta para dirigirse al salón de baile. Jilan esperó a que desapareciera entre la multitud —hasta que Avery y ella estuvieron a solas— antes de hablar.

—Le diría que se relajase. Pero no parece de ese tipo.

Avery no supo cómo responder a aquello. Pero una pareja de bailarines que chocó contra su espalda y luego se alejó girando, excusándose con una risita tonta, le proporcionó un respiro momentáneo. El cuarteto de cuerda había iniciado una segunda serie más animada, y aquellos invitados que no habían entrado para servirse otra bebida tras los fuegos artificiales abandonaban ahora las ociosas conversaciones a favor del lenguaje más seductor del vals.

Jilan recuperó un pequeño bolso tipo estuche que oscilaba de una de sus muñecas. Estaba cubierto de espejos diminutos en forma de escamas de pez que deslumbraron la mirada de Avery.

—48789-20114-AJ —dijo ella leyendo una placa de datos COM que había sacado del bolso—. Es su número de serie, ¿correcto?

Los ojos de Avery miraron los de ella.

—Sí, señora.

De repente la sonrisa de la mujer no parecía tan dulce.

—¿Jefe de equipo, destacamento ORION, división NavSpecWar?

—Con el debido respeto, señora. Eso es confidencial.

—Lo sé.

Avery empezó a sentir humedad bajo los brazos.

—¿Cómo puedo ayudarla, señora?

—Los Innies están atacando cargueros. Destruyendo cargamentos, matando tripulación. Necesito que los detenga.

—Soy un instructor. Milicia colonial. Tendrán que buscar a otro.

Jilan volvió a colocarse el chal sobre los hombros.

—Estuvo ausente sin permiso en Chicago —dijo como si tal cosa—. Y bajo investigación por posible conducta grave.

Avery apretó la mandíbula.

—Se me absolvió de…

—Dada su posición, ¿no le pareció raro que el FLEETCOM aprobara su solicitud de traslado?

Avery entornó los ojos en una mirada intimidatoria.

—Le diré lo que es raro. Alguien del DCS con acceso a mi expediente. Me está usted hablando como si fuese mi oficial al mando.

Jilan alzó su placa de datos y la giró de modo que Avery pudiera ver la foto de su identificación resplandeciendo en la pantalla.

En su uniforme oficial del UNSC, Avery se dijo que parecía tan hermosa como con el vestido. Pero sólo del modo en que él consideraba hermosa una arma bien cuidada: limpia, correctamente montada y lista para infligir una violencia letal. Un texto bajo la foto aclaraba el auténtico rango y el departamento al que pertenecía: capitana de corbeta, ONI sección tres.

—A partir de ahora, sí, soy su oficial al mando. —Jilan cerró la placa de datos—. Puede controlar su actitud, sargento mayor, y empezar a obedecer órdenes. O me encargaré de que lo transfieran de inmediato de vuelta a TREBUCHET. —No había ira en su voz, sólo serena determinación—. ¿Me explico con claridad?

Avery se atragantó con un arrebato de cólera que crecía poco a poco en su interior. Por fin sabía con exactitud por qué había venido a Harvest, así como quién lo había llevado allí.

—Sí, señora.

Al-Cygni dejó caer el COM dentro del bolso y lo cerró con un chasquido.

—Espéreme abajo. En cuanto pueda recoger al sargento mayor Byrne, nos embarcaremos.

Con el vestido ondulando tras ella, penetró con paso rápido en la multitud que bailaba el vals.

8

«MINOR TRANSGRESSION», SENDA RELICARIO ORBITAL

No habría sorpresas, esta vez. Chur'R-Yar se había asegurado de eso. A través de las paredes del conducto umbilical, podía ver cómo la atmósfera del cuadrado carguero escapaba por los cuidadosos agujeros que había hecho con los lásers de su propia nave. Si alguno de los alienígenas se ocultaba a bordo, la capitana había hecho todo lo posible para matarlos sin dañar cualquier reliquia que hubiera dentro.

Tras el encuentro sorpresa en el último carguero, Chur'R-Yar y los otros Kig-Yars habían registrado a fondo la nave alienígena. Pero sin encontrar reliquias. Incluso el Luminar del *Minor Transgression* se había dado por vencido y oscurecido el glifo. Llevada por su frustración, la capitana había decidido destruir el navío; eliminar por completo toda evidencia de su infructuosa transgresión.

Se había planteado ordenar al Huragok que llevara a cabo una búsqueda más meticulosa. Pero rápido como trabajaba la criatura, no quería permanecer en el mismo sitio mucho tiempo por si acaso el alienígena que la criatura había matado había conseguido de algún modo pedir ayuda sin disparar los sensores de su nave. Y además, el Diácono (su único medio de comunicarse con el Huragok) tenía los nervios deshechos… era totalmente inútil tras haber estado tan cerca de morir. Tan exasperante era su cobardía, que Chur'R-Yar lo había dejado hacerse el enfermo en la sala de metano. Necesitaba que su tripulación estuviese concentrada en la tarea que tenían entre manos, no que la distrajeran nuevos e interesantes modos de atormentar al Diácono.

—¡Preparaos! —dijo con un repiqueteo de dientes la capitana mientras el umbilical terminaba de abrir un agujero a través del casco de la nave.

Zhar y los otros dos Kig-Yars machos estaban apelotonados delante de ella, tan cerca como les permitían los trajes presurizados. Construidos para mantenimiento externo más que para el combate, los trajes eran voluminosos y poco manejables; un inconveniente necesario dada la falta de aire respirable dentro del carguero. Chur'R-Yar sabía que su tripulación estaba incómoda, Zhar en especial. Los cascos de los trajes no dejaban mucho espacio a las crestas de espinas de los machos para que se flexionaran, y la pareja que había elegido la tenía totalmente erizada… ansioso por demostrar su valía.

El umbilical puso fin a su minúsculo movimiento al frente, y la cabeza de Zhar giró con brusquedad a un lado mientras efectuaba una comprobación para asegurarse de que el cierre hermético estaba activado.

—¡Detrás de mí! —castañeó.

Con las garras enguantadas firmes alrededor de su alfanje de cristal, saltó a través de la fluctuante barrera de energía que servía de cámara estanca del umbilical. La capitana sujetó con fuerza su pistola de plasma y siguió a los machos al otro lado.

La primera cosa que Chur'R-Yar advirtió dentro de la bodega fue la falta de gravedad. Flotando con la mitad de su peso por encima del suelo, comprendió que su fuego láser debía de haber alcanzado un componente esencial. Hizo repicar los dientes contrariada mientras contemplaba cómo Zhar y los demás intentaban agarrarse a los acanalados paneles de metal del suelo. La tripulación había actuado de un modo demasiado entusiasta, y ahora gateaban de un lado a otro como idiotas bajo el resplandor burlón de las luces de emergencia de la bodega.

—¡Tranquilizaos! —siseó la capitana en el comunicador del casco; luego, mientras se afianzaba en el extremo sobresaliente del umbilical, ordenó—: ¡Moveos hacia las cajas!La bodega estaba ocupada por el mismo tipo de contenedores de plástico que el primer carguero, aunque no estaba ni con mucho tan repleta. Las cajas estaban amontonadas en pilas bajas, espaciadas uniformemente. Haría falta tiempo para registrar cada una, en especial en gravedad cero. Chur'R-Yar siseó furiosa para sí. El mejor modo de acelerar el proceso era hacer que el Diácono diera instrucciones al Huragok para que encontrara y reparara la unidad antigravitacional que ella había destruido sin querer.

Pero justo cuando se daba la vuelta para regresar por la barrera de energía, sintió que algo afilado y ardiente pasaba a través del cuello de su traje presurizado, rebanándole la piel cubierta de escamas; sintió la vibración del rebote de más proyectiles en la pared de la bodega. El traje se selló automáticamente alrededor de las dos pequeñas perforaciones, dejando salir un poco de su sangre violeta en un surtidor de gotitas.

—¡Retiraos! —gritó a la tripulación—. ¡De vuelta a la nave!

La capitana no conocía la posición de su atacante, pero sabía que la tenía bien localizada en su punto de mira. Sin darse la vuelta para comprobar si Zhar y los otros estaban en posición de seguirla, volvió a meterse a toda prisa en el umbilical.

* * *

Avery tenía que reconocérselo a la capitana de corbeta Al-Cygni. La mujer era capaz de planear una operación. Su bien camuflado balandro, el *Walk of Shame*, había contenido un pequeño arsenal de armas, algunas de las cuales Avery no había visto nunca. Byrne y él habían elegido lo que Al-Cygni denominó un rifle de combate, un prototipo de cañón largo con una mira óptica. Los dos sargentos mayores habían pensado que la combinación de alcance y precisión del arma sería muy apropiada

para las largas líneas de visión entre los montones de cajas del contenedor de carga.

Pero eso fue antes de que supieran que iban a acabar flotando muy por encima del suelo del contenedor.

Cuando los atacantes dispararon lásers contra el carguero y éste perdió la gravedad, Avery y Byrne se habían sentido conmocionados, por no decir otra cosa. Por suene, la capitana los había equipado con voluminosas unidades negras de vacío y cascos con visores transparentes. Cuando la punta brillante de alguna clase de artefacto perforador atravesó el casco, los dos sargentos mayores abandonaron sus escondites tras las cajas en busca de la protección, sólo un poco mejor, de los soportes de metal que circundaban el casco superior del carguero.

Avery posó el dedo con firmeza en el gatillo de su rifle de combate. El hilo del retículo estaba fijado en el cuarto extraterrestre, que justo en aquellos momentos emergía del reluciente campo de energía. «Sí, la capitana de corbeta podía planear una operación —pensó—, pero no había hecho planes para esto».

En la sesión informativa previa a la misión que habían celebrado en una vagoneta de bienvenida vacía que ascendía desde Utgard a la Tiara, Al-Cygni había contado a Avery y a Byrne la reciente victoria de los Insurrectos en Epsilon Eridanus; una victoria de la que no habían sido informados, incluso a pesar de su autorización de alto nivel.

Más o menos al mismo tiempo que los dos sargentos mayores se esforzaban por abatir al terrorista en el restaurante de Tribute, los Innies habían atacado el transatlántico de lujo *National Holiday* mientras éste aguardaba por encima del planeta Reach. La nave justo finalizaba el proceso de embarque de más de mil quinientos pasajeros civiles en un viaje charter a Arcadia —una colonia famosa por sus servicios recreativos—, cuando la pareja de taxis orbitales sin tripulación cayeron sobre él.

El capitán del transatlántico había supuesto que los taxis tan sólo transportaban pasajeros que llegaban tarde, pero cuando no cumplieron sus órdenes de atraque, el capitán inició maniobras de evasión: intentando evitar al máximo los daños de lo que pensaba sería un impacto menor. Pero la cantidad de explosivos que los Innies habían metido en los taxis no tan sólo partió en dos el *National Holiday*, sino que también incendió la pintura del casco de todos los barcos que se encontraban en un radio de dos kilómetros.

Los dos sargentos mayores habían escuchado con serenidad una grabación en la placa de datos de Jilan de las últimas palabras del capitán; oyeron cómo el antiguo piloto de un caza de la Armada había dirigido a otras naves fuera del camino de su inutilizado transatlántico, al mismo tiempo que éste caía a la atmósfera de Reach, con los desesperados viajeros intentando escapar de los destrozados camarotes en llamas.

Hasta el momento, les explicó Jilan, la ONI había conseguido mantener las cosas en secreto, y había tenido éxito en su intento de dar al golpe Innie la apariencia de un accidente trágico. En parte debido a la audacia del ataque. Era la primera vez que los

Insurrectos habían atacado un objetivo no terrestre; y no tan sólo habían hecho eso, sino que lo había llevado a cabo sobre Reach, el epicentro del poder del UNSC en Epsilon Eridanus. Aun cuando los Innies reivindicaron haber sido los causantes de la terrible pérdida de vidas, a la mayoría les producía demasiado miedo creer en la afirmación de los rebeldes. ¿Si podían golpear justo ante los ojos de la flota del UNSC, qué les impedía atacar objetivos en otros sistemas? ¿Sol, por ejemplo, o Harvest?

Según Jilan, el FLEETCOM había dejado bien claro que no podía haber más *National Holidays*. La ONI se puso en alerta máxima, y en cuanto la Sección Tres tuvo noticia de la desaparición de un carguero en Epsilon Indi, la habían autorizado para que llevara a cabo una investigación encubierta. Por si acaso necesitaba realizar acciones excepcionales, los superiores de Al-Cygni le habían ordenado que reclutara a Avery y a Byrne.

—Señora, tenemos enemigos en la bodega —musitó Avery en el micro de su casco.

—Acabe con ellos.

La respuesta de Al-Cygni fue cortante. Se suponía que Avery tenía que mantener la radio en silencio.

—No son Innies.

—Aclare.

Avery inhaló profundamente.

—Son alienígenas.

Observó cómo las primeras tres criaturas que habían entrado en tromba por la barrera luchaban por hallar asideros para manos y pies; estudió sus picos largos y huesudos y los ojos enormes e inyectados en sangre a través de los cascos transparentes que llevaban.

—Una especie de lagartos sin cola.

Hubo una pausa mientras Jilan, estacionada en el *Walk of Shame*, a unos doscientos kilómetros de distancia del carguero, meditaba las palabras de Avery. Pero el sargento mayor sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que uno de los alienígenas mirara arriba y los viera acechando en las sombras entre las vigas.

—Señora, necesito órdenes —insistió.

—Intente coger a uno vivo —respondió Al-Cygni—. Pero no deje que escape ninguno, corto.

—Comprendido.

Avery apoyó con más fuerza contra su hombro el rifle de combate. No había tenido tiempo de disparar el arma, y esperó que sus balas de nueve coma cinco milímetros de alta penetración fueran suficiente para perforar los trajes iridiscentes de las criaturas.

—Byrne, prepárate. —Avery dirigió una ojeada al otro sargento mayor, apostado entre un par de vigas a su izquierda—. Voy a disparar sobre el jefe.

Asumió que el jefe era el extraterrestre más próximo al reluciente agujero del

casco. Parecía más sereno que los otros, y también empuñaba lo que era a todas luces una arma: una pistola plateada en forma de «C» con energía verde brillando entre las puntas. Avery esperaba que derribar al jefe haría que los otros alienígenas —en aquellos momentos firmemente estirados en el suelo con los brazos y las piernas bien abiertos— estuvieran más ansiosos por rendirse. Contuvo la respiración y disparó.

En gravedad cero, el retroceso de la ráfaga de tres tiros del rifle fue más pronunciado de lo que Avery había esperado. Dos de los disparos erraron el blanco, y mientras el retroceso lo estrellaba de espaldas contra el casco, contempló cómo su objetivo herido volvía a desaparecer a través de la refulgente barrera. Avery se maldijo por no haberse apuntalado con más firmeza contra las vigas. Pero era la primera vez que combatía estando en gravedad cero, y sólo podía esperar que los alienígenas fueran igual de inexpertos.

Hasta el momento, no parecía ser así.

Avery hizo todo lo posible por apuntar con pulso firme cuando los tres alienígenas que quedaban se impulsaron desde el suelo y salieron disparados hada él en una holgada formación triangular. El que iba en cabeza tenía un casco más grande, y Avery pudo ver a través de su visor que también tenía las espinas más grandes: carnosas espinas rojas comprimidas contra la cabeza. Pero Byrne había apuntado al mismo blanco. Disparó primero y envió al extraterrestre girando como una peonza a la derecha de Avery.

Éste no tuvo tiempo de apuntar de nuevo antes de que una de las criaturas que iban detrás chocara contra él mientras lanzaba mandobles con una especie de cuchillo de cristal. Rechazó el ataque con el cañón del rifle al mismo tiempo que los cascos de ambos contendientes crujían al chocar. El casco de Avery empezó a vibrar, y por un momento pensó que el visor estaba a punto de hacerse añicos. Entonces miró al extraterrestre a la cara y comprendió que las vibraciones no eran más que la transferencia del silencioso chillido furibundo de la criatura.

Avery había inmovilizado el cuchillo contra una de las vigas. El arma poseía energía: relucía con un intenso fuego rosa, y tuvo la seguridad de que despacharía en un santiamén su traje presurizado, por no mencionar la carne que había debajo.

Con la mano libre, el extraterrestre intentó arañar el cuello y los hombros de Avery, pero los guantes eran voluminosos y no podía causar auténtico daño. Avery bajó el brazo y desenfundó una pistola M6 que había elegido del arsenal de Al-Cygni. Antes de que el otro pudiera reaccionar, disparó cuatro balas a la parte inferior del casco alargado, cerca de la base de las huesudas mandíbulas. La cabeza del extraterrestre estalló en pedazos, pintando el interior del casco de un violeta intensísimo.

Avery empujó a la criatura de vuelta abajo en dirección al suelo del contenedor al mismo tiempo que Byrne abría fuego a su izquierda. Pero éste también tenía dificultades para recuperarse del primer disparo, y el tercer extraterrestre lo alcanzó justo en el vientre, haciendo que soltara el rifle. Mientras el arma rebotaba en el suelo

y giraba sobre sí misma fuera de su alcance, el extraterrestre hundió el cuchillo en el muslo izquierdo de Byrne.

La criatura debió de pensar que sólo hacía falta perforar el traje de Byrne para matarlo, y podría haber tenido éxito de no ser por el diseño compartimentado del traje. A la vez que Byrne extraía el cuchillo de la pierna, el agujero se llenó de espuma selladora amarilla. El extraterrestre sacudió con fuerza los brazos; Avery pensó que para intentar volver a clavar el cuchillo. Pero cuando el arma empezó a emitir pulsaciones con una luz rosada, comprendió que la criatura en realidad intentaba escapar provocando una detonación.

—¡Deshazte del arma! —gritó Avery—. ¡Va a estallar!

Byrne clavó el cuchillo en el abdomen de su atacante y lo lanzó de una patada por donde había venido. La criatura tiró con desesperación de la hoja, pero Byrne la había hundido hasta el fondo. En menos de un segundo estalló en un brillante fogonazo rosa. Diminutos fragmentos húmedos salpicaron el visor de Avery igual que nieve fangosa.

—Gracias —gruñó Byrne en el COM—. Pero yo le metería unas cuantas más a ése si fuera tú.

Avery miró a su derecha. El primer extraterrestre al que había disparado Byrne había conseguido pasar un brazo alrededor de una abrazadera transversal y detener su marcha lateral. La criatura tenía la cabeza ladeada en dirección a Avery y lo miraba fijamente con un ojo. La ráfaga de Byrne le había alcanzado el brazo libre por debajo del hombro, pero el extraterrestre había conseguido mantener sujeto el cuchillo y se preparaba para efectuar un lanzamiento.

Avery colocó el torso de la criatura directamente en la mira de hierro en forma de «V» de su pistola. Pudo ver cómo las carnosas espinas se congestionaban al llenarse de sangre oscura. El ser abrió las mandíbulas, mostrando dientes afilados como cuchillas.

—Encantado de conocerte —dijo Avery frunciendo el entrecejo.

Luego vació el cargador de doce balas del M6 en el centro del pecho del extraterrestre. Los impactos hicieron que el brazo se soltara y lo enviaron dando volteretas hacia el extremo opuesto del contenedor de carga.

—Voy tras el otro. —Avery plantó las botas con firmeza en el casco.

—Te cubriré —ofreció Byrne.

Avery le lanzó una mirada muy seria.

—Si esa hoja rebanó una arteria, la espuma no aguantará. Quédate quieto. Regresaré en seguida.

Dicho eso, salió a toda prisa en dirección a la barrera.

—Johnson —dijo Jilan—, tiene diez minutos.

Avery finalizó la frase mentalmente: «Antes de que dispare a la nave extraterrestre con usted dentro». Sabía que el *Walk of Shame* estaba equipado con un único misil Archer: una arma de ataque nave contra nave capaz de inutilizar todos los navíos,

excepto los más grandes, de la flota humana. La capitana de corbeta le había dicho que lo usaría para disparar a lo que todos habían pensado que sería una nave de los Insurrectos si ésta intentaba huir. Avery sabía que era aún más importante detener la nave extraterrestre, ya que si escapaba, era casi seguro que regresaría con refuerzos.

—Si no he regresado en cinco —respondió Avery—, es que no voy a regresar. — Luego cruzó la barrera.

Avery no esperaba encontrar gravedad, pero consiguió efectuar una acrobática zambullida y voltereta y alzarse con el rifle en posición de disparar. Apuntando directamente al fondo del tubo semitransparente, pudo ver todo el contorno en forma de gancho de la nave extraterrestre. Intentó no pensar en cuántos más de los alienígenas podía haber a bordo. No había donde guarecerse dentro del umbilical, y si las criaturas entraban a montones en el tubo, sería hombre muerto. Avanzó con rapidez, y poco después estaba apostado junto a otro campo de energía fluctuante.

Por lo que Avery podía ver, la primera barrera no le había hecho ningún daño, aunque no podía decir lo mismo respecto a su radio. Intentó contactar con Byrne y Al-Cygni, pero su canal seguro no era más que estática. «Solo por completo contra una nave llena de alienígenas», pensó. Respiró profundamente varias veces para tranquilizarse. Sabía que si seguía pensando en la situación perdería la iniciativa y casi con seguridad el valor. Con el arma al hombro, cruzó la segunda barrera. Esta vez advirtió que la piel le hormigueaba; sintió cómo el campo comprimía la tela flexible del traje.

Un corto pasillo al otro lado conducía a un corredor más ancho bañado en una luz morada. Avery miró a la izquierda y contó veinte metros hasta un mamparo; reparó en la presencia de puertas empotradas espaciadas cinco metros unas de otras a lo largo del camino; compartimientos sellados, pero Avery sólo podía hacer conjeturas respecto a su utilización. Oteó el terreno a la derecha y vio lo que parecía un gusano gigante atado a un montón de sucios globos rosas doblando una esquina al final del pasillo. «¿Una clase distinta de extraterrestre?», se preguntó.

De improviso vio movimiento a su izquierda. Mientras saltaba al otro lado del corredor, al hueco de una de las entradas empotradas, una ráfaga de plasma chamuscó el aire detrás de él. Al volverse, vio que una salva de abrasadores proyectiles verdes acribillaba el corredor. El metal hervía y se combaba igual que los caparazones de los escarabajos atrapados en un tronco en llamas.

Avery no tenía intención de sacar la cabeza. En su lugar asomó el rifle de combate por la esquina del hueco y disparó hasta que el cargador de sesenta balas se agotó. El fuego enemigo había cesado. Avery esperó haber alcanzado a su blanco, no haberlo obligado tan sólo a ponerse a cubierto.

Desde luego, sólo había un modo de averiguarlo. Echó el rifle atrás y cambió el cargador por uno nuevo. Luego contó hasta tres y giró sobre los talones al interior del pasillo.

* * *

Al primer lugar al que Chur'R-Yar se dirigió fue al puente. Desde allí podía desconectar el umbilical y poner en marcha el motor de la nave; escapar antes de que cualquiera de sus atacantes subiera a bordo. Pero mientras se quitaba el casco y se desprendía de los poco prácticos guantes, comprendió que todos sus planes se habían ido al traste.

El aire dentro del puente apestaba a emisiones gaseosas de Huragok, y los circuitos que conectaban el Luminar a los circuitos de transmisiones del *Minor Transgression* habían sido reparados. Mientras avanzaba con sigilo en dirección al artefacto piramidal, vio que éste transfería un informe completo de todas las reliquias del mundo alienígena al Ministerio de la Tranquilidad.

—Diácono —siseó—. Traidor.

Pero por extraño que parezca, en aquel momento de traición lo primero que Chur'R-Yar sintió fue tristeza. Había estado tan cerca de su premio que casi podía sentir las blandas paredes de su nido; la cálida nidada de huevos bajo las patas y a los pequeños Kig-Yars que habrían continuado su estirpe creciendo en su interior. Disfrutó de aquellas sensaciones imaginadas hasta que la inundó un deseo de venganza.

Cuando la sala de metano resultó estar vacía, Chur'R-Yar supo que sólo había otro lugar donde podría estar el Unggoy: la cápsula de salvamento del *Minor Transgression*. Pero cuando abandonó el puente y vio al alienígena del traje negro emerger del pasillo que conducía al umbilical, la capitana comprendió, con gran desilusión por su parte, que incluso la venganza podría estar fuera de su alcance.

Si el alienígena estaba a bordo de su nave, significaba que su tripulación estaba muerta. Con su ayuda podría haber sido capaz de abrirse paso por delante del enemigo hasta la cápsula situada en la popa de la nave. Ahora su éxito dependía de su propia velocidad y astucia; pero ambas se hallaban muy mermadas.

Las callosidades que le cubrían los hombros estaban ya tan agarrotadas que le costó apuntar con la pistola de plasma. Cuando por fin la alzó y disparó, el alienígena se había puesto a cubierto. Mientras consideraba el mejor modo de volver a sacar al alienígena a campo abierto, vio fogonazos llameantes. Los proyectiles se abrieron paso a través de su abdomen y le rompieron la columna. Otro disparo le hizo pedazos la rodilla izquierda, pero para entonces ya no sentía nada por debajo de la cintura. Con sangre goteando por los agujeros que su traje, al que se había exigido ya demasiado, sólo podía llenar en parte, se desplomó lateralmente contra la pared del pasillo.

La capitana sentía las manos terriblemente pesadas, pero consiguió alzar la pistola hasta el regazo y comprobar la carga. Quedaba menos de un tercio de su energía; no lo suficiente para detener al alienígena cuando saliera de su escondite, pero suficiente

para hacer lo que era necesario hacer.

Alzó el brazo y dio un golpe con la palma de la zarpa al interruptor de la cámara estanca de la sala de metano. Cuandola puerta exterior se deslizó a un lado, usó las energías que le quedaban para apuntar y apretar el gatillo. Mientras el arma creaba un potente rayo sobrecargado suficiente para abrirse paso a través de la puerta interior de la cámara estanca, otros proyectiles le desgarraron el pecho y la lanzaron hacia atrás.

La luz sobre la capitana perdió intensidad a medida que el alienígena se aproximaba. Pero a pesar de los espasmos que le agarrotaban el brazo, aguardó para soltar el gatillo hasta que la criatura la miró a los ojos. La contempló echar una veloz mirada del arma a la cámara estanca. Esperó hasta que el ser se echó atrás; una indicación de que comprendía el destino que había elegido para él.

—Ésta es mi nave —siseó Chur'R-Yar—. Y haré con ella lo que desee.

La garra resbaló fuera del gatillo y una brillante bola verde de plasma golpeó la puerta interior con un chasquido crepitante.

Al penetrar en la estancia, el rayo inflamó el metano ambiental, iniciando una reacción en cadena que en seguida alcanzó la estación de recarga de tanques empotrada en la pared. El alienígena corrió en dirección al umbilical, pero el compresor de la estación estalló y salió disparado hacia el pasillo, golpeándole la cabeza cubierta por el casco y lanzándolo contra el lado opuesto del pasadizo. El ser cayó al suelo inconsciente.

La lengua de Chur'R-Yar chasqueó sin fuerza contra los dientes. «Una cierta venganza, al menos». Mientras la sangre que le quedaba abandonaba su cuerpo, la destrozada cámara estanca de la sala de metano reventó y una embravecida bola de fuego consumió a la capitana.

* * *

Dadab sintió la explosión antes de oírla: un temblor repentino dentro de la cápsula de salvamento seguido por un retumbo ahogado. Lloriqueó aterrado mientras una serie de pequeñas explosiones balanceaban la cápsula en su soporte. ¿Qué retrasaba al Huragok? El Diácono había dejado bien claro que apenas tenían tiempo para ejecutar su plan.

Cuando todos los Kig-Yars estuvieron en el umbilical, Dadab había trotado fuera de la sala de metano con un tanque de repuesto, mientras *Más Ligero Que Algunos* iba al puente con la auténtica estimación de las Luminaciones y la explicación del Diácono de la herejía de Chur'R-Yar. Pero antes de que pudiera regresar en busca de otro tanque, Dadab oyó, en su transmisor, la advertencia de la capitana a su tripulación, y había permanecido escondido en la cápsula.

Ahora oyó un silbido de aire en el conducto circular que conectaba la cápsula al

corredor principal del *Minor Transgression y* supo que la nave estaba expulsando atmósfera. No quería dejar atrás al Huragok, pero tendría que cerrar la escotilla de la cápsula o arriesgarse a una descompresión fulminante.

El silbido finalizó bruscamente al mismo tiempo que *Más Ligero Que Algunos* se dejaba caer por el conducto y se apretujaba en el interior de la cápsula.

«¿Sucede algo?», preguntó el Huragok, al advertir la mirada aterrada del Diácono.

«¡Tú, tarde!», dijo por signos Dadab, estrellando el puño sobre la consola de control para cerrar la escotilla.

«Bueno, no podríamos haber ido a ninguna parte sin ellos».

Dadab gimió cuando *Más Ligero Que Algunos* reveló la causa de su retraso: el equipaje que se había detenido a recuperar de la sala de metano. En los tentáculos sujetaba las tres cajas inteligentes, dos de las cabinas de mando de los cargueros y una de la máquina gigante de la bodega del segundo carguero.

«¿Por, qué, tan, importante?», preguntó por señas Dadab con manos que le pesaban como plomo. Cerrar la escotilla había disparado automáticamente el campo de estasis; un espesamiento del aire que mantendría a los ocupantes inmovilizados para que no les sucediera nada mientras la cápsula salía disparada de la nave Kig-Yar a gran velocidad.

«¿No te lo conté? —exclamó el Huragok, soltando el trío de cajas dentro del campo. Estas permanecieron juntas en el aire—. ¡Les he enseñado a hablar! ¡Unas con otras!»

Por primera vez, Dadab reparó en que se habían retirado los laterales de las cubiertas de las cajas para dejar al descubierto los circuitos. Algunos de ellos estaban unidos entre sí en una telaraña de conexiones de comunicación.

«¡Qué los Profetas sean misericordiosos!», gimió para sí. Luego tocó con un dedo un centelleante interruptor holográfico en el centro de la consola, y la cápsula salió despedida de su soporte.

Visto desde cierta distancia, el cilindro compacto apenas resultaba visible mientras se alejaba veloz del *Minor Transgression*. La cápsula era uno de los muchos restos que soltaba la nave moribunda, y un observador apenas la habría detectado en la oscuridad circundante hasta que activó su propulsor de salto y desapareció en un ondulante destello luminoso.

* * *

Jenkins apuntó en una trayectoria baja, la frente perlada de sudor. Tumbado boca abajo, el brazo izquierdo apretado contra el soporte de su MA5, el blanco a trescientos

metros era pan comido. Cinco balas, cinco impactos. Jenkins sonrió de oreja a oreja. Hasta el día anterior jamás había sostenido una arma. Hoy no podía dejarla.

Cuando él y los demás reclutas habían despertado esa mañana, ninguno de los sargentos mayores había regresado de Utgard. El capitán Ponder no brindó ninguna explicación; se limitó a mantener ocupados a los dos pelotones limpiando basura de los alrededores de la guarnición y en otras tareas que les impidieran estar ociosos. En ausencia de Byrne envió a Jenkins, Forsell, Wick y Andersen al campo de tiro para empezar su adiestramiento, confiando su seguridad al ordenador del campo.

El ordenador estaba conectado inalámbricamente a las armas de los reclutas y podía bloquear los gatillos en cualquier momento. Pero sobre todo la máquina se dedicó a anunciar con voz áspera los blancos y los fallos en una cómica aproximación a la voz de un instructor. Wick y Andersen acumularon una puntuación básica y luego regresaron al barracón. Ninguno se había apuntado a la milicia para aprender a disparar.

El padre de Wicks poseía el negocio más importante de exportación-importación de Harvest; el de Andersen era el comisionado de la lonja de mercancías. Ambos vivían en Utgard, y sentían el mismo desprecio por las granjas que posibilitaban la prosperidad de sus familias. Los dos jóvenes querían aban-donar Harvest por una carrera en el mundo central en la Autoridad Colonial o el Departamento de Transpone Comercial, y habían pensado que el servicio en la milicia adornaría convenientemente sus currículos.

Jenkins también veía la milicia como su billete para abandonar Harvest; un modo de escapar de los miles de hectáreas de cereales que (como el mayor de tres hijos) estaba destinado a heredar. Cultivar la tierra no era un mal futuro, pero tampoco resultaba muy emocionante. Y era por eso que, aun cuando los sargentos mayores lo aterrorizaban, Jenkins deseaba con todas sus fuerzas ser ellos: un soldado de verdad. No debido a un patriotismo profundamente arraigado, sino a la vida aventurera que imaginaba como marine del UNSC.

Sus padres jamás lo perdonarían si se saltaba la universidad para alistarse, pero con un historial de servicio en la milicia, tendría un pie dentro de la Escuela de Candidatos a Oficiales después de graduarse. Su historial no tendría muy buen aspecto si no sabía disparar, así que después de que Wick y Andersen se marcharan, él permaneció en el campo de tiro con Forsell.

La primera impresión que había tenido Jenkins del alto y callado recluta —pensó que Forsell tenía considerablemente más músculos que cerebro— cambió muy de prisa. Cuando Jenkins tuvo problemas para reajustar la mira de su rifle (asegurarse de su precisión ajustando la mira de acuerdo con la elevación y la fricción del viento), Forsell le había ofrecido ayuda. Cuando los disparos de Jenkins erraban el blanco, Forsell le proporcionaba buenos consejos sobre cómo hacer que tomaran la dirección adecuada. Y cuando Jenkins preguntó a Forsell cómo sabía tantas cosas sobre disparar, el rubio recluta de cuello grueso miró en dirección al trigo que susurraba

más allá de los blancos más lejanos y dijo:

—Me limito a observar el viento.

Así que Jenkins también empezó a observarlo, y pronto los dos reclutas estuvieron igualados en sus dianas. Pasaron el resto del día tomándose el pelo mutuamente respecto a los fallos y felicitándose por los blancos; imitando al bronco ordenador del campo de tiro, que era demasiado simple para protestar.

La diversión prosiguió hasta que el capitán Ponder apareció entrada la tarde. Llevaba una pistola M6 y un montón de cajas de cartuchos.

Jenkins intentó no quedarse mirando al capitán cuando éste inició sus prácticas de tiro, pero no pudo evitar advertir que el capitán parecía oxidado… que al brazo ortopédico le costaba mantener firme el arma. En un momento dado, a Ponder se le cayó un cargador e intentó torpemente atraparlo antes de que repiqueteara contra el suelo de tablas del campo de tiro.

Pero al cabo de poco disparaba ya grupos de proyectiles bien pegados unos a otros contra blancos situados a cincuenta metros y cambiaba cargadores con absoluta precisión. Jenkins y Forsell se quedaron sin munición mucho antes que el capitán, pero aguardaron con paciencia a que terminara, pusiera el seguro a su arma y comprobara los blancos de los jóvenes en la pantalla del ordenador del campo.

—Recluta, eso son resultados de un tirador de primera.

Jenkins sintió que se le sonrojaban las enjutas mejillas.

—Gracias, señor. —Luego, reunió el valor para hablar con franqueza—. Cuando deje la escuela, me gustaría alistarme en los marines… tener una oportunidad de disparar de verdad… —Jenkins se calló, a la vez que su entusiasta sonrisa se desvanecía ante la mirada impasible del capitán—. Lo siento, señor.

—No. Eso es tener un buen temple —dijo Ponder, resistiendo el impulso de mirar al cielo…, hacia la nueva amenaza que sabía que había llegado—. Si quieres disparar, tendrás tu oportunidad. —No tuvo el valor de añadir: «Muchísimo antes de lo que crees».

SEGUNDA PARTE

9

CIUDAD SAGRADA DEL COVENANT, SUMA CARIDAD, VIGÉSIMO TERCERA ERA DE LA DUDA

El ministro de la Fortaleza había fumado demasiado. Raras veces tomaba estimulantes: los potentes tabacos fumados en narguile que gozaban de popularidad entre su personal de más alto rango. Pero el cónclave de la noche anterior se había alargado de un modo interminable, y había necesitado algo para mantenerse despierto durante la discusión cargada de estadísticas. Ahora el ministro padecía un terrible dolor de cabeza. «Nunca más —juró, entornando los pesados párpados y masajeándose un lado del largo cuello—. Si al menos el clérigo se diera prisa y terminara su remedio…»

Como la mayoría de la tecnología Covenant, el sintetizador de hierbas del clérigo San'Shyuum estaba oculto tras una fachada de algo natural, en este caso las pulidas paredes de ónice de su celda. La jaspeada mampostería brillaba a la luz de un único holograma situado muy arriba: un dosel de hojas de forma romboidal que susurraban en una brisa simulada. Un mostrador de zinc se extendía a través de la celda, y estaba construido con una altura suficiente para tener en cuenta el hecho de que ambos San'Shyuums —como cualquier otro miembro adulto de su especie— se sentaban en sillas antigravedad muy por encima del suelo.

—Está acabado —anunció el clérigo, retirando una esfera de color ágata del tubo de suministro del sintetizador.

Sosteniendo la esfera en los largos y delgados dedos, giró su silla de piedra de vuelta hacia el mostrador, depositó la esfera en un mortero de mármol negro, y le dio golpecitos con una mano de mortero del mismo material. La esfera se hizo añicos, despidiendo una vaharada a menta a la vez que dejaba al descubierto una colección de hojas y pequeñas bayas. Mientras el clérigo empezaba a molerlas, el ministro se enderezó en los rechonchos almohadones carmesí de su silla de plata e inhaló el medicinal aroma.

Los brazos atrofiados del San'Shyuum de más edad gesticulaban dentro del holgado vestido de lana mientras convertía los ingredientes en un polvo áspero; un esfuerzo que zarandeó los ralos cabellos blancos que colgaban de su cuello pálido, como la crin de un caballo viejo y desaliñado. La piel marrón claro del ministro estaba, en comparación, lampiña por completo; el único pelo de su cuerpo se enroscaba desde una papada carnosa más oscura bajo los labios de salamandra. Pero incluso aquellos pelos estaban cuidadosamente recortados.

El cuidadoso acicalamiento, combinado con vestiduras de un rojo brillante que

caían por encima de las rodillas del ministro hasta sus pies nudosos, era testimonio de que no compartía el ascetismo del clérigo: un estilo de culto que propugnaba una humildad extrema en la presencia de tecnología Forerunner, como era el caso del sintetizador.

«Y sin embargo —reflexionó el ministro, empezando ya a sentir algo de alivio gracias al aroma que desprendía el remedio—, cuando empiece el Gran Viaje, todos recorreremos el Sendero juntos».

Esta cita directa de las escrituras del Covenant resumía la promesa que era el núcleo de su fe: aquellos que mostrasen la veneración apropiada por los Forerunners y sus creaciones sagradas compartirían inevitablemente un momento de trascendencia; viajarían más allá de los límites del universo conocido tal y como lo habían hecho los Forerunners hacía muchísimo tiempo.

La promesa de divinidad era un mensaje con un amplio atractivo, y todo el mundo podía unirse al Covenant sin problemas siempre y cuando aceptasen la autoridad exclusiva de los San'Shyuums para investigar y distribuir reliquias sagradas.

Aunque el Covenant estaba concentrado en la otra vida, sus especies miembros todavía tenían deseos mortales de riqueza, poder y prestigio; todo lo cual la tecnología Forerunner adecuada podía proporcionarles. Era responsabilidad del Ministerio de la Fortaleza mantener en equilibro todas aquellas necesidades que competían entre sí; decidir, expresado con sencillez, quién podía obtener qué. Y fue el último asalto en aquel esfuerzo continuado lo que había dejado a su líder con tan espantoso dolor de cabeza.

Justo cuando el sonido de la mano de mortero empezaba a suponer un castigo para los orificios auditivos de la parte posterior del cráneo de Fortaleza, el clérigo vació el mortero sobre un cuadrado de tela blanca extendido sobre el mostrador.

—Dejadlo en infusión tanto dempo como queráis. Cuanto más tiempo mejor, por supuesto.

El clérigo ató el compuesto en forma de bolsita y la empujó con suavidad a través del mostrador.

—Bendigo vuestro día, ministro —dijo con una sonrisa compasiva.

—Seguiré adelante.

Fortaleza hizo una mueca. «Aunque hoy con un poco más de suavidad de lo acostumbrado».

Mientras recogía la receta y la colocaba en el regazo, el ministro tomó nota mentalmente de escanearla antes de hacer la infusión. Dada la naturaleza controvertida de su trabajo, el asesinato era siempre una posibilidad, y la cautela infatigable un requisito del cargo.

Fortaleza tamborileó los dedos sobre los paneles de interruptores holográficos naranja sobre azul incorporados a los brazos redondeados de su trono, dando al artilugio un nuevo destino. El trono giró con elegancia para apartarse del mostrador y aceleró al cruzar el vestíbulo triangular de la estancia. Siguiendo las luces

parpadeantes en la oscura piedra reflectante, el sillón dobló con rapidez una serie de esquinas y fue a salir al majestuoso interior de Suma Caridad.

Vista desde lejos, la capital del Covenant recordaba una medusa a la deriva en un mar de medianoche. Su única gran cúpula coronaba un enorme pedazo de roca recorrido por un laberinto de pasillos con zonas de hangares y plataformas cuidadosamente protegidas. Largos tubos umbilicales semirrígidos colgaban detrás de la base rocosa, donde innumerables naves estaban atracadas como si fuesen peces aturdidos; navíos comerciales en su mayoría, pero también los cruceros y transportes enormes de la flota defensiva de Suma Caridad. No obstante su tamaño, docenas de naves de guerra podrían haber tenido cabida dentro de la cúpula, que era tan extensa que resultaba difícil ver desde un lado el otro extremo; en especial durante las primeras horas de un ciclo, cuando el aire estaba lleno de bancos de niebla color cian.

Además de ser la capital espacial del Covenant, Suma Caridad albergaba también extensas poblaciones de cada una de sus especies. Todas se encontraban representadas aquí, y tal concentración de fisiologías creaba una atmósfera cosmopolita única entre los otros hábitats del Covenant. El espacio aéreo dentro de la cúpula estaba atestado de criaturas que iban y venían de su trabajo; un desplazamiento realizado dos veces al día cuyas pautas marcaban la iluminación y el oscurecimiento de un disco luminoso instalado en la cúspide de la cúpula: el astro artificial de la ciudad.

Fortaleza entornó los ojos cuando el disco maximizó poco a poco su intensidad, mostrando un círculo de torres desplegadas alrededor de la cúpula. Unidades antigravitacionales, muchísimo más potentes que la del sillón del ministro de la Fortaleza, mantenían en alto cada una de las retorcidas agujas. Aunque algunas torres eran más discretas (como la que contenía la celda del clérigo), todas ellas compartían la misma estructura básica: púas de roca volcánica, procedentes de la base de la ciudad, surcadas de soportes de metal y cubiertas con placas de aleaciones decorativas.

Ahora que había llegado la mañana, era más fácil distinguir individuos en la multitud que iba de casa al trabajo: Unggoys apelotonados en gabarras descomunales; San'Shyuums en sillones parecidos al de Fortaleza; y aquí y allá, sujetos a mochilas antigravedad de líneas elegantes, los altos y musculosos Sangheilis. Estos guerreros de piel azul y ojos de tiburón eran los protectores de los San'Shyuums; aunque no siempre había sido así.

Tanto los San'Shyuums como los Sangheilis habían evolucionado en planetas ricos en reliquias Forerunner, y ambas especies creían que tales piezas de tecnología avanzada eran merecedoras de su adoración…, claro testimonio de los poderes divinos de los Forerunners. Pero tan sólo los San'Shyuums habían sido lo bastante audaces para desmantelar algunas de sus reliquias y utilizarlas para construir objetos prácticos diseñados por ellos mismos.

Para los Sangheilis, tal cosa era una blasfemia. Pero los San'Shyuums creían que no existía pecado en buscar una mayor sabiduría y, por otra parte, estaban

convencidos de que tales investigaciones eran críticas para descubrir cómo seguir los pasos de sus dioses. Esta diferencia fundamental en la aplicación práctica de éticas religiosas desencadenó una guerra larga y sangrienta que empezó poco después de que las dos especies entraran en contacto en un mundo relicario en disputa dentro de un sistema ocupado por Sangheilis.

En términos de naves y soldados, los Sangheilis iniciaron la lucha con una clara ventaja numérica. También eran mejores guerreros: más fuertes, más rápidos y más disciplinados. En un enfrentamiento directo de la infantería, un Sangheili valía al menos por diez San'Shyuums. No obstante, con gran parte de la lucha teniendo lugar en el espacio y nave contra nave, los San'Shyuums poseían su propia ventaja: un único y semioperable Dreadnought Forerunner que diezmó las flotas Sangheilis con ataques relámpago.

Durante mucho tiempo, los Sangheilis aceptaron los reveses, desoyendo la evidencia de que la victoria requeriría cometer los mismos pecados del enemigo: profanar sus propias reliquias y usarlas para mejorar sus naves de guerra, armas y blindaje. Como era lógico, millones de Sangheilis habían muerto ya antes de que la orgullosa y retrógrada especie decidiera que la renuncia era preferible a la destrucción total. Con gran pesadumbre, los sacerdotes guerreros iniciaron su tarea, reuniendo finalmente una flota capaz de combatir a los San'Shyuums y su Dreadnought hasta llegar a un punto muerto.

Desoladora como fue tal decisión para la mayoría de Sangheilis, los más sabios de sus líderes sabían que más que pecar habían aceptado por fin su propio deseo de llegar a una comprensión más profunda de los artículos literales de su propia fe. Por su parte, los San'Shyuums tuvieron que efectuar su propia admisión dolorosa: si existían otras criaturas tan peligrosas y obstinadas como los Sangheilis en la galaxia, sus posibilidades de supervivencia aumentarían en gran medida si se aliaran con su enemigo si tenían a los Sangheilis para vigilarles las espaldas mientras ellos acometían su sagrada tarea.

De este modo nació el Covenant. Una unión cargada de suspicacias mutuas, pero a la que se dio una buena posibilidad de tener éxito mediante una clara división del trabajo codificada en el Mandamiento de Unión, el tratado que puso fin al conflicto de modo oficial. En la actualidad el escrito religioso más importante del Covenant, el Mandamiento empezaba:

Tan llenos nuestros ojos estaban de odio
que ninguno de nosotros ver pudo
que un sinnúmero de muertes nuestra guerra daría
pero jamás la victoria se obtendría.
Dejemos las armas pues y la ira desechemos a su vez.
Pues en verdad de nosotros vais a cuidar
mientras el Sendero esperamos hallar.

El tratado se formalizó con el desmantelamiento del Dreadnought. Al antiguo navío lo despojaron de todas sus armas (o al menos de las que los San'Shyuums sabían que poseía), y fue instalado de modo permanente en el centro de la cúpula, por entonces construida en parte, de Suma Caridad.

Fortaleza no era tan devoto como otros Profetas. Creía en el Gran Viaje, sin duda, pero por vocación era más tecnócrata que teólogo. Y con todo, mientras se alzaba a través de una bolsa de aire menos abarrotado, el ministro no pudo evitar sentir un torrente de fortalecimiento espiritual cuando la magnífica estructura de tres pies del Dreadnought empezó a brillar tenuemente con la luz de la mañana.

Más que cualquier otra pieza de tecnología Forerunner abandonada, la nave tipificaba la maestría tecnológica de sus constructores. Los motores, por ejemplo, eran tan eficientes que incluso aunque los San'Shyuums sólo habían conseguido conectarlos de un modo parcial, generaban energía más que suficiente para sustentar toda Suma Caridad. Fortaleza sabía que había muchos más secretos ocultos en los senderos computacionales que se extendían por el casco del navío. Pronto, esperaba, los sacerdotes San'Shyuums responsables de la investigación del Dreadnought podrían desvelarlos todos.

Pues absorto como estaba Fortaleza en la administración de la vasta burocracia de su ministerio, parte de su mente seguía atenazada por la misma pregunta que se hacían todos los demás miembros del Covenant: «¿Cómo, exactamente, habían logrado los Forerunners su trascendencia? ¿Y cómo podrían simples mortales hacer lo mismo?».

Un repentino lamento de generadores antigravitacionales y los posteriores gritos agudos de protesta atrajeron la mirada del ministro hacia arriba. Una de las gabarras Unggoy no había cedido el paso a un corro de San'Shyuums que pasaba, forzando a los sillones que lo conformaban a separarse.

Corros parecidos estaban en movimiento por todas partes de la cúpula, subiendo y bajando las torres. Los San'Shyuums subalternos eran usuarios de las sillas menos potentes y viajaban en corros de veinte o más, apiñados brazo con brazo para maximizar el campo antigravedad de sus corros. Empleados ministeriales con puestos de mayor categoría podrían conseguir mover corros más pequeños de hasta sólo siete sillas, y la sofisticación de los sillones de los viceministros hacía posible que viajasen en tríos. Pero únicamente ministros de pleno derecho como Fortaleza merecían unidades lo bastante potentes para el vuelo individual.

Por un momento, Fortaleza pensó que también él podría verse obligado a virar bruscamente para evitar la gabarra que descendía en picado. Pero los circuitos de control de vuelo de Suma Caridad ya habían corregido el error, identificado como era debido el rango del ministro y obligado a la gabarra a efectuar una acción evasiva. Esta se zambulló precipitadamente a un lado, haciendo que sus pasajeros Unggoy se aferraran los unos a los otros para no arriesgarse a caer en picado a una muerte segura.

Mientras remontaba el vuelo pasando por su lado sin siquiera la más leve oscilación de la silla, Fortaleza advirtió que la gabarra estaba tan abarrotada que algunos de los Unggoys se habían visto obligados a sentarse con las pequeñas y gruesas piernas colgando por encima de las regalas; una violación de la capacidad autorizada, sin duda. Al mismo tiempo que la gabarra se enderezaba y continuaba con su caída apenas controlada a los distritos todavía nebulosos y ricos en metano del suelo de la cúpula, Fortaleza se preguntó si el hacinamiento era un problema aislado o una indicación de que los Unggoys volvían, una vez más, a reproducirse más allá de los límites legales.

La sobrepoblación era una inquietud constante del Covenant, dada la cantidad de sus criaturas que vivían a bordo de naves u otros hábitats con base en el espacio. Los Unggoys eran unos procreadores especialmente prodigiosos, y si bien esto beneficiaba la nómina militar, también se daba el caso de que la única cosa que hacía una mella apreciable en su número era la guerra. En tiempos de paz y sin una supervisión adecuada, la inherente falta de moderación reproductiva de los Unggoys había resultado ser muy peligrosa.

Cuando era un funcionario público subalterno en el Ministerio de la Concertación (la institución que tenía encomendado el arbitraje de las disputas entre especies), Fortaleza había llevado un caso que tenía que ver directamente con tal problema. Destapó un escándalo que acabó con la destitución de la dirección del ministerio y le enseñó una lección valiosa sobre la fragilidad del Covenant: lo fácil que era tornarse displicente respecto a las riñas menores de varias especies, y lo de prisa que tal autocomplacencia podía conducir al desastre.

El caso tenía que ver con una queja por parte de un sindicato de destiladores Unggoys de que controles atmosféricos defectuosos a bordo de navíos mercantes Kig-Yars habían contaminado múltiples lotes de infusiones: narcóticos recreativos que los Unggoys añadían a sus suministros portátiles de metano. A primera vista el conflicto parecía trivial, motivo por el que sin duda acabó en la agenda de Fortaleza; pero a medida que ahondaba más, descubrió que la contaminación había provocado una esterilidad generalizada entre los Unggoys.

Cuando se dio el caso, el Covenant llevaba muchas eras de paz, y una población Unggoy creciente había ejercido presión en los hábitats que compartían con los Kig-Yars. Tensas en el mejor de los casos, las relaciones entre las dos especies empeoraron a medida que las hembras Kig-Yars eran desplazadas de sus nidos; traslados que pusieron presión en los ciclos de incubación y provocaron un pico en mortalidad infantil Kig-Yar. Fortaleza advirtió a sus superiores que la contaminación de infusiones era una descarada acción parapolicial: un intento por parte de capitanes mercantes Kig-Yars radicales, que creían que los nacimientos Unggoys provocaban muertes Kig-Yars, de administrar su propia justicia.

Ante la sorpresa de Fortaleza, el ministro de la Concertación eligió no imponer ninguno de los severos castigos que recomendaba. Se calcularon multas y se pagaron

daños, pero los capitanes mercantes culpables evitaron la cárcel. A decir verdad, tras efectuar reparaciones a sus navíos y demostrar que eran seguros, el ministerio les permitió volver a la actividad.

Fortaleza no sentía un afecto especial por los Unggoys, pero un fuerte sentimiento de que no se había hecho justicia lo llevó a interponer una queja formal. Sus superiores la rechazaron, arguyendo que unos cuantos miles de Unggoys impotentes no merecían que se hiciera nada que pudiera inflamar el endémico deseo de autonomía de los Kig-Yars. «Los Unggoys no tardarán en resarcirse de sus pérdidas —habían concluido los superiores de Fortaleza—, y entre tanto, cualquier subalterno a quien le importe el futuro de su carrera debería tener la sensatez de mantener la boca cerrada».

Nadie había sabido que el «incidente de la infusión», como llegó a ser conocido, fue el más importante de muchos pequeños motivos de queja que precipitó la rebelión Unggoy, una guerra civil que marcó el comienzo de la trigésimo novena Era de Conflicto y ocasionó una reestructuración radical de las fuerzas armadas del Covenant.

En la corta pero desagradable lucha que tuvo como resultado que el mundo de los Unggoys quedara casi arrasado, las criaturas demostraron que si se las motivaba como era debido, eran luchadores despiadados. Haciendo honor a la tradición de dar la bienvenida a sus filas a los mejores de sus enemigos vencidos, los mismos comandantes Sangheilis que habían aplastado la rebelión se dieron prisa en perdonar a los combatientes Unggoys supervivientes. Les proporcionaron mejor adiestramiento y armas y los integraron en unidades que previamente estaban formadas sólo por Sangheilis; cambios que elevaron a los respiradores de metano de carne de cañón a infantería competente.

Algunos San'Shyuums tenían aún dudas sobre la lealtad de los Unggoy. Pero el Mandamiento de Unión lo dejaba muy claro: las cuestiones de seguridad eran responsabilidad de los Sangheilis. Y si los Profetas habían aprendido algo sobre mantener contentos a sus orgullosos protectores, era la importancia de permitirles conservar tantas de sus tradiciones previas al Covenant como fuera posible. Incluso en su juventud, Fortaleza había comprendido que si bien algo como la rebelión Unggoy podría desestabilizar temporalmente el Covenant, una revuelta Sangheili lo haría pedazos.

Una línea vertical de símbolos holográficos triangulares centelleó por encima de los apoyabrazos de Fortaleza, sacándolo con una sacudida de sus pensamientos. Los símbolos eran letras de la lengua común escrita del Covenant, y reconoció al instante el nombre que anunciaban.

—Lo que sea que deba decir, viceministro —Fortaleza había presionado uno de los interruptores del trono para aceptar la llamada entrante—, esfuércese por decirlo en voz baja.

Los símbolos se esfumaron y en su lugar apareció un San'Shyuum en miniatura.

Incluso en forma de holograma era fácil ver que el viceministro de la Tranquilidad era muchas eras más joven que Fortaleza. Su piel era más oscura —más marrón que canela—, y la papada carnosa no era lo bastante pesada para haber caído hasta alcanzar la barbilla. Dos de las carnosas bolas colgaban de las comisuras de la boca y estaban perforadas con aros dorados: una afectación desenfadada popular entre los San'Shyuums machos que todavía no se habían comprometido a tener una única pareja.

—¿Es demasiado temprano? —El viceministro se sentó más adelante en su sillón desprovisto de almohadones, con los dedos rodeando con fuerza los apoyabrazos de metal mate—. Habría llamado anoche, de no haber sido por el cónclave. —Tranquilidad hizo una pausa, los protuberantes ojos vidriosos casi saliéndosele de la cabeza; luego, con un confuso intento fallido de decoro—: Me pregunto si esta mañana… ahora,de hecho… sería posible reunimos y discutir algo de vital…

Fortaleza interrumpió al viceministro con un ademán impaciente.

—No he comprobado mi agenda. Pero estoy seguro de que está muy llena.

—Seré breve, tiene mi palabra —insistió Tranquilidad—. De hecho, no es tanto lo que tengo que decirle como lo que tengo que mostrarle.

Los dedos del viceministro tamborilearon sobre los brazos del sillón y su imagen fue reemplazada de repente por un único glifo Forerunner: una Luminación, comprendió Fortaleza, a la vez que sus hundidos hombros se erguían sobresaltados.

A diferencia de los símbolos triangulares, los glifos sagrados no se utilizaban en la conversación cotidiana. A decir verdad, algunos eran tan sagrados —los conceptos que representaban eran tan poderosos— que su utilización estaba rigurosamente prohibida. ¡Y el que aquel idiota acababa de hacer brillar para que todo el mundo lo viera, maldijo Fortaleza, era el más sagrado y peligroso de todos!

—¡En mis aposentos! ¡Inmediatamente!

Fortaleza descargó la palma sobre la silla, eliminando el glifo y poniendo fin a la conversación. Resistió el impulso de poner al máximo la aceleración de la silla, pues sabía que sólo atraería más la atención. Dándose masaje a la dolorida cabeza, prosiguió su constante ascensión en sentido contrario a las agujas del reloj a la torre de su ministerio, llegando poco después a un vestíbulo amplio en un piso superior.

Fortaleza no tenía por costumbre mantener trato con su personal, y esta vez les dedicó aún menos miramientos que de costumbre. Sin embargo, eso no detuvo sus muestras de deferencia, y Fortaleza tuvo que abrirse paso con energía entre las débiles sillas de sus señales subalternos, gastando la poca paciencia que tenía en muestras de cortesía elemental.

El vestíbulo iba a dar a una gran galería bordeada de pasillos que conducían a los puestos de trabajo de los empleados. Entre aquellas salidas flotaban estatuas algo más grandes que el tamaño natural de los predecesores de Fortaleza, talladas en piedras extraídas de la base rocosa de Suma Caridad y «vestidas» con túnicas holográficas adornadas con símbolos relativos a los muchos logros notables de los que las llevaban.

En el extremo opuesto de la galería había un conducto vertical custodiado por dos Sangheilis con la inconfundible armadura de un blanco brillante de una de sus unidades de combate más selecta: las Luces de Sanghelios —Helios, para abreviar—; una referencia al cúmulo globular de estrellas próximo al sistema del que procedía la especie. Fortaleza pudo oír cómo los báculos de energía de los Helios chisporroteaban a medida que se acercaba al conducto. Pero los guardias ni tan sólo movieron las cuatro mandíbulas irregulares mientras el ministro se deslizaba entre ellos. Atisbando desde los visores de los cascos aerodinámicos que se alargaban hacia atrás, los ojos oscuros de los Helios permanecieron fijos en el vestíbulo, la vía más probable para un ataque. El ministro no se ofendió. No había elegido a los Helios por sus modales, y a pesar de su porte inexpresivo sabía que darían de buen grado la vida por él.

El conducto se estrechó rápidamente de tal modo que unos pocos niveles por encima de la galería apenas había espacio para la silla de Fortaleza. Esto era en parte como seguridad adicional, pero también una metáfora en clave arquitectónica de la posición del ministro: en la cima, sólo había espacio para uno.

—Deja entrar al viceministro de la Tranquilidad en cuanto llegue —dijo con brusquedad a un holograma de un miembro del personal que aguardaba arriba—. No me importa lo que eso modifique el resto de mi agenda.

El subalterno se desvaneció, y Fortaleza detuvo el sillón con brusquedad en el centro de la habitación donde recibía las visitas. El corazón le latía a toda velocidad, y notó la piel pegajosa bajo las vestiduras. «Tranquilízate —pensó—. ¡Bajo ninguna circunstancia puede este advenedizo saber que te ha alterado!»

Y así pues, cuando el viceministro emergió del pozo un poco después, encontró a Fortaleza recostado con calma en su sillón, con una bola humeante de té medicinal flotando en un campo de estasis por encima del regazo.

—Ocupado y enfermo —dijo Tranquilidad con una sonrisa tonta—. Me disculpo, ministro, por añadir más carga a su día.

Fortaleza se inclinó al frente, presionó los labios contra el campo, y tomó un trago. El campo titiló y encogió a medida que el té se colaba en el gaznate del ministro.

—¿A quién más se lo ha dicho?

—Santidad, usted es el único a quien se me ocurrió contárselo.

Hasta el momento, el joven mostraba una deferencia excepcional. «¿Cuánto tiempo durará?», se preguntó Fortaleza, sorbiendo más té con los labios.

El viceministro tenía fama de decidido y belicoso: de los que se hacían oír. Las veces que había sustituido a su ministro en sesiones del Consejo Supremo (un organismo de toma de decisiones compuesto por ministros San'Shyuums y comandantes Sangheilis), no había mostrado ninguna reticencia a participar en debates, enfrentándose silla con silla con consejeros muchas eras mayores en una serie de cuestiones polémicas.

Fortaleza sospechaba que aquel comportamiento decididamente poco

San'Shyuum estaba muy relacionado con el trabajo del viceministro. En el Ministerio de la Tranquilidad dirigía la vasta flota buscadora de reliquias del Covenant y pasaba gran cantidad de tiempo fuera de Suma Caridad, tratando directamente con capitanes mercantes Sangheilis, y con tanto contacto, había adoptado algo de su comportamiento más agresivo.

—¿Cuántos casos? —preguntó Fortaleza, dando un golpecito con un dedo sobre el trono.

El glifo en cuestión apareció entre las sillas de los dos San'Shyuums; el objeto más brillante en los aposentos sobriamente decorados del ministro.

Para el ojo profano, la Luminación no era más que un par de círculos concéntricos; el círculo más pequeño flotaba en el interior del más grande, suspendido por una línea recta que estaba conectada a un entramado circundante de curvas entrelazadas. Pero Fortaleza sabía lo que significaba el glifo, la palabra Forerunner que representaba: «Reclamación», o la recuperación de reliquias previamente desconocidas.

—El Luminar estaba en una nave muy lejana. La transmisión fue un poco incomprensible. —Tranquilidad luchó por contener una sonrisa triunfal—. Pero detectó miles de casos únicos.

Un escalofrío recorrió toda la columna vertebral de Fortaleza. Si había que creer al viceministro, era un descubrimiento sin precedentes.

—¿Por qué no ha llevado este descubrimiento a su propio ministro? —preguntó Fortaleza, consiguiendo mantener la voz serena—. En el caso de que descubriera su deslealtad, la destitución sería el menor de sus problemas.

—Un riesgo que valía la pena correr. —El viceministro se inclinó al frente en su silla y añadió en un susurro conspirador—: Para ambos.

Fortaleza rió entre dientes mientras bebía el té. Había algo extrañamente atractivo en la insolencia del joven San Shyuum. Pero daba por sentado demasiadas cosas, decidió, alargando un dedo hacia el interruptor que haría subir a los Helios como una exhalación por el conducto…

—¡El Consejo Supremo se impacienta! —soltó con aspereza el viceministro; luego continuó a toda prisa—; Los Jerarcas están impotentes; los dilemas sobre los que efectuaron su ascenso bien resueltos. ¡Ya no existe una Era de la Duda, ministro, y aquellos que tienen algo de sentido común saben que esto es cosa suya por encima de cualquier otro!

Fortaleza contuvo la mano. El joven había hecho una observación inteligente. Eras de la Duda como la actual tenían por objetivo ocuparse de las secuelas de períodos caóticos anteriores, en este caso la trigésimo novena Era de Conflicto, aquella que había incluido la rebelión Unggoy y visto el ascenso de Fortaleza a ministro. Sus esfuerzos para redistribuir tecnología tras aquella crisis sí que habían hecho mucho por apaciguar nuevas quejas. Y si bien Fortaleza era en buena parte inmune a la adulación, volvió a sentirse impresionado por el descaro del viceministro.

Tranquilidad acababa de colocar los logros de Fortaleza por encima de los de los Jerarcas: los tres San'Shyuums elegidos para liderar el Consejo Supremo. Eran las tres criaturas más poderosas del Covenant, y llamarlas débiles e inútiles era una proclama peligrosa. Fortaleza retiró el dedo, fascinado de improviso por lo que el viceministro pudiera proponer a continuación; aunque, mirando atrás, debería de haberlo sabido.

—Nos encontramos en el alborear de una nueva Era de la Reclamación. —El viceministro obligó a la silla a rodear el glifo—. Usted es quien debe guiarnos a través de ella, y yo…, por mérito de mi actual discreción y compromiso de lealtad inquebrantable a partir de ahora…, solicito con humildad sentarme a su lado. —Tranquilidad detuvo la silla justo frente a la del ministro, hizo una profunda inclinación de cintura y abrió los brazos de par en par—. Para asumir con usted la responsabilidad de ser un Jerarca.

«Y ahí está —pensó Fortaleza, totalmente pasmado—. Ambición al desnudo».

No resultaría fácil derrocar a los Jerarcas. Para conservar sus elevados tronos, se resistirían a la declaración de una era nueva con toda la influencia de que disponían. Fortaleza tendría que invertir un tremendo capital político; recurrir a todos los favores que se le debían para tener una posibilidad, e incluso entonces…

Fortaleza se contuvo. ¿Consideraba en serio la propuesta del viceministro? ¿Se había vuelto loco?

—Antes de que hagamos nada —advirtió, la lengua moviéndose por su cuenta—, debemos asegurarnos de que las Luminaciones son legítimas.

—Tengo una nave de guerra en estado de alerta, aguardando su aprobación para…

Fortaleza se echó hacia atrás como si lo hubieran aguijoneado.

—¿Ha metido a los Sangheilis en esto?

La cabeza empezó a darle punzadas, martilleándolo con dolor. Si los Sangheilis tomaban posesión del relicario, ¡a saber cómo podría eso trastornar el *statu quo*! Una vez más el dedo salió disparado hacia la alarma de su trono.

Pero el viceministro hizo un brusco movimiento al frente en su asiento y replicó en tono firme.

—No. He reclutado a otros testigos. Criaturas que han demostrado ser a la vez leales y discretas.

Fortaleza miró a los ojos al viceministro con cara de pocos amigos. Buscó un destello de honradez, algo que pudiera ayudarlo a recorrer con más confianza un camino nuevo y traicionero. Pero la mirada de su interlocutor era toda entusiasmo y astucia; honestidad de otra clase.

El ministro hizo descender el dedo que mantenía en el aire sobre un interruptor distinto. El campo de estasis de su té se desplomó con un fogonazo plateado, vaporizando el líquido del interior.

—¿Qué hay de la nave que dio parte de la Luminación?

—Desaparecida. Tenía una tripulación mixta. Kig-Yars y Unggoy. —Tranquilidad

frunció los labios en un mohín de indiferencia—. Sospecho que hubo un motín.

—Diga a los que ha alistado que si hay supervivientes… y si han robado algo del relicario… tienen que ser ejecutados allí mismo. —Dio unos pensativos tirones a la carnosa papada—. De lo contrario, permanecerán bajo detención para su propia seguridad. El relicario fue su descubrimiento. Merecen alguna pequeña recompensa.

Tranquilidad desplegó una mano sobre el pecho e inclinó la cabeza.

—Se hará.

En aquel momento, la receta del clérigo por fin se adueñó del dolor de cabeza de Fortaleza. El ministro cerró los ojos, disfrutando de la veloz subyugación del dolor. Sonrió aliviado…, una expresión que sabía que el San'Shyuum más joven malinterpretaría como indicación de alguna gran camaradería en ciernes.

—Un relicario como éste no se ha visto en nuestros días —indicó Tranquilidad—. ¡Cada uno de sus objetos sagrados es una bendición para auténticos creyentes!

Fortaleza se hundió profundamente en los almohadones carmesí de su silla. «¿Una bendición?» No estaba tan seguro. Como ministro, contemplaba con pavor las negociaciones de pesadilla que harían falta para distribuir miles de reliquias nuevas. Pero como Jerarca, podía distribuir las reliquias del modo en que pensara que beneficiaría más al Covenant. Se lamió un brillo de menta de los labios, que todavía hormigueaba debido al campo de fuerza. Y nadie tendría el poder para alterar sus decisiones.

10

HARVEST, 10 ENERO 2525

Avery se encontró a solas, deambulando por las hileras de uno de los enormes huertos de frutales de Harvest. A su paso lo rozaban ramas por cada lado, cargadas de una fantástica mezcla de frutas: albaricoques, cerezas, ciruelas… y muchas más, todas recubiertas de gotitas de condensación procedentes de una fría neblina matutina. Arrancó una manzana y le quitó el rocío. La piel verde de debajo era tan reluciente que brillaba como si tuviera luz propia. «Domingo —pensó—. Domingo…» Pero no estaba seguro de por qué exactamente.

Desechó la manzana e introdujo el brazo más en el interior de las ramas. Más cerca del tronco, el aire era más frío. Avery percibió las curvas cubiertas de escarcha de una pera y la retorció para soltarla del tallo. Se la acercó a los labios y dio un mordisco. Pero los dientes apenas la habían perforado cuando recibió una violenta sacudida: la pera estaba congelada. Se pasó la manga por los labios y le sorprendió descubrir que llevaba ropas de civil: una camisa Oxford blanca recién almidonada, muchas tallas demasiado pequeña; una pequeña corbata con estampado de cachemira que apenas le llegaba al ombligo; zapatos de vestir llenos de arañazos…

—Un muchacho no es un muchacho si no destroza su ropa… —Oyó decir Avery a la voz de su tía Marcille, una brisa a través de las hojas heladas.

De improviso, las ramas se agitaron en una fuerte ráfaga de aire provocada por el paso de unos cohetes propulsores, y al alzar la vista, Avery distinguió una nave Hornet que pasaba en vuelo bajo por encima del huerto. Con las alas centelleando bajo la brillante luz solar, el aparato se ladeó y desapareció tras los árboles del lado opuesto de la hilera. Avery soltó la pera y corrió en su persecución.

Pero ahora, cuanto más se abría paso entre las ramas, más calientes se volvían éstas. El agua discurría en forma de riachuelos por el brillante haz de las hojas; caía de la fruta igual que lluvia. Un rápido deshielo artificial estaba en marcha. Avery sintió una ráfaga húmeda de aire que se tornó insoportablemente caliente cuanto más avanzaba. Cerró los ojos, los párpados le ardían, y sintió que las ramas daban paso a algo sólido: una puerta doble de madera que conducía al interior de un restaurante de carretera.

Al pasar al interior, Avery vio que la puerta era una de las pocas cosas que quedaban en pie. El tejado del restaurante había salido volando, las paredes estaban astilladas y las ventanas hechas añicos. Todas las mesas y sillas estaban quemadas y olían a humo. Hacia el fondo estaba sentada una familia de cuatro personas, cuyas

alegres ropas eran las únicas cosas que no estaban cubiertas por una capa de ceniza. Uno de los niños —el mismo chico que Avery había esperado salvar— alzó la vista de un plato de tortitas y lo saludó con la mano. Cuando Avery devolvió el saludo, el niño dio un mordisco y señaló al mostrador. Avery se volvió y vio a una mujer en un taburete, ataviada con un deslumbrante vestido plateado.

—Es una recepción de etiqueta —dijo Jilan girando sobre el taburete.

—Lo sé —respondió él, alargando la mano para arreglarse la corbata.

Pero ya no llevaba sus ropas heredadas para ir a la iglesia. En su lugar se encontró agobiado por una coraza antiimpactos de color negro mate.

Jilan frunció el entrecejo.

—Quizá debería de haber invitado a otra persona.

Sacó un bolso del regazo: no el bolso de mano cubierto de espejitos que había llevado para la fiesta del solsticio, sino el bolso burdeos de la terrorista Innie. Introdujo la mano dentro con indiferencia, como si hurgara en busca de un lápiz de labios.

—¡Cuidado, señora! —gritó Avery—. ¡No es seguro!

Intentó saltar al frente y agarrar el bolso, pero sus piernas eran pesadas como el plomo… estaban clavadas al suelo. Oyó el rugido de los propulsores de un Hornet y vio su sombra ondular sobre el mostrador. El niño de la mesa empezó a asfixiarse.

—Relájese —dijo Jilan a Avery—. Se pondrá bien.

Avery gimió y apoyó una rodilla en tierra. La coraza se había vuelto insoportablemente pesada. Plantó las manos enguantadas sobre el suelo cubierto de ceniza para no desplomarse. A través de los ojos entrecerrados vio huellas de botas: el frenético movimiento de pies de marines que intentan rodear a un objetivo.

Jilan volvió a repetir lo que había dicho. Pero esta vez la voz parecía provenir de otro lugar; un eco desde más allá del restaurante, pero de algún modo muy cerca del oído de Avery.

—Relájese. Se pondrá bien…

Avery lo hizo, y así fue. Los potentes fármacos que lo habían mantenido inconsciente desde su pelea a bordo del carguero se escurrieron fuera de sus venas igual que agua de una bañera. Sintió el tirón de un desagüe imaginario y se dejó aposentar en el fondo. Cuando sus ojos se abrieron por fin parecieron hacerlo a una cuarta parte de su velocidad.

—Ya está —dijo Jilan, de pie muy pegada a su cama—. Bienvenido de vuelta.

Avery supo que había estado soñando, pero siguió sorprendiéndolo verla sin el vestido. La capitana de corbeta llevaba ahora un mono reglamentario color gris claro, de cuello alto y ceñido a la cintura: el uniforme de diario de un oficial femenino de la ONI. Estaba de pie en el lado izquierdo de la cama. En el derecho estaba el gobernador Thune.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —preguntó Avery con voz ronca, echando un vistazo a lo que lo rodeaba: una habitación pequeña con paredes color

crema, equipos de supervisión de constantes vitales, y un soporte de suero intravenoso… con el tubo que finalizaba en una aguja en el dorso de su mano derecha.

Olió a desinfectante y a ropa de cama lavada con lejía. «Un hospital», pensó, una sospecha rápidamente confirmada cuando Jilan alzó una jarra de agua helada de un carrito con ruedas y llenó un vaso que llevaba grabado *Utgard memorial*.

—Casi dos días —dijo la mujer, entregando el vaso a Avery—. Tiene una fractura en el cráneo.

Avery se incorporó sobre un codo, tomó el vaso, y lo vació de un largo y lento trago. Domingo… Eso fue cuando Byrne y él habían montado en una vagoneta de bienvenida de vuelta a la Tiara y pasado al balandro de Al-Cygni, *Walk of Shame*. Los dos sargentos mayores habían recibido sus instrucciones, se habían armado, y puesto en camino a las 09.00, escondidos en el carguero señuelo.

—¿Qué hay de Byrne?

—Está bien. Para cuando regresamos ya tenía cosida la herida. Su ayudante médico incluso lo felicitó por el cosido. —Jilan devolvió la jarra a la bandeja—. Le salvó la vida. Lo arrastró hasta el carguero antes de que la otra nave estallara.

—No recuerdo eso —repuso Avery, frunciendo el entrecejo.

—¿Qué es lo que recuerda? —preguntó el gobernador.

Thune parecía acorralado por las estrechas paredes de la habitación; su antigua mole jovial era ahora una amenaza en ciernes.

—Refiérame su misión. Paso por paso.

Avery arrugó la frente.

—Esta habitación es segura. Y usted es el único paciente de esta ala —le aseguró Jilan, y luego, señalando con la cabeza al gobernador, dijo—: Ya le he contado todo lo que sé.

Avery alargó la mano hacia una hilera de botones insertados en la barandilla de la cama. Runrunearon motores, y la cama lo alzó a una posición sentada. Tras depositar el vaso en un hueco que formaban las sábanas en su regazo, Avery pasó a un modo de actuar que le era familiar: la rutinaria entrega de un informe posterior a la acción a un superior. Pero sólo dispuso de un minuto más o menos para ello. Justo empezaba a describir el combate con los alienígenas cuando Thune se impacientó.

—¿Cómo se comunicaban? —preguntó, cruzando los grandes brazos sobre el pecho.

—¿Señor?

Thune había empezado a sudar. Manchurrones de un azul intenso crecían alrededor del cuello y bajo los brazos de la camisa de batista.

—¿Vio algún equipo de comunicación…? ¿Advirtió si hablaban entre ellos o con su nave?

—No, señor. Pero llevaban trajes. Era difícil…

—Nos preguntamos si enviaron un mensaje, sargento mayor —aclaró Jilan—.

Una señal de socorro. Algo que pudiéramos no haber visto en la cámara de su casco.

—El jefe estaba fuera de la vista —dijo Avery.

Recordó los ojos color rubí del extraterrestre y sus dientes afilados, la bola de plasma que se formaba en su pistola igual que una manzana reluciente.

—Uno, dos minutos, como máximo. Pero sin lugar a dudas tuvo tiempo de hablar. Y luego estaba el otro extraterrestre…

—¿Qué otro extraterrestre? —inquirió Jilan con ansiedad.

—No pude verlo bien. —Avery recordaba algo que se movía por el aire, rosa e hinchado—. Y no atacó.

—¿Estaba armado? —preguntó Thune.

—No que yo pueda decir, señor.

—Así pues, a ver si lo entiendo. —Thune se rascó el cuello por debajo de la espesa barba roja—. Cuatro alienígenas, tal vez cinco. Armados con cuchillos y pistolas.

—Su nave tenía lásers, gobernador. Fluoruro de hidrógeno. Muy certeros. —Jilan separó un poco las manos—. Y era una nave pequeña. Quién sabe lo que llevan en sus navíos más grandes.

—Los que ustedes mataron… —Thune arrastró las palabras; su tono era socarrón, provocativo—. Parecen más… duros que el Insurrecto corriente.

—¿Señor?

Avery sintió que se le formaba un familiar nudo en el estómago. «¿Qué tenían que ver los Innies con esto?»

—Ellos cuatro, ustedes dos. —El gobernador encogió los grandes hombros—. Y ustedes ganaron.

—Poseíamos el elemento sorpresa. Pero eran disciplinados. Demostraron un buen razonamiento táctico.

Avery estaba a punto de dar una descripción detallada de lo bien que los alienígenas habían maniobrado en gravedad cero, cuando la puerta de la habitación se deslizó a un lado y el ministro de Justicia Pedersen pasó al interior.

—No pude encontrar un celador en ninguna parte. —Sonrió a Avery disculpándose—. Aunque no se *pierde* nada. La comida de hospital es la misma donde sea que uno vaya, me temo. —Luego se dirigió al gobernador Thune—. ¿Algo… inesperado?

Thune lanzó a Jilan una mirada desdeñosa.

—No —respondió con firmeza.

Un silencio tensó llenó la habitación. Avery se removió en la cama. Estaba claro que el informe entregado por él había sido una parte importante de una discusión más amplia; sus respuestas, de importancia fundamental para una polémica entre Al-Cygni y Thune.

—Gobernador —dijo Jilan—, si pudiéramos hablar.

—Ha sido de gran ayuda, sargento mayor. —Thune palmeó la pierna de Avery a través de las sábanas, luego fue hacia la puerta—. Disfrute de su descanso.

Avery se irguió tan tieso como pudo, tensando la intravenosa.

—Gracias, señor.

Jilan siguió al gobernador fuera. Pedersen corrió la puerta para cerrarla tras ellos con un curioso movimiento descendente de la cabeza…, casi una inclinación. Avery alzó su vaso, se metió en la boca unos cuantos cubitos de hielo medio derretido y empezó a triturarlos. El movimiento de la mandíbula empeoró el dolor de la parte posterior del cráneo. Alargó una mano atrás y palpó una línea desigual: una incisión cauterizada a través de la cual los médicos habían inyectado un polímero que soldaba los huesos.

Avery pudo oír la voz de Thune retumbando fuera de la puerta, pero no consiguió distinguir lo que decía. Al principio, las respuestas de Jilan quedaron amortiguadas de un modo parecido, pero el intercambio aumentó con rapidez de volumen…, y alcanzó su punto culminante con un agudo gruñido de Thune y un farfulleo conciliador de Pedersen. Avery oyó pisadas que se alejaban, y al cabo de unos momentos Jilan volvió a deslizarse, sola, dentro de la habitación.

—El no lo sabía —dijo Avery—. Que ustedes llevaban a cabo una operación. Que usaban la milicia como tapadera.

Jilan cruzó los brazos a la espalda y se recostó en la pared junto a la puerta.

—No.

La decisión de mantener al gobernador fuera del circuito sin duda había procedido de muy por encima del nivel salarial de la capitana de corbeta. Pero si a Jilan le molestaba que la hubieran cargado con el muerto, no lo demostró. Su expresión era totalmente serena.

Avery alargó la mano y depositó el vaso vacío en el carrito.

—¿Cuántas naves pide?

Jilan aguardó a que él volviera a acomodarse en la cama.

—Ninguna.

Por un momento, el único sonido en la habitación fue el quedo pitido seco de uno de los monitores cuando registró un pico en el pulso de Avery.

—Pero no acabamos de…

—¿Establecer un primer contacto con alienígenas?

—Con el debido respeto, señora. El contacto no fue nada amistoso. Sus armas eran muchísimo más sofisticadas que las nuestras. Y como dijo, eso era probablemente sólo material de poca importancia.

Jilan asintió.

—Asestamos un golpe a traición, y ganamos una pelea a puñetazos.

—Regresarán para un segundo asalto.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué diablos Thune no está pidiendo naves?

Jilan se apartó de la pared.

—Organizar una milicia necesitó años de negociaciones; requirió la aprobación

unánime dei Parlamento de Harvest. Un porcentaje considerable de sus ciudadanos estaban en contra de tener siquiera a un puñado de marines en su planeta. —Jilan se acercó hasta el pie de la cama de Avery—. Thune no está ansioso por ver cómo reaccionan a tener naves de guerra del UNSC en órbita.

Avery recordó las expresiones de los rostros de algunos de los invitados a la fiesta del solsticio; el evidente desdén que mostraron por él y por su uniforme.

—La Insurrección. A Thune le preocupa que vaya a extenderse.

—A todos nos preocupa que vaya a extenderse —afirmó Jilan.

—Así pues… ¿qué? ¿Vamos a limitarnos a hacer caso omiso de estos alienígenas cabrones golpeando a nuestra puerta?

—El gobernador está alterado. No quiere escuchar. No ahora. No a mí.

—¿Entonces a quién?

Jilan rodeó con las manos la barra de acero inoxidable que circundaba la parte baja del colchón de Avery. La oprimió con fuerza, como si dudase de la resistencia del metal.

—Alguien con conocimientos sobre planes de respuesta autorizados para escenarios de primeros contactos. Alguien que pueda convencer al gobernador de que hacer venir a la flota es lo correcto, o que tenga el rango para desautorizarlo. —Alzó los ojos—. No yo.

Avery sintió frustración en la voz de la mujer; una grieta en su fachada impasible. Tenía una oportunidad de decir lo correcto, de explicar que también él compartía su frustración y preguntarle qué podían hacer, juntos, para preparar a Harvest para un ataque. En vez de ello, dejó que la ira lo venciera.

—El gobernador se dedica a hacer política —gruñó—. ¿Y usted no va a hacer ni una maldita cosa?

Avery había estado poniendo a prueba los límites de la insubordinación desde que Thune había abandonado la habitación, pero aquél era un claro paso al otro lado de la línea. Jilan retiró las manos de la barra.

—Mi nave ya va de camino a Reach, llevando un informe en el que recomiendo, inequívocamente, que el FLEETCOM haga caso omiso de las objeciones del gobernador y envíe de inmediato un grupo de combate. —Cualquier debilidad en su voz había desaparecido. Clavó los ojos en la mirada descarada de Avery—. ¿Qué otra cosa, sargento mayor, sugiere usted que haga?

El *Walk of Shame* era un balandro de la ONI: una nave muy rápida. Pero Avery sabía que necesitaría más de un mes para regresar a Epsilon Eridanus. Haría falta tiempo para formar el grupo de combate, y aún sería más lento su traslado. En el mejor de los casos: pasarían al menos tres meses antes de que llegara ayuda a Harvest. Y Avery sabía, instintivamente, que eso sería demasiado tarde.

Con una silenciosa maldición, se arrancó la aguja intravenosa, echó atrás las sábanas, y puso los pies en el suelo. Su bata de hospital era inesperadamente corta, y Jilan estaba en un ángulo más bien delicado. Pero los ojos de la mujer permanecieron

fijos en los suyos mientras retiraba el uniforme recién lavado del estante intermedio del carrito de hospital, se ponía los pantalones de faena, y los abrochaba por debajo de la bata.

—¿Qué está haciendo?

—Regresar al servicio.

El sargento mayor se despojó de la bata y la arrojó sobre la cama. Esta vez los ojos de Jilan corrieron veloces arriba y abajo, tomando nota de las feas contusiones que el reciente enfrentamiento había dejado en el amplio pecho y en los hombros de Avery.

—No recuerdo haberle dado permiso para hacer eso.

Avery se enfundó la camiseta color caqui, dobló una rodilla sobre el suelo y se ató las botas.

—Tengo mis órdenes: adiestrar una compañía de milicianos. Y pienso hacerlo porque justo ahora, señora, sus patéticos culos son todo lo que tiene este planeta.

Se encasquetó el gorro reglamentario y fue hacia la puerta. Jilan efectuó un movimiento lateral y le cerró el paso. Él la sobrepasaba por una cabeza, pesaba mucho más y era más fuerte; pero al bajar los ojos al rostro decidido de la mujer, Avery se preguntó seriamente quién acabaría en pie si intentaba abrirse paso y ella trataba de detenerlo. Al final, todo lo que ella necesitó fue su voz.

—Todo lo que ha visto y hecho en las últimas veinticuatro horas es confidencial. Alto secreto. Entrenará a sus reclutas del mejor modo que sepa. Pero no Ies dirá lo que sabe. —Hizo una pausa. Sus ojos centelleaban—. ¿Me he explicado bien?

Avery había pensado que los ojos de Jilan eran castaños. Pero ahora reparó en que brillaban con un intenso tono avellana. Un verde insondable.

—Sí, señora.

Jilan se hizo a un lado y Avery abrió la puerta. Al salir al pasillo, lo sorprendió ver al capitán Ponder, sentado en un banco acolchado unas pocas puertas más abajo, con los dedos ocupados en la pantalla de su placa de datos COM. Ponder alzó los ojos cuando Avery se acercó.

—Esperaba algo peor. —Sonrió—. Tiene muy buen aspecto.

—Capitán —saludó Jilan mientras pasaba ante él con rápidas zancadas.

Ponder se puso en pie y le dedicó un apresurado saludo con el brazo ortopédico.

—Señora.

Los dos marines observaron cómo la mujer se dirigía hacia el ascensor del final del pasillo. Los tacones bajos de sus botas repiquetearon con fuerza sobre el pulido suelo de baldosas blancas. Avery aguardó hasta que ella estuvo dentro del ascensor y la puerta se cerró antes de preguntar:

—¿Sabía que era de la secreta?

—No, no lo sabía. —Ponder dejó caer su placa de datos dentro del bolsillo superior de la camisa de faena—. Pero teniendo en cuenta qué clase de gente son, ella no está demasiado mal.

Avery entornó los ojos.

—Nos está dejando solos ante el peligro.

—Lo que está haciendo es cumplir órdenes. —Ponder posó la mano ortopédica sobre el hombro de Avery—. ¿Traer a la flota? Eso le toca a Thune. —El capitán pudo darse cuenta de que Avery seguía sin estar convencido—. Escuche, me entregó todo el equipo que no dejaron flotando en el espacio. Quiere que lo llevemos de vuelta a la guarnición, que le demos un buen uso.

Avery sabía que había armas y equipo en el arsenal de Jilan que podía usar para entrenar a sus reclutas para pelear; no tan sólo hacer que dieran largas caminatas y disparar al blanco en el campo de tiro. Si eso era lo que la capitana de corbeta tenía para dar, Avery estuvo de acuerdo: era mejor que nada.

—Vamos —dijo Ponder, llevándoselo en dirección al ascensor—. En el camino de vuelta a la guarnición puede contarme cómo se las arregló el sargento mayor Byrne para que le pinchara un lagarto que llevaba un traje espacial.

* * *

Todos los reclutas del segundo pelotón lanzaron vítores cuando Jenkins cayó. El golpe de la pica de combate de su contrincante lo había alcanzado en la parte posterior del casco…, lo había derribado directamente de la barra de equilibrio. Jenkins chocó contra el suelo con fuerza suficiente para levantarse con arena en la boca, a pesar de la protección bucal que el ayudante médico había insistido en que todos llevaran.

—Escupe y sonríe —ordenó Healy, agachándose junto a Jenkins.

Esperó a que el recluta retirara el protector bucal… y le mostrara que todavía conservaba todos los dientes. Luego comprobó si tenía una conmoción.

—¿Sabes qué fecha es?

—Diecinueve de enero, doctor.

—¿Cuántos dedos tengo en alto?

—Ninguno.

—Muy bien pues, disfruta del resto del día.

Mientras el ayudante médico se levantaba, Jenkins se limpió la boca, dejando un rastro de arenilla en el antebrazo. El recluta que lo había tumbado (un hombre de más edad llamado Stisen, un agente de la policía de Utgard). seguía de pie sobre la barra de equilibrio, agitando la pica de combate con gesto triunfal.

La barra no estaba a más de medio metro del suelo, y había gran cantidad de arena en el foso que los reclutas habían cavado junto al parque de automóviles de la guarnición. Pero Jenkins seguía sintiéndose un poco débil mientras avanzaba con paso lento de vuelta al lado del foso del primer pelotón. Lo había hecho bien; había conseguido derribar a unos cuantos de los otros reclutas del segundo pelotón. Pero entonces había topado con Stisen, y el agente de policía, sencillamente, era demasiado

fuerte.

—Vigila —dijo Jenkins, entregando la pica a Forsell—. Es bueno.

Forsell asintió, con su propia protección bucal metida ya entre las mandíbulas. El alto y silencioso recluta parecía aún más imponente con las almohadillas protectoras de los hombros, y ahora le tocó vitorear al primer pelotón al subir Forsell a la barra.

—¡Presten atención! —ladró el sargento mayor Byrne, con las piernas bien separadas y las botas medio enterradas en la arena—. Éste es el asalto para el título en nuestro pequeño torneo. El que pierda gana para su pelotón una semana de KP.

Byrne sonrió burlón cuando las aclamaciones de los reclutas pasaron a ser gemidos. El comedor tenía máquinas expendedoras de comida automatizadas, pero las máquinas estaban construidas de modo que tuvieran que ser limpiadas y aprovisionadas al final de cada comida. «Algunas herramientas de adiestramiento son demasiado buenas para ser víctimas de los avances tecnológicos», pensó Byrne con una sonrisa.

—¡Así que veamos un poco de maldito espíritu combativo!

Forsell y Stisen gruñeron… e hicieron chocar los extremos acolchados de sus picas. La barra crujió cuando se lanzaron a una oleada inicial de golpes. Los dos hombres pesaban más de noventa kilos, pero ganar en un enfrentamiento con las picas tenía tanto que ver con velocidad y agilidad como con golpear con fuerza. Stisen, que era más delgado, tenía una leve ventaja. Tras hacer tambalear a Forsell con un golpe corto a la barbilla, se limitó a retroceder mientras el recluta más pesado reaccionaba con un violento ataque, perdía el equilibrio y pisaba el foso.

Los compañeros de pelotón de Stisen soltaron unas risotadas burlonas ante el éxito de la estratagema de éste. Byrne no se dejó impresionar.

—La única cosa que recibirás si retrocedes es una patada en el culo. —Agarró la máscara facial del casco de Stisen y le dio una serie de enérgicos tirones.

—¡Así que para de hacer el tonto!

—¡Si, sargento mayor! —rugió Stisen con los dientes apretados.

—De acuerdo. Vamos, bastardos. ¡Matad, matad, matad!

Los dos hombres volvieron a pelear. Esta vez golpearon con fuerza, trabaron los bastones e intentaron arrojarse el uno al otro fuera de la barra. Hubo un momentáneo punto muerto… Dos pares de botas resbalaron hacia atrás, luchando por mantener el equilibrio. De improviso, Stisen liberó su arma. Forsell trastabilló y dio un traspié al frente. Stisen lanzó un poderoso mandoble contra la cabeza de su adversario, pero el fornido recluta hundió la barbilla en el hombro, amortiguó el golpe de Stisen y contraatacó con una estocada a las costillas del policía que lo derribó de costado sobre la arena.

Stisen rodó para ponerse en pie y encogió los hombros como para decir: «Un golpe de suerte»; una reacción que provocó un coro de abucheos por parte del primer pelotón que persistió incluso cuando Byrne exigió tranquilidad. Un Warthog entró rugiendo en el parque de automóviles.

—Necesitáis seguir trabajando —gritó Byrne, echando un vistazo al Warthog mientras Avery y el capitán Ponder bajaban de él—. ¡Oigamos cómo contáis hasta cincuenta!

Los reclutas se dejaron caer al suelo e iniciaron sus flexiones de castigo, contando en voz alta y al unísono. Pero Jenkins mantuvo la cabeza en alto, y observó cómo los dos sargentos mayores se reunían bajo la atenta mirada del capitán Ponder.

No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que no había ninguna cordialidad entre Avery y Byrne. Desde el mismo momento en que había llegado a la guarnición, Jenkins advirtió que hacían esfuerzos por evitarse. Y el sargento mayor Byrne parecía considerar el entrenamiento de los respectivos reclutas como una rivalidad personal; había alentado una fuerte relación competitiva entre los dos pelotones, siendo el combate de picas de ese día un buen ejemplo.

Pero mientras conversaban entre sí, los sargentos mayores parecían a gusto. Avery señaló una colección de resistentes estuches de plástico en la plataforma de carga descubierta del Warthog. Ponder dijo algo que Jenkins no pudo oír por encima de los gritos de sus compañeros de pelotón. Pero debió de ser algo bueno, porque Byrne asintió con aprobación. Luego, el sargento mayor Johnson extendió su mano.

Byrne hizo una pausa —lo bastante larga para que Jenkins contara de treinta y cinco a cuarenta y cinco—, luego alargó la suya y estrechó la de Avery con energía.

—¡Segundo pelotón, en pie! —bramó Byrne, volviendo al foso de arena—. ¡Vamos a correr hasta el campo de tiro!

Stisen se levantó y se arrancó el casco con evidente irritación.

—Pero ¿quién ha ganado?

Sin una vacilación, Forsell blandió el bastón contra la parte posterior de las rodillas de Stisen y lo envió, con los pies por delante, a la arena. Los dos pelotones prorrumpieron en aclamaciones y abucheos enfrentados.

—Tú no, imbécil —gruñó Byrne, poniendo en pie de un tirón al aturdido agente de policía—. ¡Pelotón! ¡En marcha! ¡A paso ligero!

Jenkins y el resto del primer pelotón entraron en tropel en el foso de arena. Saltaron sobre Forsell, y lo habrían alzado en volandas si Avery no hubiera puesto fin a la atmósfera festiva.

—¡Atención! —gritó, y los reclutas se pusieron firmes.

Forsell hizo un esfuerzo por reprimir una sonrisa.

Avery se dirigió a grandes zancadas hasta Jenkins. Llevaba uno de los estuches de plástico del Warthog.

—¿Qué calificación obtuviste?

—¿Sa… sargento mayor? —tartamudeó Jenkins.

—Antes de que me fuera te dije: aprende a disparar. —Avery acercó la cara a la del recluta—. ¿Qué calificación obtuviste?

—Tirador de primera.

—¿Me estás mintiendo, recluta?

—No, sargento mayor.

—¿Y tú? —Avery miró de arriba abajo a Forsell.

El recluta todavía llevaba puesto el casco protector, lo que daba a su cabeza, ya grande de por sí, un aspecto realmente cómico.

—¡Tirador de primera, sargento mayor! —respondió Forsell a través de la protección bucal.

Avery se volvió de nuevo hacia Jenkins.

—¿Te cae bien este grandísimo cabrón?

—¡Sí, sargento mayor!

—Estupendo. —Avery le alargó el estuche—. Porque tú eres mi francotirador. Y él es tu observador.

Jenkins tomó el estuche, pero tardó unos pocos segundos más en comprender que contenía un rifle; que Avery acababa de darle un extraoficial —pero muy importante — ascenso.

—Vamos a acelerar vuestro entrenamiento —dijo el capitán Ponder, reuniéndose con Avery cerca del foso de arena—. Acabamos de enterarnos de que Harvest espera a una delegación muy importante de la Autoridad Colonial. El gobernador ha solicitado que esta milicia proporcione la seguridad… por si hubiera un ataque de Insurrectos.

Era una mentira descarada, pero Avery y Ponder habían acordado que si bien no podían contar la verdad a los reclutas, necesitaban darles una razón para entrenar duro; un enemigo que los mantuviera motivados.

Sin embargo, la simple mención de la Insurrección hizo que algunos de los reclutas dieran un respingo de miedo. Otros intercambiaron miradas nerviosas en tanto que el resto frunció el entrecejo y negó con la cabeza: «Nosotros no nos apuntamos para esto», pensaron.

Avery asintió.

—Os presentasteis voluntarios por distintas razones. Pero puedo convertiros en soldados…, en protectores de vuestro planeta.

Pensaba de verdad lo que le había dicho a la capitana de corbeta: hasta que llegara ayuda del FLEETCOM, aquellos reclutas eran la única protección que Harvest tenía. Pero lo que no había admitido hasta aquel momento —ni siquiera para sí— era que no sabía si podía liderarlos. No sin su respeto y confianza. Y no tenía mucho tiempo para ganarse cualquiera de las dos cosas.

—Soy vuestro instructor, pero también soy un marine de la Armada del UNSC —continuó Avery—. Me he comprometido a una vida de servicio y sacrificio. He fijado para mí las normas más elevadas de conducta y habilidad profesional. Si me lo permitís, os enseñaré a hacer lo mismo.

Todo lo que Avery exigía a sus reclutas se lo exigía también a sí mismo. Al librar la sucia guerra del UNSC contra la Insurrección, había comprometido sus normas…, hecho cosas inmorales. Había sacrificado demasiado de sí mismo en su servicio a las

fuerzas armadas. Ahora estaba decidido a recuperarlo.

Se quitó la gorra y se la arrojó a Healy. Luego bajó al foso.

—Pero primero —dijo, alzando el casco de Stisen y sacudiéndolo para quitarle la arena—, alguien tiene que impedir que la cabeza de Forsell siga engordando. —Mientras los reclutas del primer batallón esbozaron unas sonrisas atónitas, añadió—: Y bien podría ser yo.

11

HARVEST, 20 ENERO 2525

Sif sabía que había estado sola demasiado tiempo. Sola con sus recelos, sin otra inteligencia que la ayudara a separar lo que sabía de lo que sólo suponía que era. Algo había sucedido —estaba sucediendo— justo bajo sus narices. Pero Sif sólo conocía los resultados de recientes acontecimientos desestabilizadores, no sus motivos, y eso era una cosa de lo más angustiante para un ser eminentemente lógico.

«Empieza con lo que sabes», se recordó mientras hacía girar sus matrices y una vez más alimentaba los bits de memoria pertinentes a su grupo de procesadores más fiables.

Los hechos: Jilan Al-Cygni y dos de los marines, Johnson y Byrne, habían subido a la Tiara hacía cuatro días; Al-Cygni había pedido a Sif que le proporcionara un navío para «asuntos oficiales del DCS»; Sif había accedido sin poner reparos, y los tres humanos se habían trasladado al carguero *Bulk Discount* vía el balandro de Al-Cygni, *Walk of Shame*, una hora más tarde, ambas naves habían abandonado la órbita.

Pero aquí era donde las cosas empezaban a volverse menos claras.

Al repasar imágenes de las cámaras externas de la Tiara, Sif pudo darse cuenta de que el *Walk of Shame* había permanecido acoplado al *Bulk Discount*, había mantenido el casco en forma de ala delta bien pegado a la parte inferior del contenedor del carguero cuando éste inició un slip hacia Madrigal. Ir a cuestas de otro no era algo inusual; naves más pequeñas a menudo eran transportadas por navíos equipados con Shaw-Fujikawa del mismo modo que los contenedores de carga se unían a módulos de propulsión para formar cargueros capaces de viajar en el Slipspace.

La cuestión era que la nave de Al-Cygni tenía un mecanismo de transmisión Shaw-Fujikawa; no necesitaba la ayuda del carguero para llegar a Madrigal. Pero ése no fue nunca el destino del *Bulk Discount*. A los pocos minutos de iniciar el salto, el carguero había abandonado el Slipspace y empezado a emitir un S.O.S.

Sif entró en las matrices de almacenamiento que contenían el registro de la comunicación:

<\\> DCS.REG#BDX-008814530 >> HARVEST.LOCAL.TODOS
<\ ¡ALERTA! ¡EMERGENCIA MÉDICA EN LA TRIPULACIÓN!
<\ ¡CAPITÁN (OKAMA.CHARLES.LIC#OCX-65129981) NO RESPONDE A ESTÍMULOS!

<\ SOLICITO ASISTENCIA MÉDICA INMEDIATA!
[MENSAJE REPETIDO] \ >

Era cierto que los humanos a veces reaccionaban mal al viaje por el Slipspace. El multidimensional dominio era volátil, con sus remolinos temporales en un estado constante de flujo. Los humanos que entraban en contacto con una de tales alteraciones podían verse afectados por algo tan poco importante como una náusea o tan malo como un derrame cerebral. En casos raros, se había sabido de gente —pero no siempre sus naves— que sencillamente desaparecía.

Así que cargueros y otros navíos dependían de los «partes meteorológicos» de otras naves que acababan de abandonar el Slipspace para decidir si era seguro entrar por coordenadas similares. En cualquier momento había suficientes naves en tránsito (y cuando no las había, el DCS complementaba sus informes con sondas) para hacer que el sistema fuera muy fiable. Pero seguía siendo un proceso predictivo, y en ocasiones las naves topaban con condiciones tan inesperadamente peligrosas que tenían que abortar…, abandonar el Slipstream nada más entrar.

Tales salidas de emergencia podían ser muy peligrosas para las tripulaciones humanas, y se suponía que los circuitos de control de un mecanismo de transmisión Shaw-Fujikawa emitirían una advertencia antes de abortar la maniobra. Pero eso no era siempre posible. Era mejor que una tripulación regresara al espacio normal con rapidez y padeciera lesiones físicas que podían arreglarse a que desapareciera para siempre en el interior del Slipstream.

Pero el *Bulk Discount* no tenía tripulación. Ningún «capitán Charles Okama». Si las sospechas de Sif eran correctas, las únicas personas a bordo eran los sargentos mayores Johnson y Byrne, pero obligó a sus procesadores a no saltar demasiado lejos a lo largo de la concatenación de indicios. «Mantente centrada —insistió su núcleo lógico—. Limítate a los hechos».

Al sondear los escáneres de los radares de cargueros próximos a las coordenadas del *Bulk Discount*, la IA confirmó que la nave de Al-Cygni se había soltado del carguero después de la salida, y luego había desaparecido del radar; una indicación de que su balandro estaba equipado con alguna especie de sistema de invisibilidad. Sif sabía que tal clase de equipo era raro en las naves de guerra del UNSC, por no decir en las lanzaderas personales de burócratas de nivel medio del DCS.

No obstante, mucho más confuso era lo que los escáneres de los cargueros cercanos mostraban con posterioridad, apareciendo cerca del *Bulk Discount*; un tenue contacto que necesitó de múltiples triangulaciones para confirmarlo; un navío sin ningún transpondedor de «Indicación de Amigo o Enemigo» (IFF) y cuyo perfil, según el ARGUS, reveló un casco de un material que no se utilizaba en nada que construyera el UNSC; un material que no era, sospechó Sif, de origen humano.

«¡Sé razonable! —Los algoritmos de contención emocional atacaron su núcleo—. ¿Una nave extraterrestre?»

Pero ¿qué otra explicación había? Las matrices enciclopédicas de Sif conocían el perfil de todos los navíos humanos, y el contacto no encajaba con ninguno de ellos. «¡Además (replicó con energía el núcleo de la IA al código) el contacto había atacado al *Bulk Discount* con armas alimentadas por energía, y luego estallado en un fogonazo de metano y otros exóticos productos biológicos!» Todo esto sugería una nave, no tan sólo de diseño extraterrestre, sino también con ocupantes alienígenas.

Sif deseó haber pedido a Jilan Al-Cygni que le contara la verdad. No tan sólo sobre la nave extraterrestre, sino también sobre su identidad. Estaba claro que Al-Cygni no pertenecía al DCS. Pertenecía al ejército; a la ONI, con toda probabilidad, si se tenía en cuenta el diseño de camuflaje del *Walk of Shame*. Pero cuando la mujer regresó a la Tiara, permaneció más hermética aún que antes. En base a las heridas del sargento mayor, Sif supo que la misión no había ido bien.

Por aquel entonces, la IA había dejado que sus controles emocionales refrenaran su necesidad de saber. Pero ahora el nanoensamblaje cristalino en el corazón de su núcleo ardía con una necesidad casi incontrolable de respuestas. Por primera vez en su existencia, se sintió constreñida en exceso; experimentó una punzada de descontrol. Y ello le hizo sentir mucho miedo.

En aquel momento, un mensaje nuevo apareció en el interfaz de su COM.

<\\> HARVEST.AO.IA.MACK >> HARVEST.SO.IA.SIF
<\ Buenos días, preciosa.
<\ Estoy metido en un apuro. Me iría bien algo de ayuda.
<\ ¿Te importaría bajar? \>

Sif se sorprendió. Era la primera comunicación en mensaje de texto que Mack le había enviado en mucho tiempo. Coqueteaba pero no hablaba; efectuaba un insólito esfuerzo por ser educado. Pero fue la última pregunta de Mack lo que en realidad la dejó de piedra. En el historial de su relación, Mack jamás había pedido a Sif que lo visitara en su propio centro de datos.

De haberse hallado en un estado más estable, Sif jamás habría comprimido un fragmento de su núcleo y enviado esapulsación a través del maser de la Tiara. Pero al control de sus algoritmos le había salido el tiro por la culata. Si querían que fuese razonable, los complacería. Haría que otro ser racional confirmara o descartara sus conclusiones. Segundos más tarde, el fragmento de Sif alcanzó la antena situada en lo alto del complejo del reactor de Utgard y se deslizó al interior del interfaz del COM de Mack.

<\ Vaya. Eso si que ha sido rápido.
<\ Ponte cómoda. Estaré contigo en menos de lo que canta un gallo. \>

El interfaz de Mack estaba abarrotado de otros datos (solicitudes de ayuda de granjeros con JOTUN averiados y cosas parecidas), prueba de que la espontaneidad de Sif también lo había sorprendido. Pero la hospitalidad de Mack no desmereció lo prometido, y el fragmento de Sif no tardó en estar acomodado en la memoria flash de uno de los grupos de procesadores del interior de su centro de datos. El fragmento descubrió que Mack había abierto un circuito al proyector holográfico del centro, y el avatar de Sif resplandeció allí… Una espiral de fotones que iluminó la, por otra parte, negrísima habitación.

«¡¿Qué estás haciendo?!», chillaron sus algoritmos.

«Lo que pensé que necesitaba hacer», replicó su núcleo.

Para aplacar su código de conducta, hizo un ping a su fragmento y mostró que seguía en perfecta sincronía con el núcleo. Tenía el control, y si cualquier cosa iba mal, se limitaría a deshacerse del fragmento.

—Tómate tu tiempo —dijo Sif. Su voz resonó por los altavoces de la base del proyector.

El cluster que contenía su fragmento tenía acceso al termostato del centro. La IA sabía que la habitación estaba fría, así que envolvió los hombros desnudos de su avatar con un poncho carmesí, que complementaba el vestido naranja y amarillo. Llevaba recogido el pelo dorado en un moño hecho a toda prisa, pero había dejado que unos pocos pelos cayeran sobre la frente en un esfuerzo por ocultar las líneas de preocupación que sus algoritmos insistían que mostrase.

Como todo lo demás respecto a su avatar, los ojos y las orejas eran sólo de adorno. Pero mientras se encendían fluorescentes por encima del proyector, Sif aprovechó las cámaras y micrófonos del centro, y los usó para animar adecuadamente el rostro del avatar mientras inspeccionaba el entorno.

Había imaginado que el centro de datos de Mack estaría completamente desordenado, teniendo en cuenta el sudor y la mugre que aparecía en su propio avatar. Pero con gran sorpresa por su parte, el centro de datos estaba organizado a la perfección. Los circuitos al descubierto estaban atados pulcramente unos con otros, y las matrices apiladas cuidadosamente en sus rejillas. «A lo mejor ayudó que el centro fuera tan pequeño —pensó Sif—, más un armario que una habitación. ¿O a lo mejor su personal de mantenimiento era más concienzudo?» Pero al concentrarse en las cámaras del centro, la IA, vio una capa de polvo sobre cables y bastidores, y supo que nadie, ni siquiera un equipo de técnicos, había estado en el centro de datos de Mack desde hacía muchísimo tiempo.

Haciendo retroceder las cámaras, vio que el techo estaba apuntalado con vigas de titanio y que el suelo lo cubrían paneles de caucho. Le produjo una impresión extraña, una sensación de que había visto aquella clase de habitación antes…

<\ Tengo que acabar con unas cuantas cosas más.

<\ ¿Te importa empezar sin mí? \>

Mack abrió un circuito a un grupo de procesadores que conducía a su núcleo lógico. Mientras salía disparado al frente, el fragmento de Sif vislumbró brevemente otros grupos activos… y registró sus tareas. A pesar de que era consciente de las distintas responsabilidades de Mack, otra cosa muy distinta era verlo mientras llevaba a cabo su trabajo desde un punto de vista tan íntimo. La IA de operaciones agrícolas trabajaba por todo Harvest, y Sif no tardó en adquirir un nuevo respeto por el mucho trabajo que podía implicar aquel puesto.

La amplia mayoría de los clusters de Mack estaban efectuando pings constantemente a los cientos de miles de JOTUN, dando órdenes y buscando averías. En un grupo de tres clusters de coprocesamiento, estaba ocupado en la supervisión de todos los contenedores de carga del sistema maglev, verificando la alineación de las paletas propulsoras y, al mismo tiempo, llevaba a cabo pruebas de resistencia en las propias líneas de ferrocarril, para comprobar en cuánto podían superar su capacidad y a qué velocidades.

Sif sabía que vigilar de cerca los JOTUN era una tarea diaria ininterrumpida, pero le produjo una cierta perplejidad la evaluación de la infraestructura. La CA sólo requería comprobaciones anuales de sistemas fundamentales, y sabía que Mack había entregado un informe unos pocos meses atrás (porque ella había tenido que darle la lata para que lo hiciera). Entonces su fragmento vio cosas que carecían del menor sentido.

Uno de los clusters de Mack supervisaba un equipo de JOTUN que enterraban el impulsor de masa de Harvest. Algunas de las cosechadoras de Mack habían segado los campos de trigo alrededor del aparato, y un grupo de máquinas de arar hacían todo lo posible por empujar tierra sobre la hilera de enormes imanes circulares del impulsor, por hacer que parecieran ondulaciones naturales en el terreno segado.

Por un momento, Sif se preguntó si el insólito entierro era el «aprieto» con el que Mack necesitaba ayuda. Pero entonces su fragmento llegó al cluster más cercano al núcleo de la IA.

Aquí los procesadores estaban dedicados a circuitos de control en los anclajes de los siete montacargas de la Tiara: ordenadores sencillos cuyo trabajo era transferir manifiestos (registros de lo que transportaba cada contenedor de carga y lo que pesaba) de las matrices de Mack a las de ella. Antes de que los contenedores pudieran transferirse de sus vías de ferrocarril a los ramales de Sif, ésta tenía que verificar los manifiestos, y sólo cuando estaba segura de que los montacargas podían sostener en equilibrio las cargas daba permiso a Mack para enviar los contenedores.

Aquellas interacciones sucedían miles de veces al día, y aun cuando eso daba a Mack sobradas oportunidades para flirtear, jamás había hecho nada que la hiciera lamentar la existencia de la que era la más fundamental de sus conexiones. Los manifiestos eran siempre claros y concisos, el cálculo del peso exacto al kilo. Y si bien las normas del DCS obligaban a Sif a volver a comprobar el trabajo de Mack, en lo referente a aquello había acabado por confiar en él implícitamente.

Sif indicó a su fragmento que efectuara un ping sobre los circuitos de control de los anclajes. Pero cuando los datos llegaron a ella, no vio nada que mostrara evidencias de ir mal.

—¿Quieres darme una pista? —preguntó su avatar—. Los ordenadores parecen…

<\ Oh, los ordenadores funcionan a la perfección...

La voz de Mack crepitó por los pocas veces usados altavoces del centro de datos.

—Lo que me pregunto es: ¿qué sucedería si los apagáramos?

Por lo general, el comportamiento estrafalario de la IA hacía que la temperatura del núcleo de Sif subiera. Pero en esta ocasión el núcleo se quedó helado, y Sif tuvo que purgar un poco del refrigerante criogénico de su nanoensamblaje para mantener la temperatura dentro de límites aceptables.

—Eso dispararía automáticamente una cancelación de automatismo que detendría todo paso de tus contenedores a mis ramales. —Sif se arrebujó más en el poncho—. Pero ¿por qué —prosiguió, la voz tan fría como su núcleo— querríamos hacer eso?

De improviso, el proyector holográfico del centro de datos chisporroteó y el avatar de Mack apareció ante el suyo; a tan poca distancia (informaron los algoritmos a Sif) que la mayoría de los humanos considerarían su proximidad como una incómoda invasión del espacio personal. Pero Sif no cedió terreno, sabiendo que Mack tenía poca elección; el proyector no estaba construido para dos.

—Para obtener velocidad —dijo Mack.

Como de costumbre, llevaba unos vaqueros cubiertos de polvo y una camisa de faena descolorida por el sol remangada hasta los codos. Pero sostenía el sombrero entre las manos, una pose que hacía que su sonrisa, por lo general deslumbrante, pareciera del todo avergonzada.

—Quiero mostrarte algo. Bueno, dos cosas en realidad. —Sif abrió la boca para hablar, pero Mack la atajó con un contrito encogimiento de hombros—. Pregunta. Pero te garantizo que vas a tener muchísimas más preguntas en un instante. —Sif alzó la barbilla y dedicó a Mack un seco movimiento afirmativo.

Entonces él abrió el cluster de matrices conectadas.

Durante casi diez segundos, el núcleo de Sif no hizo otra cosa que contemplar boquiabierto el aluvión de datos que el fragmento de ésta enviaba a toda velocidad maser arriba: escáneres ARGUS del navío extraterrestre tomados a poca distancia; grabaciones de charlas por radio entre los sargentos mayores Johnson y Byrne durante un tiroteo dentro del *Bulk Discount*, los partes sobre la misión de los dos marines en los que hablaban en detalle sobre la biología de los alienígenas que habían matado; una copia de la solicitud de Al-Cygni a sus superiores de la ONI en el FLEETCOM para que enviaran refuerzos en previsión de adicionales contactos hostiles.

Byte a *byte*, Sif respondió a todas sus propias preguntas. Pero mientras sus algoritmos concedían a su núcleo lógico un momento de satisfacción, éste no tardó en imponer una firme sospecha.

—¿Cómo obtuviste acceso a esta información?

—Bueno, eso sería la cosa número dos. —Mack se puso el sombrero, se quitó uno de los guantes de trabajo de cuero manchados de grasa, y extendió la mano—. Pero para eso vas a tener que entrar del todo.

Sif clavó la mirada en la palma agrietada y encallecida de Mack. Lo que él sugería, sencillamente no se hacía. Filtraciones de memoria, corrupción de códigos; había un millón de buenas razones por las que una IA jamás accedía al núcleo lógico de otra.

—No te preocupes —dijo Mack—. Es seguro.

—No —replicó ella, categórica.

—«Así, ¡oh, conciencia!, de todos nosotros haces unos cobardes». —Mack sonrió; era una frase de *Hamlet*… una llamada a la acción—. Harvest tiene un montón de problemas —continuó la IA—. Tengo un plan. Pero voy a necesitar tu ayuda.

El código de Sif, en alerta ya, chilló a su lógica que abandonara el fragmento. Casi sin pensar, Sif alargó la mano y tomó la de Mack.

Los bordes de los dos avatares se desdibujaron y alteraron mientras el ya sobrecargado proyector calculaba la física adecuada para el contacto entre ambos. Motas brillantes de luz pulsaron alrededor de ambos, como un enjambre de libélulas. A medida que el proyector se estabilizaba, el procesador de Mack empujó con suavidad el fragmento de Sif al interior de su núcleo.

«O más bien, al interior de uno de los núcleos de Mack», pensó Sif. Pues en aquel momento vio que el nanoensamblaje de su colega contenía dos matrices: dos pedazos de núcleo lógico, separados el uno del otro pero ambos conectados al *hardware* circundante del centro de datos. Uno estaba activo, irradiando calor. El otro estaba oscuro, y muy frío.

—¿Quién eres? —musitó Sif, los ojos azules muy abiertos clavados en los de color gris de Mack.

—¿Justo ahora? El mismo tipo que he sido siempre —Mack sonrió—. La auténtica pregunta es: ¿quién estoy a punto de ser?

A toda prisa, Sif dio un nervioso paso atrás. Su avatar titiló mientras el *hardware* luchaba por mantenerla enfocada. Ahora sí que su núcleo lógico intentó extraer su fragmento, pero Mack había alzado un cortafuegos, encerrándola dentro de su núcleo.

—¡Suéltame! —exigió ella, la voz temblando de miedo.

—¡Quieta, cariño! —Mack alzó una mano en un gesto tranquilizador—. Vamos. Piensa. Me conoces. —Con la mano hizo un gesto que abarcó todo el centro de datos.

Los ojos de Sif se movieron a un lado y a otro: vigas de titanio, revestimiento de caucho en el suelo, más un armario que una habitación. A toda prisa, volvió a escanear la base de datos del DCS que había utilizado para analizar el diseño del navío extraterrestre, y halló su respuesta: el centro de datos de Mack le resultaba familiar

porque era el armario del circuito electrónico de un antiguo navío colonial del UNSC.

—Eres la IA… de una nave.

—Lo fui —dijo Mack—, hace mucho tiempo.

—*Skidbladnir*. Clase Fénix. —El fragmento de Sif articuló las palabras que le brindaron sus matrices—. Trajo al primer grupo de colonos a Harvest.

Mack asintió y soltó la mano de Sif.

—La mantuve en órbita durante más de un año mientras supervisaba la construcción de toda la infraestructura básica. Luego la bajamos y la desguazamos para obtener piezas de recambio. Los motores nos vinieron muy bien. —Mack señaló el suelo con un dedo, indicando el reactor situado bajo el centro de datos—. La CA dijo que no podrían ocuparse de la energía de la colonia cuando la población creciera más, no mientras aún siguiéramos dependiendo de un impulsor de masa para elevar…

—Mientes —le espetó Sif, y leyó literalmente de la base de datos del DCS—. La *Skidbladnir* estaba capitaneada con la ayuda de una inteligencia artificial: Loki.

Mack suspiró.

—Es por esto que quería que los vieses… los dos núcleos. —Se quitó el sombrero y se pasó una mano por el pelo rebelde—. Soy Loki, y él es yo. Sólo que no al mismo tiempo. No en el mismo lugar.

Para apaciguar sus algoritmos, Sif cruzó los brazos sobre el pecho y ladeó con escepticismo la cabeza. Pero en su fuero interno quería con desesperación que Mack continuara… que la ayudara a comprender.

—La ONI llama a Loki una Inteligencia de Seguridad Planetaria, PSI para abreviar.

Sif no había oído nunca hablar de aquella clasificación.

—¿Qué hace él?

—Aguarda a que llegue el momento en que se lo necesite de verdad; el momento en que haga falta una mente despejada, no una repleta de ciclos de cosechas y análisis de tierra. —Calló un momento—. Y tú.

El fragmento de Sif percibió cómo el cortafuegos desaparecía. Era libre de irse. Pero decidió permanecer donde estaba.

—Los alienígenas regresarán —dijo Mack—. Quiero estar preparado. El quiere estar preparado. Y cuando Loki tome el control, yo tendré que marchar.

A decir verdad, datos asincrónicos habían empezado a fluir alrededor del fragmento de Sif en dirección al nanoensamblaje vacío; programas de tamaños aleatorios procedentes de clusters que supervisaban los JOTUN de Harvest. El fragmento de la IA era como un nadador a la deriva, con los pies aleteando sobre las escamas resbaladizas de monstruos desconocidos salidos de las profundidades.

—A la señora Al-Cygni no parecía entusiasmarle demasiado que te hablara de Loki. Sólo quería que efectuase el intercambio. Se supone que nadie tiene que conocer la existencia de una PSI, ni siquiera el gobernador de un planeta. Y no quería

arriesgarse a que Thune lo supiera; dijo que no quería que se enojara y tuviera otro motivo para no cooperar. —Mack sostenía ahora el sombrero por el ala y le daba vueltas entre los dedos—. Pero le dije que no iba a ir a ninguna parte hasta que tú supieras la verdad.

Sif dio un paso al frente y, posando las manos sobre las de Mack, detuvo el nervioso jugueteo. En realidad no podía percibir la aspereza de su piel, pero accedió a los recuerdos de sentidos de su creador alojados en lo más profundo de su núcleo, y halló mucho con lo que alimentar su fantasía. Sus algoritmos se enfurecieron, y los desconectó del todo. «¿Si esto es descontrol —pensó—, de qué tenía yo tanto miedo?»

—¿Cómo puedo ayudar? —preguntó—. ¿Qué necesitas?

Las arrugas del rostro de Mack se tensaron, muy tirantes entre extremos de júbilo y pesar. Tomó una de las manos de Sif y se la llevó al pecho. Un pedazo de información se transfirió al fragmento: un archivo que contenía varias coordenadas en el sistema Epsilon Indi adonde Mack quería que enviase los cientos de módulos de propulsión que en la actualidad permanecían estacionados alrededor de la Tiara.

—No puedo hablar por mi otra mitad. —Mack sonrió, oprimiendo con fuerza la mano de Sif—. Pero ¿esto? Esto es todo lo que yo necesito.

12

SECCIÓN MISIONAL MENOR DEL COVENANT

Dadab había apagado todos los sistemas de la cápsula de salvamento que no fueran fundamentales para conservar energía. Eso incluía las luces, pero podía ver con claridad a *Más Ligero Que Algunos* descansando contra el techo. El Huragok resplandecía con una tenue luz rosa, no de un modo muy distinto a las medusas zap que llenaban los mares salobres del mundo del que procedía el Unggoy. Pero ahí era donde terminaba la similitud; *Más Ligero Que Algunos* tenía un aspecto lastimero, no de depredador. Tenía los sacos de gas de la espalda casi deshinchados por completo, y el órgano multicompartimentado que oscilaba en la parte final de la columna parecía insólitamente largo y marchito…, estirado como un globo desinflado.

Los tentáculos cubiertos de cilios de la criatura apenas se movieron cuando sugirió:

«Prueba».

Dadab se apartó la máscara de la cara con un tirón que emitió un chasquido blando. Inhaló con cautela. La cápsula estaba repleta de metano frío y viscoso que se le pegó a la parte posterior de la garganta… y se escurrió laringe abajo hasta los pulmones.

«Bueno», indicó por señas, conteniendo el impulso de toser. Sujetó la máscara al arnés del hombro para que no saliera flotando en la gravedad cero de la cápsula; pero también para mantenerla a mano en caso de que necesitara una calada suplementaria de su tanque.

Más Ligero Que Algunos tembló, un ademán que era a partes iguales alivio y agotamiento. A pesar de los muchos ajustes efectuados, el Huragok había sido incapaz de persuadir al sistema de soporte vital de la cápsula para que generara el metano que Dadab necesitaba para sobrevivir. Mientras que a *Más Ligero Que Algunos* lo había desconcertado lo que consideraba una limitación absurda del *hardware*, para Dadab aquello tenía un sentido macabro: en caso de evacuación, la capitana Kig-Yar había planeado dejar a su Diácono Unggoy atrás.

Así pues, con uno de los tanques agotado y el segundo medio vacío, sólo quedaba una solución: *Más Ligero Que Algunos* tendría que producir metano él mismo.

«¡El mejor lote hasta el momento!», indicó Dadab por señas para animarle. El

Huragok no respondió. En su lugar agarró una bolsa de comida que pasaba flotando, se la metió en el hocico y empezó a comer.

Dadab contempló cómo el espeso sedimento marrón ascendía veloz por el morro y descendía por la columna en apretados nodos peristálticos. El estómago con aspecto de gusano del Huragok se hinchó, retorciendo y pellizcando el resto de tripas. Justo cuando Dadab pensaba que era imposible que *Más Ligero Que Algunos* pudiera comer nada más, éste retiró el hocico de la bolsa, totalmente vacía, eructó y se quedó dormido de inmediato.

Los Huragoks no eran quisquillosos a la hora de comer. Para ellos, cualquier sustancia adecuadamente hecha puré era apta para ser ingerida. Sus estómagos transferían el material más desagradable —lo que otras especies considerarían basura, o algo peor— a los sacos anaerobios que colgaban de la parte baja de su columna vertebral; eran sacos repletos de bacterias que convertían material orgánico en energía, despidiendo metano y cantidades mínimas de ácido sulfhídrico.

Por lo general, los Huragoks sólo recurrían a la digestión anaerobia como un último recurso. El metano era un gas pesado relacionado con el helio que llenaba un buen número de sus sacos dorsales, e incluso cambios menores en el peso podían causar cambios peligrosos en su flotabilidad. Además, desde un punto de vista de confort, lo que sucedía era que a los Huragoks no les gustaba la sensación de una bolsa llena de bacterias oscilando entre su pareja de tentáculos inferiores. Sobrecargaba las extremidades y les disminuía la movilidad, lo que hacía más difícil el hablar.

Por desgracia, la cantidad de metano que Dadab requería excedía en mucho lo que cualquier Huragok podía producir sin correr riesgos. La criatura tenía que succionar cantidades ingentes de comida para mantener el proceso bacteriano en marcha, lo que lo volvía muy pesado. Y para crear dosis lo bastante grandes, tenía que obligar a su saco anaerobio a inflarse, haciendo más delgadas las paredes. En resumidas cuentas, mantener con vida a Dadab era un proceso debilitador y doloroso que habría sido del todo imposible en cualquier situación que no fuese de gravedad cero. De haber habido gravedad dentro de la cápsula, *Más Ligero Que Algunos* no habría tardado en desplomarse contra el suelo.

Consciente del padecimiento de su compañero, Dadab sintió una culpabilidad tremenda mientras contemplaba filtrarse el sedimento desde el estómago de *Más Ligero Que Algunos* al interior del saco anaerobio. Poco a poco las arrugadas membranas empezaron a hincharse, volviéndose de un amarillo desvaído a medida que las floraciones de bacterias del interior empezaban a trabajar en otra dosis.

Mucho más tarde, cuando el ciclo hubo finalizado, el saco había triplicado su tamaño, convirtiéndose en la mayor protuberancia del Huragok. *Más Ligero Que Algunos* se estremeció, y Dadab le agarró dos de los tentáculos… y se apuntaló contra la pared curva de la cápsula mientras el saco anaerobio abría su válvula. El Huragok revoloteó a la vez que liberaba una reluciente columna de metano. Cuando el saco

quedó vacío, la agrietada válvula se cerró con un chillido lastimero. Dadab empujó con delicadeza a su compañero de vuelta hacia el techo (donde sería menos probable que chocara contra él) y soltó las temblorosas extremidades. , *Más Ligero Que Algunos* había llevado a cabo ya docenas de aquellas exhalaciones, cada una más difícil que la anterior. La criatura carecía ya de la energía para monitorizar la presión de sus otros sacos. Pronto —gravedad cero o no— perdería su turgencia esencial, se derrumbaría sobre sí mismo y se asfixiaría. Después de eso, Dadab sabía que su propia vida dependería de durante cuánto tiempo podría efectuar inhalaciones cortas y someras. Pero en realidad le asustaba mucho más lo que sucedería si vivía.

Con pesar, echó una ojeada a las tres cajas alienígenas que su compañero había llevado a la cápsula. Flotando en la oscuridad, sus circuitos entrelazados lanzaban destellos a la tenue luz del Huragok.

Conectar circuitos inteligentes estaba prohibido: era uno de los mayores pecados del Covenant. El Diácono sólo poseía la comprensión de un seglar de por qué era así, pero sabía que el tabú tenía sus raíces en la larga guerra de los Forerunners contra un parásito prodigioso conocido como el Flood. En aquella guerra, los Forerunners habían distribuido inteligencias para contener y combatir a su enemigo. Pero de algún modo su estrategia había fracasado. El Flood había contaminado algunas de aquellas mentes artificiales y las había vuelto contra sus creadores.

Tal y como Dadab comprendía las relevantes Sagradas Escrituras, el Flood había perecido en un último suceso catastrófico. Los Forerunners activaron su arma suprema: siete artefactos míticos en forma de aro conocidos conjuntamente como Halo. Los Profetas predicaban que Halo no tan sólo había destruido el Flood, sino, de algún modo, iniciado el Gran Viaje de los Forerunners.

En los últimos tiempos, los Profetas habían empezado a quitar importancia al mito, promoviendo un enfoque más comedido a la adivinación que fomentaba la menor acumulación gradual de reliquias. Pero violar tabúes de los Forerunners seguía siendo un pecado, y una de las grandes cargas del diaconato de Dadab era el pleno conocimiento del castigo para cada transgresión. Para el pecado de la denominada «asociación de inteligencias»: la muerte en esta vida y la condenación en la otra. Pero Dadab también sabía que conectar las cajas alienígenas era esencial si querían tener alguna esperanza de ser rescatados.

La cápsula Kig-Yar carecía de una baliza de señales de largo alcance, lo que no habría tenido mayor relevancia en territorio Covenant, donde las naves usaban los escáneres con regularidad en busca de náufragos. Pero allí fuera, en mitad de ninguna parte, un salvador sólo sabría buscar dos lugares: el punto de contacto del *Minor Transgression* con el primer navío alienígena, y las coordenadas en las que Dadab había vuelto a poner en marcha el Luminar; los últimos dos lugares desde los que la nave Kig-Yar había efectuado transmisiones.

Teniendo en cuenta que era muy probable que el último no tardara en estar plagado de más de los violentos alienígenas, retroceder era la elección más prudente.

Pero la cápsula no tenía ningún registro de los viajes del *Minor Transgression*, necesitaría información de las cajas alienígenas. Antes de pasar esa información, el Huragok había querido que las cajas «llegaran a un acuerdo» sobre las coordenadas adecuadas. La cápsula sólo tenía combustible suficiente para un salto más, e incluso Dadab había estado de acuerdo en que necesitaban hacerlo bien.

Con el primer tanque de metano menguando, el Diácono había observado con aterrada resignación mientras el Huragok exploraba los interiores de las cajas con los tentáculos, persuadiendo a sus circuitos para que se unieran…, comprendiendo poco a poco más de su sencillo lenguaje binario y pasando luego la información relevante a la cápsula.

Al final, los pecaminosos esfuerzos de *Más Ligero Que Algunos* habían tenido su compensación. La cápsula abandonó su salto justo en mitad de una esfera de escombros en expansión que una veloz exploración con el sensor identificó de forma fehaciente como los restos del primer navío alienígena. Por un momento, a Dadab se le levantó el ánimo. No obstante su retahíla de transgresiones —conspiración para dar falso testimonio, cómplice de la destrucción de propiedad del ministerio, amotinamiento—, ¿no podrían quizá los Profetas ser clementes con él? Al final había hecho lo correcto: sacar a la luz la traición de Chur'R-Yar y transmitir la localización del relicario. Tenía la esperanza de que eso contara de algún modo.

Pero entonces llegó la revelación de que el sistema de soporte vital de la cápsula tenía un grave defecto. Y tras muchos ciclos sin ninguna señal de rescate, Dadab se había sumido en una profunda depresión. «Moriré —gimió para sí, flotando en un revoltijo de bolsas de comida arrugadas y su propia porquería cuidadosamente envasada—, ¡sin siquiera haber tenido una oportunidad de suplicar a los Profetas que me perdonaran!»

El Diácono se había permitido autocompadecerse de aquel modo durante bastante tiempo, hasta que el estrés de la producción de metano de *Más Ligero Que Algunos* resultó demasiado difícil de ignorar. Y en aquel momento la autocompasión de Dadab dio paso a algo menos censurable: vergüenza. Pues si bien él podría enfrentarse a castigos terribles en el futuro, el Huragok sufría lo indecible en aquellos momentos… y exclusivamente para ayudar al Diácono.

Dadab tomó una profunda bocanada de metano y la retuvo; dejó que el frío del desinteresado esfuerzo de su amigo le penetrara profundamente en el pecho. Se volvió hacia el panel de control de la cápsula, apartó a un lado las cajas alienígenas, y golpeó el interruptor holográfico que devolvería la energía al limitado equipo sensor del vehículo. «Los dos sobreviviremos a esto —juró para sí escuchando el chirrido de los agotados sacos del Huragok—. Y a lo que sea que suceda después».

Tan cansado de dormir como de cualquiera de las escasas distracciones de la cápsula, Dadab mantuvo su puesto ante el panel, supervisando los sensores en busca de cualquier indicio de que se aproximara una nave. Intentó respirar lo menos posible, y sólo interrumpió la vigilancia para ayudar al Huragok a alimentarse.

Transcurrieron muchos más ciclos. Todo ese tiempo, las cajas alienígenas tararearon sus blasfemias mezquinas, y los sacos de *Más Ligero Que Algunos* se hincharon y encogieron hasta que —sin advertencia previa— la cápsula detectó una señal de salto a poca distancia y Dadab se permitió por fin el lujo de sentir alivio.

—Navío náufrago, aquí el crucero *Rapid Conversión*. —El saludo retumbó por toda la cápsula.

Más Ligero Que Algunos emitió un silbido de dolor mientras Dadab buscaba torpemente el interruptor que reduciría el volumen de la transmisión.

—Respondan si pueden —continuó la voz a un nivel más razonable.

—¡Estamos vivos, *Rapid Conversion*\ —respondió Dadab, con la voz quebrándose por falta de uso—. ¡Pero nuestra situación es angustiosa!

Durante los últimos ciclos el apetito del Huragok había decaído. El saco anaerobio producía ya tan sólo una fracción de su capacidad anterior, y muchos de los sacos dorsales de su compañero se habían cerrado por completo a medida que las membranas se secaban y plegaban sobre sí mismas.

—Se lo suplico —jadeó Dadab, que alargó la mano y tomó una calada entrecortada del casi vacío segundo tanque—. ¡Por favor, dense prisa!

—Mantenga la calma —gruñó la voz—. Pronto los traerán a bordo.

Dadab hizo todo lo posible por obedecer. Inhaló el cada vez más escaso metano de la cápsula con veloces tragos superficiales, recurriendo sólo a la máscara cuando el ardor de sus pulmones resultaba insoportable. Pero en algún momento debió de abstenerse durante demasiado tiempo porque su mundo se oscureció y se desplomó. Cuando despertó, estaba tumbado sobre el vientre en el suelo, y pudo oír el siseo de metano fresco manando al interior de la cápsula.

Las fosas nasales de Dadab se ensancharon. El gas tenía un sabor amargo, pero pensó que jamás había saboreado nada más delicioso. Con un gruñido satisfecho, giró el cuello para mirar arriba, a *Más Ligero Que Algunos…* y quedó anonadado al ver a la criatura desplomada en el suelo junto a él.

Estaban dentro del crucero, comprendió, ¡y su gravedad artificial había penetrado en la cápsula!

De improviso, sonaron unos arañazos furtivos en la escotilla. Algo intentaba abrirse paso al interior.

—¡Paren! —chilló Dadab.

Se puso en pie de un salto, pero las piernas se doblaron al instante bajo él. Los músculos estaban atrofiados al haber estado flotando en gravedad cero, y el Diácono se vio obligado a reptar por el suelo hasta el panel de control.

—¡No abran la escotilla! —gritó, dando un manotazo al interruptor que activaba el campo de estasis de la cápsula.

Al instante, el aire chisporroteó y se espesó. Un poco demasiado tarde comprendió que el interruptor podía hacer más cosas.

Los cohetes propulsores de la cápsula se encendieron con un rugido

ensordecedor, y el vehículo brincó al frente con un chirrido de metal contra metal, luego se detuvo con un monumental estrépito. El morro de la cápsula se abolló hacia el interior, aplastando las tres cajas alienígenas contra el panel de control.

Refrenado por el campo de energía, Dadab no sintió los efectos de la aceleración ni del impacto. Pero sí notó un dolor abrasador en el brazo izquierdo. Las cajas habían estallado, y si bien el campo había detenido en seguida la metralla, un fragmento afilado dispuso de la velocidad suficiente para cortar a Dadab en su recorrido, hendiendo la endurecida piel justo por debajo del hombro. Sin hacer caso del dolor, Dadab agarró los tentáculos del Huragok y alzó a la criatura del suelo. Su piel, por lo general pegajosa, tenía un tacto seco. El Diácono supo que no era una buena señal.

Con toda la rapidez que consideró segura, manejó los tentáculos de *Más Ligero Que Algunos* hasta que éste estuvo en una postura natural; el hocico alzado, el saco anaerobio colgando por debajo. Suspendido en el campo, los sacos menos dañados de la criatura empezaron a inflarse. Pero Dadab sabía que haría falta tiempo antes de que su amigo estuviese preparado para flotar sin ayuda. Alargó la mano a toda prisa hacia el panel de control y golpeó un interruptor para bloquear la escotilla.

El sonido de fuertes pisadas anunció la llegada de algo enorme en el exterior de la cápsula.

—Por los Profetas —tronó una voz—, ¿Estáis locos?

—No tuve elección —replicó Dadab.

La escotilla traqueteó, zarandeando todo el vehículo.

—¡Salid ahora mismo! —retumbó la voz.

Dadab la reconoció como la misma que había transmitido el saludo inicial, y supo que no era Kig-Yar, ni Unggoy, ni Sangheili… y desde luego no la de un San'Shyuum. Eso dejaba una única posibilidad.

—No lo haré. —La voz de Dadab tembló mientras pensaba en quién debía de ser el propietario del orgullo que podría estar ofendiendo—. Mi Huragok ha perdido el equilibrio. Lo siento, pero tendrás que esperar.

Si Maccabeus hubiera estado en el puente del crucero, habría tenido conocimiento al instante del accidente en el hangar. Pero allí, dentro de la sala de los festines del *Rapid Conversion*, el caudillo Jiralhanae había prohibido toda comunicación. La manada de Maccabeus estaba a punto de alimentarse, y aquello no podía tolerar ninguna interrupción.

Dado que los Jiralhanaes elegían a sus líderes antes que nada por sus habilidades físicas, no era ninguna sorpresa que Maccabeus fuera el señor del crucero. De pie sobre dos piernas gruesas como troncos, el caudillo era todo un gigante: una cabeza más alto que cualquier Sangheili, y mucho más grande. Una musculatura nervuda ondulaba bajo la piel elefantina, y mechones de pelo plateado brotaban de los agujeros para brazos y cabeza del tabardo de cuero. Estaba calvo, pero la amplia mandíbula mostraba unas patillas enormes y erizadas.

No obstante el feroz aspecto musculoso, el caudillo mostraba un porte extraño. Con los pies plantados **como** si fuera a embestir violentamente, estaba de pie en el centro de la sala de los festines con ambos brazos extendidos atrás; una postura que sugería que estaba a punto de realizar un poderoso salto. Pero una única línea de sudor goteando de la punta de la amplia nariz dejaba claro que Maccabeus había mantenido la precaria posición durante bastante tiempo. Y sin embargo, apenas movía un músculo.

Los otros ocho machos que componían la manada del caudillo no estaban tan relajados en absoluto. Dispuestos en semicírculo detrás de Maccabeus, todos mantenían la misma postura, pero sus pellejos canela y marrón estaban empapados de sudor. Todos habían comenzado a temblar, y unos pocos estaban sin lugar a dudas tan incómodos que habían empezado a cambiar la posición de los pies sobre el suelo de pizarra de la sala.

Para ser justos, la manada estaba desesperadamente cansada y hambrienta. Maccabeus los había tenido a todos en sus puestos mucho antes del regreso de la *Rapid Conversion* al espacio normal. Y aunque una serie de exploraciones no habían encontrado nada salvo una cápsula de salvamento Kig-Yar, el caudillo los había mantenido en alerta máxima hasta que tuvo la seguridad de que, por lo demás, el crucero estaba solo.

Tal cautela era insólita en un Jiralhanae. Pero la autoridad del caudillo sobre su manada estaba basada en rígidas reglas de dominio. Y del mismo modo había jurado seguir las órdenes de su propio macho alfa, el viceministro de la Tranquilidad, quien había insistido en que Maccabeus actuara con toda la circunspección posible.

Cuando el Covenant descubrió a los Jiralhanaes, éstos habían concluido hacía poco una guerra mecanizada de desgaste en la que varias manadas superiores se habían machacado unas a otras hasta retroceder a un estado preindustrial. Los Jiralhanaes justo se estaban recuperando —redescubriendo la radio, los cohetes y el potencial para librar guerras con estas tecnologías— cuando los primeros misioneros San'Shyuums aterrizaron en su poco productivo planeta.

Unas gruesas puertas dobles se abrieron de par en par en el extremo opuesto de la sala del que ocupaba Maccabeus. Igual que las vigas entrelazadas que sostenían el techo de la estancia, las puertas eran de acero forjado, surcado de imperfecciones debido a un templado hecho a toda prisa. El metal era un material insólito en un navío del Covenant, incluso uno tan viejo como el *Rapid Conversión*, pero de todas las modificaciones que Maccabeus había efectuado a su nave, donde más esmero había puesto era en la sala de los festines. Había querido que resultara auténtica, hasta las mismísimas lámparas de queroseno en sus soportes con patas en forma de garra, cuyas mechas crepitantes iluminaban la habitación con un veleidoso tono ámbar.

Seis camareros Unggoys cruzaron la puerta tambaleantes, transportando una enorme fuente de madera. La fuente era dos veces más ancha que la altura de cualquiera de los camareros, y su leve concavidad proporcionaba justo el sostén

necesario para la resbaladiza carga que contenía: el cuerpo reluciente de una bestia espina. El dócil animal, que vivía en rebaños, estaba servido boca arriba y con las patas extendidas, y aun cuando los cocineros Unggoys de la nave habían retirado diligentemente la cabeza y el cuello (que contenían altas concentraciones de neurotoxinas), seguía sin quedar apenas espacio suficiente en la bandeja para una selección de salsas; reducciones grasosas de las sabrosas vísceras de la criatura.

El aroma embriagador de la carne perfectamente asada de la bestia espina hizo gruñir los estómagos Jiralhanaes. Pero todos siguieron manteniendo la postura mientras los camareros depositaban a pulso la bandeja sobre dos caballetes de madera manchada de grasa en mitad del mosaico de piedra del suelo. Los Unggoys hicieron una reverencia a Maccabeus y volvieron a salir por donde habían entrado, cerrando las puertas tan silenciosamente como los mal engrasados goznes permitieron.

—Es así como mantenemos nuestra fe. —La voz de Maccabeus retumbó en su pecho—. Cómo honramos a Aquellos Que Recorrieron El Sendero.

En una flota dominada por Sangheilis, era raro que un Jiralhanae poseyera su propia nave, y ya sólo por ese motivo, Maccabeus tenía el respeto de su manada. Pero ellos honraban a su caudillo por un motivo distinto: su inquebrantable fe en la promesa de los Forerunners y su Gran Viaje.

Por fin, Maccabeus balanceó los brazos y movió todo el peso del cuerpo al frente. Avanzó despacio hacia el mosaico: un mándala circular cuyo perímetro estaba dominado por siete anillos multicolores, cada uno de un mineral diferente. En el centro de cada anillo había una versión simplificada de un glifo Forerunner, la clase de diseños básicos que uno podría esperar ver en un manual sobre conceptos religiosos más avanzados.

El caudillo penetró en un anillo de fragmentos de obsidiana.

—Abandono —tronó.

—¡La Primera Era! —rugió con fiereza la manada, con los dientes llenos de saliva —. ¡Ignorancia y miedo!

Maccabeus avanzó en el sentido de las agujas del reloj hasta un segundo anillo de hierro.

—Conflicto —dijo con severidad.

—¡La Segunda Era! ¡Rivalidad y derramamiento de sangre!

Maccabeus había elegido a su manada —evaluando a cada miembro a medida que pasaba de cachorro a adulto— en base a la fuerza de las convicciones de cada uno. Para él era la fe la que hacía al guerrero, no la fuerza, la velocidad o la astucia (aunque su manada poseía todo ello y más), y en momentos como el actual era cuando más satisfecho estaba con su selección.

—Reconciliación —gruñó, ya en el interior de un anillo de jade pulido.

—¡La Tercera! ¡Humildad y fraternidad!

A pesar del hambre cada vez mayor, a la manada no se le ocurriría interrumpir a su caudillo mientras realizaba la Progresión de las Eras, bendecía la carne y daba

gracias por haber concluido el salto sanos y salvos. Jiralhanaes menos disciplinados habrían perdido rápidamente la paciencia y caído encima de la exquisita bestia sin ninguna clase de miramientos.

—Descubrimiento —retumbó el caudillo, deteniéndose en un anillo de geodas.

Las piedras partidas por la mitad se pegaron a sus pies igual que diminutas bocas abiertas.

—¡Cuarta! —respondió la manada—. ¡Asombro y comprensión!

—Conversión.

—¡Quinta! ¡Obediencia y libertad!

—Duda.

—¡Sexta! ¡Fe y paciencia!

Por fin, Maccabeus llegó al último anillo: brillantes escamas de aleación Forerunner donadas generosamente por los San'Shyuums. Para los que creían, las láminas centelleantes de alguna desconocida construcción divina eran lo más valioso del *Rapid Conversion*. Maccabeus tuvo cuidado de no tocarlas al penetrar en el anillo.

—Reclamación —concluyó con voz llena de reverencia.

—¡Séptima! ¡Viaje y salvación! —tronó la manada más alto aún que antes.

«Siete anillos para siete eras —reflexionó el caudillo—. Para ayudarnos a recordar Halo y su luz divina». Como todo Covenant devoto, Maccabeus creía que los Profetas descubrirían algún día los anillos sagrados y los usarían para iniciar el Gran Viaje; para escapar de aquella existencia maldita, tal y como habían hecho antes los Forerunners.

Pero entretanto, su manada comería.

—Alabemos a los Sagrados Profetas —salmodió—. ¡Qué podamos ayudar a mantenerlos a salvo mientras trabajan para hallar el Sendero!

Su manada bajó los brazos y volvieron a acomodar el peso sobre los talones. En aquellos momentos tenían ya los tabardos empapados de un sudor con un olor amargo. Un Jiralhanae balanceó los hombros; otro se rascó un picor exigente…, pero todos aguardaron sin quejarse a que su jefe eligiera la carne de su predilección. Los grandes muslos de la bestia espina, el enorme costillar, o incluso las achaparradas patas delanteras eran las partes preferidas, pero Maccabeus tenía un insólito bocado favorito: la más pequeña de las cinco espinas que formaban la cresta del muy arqueado lomo de la criatura.

Cocinado como era debido (y mientras el caudillo movía la espina adelante y atrás para arrancarla, pudo darse cuenta que lo estaba), el apéndice saldría disparado de la base del cuello de la bestia, llevando con él la base del músculo; una tierna bola de carne en un cono crujiente y grasiento: un aperitivo y un postre. Pero cuando el caudillo acercaba la bola de carne a los labios con impaciencia, notó una vibración en el cinturón. Transfiriendo la espina a la otra mano, Maccabeus activó su transmisor.

—Habla —dijo con aspereza, manteniendo la cólera bajo control.

—Los náufragos están a bordo —rezongó el oficial de seguridad del *Rapid*

Conversion, el número dos de Maccabeus.

—¿Tienen reliquias en su poder?

—No puedo decirlo.

Maccabeus sumergió la espina en un cuenco de salsa del borde de la bandeja.

—¿Los registraste?

—Se niegan a abandonar la cápsula.

De pie tan cerca de la bestia espina, las fosas nasales de Maccabeus quedaron impregnadas de su aroma. Su apetito se había despertado, pero quería saborear su primer bocado sin distracciones.

—Entonces tal vez deberías sacarlos.

—La situación es compleja. —El tono del oficial de seguridad era a la vez contrito y excitado—. Creo, caudillo, que quizá desearías evaluarla por ti mismo.

De haber sido cualquier otro Jiralhanae, Maccabeus habría rugido una reprimenda e iniciado su festín. Pero el oficial era el sobrino del caudillo, y si bien los lazos de sangre no ofrecían ninguna inmunidad a la indisciplina (el caudillo exigía a toda su manada los mismos altos niveles de obediencia), Maccabeus sabía que si su sobrino decía que la situación en el hangar requería su atención, así era. Extrajo la espina del cuenco de salsa y le dio un enorme mordisco. Un tercio de la carne desapareció en su boca. No se molestó en masticar, limitándose a dejar que la carne veteada de grasa resbalara por el gaznate, luego volvió a dejar la espina en la fuente.

—Empezad —dijo, pasando a grandes zancadas entre su famélica manada—. Pero tened cuidado de dejarme mi parte.

Se arrancó el tabardo y lo arrojó a un camarero Unggoy que permanecía de pie junto a un segundo par de puertas de acero enfrente de la cocina. El pasillo situado al otro lado no compartía nada de la artesanía tradicional de la sala de los festines; como los de la mayoría de cualquier otro navío Covenant, todo eran superficies lisas bañadas en suave luz artificial. La única diferencia consistía en que había imperfecciones más obvias: algunas de las tiras emisoras de luz del techo estaban fundidas; las cerraduras holográficas de algunas de las puertas titilaban; cerca del final del pasillo, goteaba refrigerante de un conducto en lo alto que había sido descuidado durante tanto tiempo que el líquido verdoso había bajado por la pared y dejado una capa resbaladiza sobre el suelo.

A continuación, Maccabeus llegó al ascensor gravitacional. No funcionaba, pero lo que es más, jamás había funcionado; por lo menos desde que él había tomado posesión de la nave. El hueco circular del ascensor discurría vertical a través de todas las cubiertas del *Rapid Conversion*, pero los Sangheilis habían quitado los circuitos que controlaban sus generadores antigravedad, igual que habían hecho con los circuitos del cañón de plasma y con una gran cantidad de otros sistemas avanzados.

La razón para aquel desvalijamiento sistemático de tecnología era simple: los Sangheilis no confiaban en los Jiralhanaes.

Como parte del proceso de confirmación de la especie, algunos de los

comandantes Sangheilis habían declarado su firme sospecha ante el Consejo Supremo de que la mentalidad de manada de los Jiralhanaes provocaría invariablemente conflictos entre las dos especies. Los dominantes Jiralhanaes siempre se abrían paso hasta la cima, arguyeron los comandantes, y no creían que ni siquiera la rígida jerarquía del Covenant fuera a ser suficiente para moderar sus impulsos naturales. Hasta que demostraran estar sometidos, había que «alentar con energía» todos aquellos impulsos pacíficos que tuvieran. Era un argumento razonable, y el Consejo Supremo impuso restricciones claras sobre los tipos de tecnología que los Jiralhanaes podían utilizar.

«Y así pues —pensó Maccabeus—, fuimos apartados a un lado debido al orgullo de tener un propósito más elevado». En lugar de presionar un interruptor holográfico para llamar un ascensor (uno de los sustitutos del ascensor gravitacional permisibles), el caudillo se limitó a descender por una escalerilla de mano; una de las cuatro repartidas uniformemente por el hueco.

Al igual que las puertas y vigas de la sala de los festines, la estructura de las peldaños era relativamente tosca. Aunque el frecuente uso había alisado los travesaños, había rebabas a lo largo del pasamanos que indicaban una fabricación apresurada. Existían espacios vacíos en cada cubierta, pero cruzarlos implicaba un sencillo salto en un sentido u otro, según la dirección en que uno viajaba. Para los fornidos Jiralhanaes no era tanto una molestia como un ejercicio.

Maccabeus sabía que los Unggoys, cargados con sus tanques, que en aquellos momentos subían por las escaleras entre jadeos y resoplidos, podrían muy bien discrepar de aquel último punto; pero aquellas criaturas más bajas eran también sumamente ágiles, y cuando el caudillo inició el descenso al hangar, un Unggoy saltó a otra escalerilla y lo dejó pasar. Aquella clase de flexibilidad hacía que las escaleras resultaran más prácticas que un ascensor, que habría limitado el viaje a todo el mundo arriba o todo el mundo abajo. Pero Maccabeus sabía que las escaleras poseían una ventaja más: tendían a mantenerte humilde.

Antes de tomar el control del *Rapid Conversion*, habían obligado al caudillo a mostrarlo a una delegación Sangheili para que pudieran verificar que no había reparado ninguno de los sistemas proscritos. Pero la delegación tenía otro punto en su agenda. Inmediatamente después de que los dos comandantes y sus guardas Helios hubieran subido a bordo, éstos empezaron a enumerar todos los motivos por los que el crucero «ya no era digno de prestar servicio a los Sangheilis». En relación al tamaño del muelle del hangar donde empezó la visita, un comandante recalcó lo pequeño que era el espacio; que sólo podía contener «un puñado de naves» y «sólo aquellas de clase inferior».

A medida que la lista de defectos crecía, Maccabeus había asentido con educación mientras conducía lentamente al grupo hacia el hueco del ascensor. El segundo comandante se había jactado de que los montacargas gravitacionales eran ahora omnipresentes incluso en las naves Sangheilis más pequeñas, y el primero criticó que

sólo en una nave como aquélla —que tendría un mejor uso dedicada a prácticas de tiro— hallaría uno un artefacto tan obsoleto como un ascensor mecánico.

—Por supuesto —había dicho con desdén el comandante Sangheili, pronunciando la siguiente frase de una ensayada crítica—. Dadas las limitaciones de su tripulación, me pregunto cuánto tiempo incluso un sistema tan simple permanecerá operativo.

—Tienen razón, mis señores —había respondido Maccabeus con gran seriedad en la profunda voz—. A decir verdad, el ascensor resultó estar tan fuera de nuestras aptitudes que nos vimos obligados a retirarlo.

Los comandantes Sangheilis habían intercambiado una mirada confundida. Pero antes de que cualquiera de ellos pudiera preguntar en qué modo tenía pensado Maccabeus que inspeccionaran las cubiertas superiores, el caudillo había usado los poderosos brazos para izarse a una escalerilla, dejando a los Sangheilis mirando atónitos a lo alto a través del hueco del ascensor.

A lo largo de su vida, Maccabeus había humillado a muchos enemigos. Pero pocas victorias habían resultado tan satisfactorias como oír a aquellos Sangheilis pomposos subiendo y bajando penosamente por las escaleras. Al contrario que los Jiralhanaes (y todas las demás especies bípedas del Covenant), las rodillas de los Sangheilis se doblaban al frente, no hacia atrás. El inusual tipo de articulación no obstaculizaba sus movimientos en el suelo, pero dificultaba trepar. Cuando finalizaron la inspección, los Sangheilis estaban agotados, mortificados y más que contentos de tener al deteriorado crucero y al astuto bárbaro que era su capitán fuera de su flota.

El agradable recuerdo mantuvo a Maccabeus de un razonable buen humor incluso mientras dejaba atrás de un salto un pasillo con intermitentes símbolos triangulares. Tales símbolos indicaban qué partes de la nave se hallaban en mal estado —en algunos casos de un modo peligroso— y permanecían cerradas por la propia seguridad de la tripulación.

En este sentido, Maccabeus lo sabía, eran los Sangheilis los que reían los últimos. Su tripulación tenía unas habilidades técnicas limitadas. Habían dedicado sus esfuerzos tan sólo a impedir que los limitados sistemas del *Rapid Conversion* se vinieran abajo, y en el pasado, el poderoso navío no era más que el remolcador de reconocimiento del Ministerio de la Tranquilidad que los Sangheilis le permitían ser.

El ánimo del caudillo había decaído cuando por fin llegó al fondo del hueco de ascensor. Pero cuando se columpió al interior del pasillo que conducía a la cámara estanca del hangar, el pesimismo se transformó rápidamente en inquietud. Había muerte en el hangar. Podía olería.

Cuando la puerta giratoria de la cámara estanca se abrió, lo primero que vio el caudillo fue una marca de quemadura que recorría toda la longitud del suelo del hangar. A cada lado de la marca había los caparazones carbonizados de al menos una docena de Yanme'es : grandes insectos inteligentes responsables del mantenimiento del *Rapid Conversion*. Otras aladas criaturas de caparazón duro estaban encaramadas

a los cascos ahorquillados de las cuatro naves de desembarco Spirit. Los luminosos ojos compuestos de los Yanme'es estaban fijos en la causa de la carnicería: una cápsula de salvamento Kig-Yar que había salido disparada a través del hangar.

Los insectos muertos no inmutaron a Maccabeus; más de un centenar de Yanme'es infestaban las cubiertas más cálidas que rodeaban el impulsor de salto del *Rapid Conversion*, y si bien era cierto que no se reproducían sin una reina, su pérdida palidecía comparada con la otra víctima de la cápsula: una de las naves de desembarco Spirit. La cabina baja de la nave había detenido el avance del vehículo, salvando a otro Spirit que tenía al lado. Pero la cápsula había separado la cabina de sus dos alargadas plataformas para la tropa, aplastándola contra la pared opuesta situada a un lado de la salida del titilante campo de energía del hangar.

El Spirit era un siniestro total. Los daños causados por la cápsula estaban mucho más allá de las habilidades de los Yanme'es.

Maccabeus montó en cólera. Unas pocas furiosas zancadas más tarde ya había cruzado el hangar hasta donde estaba su sobrino de pie junto a la abollada cápsula. El Jiralhanae más joven era como un yunque, pesado y fornido, y estaba cubierto de hirsuto pelo negro; desde la cresta recortada de la cabeza a los mechones que tenía sobre los anchos pies de dos dedos. Pero el pelaje mostraba ya salpicaduras del plateado más maduro de su tío. Si había que juzgar sólo por el color, el joven estaba destinado a alcanzar la grandeza.

«Aunque a juzgar por este desastre —masculló Maccabeus para sí—, todavía tiene mucho que aprender».

—Lamento haber perturbado el festín, tío.

—Mi carne seguirá intacta, Tartarus. —El caudillo dirigió una mirada iracunda a su sobrino—. Mi paciencia no. ¿Qué es lo que querías que viera?

Tartarus gritó una orden al décimo y último miembro de la manada de Maccabeus, un monstruo de color pardo de nombre Vorenus que estaba de pie junto a la cápsula. Vorenus alzó un puño y asestó fuertes golpes cortos y secos a la escotilla de la parte superior. Transcurrió un momento, hubo un sonido ahogado de mecanismos neumáticos al descorrerse el pestillo de la escotilla, y a continuación asomó el rostro cubierto por una máscara de un Unggoy.

—¿Está bien tu compañero? —preguntó Tartarus.

—Está mejor —respondió Dadab.

Las patillas del caudillo se erizaron. ¿Detectaba un atisbo de terquedad en la voz del Unggoy? Aquellas criaturas no eran conocidas precisamente por su valor. Pero entonces advirtió que el Unggoy llevaba la túnica naranja de un Diácono. No era un rango elevado, pero sí que señalaba a la criatura como un representante oficial ministerial.

—Entonces sácalo —gruñó Tartarus.

Un Jiralhanae de menor valía habría desgarrado a aquel Unggoy lleno de ínfulas miembro a miembro; pero Maccabeus olió más excitación que cólera en el olor de su

sobrino.

Los Jiralhanaes exhibían sus emociones vía cambios severos en feromonas que despedían olores acres. Y si bien Tartarus aprendería a controlar aquellos cambios a medida que se hiciera mayor, no podía evitar telegrafiar que había algo emocionante dentro de la cápsula. Pero el caudillo no tuvo ni idea de cómo de emocionante hasta que el Diácono, ahora con los pies achaparrados colocados a horcajadas sobre la escotilla, alargó los brazos al interior de la cápsula y alzó con cuidado al Huragok a la vista de todos.

Era un artículo de fe que los Profetas estaban excepcionalmente cualificados para manejar las sagradas reliquias de los Forerunners; que los San'Shyuums, más que cualquier otra especie del Covenant, poseían la inteligencia requerida para crear tecnologías prácticas a partir de los diseños complejos de las reliquias. Pero si bien era blasfemia admitirlo, todo el mundo en el Covenant sabía que los esfuerzos de los Profetas recibían una gran ayuda de los Huragoks. Maccabeus sabía que aquellas criaturas poseían una extraña comprensión de los objetos de los Forerunners. Y podían arreglar casi cualquier cosa que tocaban…

El caudillo soltó una carcajada tan inesperadamente jovial que hizo que los Yanme'es salieran huyendo y desaparecieran en el interior de los conductos al descubierto del hangar. De todas las restricciones de los Sangheilis, no permitir que un Huragok se uniera a la tripulación había sido la más perniciosa. Pero ahora aquí tenía uno. Y aunque sería un delito grave permitir que la criatura arreglara sistemas inhabilitados a propósito, ni siquiera los Sangheilis podrían quejarse si llevaba a cabo reparaciones «necesarias».

—¡Un inicio auspicioso para nuestra caza, Tartarus! —El caudillo palmeó con una zarpa el hombro de su sobrino y le dio una jubilosa sacudida—. ¡Vamos! ¡De vuelta a la bestia mientras todavía tiene carne para que podamos elegir! —Maccabeus se volvió hacia Dadab, que en aquellos momentos entregaba con cuidado el Huragok a Vorenus—. Y si no es así —tronó en el mismo tono cordial—, ¡entonces nuestro nuevo Diácono bendecirá una segunda fuente!

13

HARVEST, 9 FEBRERO 2525

Avery yacía boca abajo, rodeado de trigo en maduración. Los tallos verdes eran tan altos y los granos tan gordos que el sol llameante no había conseguido alcanzar el suelo. La aterronada capa superior de tierra resultaba fresca a través del traje de faena, y Avery había cambiado la acostumbrada gorra reglamentaria por un *boonie*: un sombrero blando de ala ancha con una tira de lona cosida holgadamente alrededor de la copa. A primeras horas del día, había entretejido tallos de trigo en la tira, y aun cuando los tallos estaban ahora doblados y raídos, en tanto que Avery permaneciera pegado al suelo estaba bien camuflado.

Con la bolsa del rifle arrastrando tras él, Avery había gateado casi tres kilómetros desde el Warthog aparcado hasta el complejo del reactor de Harvest. En el trayecto había coronado una elevación larga y baja que la capitana de corbeta Al-Cygni le había dicho que en realidad era el enterrado impulsor de masa. Para mantener el artefacto oculto a los ojos de alienígenas, los JOTUN de Mack habían cubierto la elevación con tepes cuadrados de tierra y trigo vivo extraídos de otros campos.

Teniéndolo todo en cuenta, el lento avance había ocupado a Avery más de dos horas. Pero a él le preocupaba el sigilo, no la velocidad. De hecho, en los últimos diez minutos no se había movido en absoluto; la vista más animada de que disfrutaba era el reflejo del trigo susurrante en las gafas de tirador con cristales dorados.

Estas formaban parte del equipo y armas que la capitana de corbeta había dado a los marines. Como el rifle de combate BR55 que Avery llevaba en la bolsa, las gafas eran un prototipo: un material recién salido de un laboratorio de investigación de la ONI. Reenfocando la mirada, Avery comprobó un enlace COM en la esquina superior del lente izquierdo de las gafas, donde un HUD diminuto confirmó su posición exacta en Harvest, a escasamente quinientos metros al oeste del complejo.

Justo delante, el campo iniciaba una pendiente. Avery sabía que todo lo que tenía que hacer era arrastrarse unos pocos metros más y el trigo empezaría a ser menos espeso. Eso le proporcionaría una buena línea de visión de las defensas de los reclutas y lo colocaría en posición para ejecutar su parte del asalto que había planeado con el sargento mayor Byrne. Pero la cobertura más escasa proporcionaría también a los milicianos la mejor oportunidad que habían tenido en todo el día de descubrir a Avery, y éste planeaba permanecer quieto donde estaba hasta estar seguro de tener ventaja.

Muy despacio, Avery alargó la mano entre las piernas, soltó los cierres de plástico

de la bolsa del rifle, y sacó su BR55. Tras la pelea a bordo del carguero, Avery había pasado gran cantidad de tiempo con el arma en el campo de tiro de la guarnición, evaluando su potencial en comparación con el rifle de asalto reglamentario MA5 de ios reclutas. El BR55 compartía el diseño *bullpup* del MA5 (ranura del cargador y recámara situadas detrás del gatillo), pero estaba provisto de mirilla óptica y disparaba proyectiles de 9,5 milímetros semiperforantes. Técnicamente, el BR55 era un rifle indicado para un tirador. Pero era lo más parecido a una arma de francotirador del arsenal de la capitana de corbeta Al-Cygni, y Avery sabía por su trabajo en el campo de tiro que poseía una precisión letal hasta los novecientos metros, mucho más lejos que el MA5.

Había entregado uno de los otros tres BR55 de Al-Cygni a Jenkins. Byrne se había quedado con uno, y adjudicado el último rifle de combate a un recluta de mediana edad que se estaba quedando calvo llamado Critchley, proporcionando al segundo pelotón su propio tirador. Durante la última sesión en el campo de tiro, Avery había observado como Jenkins y Critchley dejaban grupos de perforaciones perfectamente pegadas unas a otras en blancos situados a quinientos metros. Y esperaba —en perjuicio de sí mismo— que serían igual de precisos en el ejercicio de fuego real que iban a realizar hoy.

«Si al menos fuera tan sencillo como enseñarles a disparar», pensó con el entrecejo fruncido. Sacó un cargador del chaleco antibalas de asalto de nylon negro y lo deslizó en silencio dentro del rifle. Pero ser certero no te convertía en un asesino, que era de lo que trataba el combate: matar al enemigo antes de que él te matase.

Avery estaba seguro de que los alienígenas lo comprendían (tenía la cicatriz para demostrarlo), pero los reclutas no tenían ni idea de cómo era realmente un combate, y eso era algo que Byrne, Ponder y él sabían que tenían que solucionar tan pronto como fuera posible.

El problema era que había demasiadas cosas sobre los alienígenas que los marines no sabían. Y al final acordaron que tendrían que llevar a cabo unas cuantas asunciones básicas —sobre su enemigo y sus hombres— si querían que la milicia opusiera una resistencia efectiva: primero, los alienígenas regresarían con una fuerza mayor y más competente; segundo, el combate sería en tierra y defensivo. Con tiempo suficiente, Avery tenía la esperanza de que se podría entrenar a la milicia para mantener una guerra de guerrillas. Pero la tercera y última asunción era que el tiempo era un lujo del que no disponían. Avery y los demás estuvieron de acuerdo: los alienígenas estarían de vuelta mucho antes de que los milicianos hubieran aprendido nada que no fuera lo esencial sobre el modo de combatir de unidades pequeñas.

Desde luego, el capitán y sus sargentos mayores no contaron a sus reclutas nada de esto. En su lugar siguieron fomentando el engaño de una visita de una delegación de la autoridad colonial y un posible ataque de los Insurrectos. A ninguno le gustaba mentir a sus hombres, pero tranquilizaba sus conciencias el saber que los reclutas necesitarían dominar las mismas habilidades básicas de ocultación, coordinación y

comunicación si querían tener una posibilidad contra el enemigo extraterrestre.

Avery oyó el lejano zumbido de motores eléctricos y echó un vistazo por encima del hombro. Epsilon Indi estaba tan bajo en el cielo en aquellos momentos que incluso con las gafas puestas sólo podía contemplar al astro durante unos pocos segundos antes de cerrarlos en un guiño lloroso. Hizo una mueca de satisfacción. Tal y como había planeado, cualquier recluta que patrullara la alambrada del perímetro oeste del complejo tendría exactamente el mismo problema…, y ninguno de ellos llevaba gafas. Lo que podría haber sido otra ventaja injusta si a Avery y Byrne no los superaran por treinta y seis a uno.

Cuando el zumbido de motores sonó más cerca, Avery se puso en tensión y se preparó para gatear al frente. «Mantened los ojos abiertos. Esperad lo inesperado», había advertido a su pelotón. Por su bien, esperaba que hubiesen prestado atención. Pero si no lo habían hecho…

—Trepador, aquí reptante —susurró en el micro que llevaba en la garganta—. Acribíllalos.

Aprenderían una lección valiosa de todos modos.

* * *

—Huele la mar de bien. —Jenkins colocó la mejilla contra la culata de plástico duro de su BR55 y lanzó a Forsell una mirada de soslayo—. ¿Qué es?

Los reclutas yacían uno junto al otro, de cara al único portón del complejo del reactor: una abertura en la zona occidental de la alambrada de tela metálica de tres metros de altura que rodeaba la instalación.

Forsell dio un mordisco a una barrita energética envuelta en papel de plata.

—Avellanas con miel. —Masticó y tragó sin apartar los ojos de su mira telescópica —. ¿Quieres un poco?

—¿Hay alguna parte por la que no hayas pasado la lengua? —preguntó Jenkins.

—No.

—Estupendo.

Forsell se encogió de hombros a modo de disculpa y se introdujo el resto de la barrita en la boca.

Jenkins sabía que era culpa suya que estuviera hambriento. Había estado tan concentrado en aquel ejercicio de este día que apenas había desayunado en el comedor de la guarnición.

De hecho, había estado tan seguro de que los sargentos mayores atacarían cuando los reclutas tuvieran las cabezas metidas en sus almuerzos, que se había saltado la comida por completo; había dejado que Forsell cogiera lo que quisiera de su comida preparada (MRE). Por desgracia, Forsell lo había cogido todo, y ahora Jenkins no

tenía otra cosa en el estómago que bilis y ansiedad.

Los dos reclutas llevaban cascos que les cubrían las orejas, encajados muy bajos sobre las cejas, pintados para hacer juego con el moteado uniforme de faena caqui. El color les habría sido de gran ayuda en el trigo circundante, pero no era tan útil en su actual posición: el tejado de una torre de polycrete de dos pisos en el centro del complejo que cubría el reactor así como el centro de datos de Mack.

Una alarma aguda tintineó en un altavoz del casco de Jenkins. Bajo la supervisión del capitán Ponder, los reclutas habían instalado rastreadores de movimiento por todo el perímetro, regulando las unidades montadas en postes al máximo de sensibilidad. Si bien esto les proporcionaba cobertura más allá de los mil metros, los rastreadores no hacían más que devolver ecos de fantasmas: enjambres de abejas, bandadas de estorninos… y ahora una escuadrilla de fumigadores JOTUN.

Guiñando los ojos por delante de Forsell, Jenkins contempló cómo un trío de los aviones de morro cónico y alas finas se acercaba al trigo del lado occidental. Los fumigadores habían estado realizando largas pasadas sinuosas todo el día rociando una capa superficial de fungicida. Pero ésta era la vez que pasaban más cerca.

La nube blanca que dejaban tras ellos onduló en dirección al complejo, provocando que los doce reclutas del segundo pelotón de la escuadra Bravo (2/B) que custodiaban la alambrada oeste dieran la espalda a las sustancias químicas que transportaba el aire, se taparan la boca y tosieran. No eran indicaciones de ninguna afectación física real (Jenkins había aplicado cantidad suficiente de los compuestos orgánicos a las cosechas de su propia familia para saber que era del todo seguro respirarlos), sino más bien expresiones de la fatiga y descontento de los reclutas.

—¿Qué hora es? —preguntó Jenkins.

Forsell miró a Epsilon Indi con los ojos entornados.

—Dieciséis treinta. Más o menos.

«Casi la puesta de sol», pensó Jenkins.

—¿Dónde diablos están?

Las reglas del ejercicio eran sencillas: para ganar, cualquiera de los bandos tenía que eliminar a la mitad del otro. Lo que significaba que Johnson y Byrne tendrían que derribar a treinta y seis reclutas mientras que los reclutas sólo tenían que neutralizar a uno de ellos. Con las probabilidades tan en contra de los sargentos mayores, había parecido probable que éstos intentarían atacar pronto, antes de que los reclutas estuvieran bien instalados.

Cuando los dos habían salido por el portón del complejo en su Warthog poco después de las 09.00, los reclutas se habían dividido a toda prisa en pelotones y corrido a asegurar sectores diferentes del complejo.

Junto con el resto de la escuadra Alfa uno (1/A), Jenkins y Forsell habían ido a toda prisa a la torre del reactor. La estructura, desgastada por los elementos, tenía un poco el aspecto de un pastel de cumpleaños: la segunda de las dos plantas circulares tenía un diámetro más pequeño que la primera y estaba coronada por un grupo de

antenas con aspecto de velas para el maser de Mack y otros dispositivos de comunicación. La torre era el único edificio del complejo situado en la superficie, y el único edificio en cientos de kilómetros en todas direcciones.

Jenkins y Forsell habían subido dos tramos de escalerillas hasta el tejado de la segunda planta y se habían dejado caer boca abajo; la postura más estable para disparar, si uno podía permitirse la pérdida de movilidad. Apoyando su BR55 sobre la mochila para disponer de un soporte adicional, Jenkins había mirado por la mirilla del rifle justo a tiempo de ver cómo el Warthog de los sargentos mayores abandonaba la carretera pavimentada de acceso al complejo y se dirigía al sur por la autovía en dirección a Utgard. Con la adrenalina a tope, Jenkins había tirado al instante del tirador de carga del rifle, haciendo pasar una bala a la recámara. Había colocado el selector de fuego a disparo único, tensado el dedo sobre el gatillo, y luego… nada. Sólo una hora tras otra de calor abrasador.

Los reclutas en seguida habían empezado a quejarse de que el propósito auténtico del ejercicio era ver cuánto tiempo podían aguantar siendo unos imbéciles. Un recluta con sobrepeso y sin pelos en la lengua del 1/A llamado Osmo especuló que Johnson y Byrne habían ido a Utgard en busca de cerveza fría y un bar con aire acondicionado, dejando que la luz achicharrante de Epsilon Indi ganara el ejercicio para ellos.

El ayudante médico Healy les había dicho a todos que «cerraran el pico», recalcando que siempre y cuando siguieran con los cascos puestos y se mantuvieran hidratados estarían a salvo de una insolación. Por su parte, el capitán Ponder había permanecido en su Warthog, aparcado a la sombra de una tienda portátil de triaje cerca de la puerta de entrada, fumando con tranquilidad su cigarro Sweet William.

—Una cerveza estaría bien —murmuró Jenkins, escuchando cómo el sonido de los motores de los fumigadores JOTUN se apagaba.

A pesar de que había pasado el día tumbado sobre el estómago sin apenas moverse, había sudado a chorros. Había al menos diez botellas de agua vacías desperdigadas entre sus botas y las de Forsell, y Jenkins seguía teniendo sed.

—Ojos en el grande —anunció Forsell, moviendo perezosamente la mira telescópica hacia el este—. Otra vez.

Girando la cabeza para seguir la mirada de su compañero, Jenkins vio una solitaria cosechadora JOTUN: una máquina gigante pintada de azul oscuro con tiras amarillas de adorno. Sus tres pares de ruedas descomunales giraban entre sacudidas mientras pasaba por encima de un suave desnivel del terreno. Aunque la cosechadora estaba al menos a un kilómetro de distancia, Jenkins no tuvo problemas para oír el quedo retumbo de su motor híbrido, eléctrico y de etanol, de tres mil caballos de fuerza mientras el vehículo empezaba a devorar el trigo que había cuesta abajo.

La cosechadora había pasado el día segando los campos orientales en amplias franjas perpendiculares al complejo, estremeciendo el suelo cuando se acercaba a la alambrada del perímetro. En un principio, aquello había puesto nerviosos a algunos de los reclutas. Todos ellos habían visto JOTUN, desde luego, pero lo que era en

esencia una segadora de césped de cincuenta metros de alto y ciento cincuenta metros de largo provocaba un impulso bastante básico de salir huyendo; incluso cuando uno sabía que una IA. tan capaz como Mack tenía el control de sus circuitos.

Pero ahora, mientras la cosechadora volvía a abalanzarse sobre el complejo, la única cosa que parecía nerviosa era el trigo. Ampliados en la mira del rifle de Jenkins, los tallos temblaban ante el runruneo de los dientes de la cabeza giratoria de la cosechadora, casi como si tuvieran algún conocimiento de su inminente trillado.

—Te lo digo. Ésa es una serie cuatro —dijo Forsell, prosiguiendo con una discusión que habían mantenido todo el día.

—Ni hablar —replicó Jenkins—. ¿Ves las góndolas?

Forsell escrutó a través de su mira una hilera de cestas angulares de metal sobre ruedas que parecían engañosamente pequeñas porque iban justo detrás del JOTUN.

—Sí.

—Están recogiendo desde atrás.

—¿Y qué?

—Pues que eso es una característica de la serie cinco. La cuatro arrojaba a los costados.

Forsell pensó en ello un segundo y luego se rindió con una incómoda admisión.

—Hace unas cuantas estaciones que no nos hemos actualizado.

Jenkins hizo una mueca avergonzada. Había olvidado que Forsell provenía de una familia modesta. No tan sólo poseían los padres del joven menos hectáreas, sino que su soja se vendía por mucho menos que el maíz y otros cereales de los Jenkins. Con toda probabilidad, los padres de Forsell todavía se las apañaban con un puñado de series dos de segunda mano.

—Las cinco no valen lo que cuestan —comentó Jenkins, contemplando cómo las góndolas se llenaban y luego retrocedían a toda prisa por encima de la elevación hasta un depósitomaglev cercano—. Los motores híbridos son excesivamente caros, a menos que uno procese su propio etanol…

—Eh. Tenemos algo. —El cuerpo de Forsell se puso en tensión—. Acaba de salir de la autovía.

Jenkins realineó el rifle hacia el sur. Un único vehículo —un taxi verde y blanco— se aproximaba al complejo a gran velocidad. Durante un momento desapareció en el fondo de una hondonada en la carretera de acceso.

—¿Crees que son ellos? —preguntó Forsell.

—No lo sé. —Su compañero tragó saliva con esfuerzo—. Será mejor avisar.

—¡A todas las escuadras! ¡Se acerca un vehículo!

—¿Es esto una broma, Forsell? —gruñó Stisen en el COM.

Byrne había ascendido al policía de pelo oscuro a jefe de la 2/A, y le había asignado la protección de la puerta del complejo.

—Hace demasiado calor para cualquiera de tus sandeces.

—Míralo por ti mismo —lo instó Jenkins.

El tramo final de carretera era totalmente llano; una extensión recta de pavimento peraltado hasta la puerta. Incluso sin ampliación era imposible no ver el turismo.

—¡Todos preparados! —rugió Stisen a su escuadra, que estaba sentada en dos grupos abrasados por el sol tras unos terraplenes de sacos de arena a cada lado de la puerta—. ¡Dass, cúbreme!

Jenkins oyó movimiento en el tejado del primer piso, justo por debajo de su posición.

—¡De pie, chicos! —rugió Dass.

El jefe de la 1/A pesaba un poco más de la cuenta, pero también era muy alto, y como resultado, el ingeniero de mediana edad del maglev parecía más fornido que gordo.

—¡Preparad las armas!

—¡Mi rifle! —gimoteó Osmo—. ¡No quiere cargar!

Cada vez que Osmo se ponía tenso, su voz cambiaba a un registro infantil. Por lo general era algo que hacía reír a Jenkins, pero no en aquel momento.

—Tira de tu cargador y luego vuelve a colocarlo —indicó Dass—. Asegúrate de que entra del todo.

Jenkins oyó el roce de metal contra metal, y luego el chasquido del cerrojo de un rifle.

—Lo siento, Dass.

—No pasa nada. Pero tienes que calmarte. Concéntrate.

Por el tono paciente pero enérgico, era fácil darse cuenta de que Dass era padre: un chico y dos chicas.

—Sólo asegúrate de vigilar a qué disparan —gruñó Stisen.

El oficial de policía tenía una personalidad quisquillosa que no había hecho más que empeorar desde su derrota en la competición con la pica de prácticas. A pesar de lo mucho que Jenkins deseaba dejar fuera la voz de Stisen del canal de radio que todos los reclutas compartían, sabía que éste no andaba errado: 1 /A tendría que disparar por delante de 2/A para alcanzar al turismo.

Dass respondió en un tono amistoso.

—Haz tu trabajo, Stisen, y no tendrás nada de lo que preocuparte.

Aceptando el desafío, Stisen fue con paso decidido hasta el centro de la entrada. Sosteniendo su MA5 contra el hombro derecho, extendió la mano izquierda en una señal de alto. El vehículo aminoró la velocidad y se detuvo a veinte metros de Stisen. Durante unos pocos segundos, todos los reclutas se limitaron a contemplar con atención la turbulenta distorsión que el calor producía en el techo del vehículo.

—¡Fuera del vehículo! ¡Ahora! —soltó Stisen, apuntando con el arma al parabrisas.

Pero las puertas del turismo permanecieron cerradas. Jenkins sintió que el corazón le martilleaba en el pecho.

—¿Lectura térmica? —musitó a Forsell, esperando que la óptica más sofisticada de

la mira telescópica pudiera confirmar si alguno de los sargentos mayores estaba en el turismo.

—Negativo —respondió su compañero—. Está todo blanco. El exterior está demasiado caliente.

—¡Primer equipo! —vociferó Stisen—. ¡Acérquense!

Jenkins contempló cómo cuatro reclutas salían de detrás del terraplén occidental y cruzaban con cautela la entrada, apuntando con los MA5 bien sujetos contra el hombro. Rodearon el coche, dos por cada lado.

—¡Burdick! ¡Abra la puerta! —Stisen hizo una seña a uno de sus hombres para que avanzara.

Jenkins tomó aire e hizo todo lo posible por sujetar el arma de un modo más relajado. Mientras exhalaba, dejó que el retículo de la mira fuera a posarse en el lugar donde imaginaba que estaría la cabeza del conductor cuando saliera. Por alguna razón, imaginó el rostro del sargento mayor Byrne sonriendo burlón en su punto de mira. Burdick alargó la mano disponiéndose a cumplir la orden, pero justo cuando lo hacía las puertas de apertura vertical se abrieron de golpe. El recluta tuvo un instante para dar un respingo, pero no tiempo suficiente para soltar un grito de sorpresa mientras del turismo salía un fogonazo de vapor blanco. Al instante, Burdick se desplomó, igual que hicieron dos de los otros reclutas que flanqueaban el vehículo. Todos ellos estaban salpicados de rojo brillante, como acribillados por la metralla.

—¡Minas Claymore! —gimió el solitario superviviente, y se apartó penosamente del turismo arrastrando una pierna inutilizada.

—¡Todo el mundo atrás! —rugió Stisen al resto de su escuadra a la vez que se echaba al hombro el brazo del recluta que intentaba alejarse y lo arrastraba al interior del recinto.

El jefe de la escuadra disparó una ráfaga con una sola mano contra el parabrisas del coche, pero en lugar de hacerse añicos, éste se tornó rojo al instante: el mismo color intenso que las heridas, en apariencia mortales, de los reclutas.

Para las maniobras, el MA5 de cada recluta se cargaba con proyectiles de entrenamiento táctico (TTR). Estas balas tenían un cartucho de polímero plástico para ayudar a mantener la velocidad en la boca del cañón y la trayectoria; para emular, en todo lo posible, la balística de un proyectil letal. Pero cada TTR contenía también una espoleta de proximidad que disolvía el cartucho, convirtiéndolo en un inofensivo manchurrón de pintura roja cuando estaba a diez centímetros de cualquier superficie.

«Inofensivo pero no inerte», se recordó Jenkins. La pintura era a la vez un potente anestésico táctil y un reactivo que actuaba sobre unas nanofibras entretejidas en el traje de faena de los reclutas provocando que las fibras se endurecieran al saturarse. Traducción: cuando te alcanzaban, te desvanecías y te congelabas. Un solo TTR en cualquier punto de la extremidad la dejaba inservible. Múltiples proyectiles en el pecho hacían que todo el uniforme quedara rígido, simulando una herida mortal. A

Burdick y a los otros reclutas los habían alcanzado docenas de TTR procedentes de las Claymore; cajas negras de plástico atornilladas al interior de las puertas del coche, cubiertas ahora de condensación procedente de su propulsante a base de CO.

—¡Alto el fuego! —gritó Healy a la vez que corría al lado de Burdick, con un botiquín médico en la mano.

El recluta había recibido la mayor parte de la explosión. Se había quedado rígido como una tabla y caído directamente de espaldas.

—¿Cómo está, ayudante médico? —preguntó Ponder, bajando de su Warthog.

Healy extrajo un bastón azulado de metal del botiquín y lo pasó por encima del estómago de Burdick. Los circuitos del interior del bastón relajaron las nanofibras del uniforme, y el ayudante médico pudo sujetar al recluta por debajo de los brazos, tirar de él hasta el coche y apoyarlo contra el neumático delantero del lado del conductor.

—Vivirá —repuso con sarcasmo.

Dio una palmadita a Burdick en el hombro y le colocó el MA5 en el regazo. Luego fue a ver a los otros dos reclutas abatidos.

Jenkins lanzó un suspiro de alivio. Sabía que estarían perfectamente; que se reanimarían con facilidad al final de las maniobras. Pero el ataque había parecido muy real, y el recluta pudo imaginar sin problemas una escena mucho más truculenta de haber contenido el turismo explosivos Innies. Estaba a punto de compartir sus pensamientos con Forsell cuando Andersen, el recién ungido jefe del 1/B gritó:

—¡La cosechadora! ¡No está girando!

Jenkins se volvió hacia el este y vio a Andersen y al resto de su escuadra apartándose de la alambrada. La imponente JOTUN había traspasado sin lugar a dudas su acostumbrada línea de giro y descendía como un bólido hacia el complejo. Al llegar la cosechadora a una gruesa franja de arcilla que bordeaba el campo, la cabeza giratoria se clavó en el endurecido terreno y quedó trabada con un audible chasquido de correas de distribución. Pero la máquina no se inmutó, se limitó a alzar el cabezal inutilizado en sus brazos hidráulicos y siguió rodando hacia la alambrada. Los postes de acero y la alambrada metálica galvanizada se desmoronaron bajo el primer par de neumáticos de la cosechadora, luego se retorcieron alrededor de los ejes. La valla echó chispas al entrar en contacto con la parte inferior de la máquina cuando ésta se detuvo, con la mitad de su longitud en el interior del complejo y la otra fuera.

Para entonces, la JOTUN estaba cubierta de TTR. Los reclutas no habían descubierto a ninguno de los sargentos mayores, pero eso no les había impedido apretar los gatillos presas de pánico incontrolado. En la confusión, nadie reparó en la granada lanzada por lo alto en dirección a la torre del reactor.

—¡Agachaos! —chilló a voz en cuello Dass.

Pero era demasiado tarde. Jenkins apenas tuvo tiempo de esconder la cabeza tras la mochila antes de que la granada explotara. Oyó las salpicaduras de TTR en la pared debajo de él, y supo incluso antes de que Osmo hablara que la mayor parte de la 1/A

había desaparecido.

—¡Le han dado a Dass! —gimió Osmo—. ¡Me han dado a mí!

Arriesgándose a quedar al descubierto, Jenkins avanzó a hurtadillas y echó un vistazo al tejado de la segunda planta. Dass estaba inconsciente, igual que la mayoría de los reclutas de la 1/A, pero Osmo estaba perfectamente. Tumbado boca abajo, con las manos sujetando con firmeza el casco, no había advertido que el entumecimiento de sus piernas se debía tan sólo a que otro recluta había caído sobre ellas.

—¡Estás perfectamente, Oz! —gritó Jenkins por encima del frenético repiqueteo de los MA5 del resto de la compañía de milicianos—. Incorpórate y…

En aquel momento, tres TTR chocaron contra la pared de la primera planta, justo por debajo de la cabeza de Jenkins; una ráfaga de un rifle de combate.

—¡Byrne! ¡Está en la cosechadora! —gritó Forsell.

Si Jenkins hubiera intentado arrastrarse de vuelta a su mochila, le habrían dado. Pero algún instinto desconocido hasta entonces tomó el mando cuando Jenkins, en vez de ello, alzó el rifle…, divisó a Byrne agachado entre el primer y segundo segmento de la carrocería, y abrió fuego. Aun cuando los disparos erraron el blanco, empujaron al sargento mayor a abandonar su ya precaria posición. Byrne se columpió hasta una escalerilla que discurría por la parte posterior del primer segmento y se dirigió a tierra firme.

—¡Lo tengo! —gritó Jenkins, pasando el selector de fuego del rifle de semiautomático a ráfaga.

Pero su fuego más intenso sólo apresuró el descenso del sargento mayor Byrne, que agarró los pasamanos de la escalerilla y resbaló hasta el suelo sin molestarse en tocar los peldaños con los pies. Cuando sus botas golpearon el asfalto, Byrne rodó entre los neumáticos del JOTUN. Allí estaba bien a cubierto, aunque sólo fuera temporalmente, del fuego del rifle de Jenkins así como del fuego cruzado de las escuadras de Andersen y Stisen.

—¡Y una mierda! —chilló el jefe de la escuadra 2/A mientras TTR del arma de Byrne salpicaban los sacos de arena situados cerca de la entrada—. ¡Critchley! —gritó Stisen—. ¡Al frente!

Jenkins apretó los dientes. No apreció que Stisen lo desafiara con el COM abierto. Y además, Critchley y su ojeador estaban colocados en el extremo septentrional del tejado de la primera planta y se suponía que debían cubrirle la espalda a Jenkins.

—¡Dije que lo tenía! —replicó Jenkins, acribillando con una ráfaga el neumático del JOTUN.

—¡Cállate, Jenkins! —rugió Stisen—. ¡Critchley! ¡Responde!

Pero el tirador del segundo pelotón no dijo una palabra.

—¡Forsell, comprueba tu COM! —gritó Jenkins.

La placa de datos COM de cada recluta controlaba en todo momento los signos vitales de éste, y si uno caía, la pérdida quedaba registrada en la red local.

—¡Critchley está muerto! —respondió Forsell con voz anonadada—. Como

también todo el 1/C!

—¿Qué?

—¡Hemos perdido a todo el mundo en la alambrada oeste!

Jenkins vio el rifle de combate de Byrne centellear desde las sombras de debajo del JOTUN. Uno de los reclutas del 1 /A lanzó un grito a la vez que caía. «Eso tienen que ser cerca de treinta bajas», pensó sombrío, y disparó dos ráfagas más, luego rodó sobre el costado y cambió el cargador.

—¡Stisen, vamos a dirigirnos atrás!

—¡No, maldita sea! —lo rebatió Stisen, y luego se dirigió al jefe del 2/C, encargado de custodiar la esquina nordeste del complejo—: ¡Habel! ¡Moveos al oeste! ¡Tiene que ser Johnson!

Sólo oír el nombre de su sargento mayor hizo que a Jenkins se le hiciera un nudo en el estómago. El y el resto de los reclutas habían pasado el día quejándose del calor, sin ser conscientes de que habían estado descansando entre las fauces de una trampa muy bien tendida… Ahora, con Byrne perfectamente atrincherado y Johnson presionando, era sólo cuestión de tiempo que los reclutas fueran aplastados.

—¿Oz? —preguntó Jenkins, alzándose sobre una rodilla—. ¿Todavía coleas?

—¡S… sí!

—Tienes una buena altura. Puedes mantener a Byrne inmovilizado.

—Pero…

—¡Simplemente hazlo, Osmo!

Jenkins dio un golpecito a Forsell en el hombro. Intercambiaron miradas, y Jenkins supo que su compañero pensaba exactamente lo mismo: «Cuando estás cogido en una trampa, te abres paso peleando».

—Stisen —anunció—. Los tiradores de primera se ponen en marcha.

* * *

Desde lo alto de la elevación, Avery tenía una vista panorámica del complejo. Critchley y su ojeador eran un blanco fácil, pero había esperado a que Byrne chocara contra la alambrada y atrajera la atención de los reclutas antes de disparar dos veces, alcanzando a ambos reclutas en la parte lateral de la cabeza. Los circuitos de los cascos registraron los disparos «letales» y les congelaron los uniformes al instante. En la confusión general del fuego de armas automáticas, Avery estaba seguro de que ninguno de los otros reclutas había oído sus disparos.

También apostó a que ninguno de los milicianos se molestaría en comprobar sus rastreadores de movimiento ahora que la nube de fungicida había desconcertado por completo las señales de los aparatos. Las sustancias químicas habían recubierto a Avery de fino polvo blanco al asentarse sobre el trigo, y el sargento mayor tenía un

aspecto casi cómico cuando se alzó del campo… como si algún bromista hubiese soltado una bolsa gigante de harina desde lo alto. Pero no había nada pretendidamente gracioso en las intenciones de Avery. Planeaba abatir a todos los reclutas que custodiaban la alambrada oeste antes de que dejaran de pensar en Byrne y se acordaran de vigilar el perímetro.

Mientras descendía corriendo la elevación, con el rifle de combate alzado y los gruesos granos de trigo golpeándole los codos, a Avery se le ocurrió de repente que era la primera vez desde TREBUCHET que había disparado contra un ser humano. Esto era diferente, por supuesto, eran unas maniobras con munición de prácticas; pero no pudo evitar advertir lo fácil —lo automático— que le resultaba colocar a alguien en su punto de mira y apretar el gatillo. No era más que una buena preparación, Avery lo sabía. Y si bien no siempre se sentía feliz con el modo en que hacía uso de sus habilidades, estaba decidido a transmitirlas…, a inculcar en sus hombres la misma seguridad y falta de vacilación. En el combate que se avecinaba, necesitarían ambas cosas para permanecer con vida.

Oyó el estallido de una granada. El ruido fue mucho más apagado que el de las Claymore que Byrne y él habían fijado a las puertas del turismo antes de dejar que Mack llevara el vehículo hasta la entrada del complejo. La IA había estado encantada de ayudarlos con el ejercicio; de hecho había sido ella quien sugirió utilizar la cosechadora JOTUN como una distracción adicional. Avery no estaba muy seguro de por qué, salvo que, como los marines y la capitana de corbeta Al-Cygni, Mack debía de saber que el reactor de Harvest sería un blanco jugoso para cualquier fuerza enemiga y estaba ansioso por dejar que la milicia practicara su defensa.

Avery no disparó a través de la alambrada. Sabía que la tela metálica haría estallar los TTR del rifle antes de que alcanzaran a sus blancos. Pero lo mismo sería aplicable para los disparos de los reclutas, de modo que fue con una razonable seguridad de que no iba a recibir ningún tiro que Avery echó a correr por el borde de dura arcilla entre el trigo y la alambrada y saltó sobre la tela metálica.

Casi al instante, uno de los reclutas del 1/C, Wick, oyó la vibración del metal y se volvió. Sus ojos ya asustados se abrieron como platos al ver lo que le debió de parecer el fantasma de Avery saltar al interior del complejo dejando una estela ondulante de fungicida blanco. Antes de que Wick pudiera recuperarse, Avery levantó el rifle y le descargó dos proyectiles en el centro del pecho.

El grito del recluta se oyó por encima del estrépito, lo que hizo que tres de sus compañeros de escuadra se volvieran. Avery los derribó —de izquierda a derecha— antes de cambiar el rifle a fuego a ráfagas y hacer trizas a los desconcertados restos de la 1/C. Cuando cayó el último recluta, el contador luminoso de munición situado bajo la mira del rifle mostró que sólo le quedaban tres proyectiles. Pero mientras Avery sacaba un cargador nuevo del chaleco de asalto, empezó a recibir fuego desde el este.

La escuadra 2/C había dado la vuelta por detrás de la torre del reactor. Si los reclutas hubieran corrido un poco más de prisa o recordado colocarse en posturas

más estables antes de abrir fuego, habrían puesto a Avery en un aprieto. Pero los disparos iniciales fueron hechos alocadamente, y todo lo que consiguieron fue dar a Avery tiempo para rodar a la izquierda, colocando la curva de la torre entre él y el inesperado fuego. Para cuando los primeros reclutas del 2/C doblaron la esquina corriendo, Avery ya había vuelto a cargar. Derribó a dos y obligó al resto de la escuadra a retroceder y echarse al suelo para protegerse; a malgastar un tiempo precioso debatiendo cuándo y cómo intentarían flanquear la posición de Avery.

—Charlie uno ya no está —gruñó Avery en el micro de la garganta—. Obtengo calor de Bravo dos.

—Acabo de enviar a tus chicos alfa al infierno —respondió Byrne, e hizo una pausa para hacer unos cuantos disparos—. Pero sigo recibiendo fuego desde lo alto.

—Deben de ser mis tiradores.

—¿Cómo es eso?

—Los tuyos están muertos.

—Bien, pues hazlos callar, ¿quieres?

—Vale.

Manteniendo el rifle apuntando al norte por si la 2/C se organizaba más rápido de lo que creía, Avery anduvo de espaldas hasta una escalerilla de mantenimiento que lo llevaría al tejado de la primera planta. Se colgó el arma al hombro para la ascensión y subió los peldaños tan de prisa como pudo. Cuando asomó la cabeza por el borde del tejado, vio movimiento a la derecha. Bajó la cabeza con un violento gesto justo a tiempo de esquivar una ráfaga del MA5 de Forsell.

Sin vacilar, Avery desenfundó la M6 que colgaba de su costado, y saltó hacia arriba al mismo tiempo que Forsell retiraba el dedo del gatillo. Mientras Avery ascendía, lo mismo hicieron sus disparos; un TTR floreció en mitad del vientre de Forsell, otros dos subieron hasta el esternón. Al mismo tiempo que Forsell retrocedía tambaleante, Avery ponía los pies en el tejado. Sosteniendo la M6 con ambas manos, Avery mantuvo la mira de hierro de la pesada pistola fija en el casco de Forsell mientras éste se desplomaba. El recluta era grandote, y Avery quería asegurarse de que el menor calibre de las balas de la pistola era suficiente para derribarlo.

Convencido de que Forsell había caído y no se levantaría, Avery fue hacia la escalerilla que lo conduciría a lo alto del segundo piso. Pero no había dado más que unos pocos pasos cuando sintió tres punzadas de dolor agudo en la parte posterior del muslo derecho. Propulsado por la adrenalina, Avery hizo girar la pierna que se le estaba quedando insensible por momentos y devolvió el fuego a un blanco que sólo reconoció como Jenkins una vez que las balas habían sido disparadas.

Mientras Jenkins retrocedía a toda prisa tras la curva de la pared del segundo piso, Avery adivinó que los reclutas habían saltado abajo por lados opuestos de la torre y aguardado a que él subiera. «Un plan bastante bueno». Avery hizo una mueca mientras cojeaba pegado a la pared. En lugar de permanecer bloqueados en una posición defensiva que empezaba a desmoronarse, los tiradores habían montado su

propia emboscada. Tanto si había tenido éxito como si no, Avery admiró su iniciativa. Soltó el cargador de la M6 medio agotado, recargó y alargó el brazo con la pistola por fuera de la pared.

Pero justo cuando Jenkins aparecía ante su vista y el dedo de Avery se tensaba sobre el gatillo, la voz del capitán Ponder retumbó en la radio:

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego!

Por un momento, el sargento mayor y su recluta permanecieron petrificados, cada uno apuntando directamente al otro.

—¿Le di? —Osmo sonó conmocionado, y luego entusiasmado ante su inesperado éxito—. ¡Sí que le di!

—Sargento mayor Byrne, lo han alcanzado —confirmó Ponder—. Puntuación final: treinta y cuatro a uno. ¡Felicitaciones, reclutas!

Un coro de agotados vítores inundó la radio.

—Una salpicadura procedente del neumático —gruñó Byrne en el canal privado del sargento mayor—. Malditos TTR… —Luego, por el COM abierto—: ¿Healy? ¡Tráigame ese maldito bastón!

Avery bajó la pistola y se relajó contra la pared. Epsilon Indi descendía hacia la suave curva del horizonte y el deslucido polycrete de color marrón claro de la torre adquirió un cálido resplandor amarillo al mismo tiempo que se desprendía del calor acumulado.

Jenkins sonrió ampliamente.

—Casi nos vencieron, sargento mayor.

—Casi.

Avery sonrió… y no sólo para ser educado. Aparte de maniobras básicas alrededor de la guarnición, aquél había sido el primer ejercicio con fuego real de los reclutas. Ellos no tenían ni idea de lo que los sargentos mayores iban a lanzar contra ellos, y la actuación de Jenkins y Forsell daba esperanzas a Avery de que, con tiempo suficiente, sus reclutas podrían convertirse en soldados decentes.

—¿Sargento mayor? —La voz de Ponder chisporroteó en el auricular de Avery, y el tono risueño de hacía un momento había desaparecido—. Acabo de recibir noticias de nuestro representante local del DCS. —Avery leyó entre líneas: la capitana de corbeta Al-Cygni, y la columna vertebral se le agarrotó a juego con la pierna—. Los delegados que esperábamos —continuó Ponder— están aquí. Y han traído una nave mucho más grande.

14

«RAPID CONVERSION», SISTEMA RELICARIO

Dadab alzó los brazos nudosos por encima de la cabeza y gruñó con entusiasmo:

—¡La Era de la Reclamación!

Con el rabillo del ojo podía ver al oficial de seguridad del *Rapid Conversión*, Tartarus, montando guardia cerca de una de las chisporroteantes lámparas de queroseno del salón de los festines. Puesto que no quería arriesgarse a ofender a nadie, Dadab se aseguró de mantener los pies fuera de los fragmentos de aleación Forerunner que formaban el anillo final del mosaico de la sala.

—¡Salvación y… —apuntó.

Los aproximadamente veinte Unggoys reunidos alrededor del mosaico contemplaron fijamente a Dadab con ojos apagados.

Tartarus cruzó los brazos y soltó un resoplido impaciente.

—… el Viaje! —concluyó Dadab, efectuando una floritura con los pequeños y gruesos dedos.

A pesar de la máscara, su voz resonaba de todos modos grandiosamente por el salón.

—Estas son las Eras de nuestro Covenant… ¡el ciclo que debemos completar una y otra vez mientras nos esforzamos por seguir a Aquellos Que Recorrieron el Sendero!

Un Unggoy de anchas espaldas, Bapap, dio un paso al frente.

—Este… Sendero. ¿Adonde lleva?

—A la salvación —respondió Dadab.

—¿Y dónde está eso?

Los Unggoys movieron las cabezas de Bapap a Dadab. El Diácono se removió en su arnés mientras luchaba por encontrar una respuesta.

—Bueno… —empezó, luego se calló.

Necesitó un momento para recordar algo…, una palabra que había oído en el seminario, utilizada por uno de sus profesores San'Shyuum en respuesta a una pregunta asimismo espinosa. Durante la pausa, un Unggoy llamado Yull se rascó los cuartos traseros despreocupadamente con un dedo y se lo ofreció a otro Unggoy para que lo oliera.

—Me temo —dijo Dadab con toda la gravedad que pudo reunir—, que la respuesta es ontológica.

Sólo tenía una vaga idea de lo que la palabra significaba. Pero le gustaba como sonaba, y era evidente que también les gustó a los otros Unggoys, porque todos

rezongaron jubilosos dentro de sus máscaras como si fuera justo la respuesta que habían esperado.

Bapap pareció especialmente complacido.

—On-to-ló-gi-ca —masculló en voz baja.

El transmisor de Tartarus emitió un corto tono agudo.

—Nuestro salto casi se ha completado —indicó el oficial de seguridad—. ¡A vuestros puestos!

—Recordad —gritó Dadab a los Unggoys que trotaban en dirección a la salida—. El Sendero es largo pero amplio. ¡Hay sitio para todos vosotros, siempre y cuando creáis!

Tartarus lanzó un bufido. El Jiralhanae iba vestido con una coraza de color rojo intenso que le cubría muslos, pecho y hombros. Maccabeus había querido que su manada estuviese preparada para un combate, por si acaso los alienígenas los esperaban cerca de los restos de la nave Kig-Yar.

—Piensas que pierdo el tiempo. —Dadab señaló con la cabeza en dirección al último miembro de su grupo de estudio que se retiraba.

—Todas las criaturas merecen instrucción. —El pelo negro del Jiralhanae se erizó —. Pero los Sangheilis no nos proporcionaron la más competente de las tripulaciones.

A Dadab no le gustaba pensar mal de otros de su especie, pero sabía que tal cosa era cierta. Los sesenta Unggoys del *Rapid Conversion* eran excepcionalmente cortos de luces…, incultos y haraganes. Con unas pocas excepciones (Bapap, sin ir más lejos), eran de la clase situada en lo más bajo del escalafón que uno esperaría encontrar llevando a cabo tareas de ínfima importancia en hábitats abarrotados de gente, no como tripulación de un navío del ministerio en una misión vital.

Dadab no comprendía todas las dimensiones políticas de la relación Sangheili-Jiralhanae, pero sabía que la posición de Maccabeus era inusual; que era uno de un puñado de capitanes mercantes Jiralhanaes en la vasta flota del Covenant. Aun así, todo lo que uno tenía que hacer era echar una ojeada al *Rapid Conversion* para saber que los Sangheilis no habían equipado a Maccabeus para alcanzar el éxito. El crucero estaba en un estado lamentable, igual que su tripulación Unggoy.

Con el permiso del caudillo, Dadab había empezado a intentar ayudar. ¿Su plan? Inculcar motivación y disciplina a través del enriquecimiento espiritual. Y aunque aquélla había sido tan sólo la segunda reunión del grupo de estudio, el Diácono ya había empezado a ver mejoras en la conducta de los Unggoys que habían escogido tomar parte.

—Al hangar —ordenó Tartarus, colocándose el casco—. Debo darle al caudillo un informe sobre los progresos del Huragok.

Para Dadab, trepar por el hueco central del crucero había sido al principio una propuesta aterradora. Sus energías habían declinado durante la cautividad en gravedad cero dentro de la cápsula de salvamento, y le aterró la posibilidad de soltarse y caer en picado a una muerte segura. Pero ahora que sus músculos eran más fuertes

—y se había vuelto tan ágil como los otros Unggoys—, el Diácono podía trepar al mismo tiempo que contemplaba alegremente el ajetreo y bullicio de la arteria principal del *Rapid Conversion*.

Desde su llegada, al hueco se le había hecho una limpieza a fondo. Las paredes de metal todavía estaban arañadas y llenas de surcos, pero las capas de suciedad habían desaparecido y el pasadizo vertical brillaba ahora con un intenso lustre morado. A mitad del descenso, Dadab vio que una entrada que conducía a los muelles de armamento de proa había sido desbloqueada y los símbolos de advertencia anulados. Las reparaciones en aquella parte del crucero habían sido la principal prioridad de Maccabeus para su recién adquirido Huragok.

Dadab había estado presente como traductor durante la explicación del caudillo de lo que era necesario hacer. Pero antes de que Maccabeus tuviera una oportunidad de explicar qué aquejaba al cañón pesado de plasma, *Más Ligero Que Algunos* simplemente se había puesto a trabajar; había arrancado la cubierta protectora de los circuitos de control del arma e iniciado la reparación.

Dadab había visto al Huragok llevar a cabo toda clase de milagros mecánicos a bordo de la nave Kig-Yar, pero los Jiralhanaes se quedaron atónitos mientras los tentáculos de la criatura revoloteaban y los circuitos del cañón centelleaban y zumbaban. Como si fuese lo más normal del mundo, el Huragok efectuaba reparaciones que habían sido imposibles para los anteriores custodios del crucero: los insectos Yanme'es.

Tras ver lo que *Más Ligero Que Algunos* podía hacer, Maccabeus relevó a las criaturas aladas de todas sus responsabilidades excepto las de menor importancia, pues al caudillo le preocupaba que pudieran entorpecer el trabajo vital del Huragok. Y lo cieno era que los Yanme'es que zumbaban arriba y abajo del hueco del ascensor en la actualidad sólo transportaban herramientas para efectuar tareas básicas de mantenimiento y saneamiento… ninguna de las cuales podía equipararse a la utilidad de los diestros tentáculos y cilios del Huragok.

Mientras Dadab se encogía a un lado de la escalerilla para dejar pasar a un Jiralhanae con una coraza azul, un par de Yanme'es chocaron en el aire por debajo de él. Haciendo vibrar las placas acorazadas de color cobrizo, los insectos desenmarañaron sus extremidades quitinosas y prosiguieron el descenso por el hueco. Dadab (si bien no era experto en aquella especie) sabía que tal clase de torpeza era insólita en criaturas con ojos compuestos y antenas sumamente sensibles… y que era una clarísima indicación de que la reciente degradación había dejado aturullados a los Yanme'es.

Sí, eran mucho más inteligentes que artrópodos pequeños como los gusanos limpiadores, pero los Yanme'es también tenían una mentalidad de colmena y fama de dogmáticos. Una vez que se les encomendaba una tarea, se aferraban a ella, y a Dadab le preocupaba que la confusión de las criaturas pudiera hacer que éstas interfirieran en el trabajo de *Más Ligero Que Algunos*, y que a lo mejor incluso dañaran a la

criatura.

Hasta el momento, no había sucedido nada que justificara la preocupación de Dadab. Pero se sintió aliviado cuando el Huragok hubo finalizado las reparaciones del cañón de plasma y se retiró al hangar para iniciar el trabajo en la dañada nave de desembarco Spirit. Los Yanme'es habían evitado el hangar desde la inmolación accidental de sus compañeros de colmena, lo que significaba que el Huragok disfrutaba de un aislamiento seguro.

Con el acorazado Jiralhanae siguiendo su camino, Dadab reanudó el descenso y no tardó en alcanzar el fondo del hueco del ascensor. Trotando con rapidez para mantenerse a la altura de las largas zancadas de Tartarus, apresuró el paso hacia el extremo opuesto del hangar donde *Más Ligero Que Algunos* había construido un taller temporal dentro de las dos plataformas abolladas del Spirit. Se habían deshecho de la cápsula de salvamento echándola fuera de la barrera de energía antes de que el crucero efectuase su salto. Pero la cabina desprendida del Spirit seguía empotrada contra la pared donde la cápsula la había aplastado. A primera vista, parecía que se habían hecho pocos progresos.

Las plataformas para tropas, cada una lo bastante grande para dar cabida a docenas de guerreros, estaban apoyadas, juntas, sobre los lados más largos. Las puertas medio abiertas y descansando contra el suelo del hangar impedían que las plataformas volcaran.

—Aguarda aquí —dijo Dadab, escabullándose entre las plataformas—. Veré qué ha hecho.

Tartarus no protestó. Maccabeus había dicho a cada miembro de la manada que proporcionaran al frágil Huragok mucho espacio. Pues si bien la criatura había sobrevivido al suplicio pasado dentro de la cápsula, no había salido indemne.

Dadab sintió una punzada de culpabilidad cuando vio a su amigo, flotando frente a una cortina de papel de aluminio que había colgado en mitad de la plataforma. El saco que había producido todo el metano salvador estaba horriblemente dilatado, y se arrastró por el suelo cuando el Huragok se volvió para saludar a Dadab: un mudo recordatorio del sacrificio realizado.

«¿Cómo estás?», preguntó Dadab por señas.

«Bien. Aunque ojalá hubieras venido solo. —El Huragok arrugó el hocico, plegando los nodos olfativos—. No me gusta nada el olor de nuestros nuevos anfitriones».

«Es su pelo —explicó Dadab—. No estoy seguro de que se laven».

Resultaba agradable hablar con los dedos. Durante su confinamiento, el lenguaje por señas de Dadab había mejorado una barbaridad. Antes de que *Más Ligero Que Algunos* se hubiese quedado demasiado débil para llevar a cabo conversaciones largas, el Diácono se había sentido a punto de conseguir la fluidez; al menos en lo referente a temas sencillos.

«¿Cómo van reparaciones?»

El Huragok movió con rapidez los tentáculos en un gesto de lanzar, como si arrojara a Dadab una pelota imaginaria.

«Piedra de cazar. ¿Recuerdas?»

«Desde luego. ¿Quieres jugar?»

«¿Recuerdas cuando jugamos antes?»

Dadab hizo una pausa.

«El alienígena».

«El que yo maté».

Dadab gesticuló con los dedos:

«¡Mataste para salvarme a mi!»

Pero se le cayó el alma a los pies. Había esperado que las nuevas responsabilidades de *Más Ligero Que Algunos* le quitarían a éste de la cabeza el terrible encuentro a bordo de la nave alienígena.

«Aun así, lo lamento. —El Huragok hizo una seña para que Dadab le siguiera al interior de la plataforma—. ¡Pero sé cómo repararlo!»

Sus tentáculos se estremecieron mientras apartaba la cortina de papel de aluminio en una muestra de excitación… o de júbilo.

«¿Qué es?», preguntó Dadab, ladeando la cabeza para señalar el objeto del otro lado de la cortina. Le resultaba familiar, pero el Diácono no pudo identificar de inmediato el porqué.

«¡Una ofrenda de paz! ¡Prueba de nuestras buenas intenciones!»

«Construiste… una de sus máquinas».

Uno de los sacos dorsales del Huragok lanzó un balido de deleite.

«¡Sí! Un arado, creo».

Mientras *Más Ligero Que Algunos* seguía ensalzando las virtudes de su creación (transmitiendo términos técnicos que iban mucho más allá del vocabulario de Dadab), el Diácono estudió el arado. Era, desde luego, mucho más pequeño que la máquina que habían descubierto en la segunda nave alienígena, pero diseñado sin lugar a dudas para preparar la tierra para la siembra.

La característica preponderante del arado era una rueda de metal provista de dientes para labrar la tierra y que al mismo tiempo era su sistema de propulsión. «¿De dónde ha sacado el Huragok eso?», se preguntó Dadab, un instante antes de advertir que habían retirado dos de las nervaduras trapezoidales de soporte de la plataforma para tropas. *Más Ligero Que Algunos* había doblado las nervaduras y las había fundido juntas. Y debía de haber hecho eso hacía poco, porque la plataforma todavía tenía el intenso olor dulzón del fundente que los Yanme'es usaban en sus soldadores portátiles; uno de los cuales el Huragok debía de haber «tomado prestado» para su proyecto.

Extendiéndose hacia atrás desde la rueda estaban los inicios de un bastidor. Circuitos cerrados de cables y tableros de conexiones hurtados de la plataforma colgaban del armazón pulcramente soldado, aguardando la colocación del motor,

cualquiera que ése fuera a ser…

La curiosidad natural de Dadab murió en una veloz inhalación. Los dedos temblaron de miedo, y la gramática le falló.

«¿Caudillo, sabe?»

«¿Debería?»

«Su orden. Reparar nave desembarco. No hacer regalo».

«No un regalo. Una ofrenda».

El Huragok aleteó, como si aquella diferencia fuera a apaciguar la cólera del caudillo.

¿Cómo podía ser tan estúpido?, gimió Dadab en el interior de su máscara. Se sintió mareado y colocó una zarpa sobre el arado para mantener el equilibrio. Pero la causa no eran sólo sus nervios, cada vez más crispados; podía sentir cómo la plataforma vibraba a medida que el crucero abandonaba su salto. El Unggoy inhaló profundamente de su tanque.

«¡Debes desmontar!»

Los tentáculos del Huragok tartamudearon.

«¿ Por qué? » —Parecía francamente confundido.

Dadab movió los dedos despacio.

«Tu desobedeces. Caudillo muy enfadado».

Sabía que Maccabeus jamás haría daño al Huragok, porque la criatura era demasiado valiosa. Pero en cuanto a Dadab…

Maccabeus no había dicho nada específico, pero el Diácono sabía que era un prisionero en la nave Jiralhanae; todavía bajo sospecha por los delitos que había cometido. En un ramalazo de optimismo desesperado, el Diácono intentó convencerse de que sus esfuerzos por educar a los Unggoys del *Rapid Conversión* serían suficientes para probar su valía…, para impedir que el caudillo le transfiriera su segura cólera con respecto al arado. Pero el Diácono sabía que había pecado. Sería castigado, si no por Maccabeus, por los Profetas del ministerio cuando la misión de los Jiralhanaes hubiese finalizado.

—¡Diácono! —La voz de Tartarus resonó en el interior de la plataforma—. ¡El caudillo te necesita en el puente!

«¡Promete! —dijo Dadab por señas con manos temblorosas—. ¡Lo desmontarás!»

Más Ligero Que Algunos hizo girar el hocico de cara al arado y dio un golpecito con un tentáculo a uno de los afilados dientes de la máquina como si considerara la calidad de su trabajo.

«Bueno, el montaje fue bastante precipitado. Y una máquina difícilmente compensa la vida que quité».

—¡Diácono! ¡El caudillo insiste!

«¡Arregla!», le ordenó por señas Dadab a la vez que cruzaba la cortina andando de espaldas y abandonaba la plataforma.

—¿Cuándo estará lista la nave para volar? —preguntó Tartanas, dirigiéndose de vuelta al hueco de ascensor.

—El Huragok se ha encontrado con un pequeño inconveniente.

Dadab se alegró de que el Jiralhanae se hubiera colocado delante… y le diera la espalda. De lo contrario habría sabido que Dadab mentía sólo de ver su mirada huidiza.

—¡Pero sé que arreglará las cosas tan rápido como pueda!

* * *

El puente del *Rapid Conversión* estaba situado a mitad de camino de la ascensión por el hueco del ascensor, en dirección a la proa, tan lejos del casco exterior como era posible; un emplazamiento que lo convertía en invulnerable a todo excepto al ataque más devastador. Mientras correteaba hacia el interior pegado a los talones de Tartarus, Dadab advirtió que el puente era (si bien no tan espacioso como la sala de los festines de los Jiralhanaes) lo bastante grande para dar cabida a toda la manada. Todos estaban presentes, la mayoría encorvados sobre terminales que sobresalían de las paredes reforzadas del puente, que estaban llenas de conmutadores holográficos que parpadeaban sobre las corazas azules de los Jiralhanaes. Al igual que Tartarus, estaban equipados para el combate.

Maccabeus estaba de pie ante el proyector holográfico central del puente, con los nudillos de las garras apoyados sobre la barandilla metálica. La armadura del caudillo era de color dorado, pero confeccionada con una aleación mucho más resistente. Vorenus y otro Jiralhanae llamado Licinus lo flanqueaban, y las prominentes placas acorazadas de sus hombros impedían a Dadab ver lo que fuera que mostrase el proyector.

Dadab hizo una reverencia, tocando con los nudillos el suelo de metal lleno de surcos. Vibraba al compás del impulsor de salto del crucero, que estaba al ralentí en la popa, a una distancia equivalente a varias veces la longitud del puente. Teniendo presente en todo momento el deseo del viceministro de la Tranquilidad de que se actuara con cautela, Maccabeus había mantenido el impulsor encendido por si tenían necesidad de efectuar una retirada precipitada del sistema alienígena.

—Acércate, Diácono —dijo Maccabeus, al captar una leve vaharada de metano.

Dadab se irguió y siguió a Tartarus hasta el proyector.

—Haced sitio —gruñó Tartarus—. ¡Apártate, Vorenus! —Tartarus dio un pescozón el Jiralhanae más alto, y de pelo marrón claro.

—Perdón —dijo Dadab, tragando saliva—. Si se me permite.

El tanque cónico que llevaba hacía poco viable un movimiento evasivo, y al abrirse paso junto a Vorenus en dirección a la barandilla, el tanque repicó contra el

muslo acorazado del Jiralhanae. Con gran alivio por parte de Dadab, el otro estaba tan petrificado que no pareció advertirlo.

—Increíble, ¿no es cierto? —dijo Maccabeus.

—Sí, increíble —repuso Dadab, atisbando al interior de la plataforma situada por debajo de la barandilla.

—Cuánto *entusiasmo*, Diácono.

—Mis disculpas, caudillo. Es sólo que ya lo he visto antes. A bordo de la nave Kig-Yar.

—Ah, por supuesto. —Maccabeus adoptó un tono irónico—. Después de todo, esto es únicamente… ¿qué? —Señaló con la cabeza la refulgente representación del mundo alienígena, cuya superficie estaba cubierta de insistentes glifos de Reclamación—. ¿Unos pocos cientos de miles de Luminaciones?

La verdad era que Dadab seguía preocupado por la desobediencia del Huragok. Y para empeorar las cosas, el puente estaba cargado con el potente olor de los Jiralhanaes. Los potentes aromas de excitación habían impregnado las membranas de la máscara y Dadab empezaba a sentirse un poco mareado.

—La cantidad es impresionante. —Dadab contuvo una amarga arcada.

—¿Impresionante? ¡Sin precedentes! —tronó Maccabeus, y luego, con un gruñido quedo—: Muy bien. Dime qué piensas de esto.

Golpeó con un nudillo un interruptor holográfico incrustado en la barandilla, y la imagen del planeta alienígena perdió intensidad…, encogió a un tamaño mucho menor a la vez que la perspectiva del holoproyector cambiaba a una vista más amplia del sistema. Dadab vio una representación icónica del crucero justo fuera de la senda orbital del planeta, y, a una distancia segura de aquélla, un triángulo rojo centelleante que indicaba un contacto potencialmente hostil.

—Nos estaba esperando —gruñó el caudillo—. Cerca de los restos de la nave Kig-Yar. —Presionó otro interruptor y el proyector efectuó un *zoom* sobre el contacto, enfocándolo.

—El diseño se corresponde con las naves que los Kig-Yars asaltaron —explicó Dadab—. Un transporte de carga. Nada más.

—Mira con más atención —retumbó Maccabeus.

Poco a poco, la representación del navío empezó a girar. Los sensores del *Rapid Conversión* habían efectuado una exploración detallada, y Dadab pudo ver que el casco ennegrecido del carguero estaba profundamente grabado, creando motivos decorativos en el brillante metal de debajo. «No, no son motivos decorativos —pensó —. Son dibujos».

Cada uno de los cuatro lados del navío mostraba una imagen estilizada distinta de los alienígenas y los Kig-Yars. En el primer dibujo, cada una de las criaturas apuntaba con una arma a la otra (el alienígena sostenía alguna clase de rifle y el Kig-Yar una pistola de plasma). En la segunda, el alienígena había soltado su rifle y tendía un puñado de objetos redondos que tenían aspecto de fruta. En la tercera imagen, el

Kig-Yar había desechado su arma para aceptar la ofrenda del alienígena, y en la cuarta, ambas criaturas estaban sentadas en lo que parecía ser un huerto. El alienígena tendía un cesto de fruta y el Kig-Yar efectuaba con calma su elección.

—¡Una ofrenda de paz! —exclamó Dadab muy excitado—. ¡No desean pelear!

Mientras el holograma del navío seguía girando sobre sí mismo, el Diácono señaló con un dedo una silueta del planeta alienígena grabada en la esquina inferior derecha de cada lado del casco. Dos líneas cruzadas marcaban un punto en mitad de la masa continental del mundo, un poco por debajo del ecuador.

—¡Y creo que es aquí donde les gustaría efectuar el encuentro!

—Al parecer, al amanecer —dijo Maccabeus, aumentando la ampliación del proyector.

Dadab pudo ver entonces que los grabados del planeta estaban sombreados por una línea de terminación: una sombra que marcaba el paso del mundo a la noche y fuera de ella. Cayendo perpendicularmente sobre el ecuador, la línea se movía alrededor del planeta siguiendo los dibujos hasta que se cruzaba con el punto de reunión sugerido en el lado del carguero que exhibía la representación del cesto de fruta.

El caudillo volvió a enfocar el proyector sobre el planeta en sí.

—Pero hay más.

Dadab reparó entonces en detalles nuevos. Había alguna especie de estructura en órbita alta por encima del mundo. Dos delicados arcos plateados amarrados a la superficie mediante siete ramales dorados casi invisibles. Alrededor de la estructura había cientos de símbolos rojos adicionales de contactos. El Diácono esperó que el mensaje de los alienígenas fuera sincero. Si aquellos contactos eran naves de guerra, el *Rapid Conversión* estaba en un serio problema.

—No hay que preocuparse, Diácono —dijo Maccabeus, percibiendo la inquietud del Unggoy—. No se han movido desde que llegamos. Y dan la impresión de ser iguales al otro navío. Simples remolcadores de carga aparentemente sin armas. —Hizo un gesto con un dedo peludo—. Pero mira aquí… dónde esos cables se encuentran con la superficie.

Dadab siguió la dirección del dedo del otro. Había una masa de glifos de Reclamación apelotonados al final de los cables. Pero cerca de éstos había otro conjunto de símbolos Forerunner: un rombo de brillantes glifos verdes flotando por encima del emplazamiento del punto de encuentro sugerido por los alienígenas.

—Interceptamos una señal —prosiguió Maccabeus—. Y asumimos que era una baliza… un indicador para el lugar de la negociación. —Miró el rombo verde con cara de pocos amigos—. Pero nuestro Luminar hizo su propia evaluación. Me gustaría que la explicaras.

—Es… difícil de decir, caudillo.

Pero Dadab mentía. Sabía muy bien que uno de los símbolos significaba «inteligencia», otro «asociación», y un tercero «prohibido». Y en cuanto al cuarto

glifo, el que centelleaba pasando de amarillo a azul en la punta del rombo… Dadab se aclaró nerviosamente la garganta.

—Si tuvierais una biblioteca podría…

—No la tenemos. —Los ojos de Maccabeus perforaron los de Dadab—. Una de las muchas cosas esenciales que los Sangheilis consideraron conveniente negarnos. Me temo que tengo que atenerme a tu opinión experta.

—Bien, entonces. Veamos…

Escrutó con calma los glifos. Pero en su interior temblaba de miedo. «¡Lo sabe! ¡Sabe todo lo que he hecho! ¡Y todo esto no es más que una trampa para obtener mi confesión!»

Pero entonces alguna pequeña parte, todavía racional, del cerebro del Diácono sugirió que era posible que el caudillo en realidad no tuviera la menor idea de lo que significaban los glifos, en especial el que centelleaba con tanta insistencia. Era un símbolo arcano que tan sólo algunos sacerdotes San'Shyuums y seminaristas Unggoys empollones se molestarían en recordar.

Y si Dadab no hubiese estado tan aterrado, se habría sobrecogido cuando anunció:

—¡Desde luego! ¿Cómo pude ser tan estúpido? ¡Estas Luminaciones sugieren un Oráculo!

Maccabeus se apartó de la barandilla. Las feromonas de Tartarus y Vorenus se desataron. Los otros Jiralhanaes desviaron los ojos de sus terminales y dirigieron miradas furtivas al holoproyector. Pero nadie habló, y durante un buen rato reinó un silencio reverencial en el puente.

—¿Puede ser eso? —preguntó por fin Maccabeus, con la voz convertida en un susurro gutural—. ¿Un relicario, un Oráculo?

—¿A quién otro dejarían los dioses para salvaguardar un tesoro tan esplendido? —respondió Dadab.

—Una sabia observación, Diácono. —Maccabeus alzó una zarpa cubierta de pelos grises y la posó sobre la cabeza de Dadab.

Con un veloz apretón de los dedos, el Jiralhanae podría haber aplastado el cráneo del Unggoy; pero Dadab esperaba que el gesto fuese tan sólo una señal del creciente reconocimiento del caudillo por su ayuda como pastor de los Unggoys del crucero y traductor del inestimable Huragok. En aquel momento todos sus temores empezaron a desvanecerse.

—¡Hermanos! —gritó Maccabeus, volviéndose hacia su manada—. ¡Somos en verdad bienaventurados!

Apartándose del proyector, el caudillo echó la cabeza hacia atrás y aulló. Al instante, los otros Jiralhanaes unieron sus voces al aullido, creando un jubiloso coro atronador que sacudió el puente y resonó por el hueco central del *Rapid Conversion*. Pero hubo un miembro de la manada que no tomó parte.

—¿Estás seguro —preguntó Tartarus, mirando con ojos entornados los arcos

amarrados por encima del planeta— de que esto no es una plataforma armada? La cinética no queda registrada en nuestros escáneres. Y es lo bastante grande para contener misiles. —El aullido de la manada se fue apagando, pero Tartarus persistió, sin hacer caso del incómodo silencio—. Deberíamos destruirla, así como todos los contactos cercanos. Nuestros aguijones láser deberían ser suficientes. No hay necesidad de mostrarles que tenemos un cañón láser.

La no participación en el aullido era un desafío directo a la supremacía de Maccabeus, y a lo largo de su vida el caudillo había derramado sangre por ofensas mucho menores. Pero estaba absolutamente sereno cuando se volvió hacia su sobrino.

—Tu suspicacia está muy en consonancia con tu cargo. Pero ahora podemos dar testimonio de una divinidad tangible. —Maccabeus concedió a Tartarus un momento para que se apartase del proyector, mirara a su caudillo a los ojos y comprendiera la magnitud de su insubordinación…, lo peligroso de su situación—. ¿Si hay un Oráculo en este mundo, sobrino, debemos responder a su llamada a la paz con violencia?

—No, tío —respondió Tartarus—. No, caudillo.

Maccabeus dilató los orificios nasales. El aroma a enfado del Jiralhanae más joven estaba desapareciendo, y sus glándulas producían en aquellos momentos el aroma inconfundible de la sumisión.

—Entonces mantengamos nuestras armas estibadas. —Posó ambas zarpas sobre los hombros de Tartarus y lo zarandeó con afecto—. No daremos a los alienígenas motivos para temernos. No hay ninguna razón para ocultar lo que buscamos.

Tras decir eso, el caudillo inició otro aullido, y esta vez Tartarus se apresuró a unirse a él, y antes de que se diera cuenta, Dadab también lanzaba vítores al unísono, con los finos labios fruncidos dentro de la máscara.

El Diácono no era tan estúpido como para pensar que se había convertido de algún modo en un miembro de la manada. Siempre sería alguien que no pertenecía allí. Pero era el Diácono del crucero, y aquello era un motivo de celebración. A pesar de sus deslices, y en contraposición a sus temores, Dadab había hallado por fin su vocación…, su ministerio y su rebaño.

15

HARVEST, 11 FEBRERO 2525

A Avery siempre le había gustado actuar antes de la primera luz del día. Algo sobre lo inevitable del amanecer intensificaba sus sentidos; hacía que estuviera más alerta. Inhalando el fresco aire de lo que no tardaría en ser un día caluroso y húmedo, Avery se preguntó si los alienígenas compartían su preferencia. Soltando el aire, esperó que no fuera así. Se suponía que hoy tendría lugar una negociación pacífica; pero por si acaso las cosas salían mal, Avery quería todas las ventajas que pudiera obtener.

—¿Estás cansado, Osmo?

—No, sargento mayor.

—Si sigues bostezando de ese modo, voy a sacarte de la fila.

—Sí, sargento mayor.

La milicia estaba reunida en el jardín botánico de Harvest, el parque más grande del planeta después del paseo de Utgard. Situados a unos ciento cincuenta kilómetros al sureste de la capital, los jardines eran el emplazamiento más apartado y, sin embargo, majestuoso que la capitana de corbeta Al-Cygni pudo encontrar. De haber decidido Avery, éste habría trasladado la reunión aún más lejos; no tan sólo de Utgard, sino de cualquier centro de población. Pero el gobernador Thune estaba dispuesto a correr el pequeño riesgo de una observación por parte de civiles a cambio de la grandiosidad escénica que consideraba necesaria para el primer encuentro formal con seres alienígenas.

Y Avery tenía que admitirlo: los jardines eran espléndidos.

El parque descendía hasta el Bifrost en tres niveles ajardinados, el inferior de los cuales era una amplia extensión de hierba cuidadosamente recortada que crecía justo hasta el precipicio. Allí el Bifrost sobresalía en un insólito promontorio; un espolón de piedra caliza barrida por el viento que proporcionaba vistas panorámicas de la llanura de Ida. Al norte del promontorio había una cascada espectacular: el brusco final del río Mimir, que se originaba en las tierras altas de Vigrond y finalizaba justo al sur de Utgard. Las aguas transparentes del Mimir rodaban por la escarpadura hasta el turbio y lento Slidr: un río que reseguía el contorno del Bifrost y desaguaba en el mar meridional de Harvest.

De pie en el centro del nivel inferior, Avery no podía ver las cascadas al otro lado de una franja de magnolios, pero podía oírlas: el agua estrellándose contra las rocas, como un trueno interminable; un toque de diana para un mundo que aún no había

despertado al peligro que corría.

El sargento mayor escrutó los rostros de la escuadra Alfa del primer pelotón. Los doce reclutas permanecían en dos filas en lados opuestos de una «X» enorme hecha con luces de aterrizaje. Las brillantes bombillas tenían como objetivo servir de confirmación visual a las instrucciones que los JOTUN todo en uno de Mack habían grabado en el casco del carguero.

Los trajes de faena color caqui de los reclutas estaban recién planchados y las botas lustradas…, no era la clase de cosa que harían si hubieran querido fundirse con la vegetación circundante. Pero Avery sabía que todo formaba parte del plan de Al-Cygni: hacer que los alienígenas se sintieran bienvenidos, pero también dejarles saber con exactitud qué era lo que tenían delante.

La mano de Osmo salió disparada hacia la boca, sofocando un nuevo bostezo. Él y los demás reclutas habían estado en pie gran parte de la noche, ayudando a Avery y a Byrne a ocultar equipos de vigilancia en los árboles: docenas de pequeñas cámaras e incluso unas cuantas unidades ARGUS compactas.

—Se acabó, recluta. Sal de la fila.

Avery alargó un pulgar en dirección a los magnolios que bordeaban el extremo norte de la extensión de hierba. Oculto en las rocas cubiertas de musgo y helechos situadas entre los árboles y el río estaba el refuerzo de la 1/A: Stisen y el resto de los reclutas de la 2/A.

—Pero sargento ma…

—Pero ¿qué?

Las gruesas mejillas de Osmo se sonrojaron.

—Este recluta quiere permanecer con su escuadra. —Osmo cerró con más fuerza la mano que sujetaba la correa del MA5, apretando el rifle contra la espalda—, ¡Quiere cumplir con su deber!

Avery frunció el entrecejo. Habían transcurrido menos de cuarenta y ocho horas desde las maniobras en el complejo del reactor; desde que el capitán Ponder había comunicado la noticia de la llegada de los alienígenas. El oficial había expuesto las cosas, llanas y simples, justo en mitad de la cena para celebrar la victoria de los reclutas: Alienígenas hostiles habían descubierto Harvest, y correspondía a la milicia ocuparse de la situación hasta que llegara ayuda. El comedor de la guarnición había quedado en silencio tan de prisa que Avery pensó que los reclutas estaban a punto de salir corriendo…, de pasar a la categoría de ausentes sin permiso en aquel mismo instante.

Pero en el silencio anonadado que siguió al anuncio de Ponder, nadie se movió. Por fin, el capitán preguntó si los reclutas tenían alguna pregunta. Stisen había sido el primero en alzar la mano.

—¿Somos los únicos que lo sabemos, señor?

—Más o menos.

—¿Podemos contárselo a nuestras familias?

—Me temo que no.

—Quieren que mintamos. —Stisen había paseado una veloz mirada por el comedor—. Como nos han estado mintiendo a nosotros.

Ponder extendió un brazo para mantener a Byrne en su asiento.

—Si les hubiésemos contado la verdad, que esperábamos a alienígenas, no a Innies, ¿habría cambiado algo? —El capitán percibió un montón de miradas suspicaces—. ¿Habrían rehusado servir? Sus familias y vecinos no corren un peligro menor. Ustedes son la única protección que tienen. —Luego, señaló con la cabeza a los sargentos mayores—. Los hemos entrenado. Están preparados.

Dass fue el siguiente en ponerse en pie.

—¿Para qué, señor? Exactamente.

Ponder hizo una seña a Healy para que apagara los fluorescentes y encendiera un equipo de monitor y vídeo fijados en la pared.

—Les contaré todo lo que sabemos.

La capitana de corbeta había preparado una buena sesión informativa, y los reclutas prestaron mucha atención; en especial durante las secuencias procedentes de la cámara del casco de Avery relativas a su pelea a bordo del carguero. Byrne permaneció impasible mientras volvía a contemplar cómo uno de los alienígenas con traje de vacío le clavaba profundamente el cuchillo rosa en el muslo. Lo mismo hizo Avery mientras se lo vio alzar la pistola M6 hasta la barbilla de otro extraterrestre y volarle los sesos por todo el interior del casco. Cuando la filmación lo mostró yendo en dirección al umbilical pisándole los talones al líder extraterrestre que se batía en retirada, Avery advirtió que los reclutas le dirigían una veloz mirada e intercambiaban gestos de aprobación con la cabeza.

Avery no había atribuido ninguna valentía particular a sus acciones. Y en retrospectiva, comprendió que abalanzarse al interior de la nave extraterrestre había sido de lo más peligroso. Una parte de él deseó que Al-Cygni hubiese incluido todo el metraje —mostrado la explosión de metano y el gateo frenético de Avery para huir de la bola de fuego—, aunque sólo fuera para demostrar a los reclutas que en ocasiones la cautela era la mejor parte del valor. Pero en su lugar, el fotograma final congelado fue el de la nave extraterrestre estallando en pedazos al mismo tiempo que el balandro de la capitana de corbeta se alejaba del carguero; un final victorioso que hizo que los reclutas empezaran a farfullar emocionados mientras Healy encendía las luces.

No fue hasta más tarde, cuando el comedor quedó vacío y los sargentos mayores y el capitán se pusieron a planear el mejor modo de asegurar los jardines, que Avery comprendió por qué los reclutas habían estado tan optimistas. La presentación demostraba que se podía matar a los alienígenas; mostraba que se podía mantener Harvest a salvo con unas pocas balas bien colocadas. Y si los reclutas valoraban alguna parte de su adiestramiento, era que se sabían capaces de apuntar con un rifle y disparar.

Por desgracia, algunos reclutas estaban menos seguros de sí mismos que otros. Y

cuando Osmo se estremeció nerviosamente, Avery posó una mano en el hombro del recluta y lo encaminó hacia los árboles.

—Es necesario que demos una buena impresión, ¿entendido?

—Sí, sargento mayor.

Avery le dio una palmada en el trasero, acelerando su retirada.

—De acuerdo pues. Vamos.

Mientras el desilusionado recluta trotaba hacia el norte, la voz de Jenkins crepitó en el auricular de Avery.

—Forsell tiene contactos térmicos. A las diez en punto en lo alto.

El sargento mayor escrutó el cielo al oeste, pero no pudo ver nada a simple vista.

—¿Cuántos?

—Dos —respondió Jenkins—. ¿Quiere que los marquemos?

Siguiendo órdenes de Avery, los tiradores del primer pelotón habían ocupado posiciones en un ornamentado invernadero del extremo oriental de los jardines; un blanco edificio curvilíneo que habría estado en su elemento en un parque europeo del siglo XIX. Claro que lo que en ese caso habría sido un armazón de hierro forjado era ahora un enrejado de titanio y miles de hojas de cristal y plástico inastillable. Construido de un extremo al otro del nivel superior, el invernadero tenía un aspecto tan majestuoso como aquellos que lo habían inspirado.

—Negativo —respondió Avery—. Ya no tardarán en estar aquí.

Los tiradores estaban acurrucados en una terraza que recorría la cúpula elíptica central del invernadero y proseguía a lo largo de los tejados de las dos alas, lo que les proporcionaba una vista excelente de los jardines y el cielo sobre sus cabezas. La mira telescópica de Forsell estaba equipada con un láser de selección de objetivo que podía aislar los dos contactos y generar datos para el reglaje del tiro. Pero una vez más, la capitana de corbeta Al-Cygni había sido muy clara: los marines y sus reclutas debían minimizar, tanto como fuera posible, comportamientos que los alienígenas pudieran considerar hostiles. Tirando del portafusil de su propio rifle, Avery volvió a preguntarse cuánto tenían en común los alienígenas y él… si ellos mostrarían una contención similar.

—Se acerca compañía, capitán —gruñó Avery al micro que llevaba en la garganta —. ¿Cómo está nuestro perímetro?

—Las escuadras Charlie informan que todo está despejado —respondió Ponder.

La 1/A y la 2/A estaban desplegadas en la entrada principal de los jardines y en la salida que llevaba a ella desde la autovía de Utgard, respectivamente. Los marines no esperaban tráfico (era martes, y los jardines eran principalmente un destino de fin de semana), pero todo lo que haría falta sería un único grupo de amantes de las plantas madrugadores para echar por tierra la confidencialidad del encuentro. O peor: difundir un pánico prematuro.

—¿Y nuestro grupo de bienvenida? —preguntó el capitán.

Avery estudió a los reclutas de la 1/A que quedaban.

—Listos, señor.

—Manténgalos calmados, Johnson. Las armas con los seguros y al hombro.

—Recibido.

Durante unos escasos largos segundos no hubo conversaciones a través de la radio mientras todos los reunidos en el jardín inspiraban profundamente. Avery oyó cómo el Mimir corría a su caída en picado. El ruido de las cascadas apagaba el sonido de todas las aves excepto las más entusiastas, que justo en aquellos momentos iniciaban sus llamadas matutinas en lo más profundo de los magnolios. Al igual que la exótica flora del invernadero, las aves eran importadas: estorninos y otras especies resistentes traídas a Harvest para ayudar a contener la población del planeta compuesta esencialmente por insectos.

Poco a poco, los gritos de las aves quedaron sofocados por un gemido pulsante que aumentó de intensidad hasta vencer, incluso, al poderoso rugido del Mimir.

Avery miró al cielo con los ojos entornados desde debajo del borde de su gorro reglamentario. En la neblina azul intenso que empezaba a iluminarse vio dos sombras oscuras siguiéndose la una a la otra, como tiburones rondando los bajíos de un mar agitado por la tormenta.

—Sargento mayor… —empezó a decir Jenkins.

—Los veo. —Se colocó bien la gorra sobre la frente—. ¡Escuadra! ¡Firmes!

Mientras la 1/A se cuadraba, un par de naves alienígenas emergieron de la neblina. Con las placas moradas del casco centelleando, descendieron en dirección al Bifrost y luego iniciaron un amplio círculo alrededor de los jardines.

Los diseños ahorquillados de las naves hicieron pensar a Avery en dos remolques acoplados a una cabina común, pero viajando marcha atrás. A diferencia de la mayoría de los aparatos humanos, las cabinas de las naves de desembarco estaban ubicadas en las popas de las naves. Avery pudo ver una única arma evidente en cada nave: una torreta esférica con un único cañón suspendida bajo la cabina. Las naves parecían no tener motores ni propulsores, pero cuando los transportes completaron el primer círculo y uno de ellos aminoró la velocidad por encima del promontorio, Avery advirtió que la atmósfera alrededor de la nave ondulaba, e imaginó que debían de contar con alguna clase de campo antigravitacional para la elevación y propulsión.

—¡Retroceded! —gritó cuando la nave bajó en picado hacia el césped—. ¡Va a necesitar más espacio!

Los reclutas retrocedieron de espaldas con más velocidad que decoro, y el vehículo planeó y fue a detenerse justo encima de la X iluminada. Las bombillas parpadearon y se apagaron y la hierba se aplastó bajo la presión de un campo invisible. Con un hormigueo en la piel, Avery contempló cómo se condensaba agua alrededor del campo de energía, definiendo su forma ovoide, para a continuación caer en una única cortina de lluvia al disolverse el campo. La cabina curvilínea de la nave se asentó sobre el césped, pero los dos compartimentos permanecieron inmóviles en el aire, paralelos al suelo.

—¡Formen! —bramó Avery, y los reclutas de la 1/A volvieron a colocarse en posición: dos filas a cada lado del transbordador.

En seguida, uno de los compartimientos se abrió a lo largo del borde inferior. El interior de la nave estaba en penumbra, y Avery tardó un momento en distinguir a los tres alienígenas de lo que los circundaba.

En parte fue debido a que la armadura de las criaturas brillaba con el mismo resplandor apagado que las bandas de metal que las mantenían bien sujetas y erguidas. Pero también porque los alienígenas no se parecían en nada a los que Avery había combatido a bordo del carguero. Aquéllos hicieron pensar al sargento mayor en reptiles erguidos; los que ahora se soltaban con una sacudida de los arneses parecían la progenie improbable de un gorila y un oso pardo; gigantes hirsutos con espaldas tan anchas como alto era el ser humano medio y puños que podían circundar con facilidad la cabeza de Avery.

—¿Señor? —A pesar de la humedad del aire, Avery sintió que se le secaba la boca —. Esto no es lo que esperábamos.

—Explíquese —contestó Ponder.

—Son más grandes. Llevan blindaje.

—¿Armas?

Avery reparó en la presencia de espolones afilados sobresaliendo de las placas metálicas que ceñían los pechos, hombros y muslos de los alienígenas. Estos resultarían letales en una pelea a corta distancia. Pero cada extraterrestre llevaba también una arma robusta de cañón corto sujeta al cinto. Al principio Avery pensó que también llevaban cuchillos, pero luego comprendió que las cuchillas en forma de media luna estaban fijadas a las armas como bayonetas; puntiagudas para apuñalar y curvas para acuchillar. El extraterrestre que Avery decidió que era el jefe —el que llevaba una coraza dorada y casco con una cimera en forma de «V» que se extendía hacia atrás desde la cabeza como dos dentadas hojas de sierra— llevaba un objeto adicional: un martillo de mango largo con una cabeza de piedra que debía de pesar al menos tanto como Byrne.

—Artillería pesada —respondió Avery—. Y un martillo.

—¿Quiere repetir eso?

—Un martillo gigante, señor. Lo lleva su líder.

Ponder hizo una pausa para considerarlo un momento.

—¿Algo más? —preguntó luego.

Al mismo tiempo que se dirigía hacia el borde del compartimiento, las fosas nasales del extraterrestre de la armadura dorada se ensancharon. Giró con brusquedad la barbilla hacía los árboles —directamente al escondite de la 2/A— y sus escoltas de corazas azules mostraron los descomunales caninos, acusando recibo del olor de los humanos con gruñidos de recelo.

—La barbacoa no habría estado mal… —masculló Avery.

—¿Repita?

—No son vegetarianos, señor. Quizá querría recomponer la mesa.

Hubo una pausa mientras Ponder transmitía la información a la capitana de corbeta Al-Cygni y al gobernador Thune.

—No hay tiempo para eso, Johnson. Tráigalos.

Avery no tenía conocimiento de todas las discusiones sobre protocolo de Al-Cygni y Thune; todo lo que habían decidido hacer para que sus visitantes alienígenas estuvieran cómodos. Pero Jilan le había contado que el primer carguero que los alienígenas habían atacado transportaba fruta, y que Thune y ella habían acordado que más productos resultarían un buen regalo de bienvenida. Simbólicamente, una ofrenda de frutas y verduras ponía de relieve el pacífico propósito agrario de Harvest, y tal oferta, de compartir la munificencia del planeta, había servido como base para los grabados de Mack.

Pero ahora —al contemplar los físicos carnívoros y las armas brutales de los alienígenas— Avery tuvo claro que no habían descendido a la superficie con la esperanza de encontrar una rica ensalada de fruta. Querían algo más. Y parecían preparados para tomarlo en el caso de que alguien se negara.

Avery se encaminó hacia la nave de desembarco y se detuvo a unos pocos metros frente a la criatura con la armadura dorada. La imponente bestia entornó los ojos amarillos.

—Dass. Ven a mi lado —dijo Avery—. Despacio y con cuidado.

El jefe de la escuadra 1/A abandonó la formación y avanzó hasta llegar junto a Avery. Con movimientos lentos y deliberados, Avery descolgó del hombro su BR55, soltó el cargador, tiró del mecanismo para que expulsara una solitaria bala de la recámara, y entregó tanto el arma como la munición a Dass. Los ojos del extraterrestre centellearon mientras observaba cada paso del proceso de descarga del arma. Avery extendió las manos vacías, poniendo énfasis en la acción. «Bien —pensó —. Ahora te toca a ti».

Con una brusca exhalación, el extraterrestre de la armadura dorada agarró su martillo por debajo de la cabeza, lo deslizó hacia arriba y por encima del hombro y a continuación se lo tendió al más bajo de sus escoltas de armadura azul. El otro extraterrestre pareció reacio a tomar el arma, y sólo lo hizo después de que el líder soltara un enfático exabrupto. Luego, imitando a Avery, estiró las peludas zarpas, mostrando unas uñas negras y puntiagudas.

Avery asintió.

—Dass. Retrocede.

Mientras el jefe de la escuadra regresaba a la formación, Avery se llevó una mano al pecho, luego señaló el invernadero. Al-Cygni lo había animado a mantener los gestos de las manos (y los insultos no deliberados que podían suponer) al mínimo. Pero no había hecho falta convencer a Avery. Estaba más que seguro de que los alienígenas se sentían ya ofendidos por lo que Byrne y él le habían hecho a su primera nave y su tripulación, y sabía que agitar los brazos y comunicar erróneamente por

señas el equivalente a «Vete a la mierda» no disminuiría su resentimiento.

Así que se dedicó a tender la mano y a señalar con ella hasta que la criatura de la coraza dorada saltó fuera del compartimiento, estremeciendo la hierba y hundiéndose sus buenos quince centímetros en el césped. Los milicianos de pie al otro lado de la nave, que todavía no habían visto a los alienígenas, dieron un nervioso paso atrás. Unos cuantos parecieron estar a punto de salir corriendo hacia los árboles.

—Tranquilos —gruñó Avery a través del micro de la garganta mientras los escoltas de las corazas azules descendían al suelo con un retumbo.

Ahora que los tres estaban fuera, Avery advirtió que cada uno tenía un pelaje de distinto color asomando en mechones por distintas aberturas de la armadura. El del líder era gris claro, casi plateado. Uno de los escoltas tenía el pelo marrón oscuro, y el otro, marrón claro. Este segundo escolta era, de hecho, un poco más alto que el líder y más fornido, aunque Avery sabía que eso era un poco como comparar dos modelos de carros de combate: uno podría pesar más que el otro, pero ninguno de los dos tendría problemas para aplastar a los reclutas de la 1/A.

Pero por el momento, las criaturas parecían ansiosas por complacerlos. El líder se colocó una palma greñuda sobre el pecho y señaló a Avery, luego al invernadero. Avery asintió, y al poco, el insólito cuarteto desfilaba por el césped hacia una escalera de granito que ascendía hasta el nivel medio de los jardines; Avery en cabeza, luego el extraterrestre de la armadura dorada, y a continuación los dos escoltas.

—Estamos en marcha —musitó Avery por el micro—. Todo bien hasta el momento.

En lo alto de la escalera, un sendero de losas recorría una arboleda de cerezos y perales en flor. Los árboles habían estado en floración durante semanas, y las flores habían empezado a caer sobre las piedras toscamente talladas del sendero. Mientras los alienígenas avanzaban con pasos pesados, los pétalos rosados y amarillos se pegaban a sus anchos pies desnudos, creando agujeros más amplios en una alfombra ya fragmentada. Por desgracia, el aroma a dulce descomposición de los pétalos no servía de mucho para enmascarar el olor a almizcle de los recién llegados. El potente olor crispaba los nervios de Avery, v éste se preguntó cómo lo interpretarían las unidades ARGUS.

A mitad de camino de otra escalinata que ascendía hasta el invernadero, el sendero se ensanchaba para dar cabida a una fuente rectangular a nivel del suelo. Los surtidores tenían un temporizador y aún no se habían activado. Por el momento las poco profundas aguas estaban quietas, y mientras conducía al grupo por el lado meridional de la fuente, Avery vio al segundo transporte extraterrestre —todavía describiendo una amplia curva por encima de los árboles— reflejado en las frías aguas transparentes. La nave se movía más despacio ahora, y a Avery le costó diferenciar el gemido de su fuerza motriz del estruendo de las agitadas aguas del río.

Al ascender la segunda escalera, el sargento mayor vio a las escuadras Bravo de ambos pelotones en filas escalonadas ante el invernadero. Entre ellas y la escalera —

en mitad del césped del nivel superior— había una amplia mesa de roble cubierta por un blanco mantel limpio y almidonado, y coronada con un generoso cesto de fruta. Avery dio unos cuantos pasos hacia la mesa y luego se volvió hacia los alienígenas, con las palmas alzadas en una seña para que se detuvieran. Pero las tres bestias acorazadas ya se habían detenido, y las tres tenían la vista fija en la entrada con el tejado a dos aguas del invernadero, donde la delegación de la humanidad acababa de aparecer: Thune, Pedersen, Ponder y Al-Cygni con el sargento mayor Byrne en la retaguardia.

Pedersen llevaba su acostumbrado traje de lino gris, en tanto que el gobernador lucía una variación en amarillo sobre blanco del traje de lino que había lucido para la celebración del solsticio. Como de costumbre, la mole del gobernador tensaba las costuras del traje, dándole más el aspecto del granjero aburguesado que era que el de político poderoso que esperaba que los alienígenas percibieran. Pero a pesar de la estrechez de la tela, Thune avanzó a grandes zancadas —sacando pecho y con los hombros echados hacia atrás—, a un paso que daba a entender que no lo intimidaba más el acorazado trío que un grupo de parlamentarios de Harvest.

El capitán y la capitana de corbeta llevaban sus uniformes de gala y sombreros; él vestía el azul marino del cuerpo de marines y ella iba de blanco. En un esfuerzo por ayudar a los alienígenas a diferenciar los sexos, Al-Cygni había optado por una falda hasta la rodilla. Al igual que Avery, Byrne llevaba traje de combate y la misma mirada sombría de expectativas incumplidas: «Éstos no son los enemigos que esperábamos». Los ojos azules del alto irlandés iban de un lado a otro por debajo del borde de la gorra mientras se apresuraba a evaluar las armas y el blindaje de los alienígenas.

—Gracias, sargento mayor —dijo Thune—. Yo me ocuparé a partir de ahora.

—Sí, señor.

Avery giró sobre los talones y fue hasta la parte delantera de la mesa, donde se reunió con Jilan. Byrne se colocó en el rincón noroeste, flanqueando a Ponder. Pedersen fue a situar-se entre Thune y la mesa, con una gran placa de datos COM sujeta bajo el brazo.

—¡Bienvenidos a Harvest! —saludó Thune con una sonrisa radiante—. Soy su líder. —Se dio un golpecito en el pecho—. Thune.

El extraterrestre de la coraza dorada resopló. Pero no dio ninguna indicación de si aquello era su especie, rango o nombre; o a lo mejor simplemente quería que el gobernador siguiera adelante con su ininteligible presentación.

A pesar de la barrera del lenguaje, Al-Cygni había considerado sensato intentar al menos la comunicación verbal, aunque sólo fuera para registrar algo del habla de los alienígenas para un posterior análisis. Thune había insistido en ser él quien hablara, y si bien la capitana no había disentido, hizo un esfuerzo por dejar claro que la brevedad era clave; que lo peor que Thune podía hacer era contrariar a los alienígenas hablando en demasía.

El gobernador aguardó, dando al líder la oportunidad de efectuar algún

comentario. Pero la criatura no dijo nada. Thune estaba a punto de embarcarse en una presentación ampliada cuando Al-Cygni tosió. Avery supo que a Jilan le había quedado tan claro como a él que los alienígenas no tenían demasiada paciencia. Si bien el que llevaba la coraza dorada había tenido la disciplina de permanecer concentrado en Thune mientras éste hablaba, su pelaje había empezado a erizarse. Y Avery no podía estar seguro, pero el más bajo de los escoltas parecía desprender un olor mucho más acre.

Thune lanzó a Al-Cygni una mirada irritada, pero hizo una seña a Pedersen para que avanzara. El ministro de Justicia sacó la placa de datos COM de debajo del brazo y la alargó hacia los alienígenas. Al cabo de un momento, una versión orquestal del himno de Harvest gorjeó por los altavoces de la tablilla y una presentación en vídeo ocupó la pantalla. Avery había visto la presentación la noche anterior; una variación de la introducción planetaria oficial que había contemplado durante su descenso inicial desde la Tiara. Aunque en ésta faltaba la narración de Mack, contenía secuencias bucólicas similares: JOTUN trabajando en los campos, góndolas cargando productos en contenedores de carga, familias disfrutando de su comida; un montaje de fragmentos que proporcionaban una buena perspectiva general de la vida en Harvest al mismo tiempo que evitaba cualquier insinuación de que podrían existir otros mundos como él.

La presentación siguió durante algún tiempo. Pero Avery sabía que no era realmente en beneficio de los alienígenas. En algún punto, Mack —que supervisaba todo el equipo de vigilancia a través de un potente relé oculto en el invernadero— empezó a manipular la presentación para poner a prueba las reacciones de los alienígenas. ¿Los intimidaba la visión de los JOTUN? ¿Y si así era, cómo lo manifestaban en lenguaje corporal? Avery había trabajado lo suficiente con oficiales de la ONI para saber lo mucho que hacían hincapié en obtener buena información, y estaba seguro de que Jilan había dado a la IA una larga lista de preguntas.

Pero mientras observaba cómo la segunda nave efectuaba otra pasada por los jardines, desapareciendo brevemente tras los árboles situados al norte antes de volver a aparecer a toda velocidad, Avery se preguntó cuánto tiempo iba a dejar Al-Cygni que siguiera el experimento. Después de que los alienígenas se hubieran removido en sus corazas durante casi cinco minutos, la mujer se arregló con toda tranquilidad el apretado moño en que llevaba recogida la negra cabellera tras la nuca: una señal sutil a Mack, que observaba a través de las cámaras, para que parara la emisión. Al cabo de un momento, la repetición continua del himno de Harvest cesó, poniendo fin a la presentación. Pedersen volvió a meterse la placa de datos bajo el brazo.

La criatura de la coraza dorada gruñó algo a su escolta más bajo, quien sacó una pequeña lámina cuadrada de metal del cinturón. El líder tomó la lámina y se la entregó a Thune. Con una sonrisa educada, el gobernador estudió la ofrenda. Al cabo de un momento, sonrió radiante a su ministro de Justicia.

—Mira esto, Rol. ¿Ves el dibujo? ¡Igual al que hicimos en el carguero!

—Creo que es un trozo del carguero.

—Pero ¿ves lo que han grabado?

Pedersen estiró el cuello hacia la lámina.

—Quieren hacer un canje.

—¡Exactamente!

—Gobernador —intervino Jilan—. Si me permite.

Thune retrocedió hasta la mesa y entregó la lámina a Jilan. Avery miró por encima del hombro de la mujer para echar también una ojeada.

Era, en efecto, un pedazo del casco de titanio del carguero; un recuadro perfecto, cortado con precisión. La imagen la dominaban dos figuras, las dos grabadas con más realismo que las de Mack. Una era claramente el extraterrestre de la coraza dorada; llevaba un martillo a la espalda y lucía un casco con la misma cimera en forma de V. El humano parecía varón, pero podría haber sido cualquiera. Ante la sorpresa de Avery, el hombre ofrecía lo que parecía un melón enorme con una corteza multicolor. Thune debió de haber hecho la misma conexión porque rebuscó en las profundidades del cesto y extrajo un melón francés grande y oloroso. Sonriendo aún más ampliamente que antes, llevó la fruta al extraterrestre de la coraza dorada y se la ofreció con una inclinación.

—Por favor, cójalo —dijo el gobernador—. Podemos darles muchos más.

El extraterrestre tomó el melón y lo olisqueó con cautela.

Mientras Thune empezaba a hablar largo y tendido sobre las virtudes del comercio entre especies, Jilan dio la vuelta a la lámina. Avery vio cómo el cuello desnudo de la mujer se agarrotaba.

—Gobernador, no quieren comida.

—No esté tan segura, capitana. Creo que éste está a punto de dar un bocado.

—No. —Jilan mantuvo un tono de voz uniforme—. Mire.

Y Avery lo hizo. En el otro lado de la lámina había una imagen ampliada del melón, que ahora comprendió que era un mapa de Harvest, centrado en Utgard. Lo que Avery había pensado que eran texturas en la corteza eran en realidad detalles de la superficie: líneas maglev. carreteras y contornos de asentamientos importantes. Los alienígenas habían efectuado un reconocimiento completo y añadido alguna clase de anotación.

Había símbolos elaborados desperdigados por todo el planeta. Cada símbolo era idéntico, y cada uno consistía en dos círculos concéntricos con una filigrana de curvas entrelazadas. Avery no tenía ni idea de qué representaban los símbolos, pero eso no venía al caso. Jilan expresó en voz alta lo que él acababa de comprender.

—Buscan algo concreto. Algo que creen que les pertenece.

Thune contempló fijamente la lámina de metal, haciendo todo lo posible por mantener una sonrisa diplomática mientras Jilan la giraba a un lado y a otro.

—Gobernador —musitó la mujer—, quieren que les entreguemos todo el planeta.

En aquel momento, la criatura de la armadura dorada vociferó algo y alargó el

melón a Pedersen.

—No, no. —El ministro de Justicia alzó una mano y dio un paso atrás—. Quédeselo.

El extraterrestre ladeó la cabeza y volvió a vociferar. Avery tuvo la seguridad entonces de que el aroma almizcleño que emitía el escolta más bajo había adquirido más intensidad. Arrugó la nariz cuando ésta se llenó del olor a vinagre y brea, y contuvo el impulso de desenfundar la pistola M6 que llevaba colgada a la cadera. En aquel momento, una ráfaga corta de un MA5 resonó desde el nivel más bajo del jardín. Avery no sabía si era un disparo sin consecuencias producto del nerviosismo o el inicio de un tiroteo; pero en el breve silencio que siguió, oyó un gutural aullido extraterrestre procedente de los árboles situados a lo largo del río.

Tras eso, las cosas sucedieron muy de prisa.

El escolta más alto extrajo su pistola del cinto antes de que Avery pudiera desenfundar o Byrne descolgar el rifle del hombro. El arma terminada en una hoja afilada retumbó, y una púa de metal brillante como magnesio encendido chisporroteó en el pecho de Pedersen. El ministro dejó caer el melón y la placa de datos COM y cayó de rodillas, con las mandíbulas abriéndose y cerrándose como un pez fuera del agua. Era quien estaba más cerca del líder de la armadura dorada… la desafortunada víctima de la proximidad.

Los sargentos mayores dispararon por su parte a los escoltas más cercanos a sus posiciones: Byrne al más alto, Avery al más bajo. Pero sus balas no tenían ningún efecto sobre la armadura de los alienígenas. De hecho, en ningún momento la tocaron, pues cada proyectil era desviado por escudos invisibles de energía que seguían los contornos de la armadura y relucían a cada impacto.

—¡Al suelo! —aulló Avery a Thune, cuando el escolta más bajo arrojó al líder su martillo, y a continuación placó a Jilan, arrojándola al suelo con rudeza.

En un instante, el gigante de pelo plateado levantó su arma por encima de la cabeza, listo para un golpe de través. A Thune le habrían arrancado la cabeza limpiamente de los hombros de no haberlo apartado el capitán Ponder de un empujón y recibido él el golpe. El martillo lo alcanzó en el brazo ortopédico y envió al oficial dando tumbos por los aires. Aterrizó más allá de Byrne y resbaló unos buenos veinte metros sobre la hierba empapada de rocío.

El escolta más bajo había sacado ya la pistola con las hojas en el extremo. Al mismo tiempo que la criatura apuntaba a Avery, éste abrazó a Jilan con fuerza…, protegiendo su cuerpo más pequeño con el propio. Dispuso de un instante para pensar en la declaración de Ponder de que habían adiestrado bien a los reclutas —que éstos estaban listos para tomar en una fracción de segundo las decisiones a vida o muerte que exigía el combate— cuando oyó el agudo estallido triple del BR55 de Jenkins. El escolta más bajo aulló sorprendido cuando una ráfaga golpeteó contra su casco, empujándole con fuerza la cabeza hacia atrás. Luego, todo lo que Avery pudo oír fue el chasquido seco de las balas por encima de su cabeza mientras los

veinticuatro reclutas abrían fuego con las armas en disparo automático.

Acribillado por una multitud de disparos, el escolta más bajo dio un tambaleante paso atrás. Se movió espasmódicamente a derecha e izquierda, como combatiendo a un enjambre de abejas invisible, y entonces los escudos de energía se vinieron abajo con un fogonazo y un sonoro estallido. Su armadura empezó a expulsar humo de color azul y a chisporrotear a medida que varias docenas de proyectiles de MA5 chocaban contra sus desprotegidas placas.

Ahora era el turno de los alienígenas de proteger a los suyos. El líder se abalanzó hacia el escolta más bajo, dando la espalda al invernadero. Su armadura dorada debía de poseer escudos más potentes, porque incluso el fuego concentrado de las escuadras Bravo fue incapaz de hacerlos caer. El escolta más alto soltó un rugido atronador y barrió con su arma a los reclutas de norte a sur, cubriendo al líder mientras éste ayudaba a su camarada herido a bajar cojeando la escalera hasta el segundo nivel. Avery no estaba seguro de cuántos de los reclutas situados a lo largo del invernadero habían sido alcanzados… de si los alaridos eran debidos a heridas acabadas de recibir o a un exceso de adrenalina.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! —chilló Byrne.

Los reclutas habían estado disparando directamente por encima de su cabeza y las de los demás, y algunos de los disparos habían pasado un poco demasiado cerca.

—¿Está bien? —preguntó Avery, que se levantó de encima de Jilan sobre los puños.

—Sí —dijo ella—. Estoy perfectamente.

Pero parecía un poco asustada. Como el día del hospital, fue otra grieta temporal en su fachada imperturbable. En esta ocasión, todo lo que Avery hizo fue asentir.

—¡Uno Alfa: retroceded! —gritó Avery, poniéndose en pie—. ¡Apartaos de esa nave de desembarco!

Podía oír la pulsación de una arma de energía, y supo que la torreta de la primera nave se había activado ya antes de que se volviera hacia el sur y viera los brillantes haces azules de plasma barrer el césped del nivel inferior: fuego de cobertura para la retirada de sus compañeros.

—¿Adonde diablos vas? —chilló Byrne cuando Avery pasó corriendo por su lado.

—¡Al río!

—¡Voy contigo!

—¡Negativo! ¡Atrae el fuego de esa torreta mientras la flanqueo!

—¡Bravo! ¡Aquí! —gritó Byrne—. ¡Healy! ¡Mueve el culo!

Avery vio al ayudante médico salir corriendo del invernadero detrás de los reclutas que cargaban y precipitarse en dirección a Ponder con un botiquín en la mano. El capitán despidió a Healy con un ademán y lo envió hacia la figura inmóvil de Pedersen. Avery se introdujo a la carrera en la línea de árboles.

—¡Stisen! ¡Informa! —gritó por el micro.

—¡Nos disparan, sargento mayor! —La estática distorsionó la voz del jefe de la

escuadra *2/A*—. ¡Ahí! ¡Por ahí! —chilló a uno de sus hombres.

—¡Aguantad! —Avery bajó dando saltos por un terraplén rocoso hasta el nivel central de los jardines—. ¡Voy para allá!

Corrió tan de prisa como pudo, salvando rocas y zigzagueando entre cerezos y perales. Respirando penosamente, se abrió paso por entre las últimas ramas cargadas de flores y frenó en seco, adelantando las caderas y haciendo molinetes con los brazos. De haber ido más de prisa habría caído al río. Allí, en el borde de los jardines, el Mimir había abierto un profundo cauce en el Bifrost, creando una serie de estanques descendentes. Las amplias piscinas de piedra caliza estaban repletas de aguas embravecidas, que se tornaban más turbulentas cuanto más se acercaban a lo alto de la cascada.

Mientras Avery recuperaba el equilibrio, la segunda nave descendió en picado desde lo alto y fue a posarse en el otro lado del estanque más cercano. Siguiendo la trayectoria descendente del vehículo, Avery divisó a otro de los enormes alienígenas —éste con una armadura roja y pelaje negro— en el momento en que emergía de los magnolios del nivel inferior de los jardines. También llevaba una pistola terminada en un cuchillo y utilizaba el arma para proteger la retirada de una partida de criaturas más bajas de piel gris con mochilas cónicas de color naranja. Avery vio fogonazos de MA5 en los árboles. Pero el extraterrestre de la armadura roja lanzó a toda prisa una salva de abrasadoras púas para acallar a aquellos reclutas que habían sido lo bastante valientes para defenderse.

Avery alzó su pistola y vació el cargador. Sabía que los proyectiles no perforarían los escudos del extraterrestre, pero todo lo que quería era atraer la atención de la criatura e impedir que alcanzara a alguno de los reclutas.

Cuando los disparos del sargento mayor centellearon inofensivos contra su espalda, el ser se dio la vuelta. Pero para entonces Avery corría ya en busca de la seguridad de un peñasco. Volvió a cargar y se deslizó alrededor de la piedra, con la esperanza de liquidar a uno de los alienígenas más pequeños. Pero la mayoría estaban ya a bordo de la nave de desembarco.

Un solitario rezagado surgía justo en aquellos momentos de los árboles dando traspiés. Uno de los brazos le colgaba flácido al costado, y parecía herido. Avery estaba a punto de acabar con él cuando el extraterrestre de la armadura roja agarró por el cogote a su camarada herido, le arrancó la máscara y lo arrojó al remolino de agua. La criatura se hundió bajo la superficie, luego volvió a aparecer, aferrando un par de tubos sibilantes conectados a su tanque, antes de ir a parar al estanque siguiente y rodar en dirección a la cascada.

Mientras el inesperado acontecimiento seguía su curso, la torreta circular de la segunda nave entró por fin en acción, y Avery no tardó en tener que volver a lanzarse tras el peñasco para evitar abrasadores rayos de plasma. El chapoteo de los gases ionizados contra la roca le produjo dentera. Pero tras unos pocos segundos, la torreta cesó el fuego, y Avery oyó el gemido de los generadores antigravitacionales al mismo

tiempo que el vehículo ascendía con un violento giro. Cuando salió de detrás del peñasco, todos los alienígenas se habían ido.

—¡Alto el fuego! —rugió Avery mientras se acercaba a los magnolios del extremo opuesto del estanque—. ¡Voy a entrar! —A su espalda pudo oír las detonaciones de los rifles de la escuadra Bravo, disparando sobre la primera nave mientras ésta se alzaba de los jardines—. ¿Qué sucedió? —le gruñó a Stisen mientras se acercaba a un corrillo de reclutas de la 2/A.

Los hombres estaba apelotonados muy juntos tras una roca de granito cubierta de musgo. Todas las rocas de alrededor estaban salpicadas de agujeros que contenían restos refulgentes de las púas ígneas del extraterrestre de la armadura roja. Pequeños incendios humeantes ardían en los helechos de los alrededores donde habían rebotado algunos de los proyectiles.

—¿Qué sucedió? —volvió a preguntar Avery.

Pero ni Stisen ni ningún miembro de su escuadra dijo una palabra. La mayoría ni siquiera se molestó en mirar a Avery a los ojos.

El combate había llenado a Avery de adrenalina, y estaba a punto de perder los estribos cuando reparó en qué era lo que miraban los reclutas. Tardó un momento más en reconocer que la cosa despatarrada contra el granito era el cuerpo salvajemente destrozado de un ser humano. Y no fue hasta que se arrodilló junto al cadáver que reconoció el rostro regordete e infantil de Osmo bañado en su propia sangre. El recluta tenía el vientre rajado de lado a lado.

—Se lo dije. Mantente apartado del césped. —Stisen tragó saliva—. No quería que resultase herido.

Avery apretó las mandíbulas. Pero sabía que no había modo de que el jefe de la escuadra pudiera haber previsto que la segunda nave viraría y se les acercaría por detrás, muy bajo por encima del río, y dejaría caer a su espalda un destacamento de refuerzo.

—¿Visteis como lo alcanzaban?

Stisen negó con la cabeza.

—No.

—Fue uno de los pequeños —musitó Burdick, que mantenía los ojos fijos en los órganos que se habían derramado fuera del vientre de Osmo—. Lo derribó. Lo desgarró.

—Oí el disparo de su arma —dijo Stisen—. Pero era demasiado tarde.

Avery se puso en pie.

—¿Otras bajas?

Stisen volvió a negar con la cabeza.

—Byrne. Responde —bramó Avery.

—El capitán está muy malherido. La Bravo tiene tres heridos, uno grave. Dass dice que sus chicos están perfectamente.

—¿Thune?

—No está contento. Pedersen está muerto.

—Daba esa impresión.

—Será mejor que nos marchemos, Johnson. Esos bastardos podrían dar la vuelta.

—Entendido. —Avery bajó la voz—. Voy a necesitar una bolsa.

—¿Quién?

—Osmo.

—Mierda —escupió Byrne—. De acuerdo. Se lo diré a Healy.

Avery se quitó la gorra y se pasó la mano por la frente. Al bajar la mirada hacia Osmo, advirtió que el recluta todavía sostenía su MA5 en la mano derecha. El sargento mayor se alegró de que Osmo hubiese visto a su atacante y tenido una oportunidad de caer disparando. El disparo del rifle de Osmo había alertado a sus camaradas del peligro, salvándoles las vidas aun cuando él había perdido la suya. Intentó no culparse por lo sucedido. Al igual que Stisen, había hecho lo que había considerado que era lo mejor. Osmo era tan sólo el primer recluta en caer. Por mucho que Avery deseara que fuese también el último, se armó de valor para enfrentarse al hecho de que los alienígenas acababan de iniciar una guerra… y habría muchísimas más bajas.

* * *

Maccabeus soltó su martillo y lo dejó caer con un fuerte estruendo sobre la plataforma para la tropa. Se trataba del *Puño de Rukt*, una arma antigua pasada de un caudillo a otro a lo largo de generaciones del clan de Maccabeus. Pero éste estaba demasiado preocupado por Licinus para andarse con ceremonias. Sus antepasados lo habrían comprendido.

—¡Vorenus! ¡Date prisa! —rugió, poniendo en pie a pulso a Licinus.

El Spirit dio una tremenda sacudida mientras regresaba a toda velocidad al nebuloso cielo, e incluso el poderoso caudillo tuvo dificultades para apoyar la inconsciente mole del miembro herido de la manada contra la pared interior de la plataforma.

Vorenus avanzó a trompicones sosteniendo a duras penas un equipo de socorro portátil. Colocó la caja octogonal junto a los pies de Licinus y luego lo mantuvo inmóvil mientras Maccabeus fijaba unas bandas de sujeción alrededor de piernas y brazos del herido. Los Spirits Sangheilis poseían sofisticados campos de estasis para mantener a sus guerreros en posición vertical, pero a Maccabeus le habían negado también aquella tecnología, y había tenido que apañárselas con una solución más básica.

—¡Dame una compresa!

Maccabeus liberó el peto de Licinus. La coraza tenía una fisura en el centro que

rezumaba sangre de un color rojo oscuro. Una vez soltada la placa, Maccabeus alisó el pelaje castaño del miembro herido de su manada, tratando de localizar dos agujeros en el pecho de los que surgía un silbido. Las armas de los alienígenas habían perforado uno de los pulmones de Licinus, provocando su colapso.

Vorenus entregó a Maccabeus una fina lámina de malla de color bronce. Fijado adecuadamente, el material sellaría en parte las heridas, permitiendo que el aire escapara al exhalar Licinus, pero manteniéndolo dentro cuando inhalara; siempre y cuando los daños en el pulmón no fuesen demasiado graves, éste volvería a hincharse. La malla también contenía un coagulante que ayudaría a mantener dentro del cuerpo la sangre que le quedaba al joven Jiralhanae. Una vez de vuelta en el *Rapid Conversión*, Maccabeus dejaría que la sala quirúrgica automatizada de la nave hiciera el resto.

«Si conseguimos regresar», rezongó el caudillo para sí mientras el Spirit daba un bandazo a estribor, ejecutando otra maniobra evasiva. Hasta el momento los alienígenas no habían activado ninguna defensa antiaérea, pero Maccabeus tenía la certeza de que lo harían. La infantería de los alienígenas era bastante rudimentaria; no mucho más sofisticada que la de los Jiralhanaes en la época del contacto con los San'Shyuums. Pero tenían que poseer misiles o algún otro sistema de armamento cinético o su planeta estaría indefenso. Y Maccabeus dudaba que los alienígenas fuesen tan estúpidos como eso.

—¿Tío? ¿Has resultado herido? —La voz de Tartarus retumbó desde el transmisor de Maccabeus.

—No. —El caudillo agarró el cogote de Vorenus—. Cuida de él —dijo, echando una veloz mirada a Licinus, y Vorenus asintió con la cabeza—. ¿Te apropiaste de alguna reliquia? —preguntó a Tartarus a la vez que se arrodillaba y recuperaba el *Puño de Rukt*.

—No, caudillo.

Maccabeus no pudo evitar un resoplido enojado.

—Pero el Luminar mostró docenas de objetos sagrados… ¡todos a un paso!

—No hallé nada aparte de sus guerreros.

Maccabeus marchó con paso airado en dirección a la cabina del Spirit, con la mano libre apoyada contra la pared de la plataforma para mantener el equilibrio mientras el vehículo proseguía con su violenta ascensión.

—¿Llevaste a cabo una búsqueda exhaustiva?

—Los Unggoys estaban excesivamente entusiasmados y rompieron filas —rugió Tartarus—. Perdimos el elemento sorpresa.

—Diácono —espetó Maccabeus mientras se agachaba para pasar al interior de la cabina—, dime que tienes mejores noticias.

Otro Jiralhanae llamado Ritul, que era demasiado joven para haberse ganado el sufijo masculino «us», manejaba los controles de vuelo. Maccabeus habría preferido un piloto con más experiencia, pero con un total de cinco Jiralhanaes en los dos

Spirits, tenía que mantener a algunos de los miembros de más edad y con más experiencia de su manada a bordo del *Rapid Conversión* por si sucedía una emergencia.

—Los sensores registraron gran cantidad de transmisiones durante la negociación —chirrió la voz ahogada de Dadab desde el transmisor de la cabina; el Unggoy había permanecido en el puente del crucero—. El Luminar examinó los datos y emitió su juicio. —Luego, tras una pausa prosiguió—: ¡Un Oráculo, tal y como sospechábamos!

—¡Alabados sean los Profetas! ¿Dónde?

—Las transmisiones tuvieron su origen en la estructura de metal blanco de los jardines.

«¡Tan cerca! —El caudillo gimió para sí—. ¡De no haber sido por los Unggoys podría haberle puesto los ojos encima!» Pero sofocó con rapidez su decepción. Sabía que únicamente los Profetas tenían acceso al Oráculo Sagrado de Suma Caridad, y por lo tanto era el colmo del orgullo por su parte, un converso humilde y reciente, el codiciar tal comunión. Pero no era ningún pecado sentir orgullo por el mensaje que ahora se sentía obligado a enviar.

—Envía la noticia al viceministro —dijo Maccabeus, con el pecho henchido bajo la dorada coraza—. El relicario es aún más soberbio de lo esperado. Un segundo Oráculo…, uno que habla por los dioses mismos…, ¡ha sido hallado por fin!

16

SUMA CARIDAD, ÚLTIMAS HORAS DEL DÍA, VIGÉSIMO TERCERA ERA DE LA DUDA

Las noches en la cúpula principal de Suma Caridad eran por lo general bastante tranquilas. El clamor gutural de las oraciones en masa vespertinas de los Unggoys se filtraba en ocasiones hacia lo alto desde los distritos inferiores, pero aparte de eso, las torres superiores estaban en silencio. Los San'Shyuums que llamaban a las torres flotantes su hogar preferían pasar las horas entre la puesta del sol y su salida descansando o en tranquila contemplación.

«Pero no esta noche», pensó Fortaleza. La silla del ministro colgaba inmóvil entre dos gabarras antigravitacionales vacías, al ralentí cerca de uno de los tres macizos puntales de sostén del Dreadnought Forerunner. El disco que iluminaba la cúpula brillaba con un resplandor débil para simular la luz de la luna, lo que no contribuía a calentar el ambiente. Fortaleza se arropó mejor los hombros encorvados con su vestimenta carmesí, y contempló con detenimiento la rara conmoción que reinaba en las torres.

Resplandecían luces en los jardines colgantes de los edificios, y corros de San'Shyuums con ropas de vivos colores se deslizaban de una fiesta al aire libre a la siguiente. Flotaba música en la brisa; sones superpuestos de triunfales acordes de cuerda y percusión. Aquí y allá restallaban los fuegos artificiales, chispas que florecían en la oscuridad reinante.

Todo ello señalaba una ocasión trascendental, una que sólo aparecía una o dos veces en una era. Esta noche, todas las hembras San'Shyuums que eran lo bastante afortunadas como para dar a luz hijos exhibían con orgullo a sus camadas. Y por lo que Fortaleza sabía, las cifras eran de lo más halagüeñas. Aun cuando él mismo jamás había engendrado a un sucesor, consiguió mostrar una sonrisa satisfecha.

Había algo más de veinte millones de San'Shyuums en el Covenant. No era un número muy grande comparado con los billones de adeptos a la fe. Pero era sensiblemente mayor que el millar aproximado de individuos que habían huido del lejano mundo de los San'Shyuums hacía mucho tiempo.

Los antepasados de Fortaleza habían roto con el resto de los de su especie por la misma cuestión que acabaría enfrentándolos a los Sangheilis: si se debía o no profanar objetos Forerunner para comprender todo su potencial. En la versión interna San Shyuum de aquel debate, el Dreadnought había pasado a ser un símbolo clave para ambos bandos: un objeto en el que los Estoicos, que eran mayoría, no entrarían, y los Reformadores, la minoría, deseaban explorar desesperadamente. En el clímax de

aquel conflicto fratricida, los Reformadores más fervientes penetraron por la fuerza en el Dreadnought y se parapetaron en su interior. Mientras los Estoicos debatían qué hacer (estaba claro que no podían destruir el objeto que tanto veneraban), los Reformadores activaron el navío y emprendieron el vuelo… llevándose un pedazo del mundo en el que habían nacido con ellos.

En un principio los Reformadores se sintieron extasiados. Habían sobrevivido, y también escapado con el mayor trofeo del conflicto. Abandonaron a toda velocidad su sistema natal, riéndose de las amargas transmisiones de los Estoicos; afirmaciones de que los dioses los condenarían sin duda por su robo. Pero luego los Reformadores hicieron recuento de su número y repararon con horror en que era posible que estuvieran condenados.

El problema era una fuente limitada de genes. Con tan sólo una población de un millar de individuos, la endogamia sería pronto un problema serio. La crisis quedaba agravada por el hecho de que los embarazos San'Shyuums eran, aun bajo condiciones ideales, raros. Las hembras eran por lo general fértiles, pero sólo durante ciclos cortos que aparecían en contadas ocasiones. Para aquellos primeros Profetas a bordo del Dreadnought, la reproducción se convirtió en seguida en un asunto manejado con sumo cuidado.

—Había empezado a pensar que podría no venir —dijo Fortaleza cuando la silla del viceministro de la Tranquilidad se introdujo con sigilo entre las gabarras.

Las vestiduras moradas del San'Shyuum más joven estaban arrugadas, y cuando se inclinó hacia adelante en su asiento, los anillos dorados de la carnosa papada se enredaron en una de las muchas guirnaldas de flores que llevaba al cuello.

—Me disculpo. Fue difícil escapar.

—¿Macho o hembra?

—Uno de cada.

—Felicitaciones.

—Si oigo eso una vez más, chillaré. Yo no hago a esos bastardos. —Las palabras de Tranquilidad parecían salir arrastrándose del interior de su boca, y sus dedos se movieron con torpeza mientras liberaba la carnosidad, se arrancaba las guirnaldas del cuello y las arrojaba a un lado.

—Está borracho —le recriminó Fortaleza mientras observaba cómo las guirnaldas descendían con un revoloteo perdiéndose en la oscuridad.

—Lo estoy.

—Lo necesito sobrio.

Fortaleza introdujo la mano en la túnica y extrajo una pequeña esfera farmacéutica.

—¿Cómo estaba nuestro querido Jerarca, el Profeta de la Moderación?

—¿Se refiere al padre? —El viceministro succionó la esfera con una amarga mueca —. Estuvo mirándome iracundo todo el tiempo.

Fortaleza alzó una mano para quitarle importancia.

—Siempre y cuando actuemos con rapidez, hay poco que él pueda hacer.

El viceministro se encogió de hombros y masticó con languidez la esfera.

—Vamos. —Fortaleza dio un golpecito a los interruptores holográficos del brazo de su silla—. Ya vamos con bastante retraso.

Al cabo de un momento, los dos San'Shyuums iban a toda velocidad hacia las angostas cubiertas centrales del Dreadnought: un achaparrado núcleo triangular que conectaba las tres patas de sostén a un único casco vertical de forma parecida. A la luz tenue de la cúpula, la antigua nave de guerra Forerunner brillaba con un blanco marfileño.

«El chantaje —suspiró para sí el ministro— era una herramienta muy tediosa». Pero antes de que su incomparable historial de servicios y la revelación del relicario les consiguieran sus tronos de Jerarcas, Fortaleza sabía que los actuales ocupantes de los tronos tendrían que hacerse a un lado. «Y no harán eso a meaos que alguien los empuje».

Por desgracia, el Profeta de la Tolerancia y la Profetisa de la Obligación habían demostrado ser por completo inexpugnables. La ya mayor Profetisa había dado a luz trillizos un par de veces. Debido a su edad avanzada, el embarazo había sido difícil, y si bien era cierto que esto la había obligado a rehuir algunas de sus responsabilidades, Fortaleza sabía que sería un verdadero disparate desprestigiar a una de las matronas San'Shyuum más queridas y prolíficas. Tolerancia, que sirvió como ministro de la Concertación tras la Rebelión Unggoy, había hecho mucho por fomentar mejores relaciones entre las especies miembros del Covenant; todavía tenía el respaldo de muchos en el Consejo Supremo: tanto Sangheilis como San'Shyuums.

Pero el tercer Jerarca, el Profeta de la Moderación, era otra historia. Aquel antiguo prelado de Suma Caridad (en esencia, el alcalde de la ciudad) estaba en el Registro de Célibes, una lista que seguía la pista de todos los San'Shyuums a los que no estaba permitido engendrar. Debido a la mala planificación de sus antepasados, aquellos desventurados jamás experimentarían las alegrías de la paternidad debido a que sus genes eran ahora demasiado comunes, y el riesgo de extender sus negativas características recesivas era ya demasiado grande.

Fortaleza también estaba en el Registro, pero jamás le había preocupado en exceso. Tenía unas cuantas concubinas para las raras ocasiones en que sentía la necesidad de un encuentro sexual, pero por lo demás estaba del todo a gusto con su involuntaria infertilidad.

No era el caso del Profeta de la Moderación.

No mucho después de que los Kig-Yars tropezaran con el relicario, Moderación había fecundado de manera fortuita a una joven hembra. No tenía por qué ser un problema necesariamente (los abortos eran algo común en aquella clase de situaciones), pero a la madre primeriza la había enfurecido la mentira de Moderación sobre su estatus y exigido que se le permitiera conservar a su camada. El anciano Jerarca se sintió invadido por un deseo de ver transmitidos sus elevados genes y no se

vio con fuerzas para matar a su progenie nonata o a su testaruda madre.

Fortaleza se había enterado del escándalo que se cocía, y se ocupó de que Tranquilidad efectuara la invocación del período de partos ante el Consejo Supremo. En su discurso, el viceministro ensalzó «a todos los progenitores y sus uniones fructíferas», y abogó por una mayor inversión en terapias genéticas y otras tecnologías para «poner fin a la tiranía del Registro». La apasionada actuación de Tranquilidad convenció a Moderación de que estaban hermanados en sus creencias, y el desesperado Jerarca (pues su amante no tardaría en dar a luz) hizo una oferta al viceministro: «Reclama mi progenie como tuya, y obtén el puesto ministerial que desees».

Complacido como estaba Fortaleza de que su plan hubiera funcionado, seguía conmocionado por la desfachatez del Jerarca. Si la oferta de Moderación salía a la luz alguna vez, matarían a sus hijos y a él lo destituirían… y probablemente también lo esterilizarían. Los San Shyuums responsables de hacer respetar el Registro ponían un gran celo en su trabajo, y Fortaleza sabía que ni siquiera un Jerarca estaba por encima de su censura.

Aquella noche había sido tarea de Tranquilidad ofrecer a Moderación la contraoferta de ambos: 'Abandona voluntariamente tu trono y no diremos nada sobre tu escándalo».

—Debería haberla visto.

El viceministro se estremeció. Estaban ya mucho más cerca del Dreadnought y habían penetrado en la sombra de uno de los conductos de gran tamaño que conectaban los motores de la nave con la red eléctrica de Suma Caridad. En aquella oscuridad más profunda, las luces más potentes procedían de un círculo de balizas azules justo debajo del cable, brillantes dispositivos holográficos alrededor de una de las enormes cámaras estancas del Dreadnought.

—¿A quién? —preguntó Fortaleza.

—A la furcia de Moderación.

El ministro se sintió abochornado. Tranquilidad había empezado a tomarse demasiadas confianzas últimamente, a menudo actuando como si fuera ya un Jerarca y el igual de Fortaleza. Su embriaguez actual no hacía más que empeorar tal problema.

—¿Atractiva? —preguntó, intentando mantener un tono desenfadado en la conversación.

—Una monstruosidad de ojos apagados —respondió el viceministro, introduciendo la mano en la túnica—. Si tenía un cuello, no pude distinguirlo de sus pliegues.

Ante el asombro de Fortaleza, Tranquilidad sacó una pistola de plasma y comprobó la carga con toda tranquilidad.

—¡Guarde eso! —le espetó con brusquedad Fortaleza, echando nerviosas ojeadas al Dreadnought—. ¡Antes de que los centinelas lo vean!

Aunque todavía estaban a una buena distancia, el ministro reconoció las figuras

descomunales de los Mgalekgolos, los guardianes del navío sagrado y sus enclaustrados sacerdotes San'Shyuums. Al menos veinte de las criaturas montaban guardia en plataformas voladizas a derecha e izquierda de la cámara estanca. Cuando divisaron a los dos San'Shyuums, los Mgalekgolos pasaron a formaciones defensivas, y sus estriadas armaduras de intenso color morado centellearon bajo la luminosa intermitencia de las balizas.

De mala gana, el viceministro deslizó la pistola de vuelta al interior de la túnica.

—¿Cómo se le ocurrió traer una arma? —siseó Fortaleza.

—Por prudencia. Por si acaso Moderación rechazaba nuestras nuevas condiciones.

—¿Y qué hubiera hecho? ¿Asesinarlo? —El ministro se mostró incrédulo—. ¿En la presentación de sus hijos?

—Ya han salido sin sufrir ningún percance. Ya no me necesita.

Fortaleza volvió a recordar que el trabajo de Tranquilidad mantenía a éste en contacto regular con los Sangheilis, y por lo visto, la exasperante preocupación de aquellas criaturas por las armas personales y el honor se le habían pegado al ya exaltado por naturaleza viceministro.

—Piense con claridad. Su muerte daría pie a preguntas. Unas a las que Moderación, si estuviera vivo, preferiría no tener que contestar.

—Es posible. —Tranquilidad se encogió de hombros—. Usted no vio sus ojos.

—No, pero puedo ver los suyos. —El ministro estaba a punto de estallar—. Y todo lo que veo es desobediencia y complicaciones.

—Pero…

—¡Mantenga la boca cerrada!

Los Mgalekgolos se dieron la vuelta para seguir la pista a los dos San'Shyuums mientras éstos cruzaban la cámara estanca. Cada uno de los centinelas sostenía un escudo rectangular cortado en facetas y un pesado cañón de asalto. Ambas cosas estaban integradas en las armaduras; como prolongaciones de las mismas más que algo que las criaturas pudieran coger o soltar a voluntad.

En el caso de otras especies del Covenant, tal diseño habría sido un modo de evitar tensión a manos y dedos. Pero los Mgalekgolos no tenían ni manos ni dedos, y aunque sí poseían lo que parecían ser dos brazos y piernas, lo cierto era que podrían haber tenido tantos de tales apéndices como hubieran querido. Pues cada criatura era en realidad un conglomerado de individuos, una colonia móvil de gusanos lustrosos.

A través de los espacios en las armaduras alrededor de cinturas y cuellos, Fortaleza pudo ver a los Lekgolo individuales, retorciéndose y agrupándose igual que tejido muscular ampliado. La piel roja y translúcida de los gusanos brillaba bajo el resplandor verde de la munición que sobresalía del cañón de asalto; tubos de gel incendiario que se podían disparar en forma de proyectiles o en un chorro abrasador.

—Moderación es un imbécil —dijo Fortaleza una vez que hubieron dejado atrás a los centinelas sin contratiempos—. Y lo sé porque depositó su confianza en usted. —

El viceministro iba a replicar, pero el ministro siguió adelante, imparable—. Gracias a mi absoluta discreción, ni él ni los otros Jerarcas saben nada de nuestros planes. Mañana se quedarán allí sentados, impotentes, mientras anunciamos nuestras intenciones ante el Consejo. ¡Pero sólo si tenemos la bendición del Oráculo!

Fortaleza balanceó el largo cuello lateralmente para mirar al viceministro a la cara, desafiando al joven a trabar la mirada con sus ojos entornados.

—Cuando nos reunamos con el Filólogo, mantendrá la boca cerrada. No hablará a menos que yo se lo pida. ¡O por los Forerunners que nuestra asociación ha terminado!

Mirándose desafiantes el uno al otro, los dos San'Shyuums aguardaron a que él otro pestañeara.

De improviso, la expresión del viceministro cambió. Sus labios adquirieron firmeza y los ojos recuperaron repentinamente la claridad.

—Por favor, perdone mi falta de respeto. —Ya no arrastraba las palabras; el remedio por fin había hecho efecto—. Como siempre, ministro, estoy a sus órdenes.

Fortaleza aguardó a que Tranquilidad efectuara una reverencia antes de recostarse, relajado, en su silla.

A pesar de sus enérgicas palabras, el ministro sabía que disolver su asociación era poco práctico. Habían recorrido un trecho demasiado largo, y el viceministro sabía demasiado. Fortaleza podía hacerlo matar, claro, pero eso sólo agravaría el único problema de su plan que aún le quedaba por resolver: la falta de un tercer San'Shyuum para su triunvirato de futuros Jerarcas.

Fortaleza tenía unos cuantos candidatos en mente, pero ninguno al que estuviese dispuesto a confiar un conocimiento previo de su complot. Sin un tercero, parecerían menos legítimos. Pero el ministro se había resignado a efectuar la selección después de que hicieran su anuncio. Tendría que ser un San'Shyuum que resultara popular y que pudiera ayudar a desviar acusaciones de premeditación y ambición. Y por tal motivo incluso estaba dispuesto a considerar al Profeta de la Tolerancia o a la Profetisa de la Obligación. Existían precedentes para una permanencia así. Pero si bien mantener a uno de los Jerarcas actuales en su trono podría permitir una transición más cómoda, no era una solución ideal alargo plazo. El resentimiento perduraba, incluso entre políticos avezados. Era mejor hacer tabla rasa y empezar de cero.

En el extremo opuesto de la cámara estanca había una puerta que conducía al hangar del Dreadnought. Los cierres superpuestos del gigantesco portal redondo estaban cerrados casi por completo, como el obturador de una cámara, dejando sólo un pequeño paso heptagonal en el centro de la puerta. Dos últimos Mgalekgolos custodiaban aquel cuello de botella desde un andamiaje que se alzaba desde la cubierta de la cámara estanca, muy por debajo. Aquellos centinelas exhibían las espinas en los hombros de una pareja vinculada: una colonia con una población tan enorme que todos sus gusanos no cabían dentro de una única armadura. Las espinas

vibraron cuando la dividida colonia entró en comunicación, confirmando las identidades de los dos Profetas y su cita. Luego la pareja se apartó arrastrando los pies entre quedos gemidos; el ruido de la carne gomosa de los gusanos anudándose y desenrollándose dentro de sus armaduras.

El hangar situado al otro lado era una inmensa cripta triangular. A diferencia del exterior decolorado del Dreadnought, las paredes brillaban con reflejos de color bronce bajo la luz de innumerables glifos holográficos. Aquellos símbolos explicativos y aleccionadores (dispuestos en apretadas líneas verticales) flotaban cerca de pequeños agujeros en las paredes en ángulo del hangar. Aunque Fortaleza sabía para qué eran aquellos agujeros, jamás había visto utilizarlos.

Flotando cerca de ellos había cientos de Huragoks. Los tentáculos de las flotantes criaturas bulbosas parecían mucho más grandes de lo acostumbrado; pero eso se debía a que sujetaban a Lekgolos individuales y estaban ocupados introduciendo los gusanos en los agujeros o sacándolos. El ministro contempló cómo cuatro Huragoks trabajaban para extraer por la fuerza a un espécimen particularmente corpulento de su agujero y transportarlo luego —como un equipo de bomberos llevando una manguera— hasta una gabarra manejada por San'Shyuums de cabellos largos y túnicas blancas.

Los ascéticos sacerdotes ayudaron a los Huragoks a introducir al Lekgolo a través de una unidad cilíndrica de escaneo antes de devolverlo a uno de los muchos recipientes de metal de la gabarra que contenían a su colonia. La unidad recuperaba datos de microsensores situados dentro del gusano que habían reunido toda clase de información útil durante su recorrido reptante por las inaccesibles sendas de proceso de datos del Dreadnought. Aquellos sensores no producían la menor molestia a los invertebrados. Las criaturas ingerían los diminutos dispositivos del mismo modo que hacían con su arenosa comida. Los sacerdotes se mostraban indiferentes mientras supervisaban el proceso, pero había habido una época en que los Profetas contemplaban los hábitos alimentarios de los Lekgolos con condena no exenta de enojo.

Poco después de la fundación del Covenant, los experimentos de los San'Shyuums con las primeras copias del Luminar del Dreadnought condujeron a éstos a un gigantesco planeta gaseoso en un sistema cercano al hogar de los Sangheilis. Los San'Shyuums habían esperado hallar un tesoro escondido de reliquias y se sintieron decepcionados cuando todo lo que encontraron fue a los Lekgolos, apiñados en los anillos del planeta. Pero cuando los Profetas cayeron en la cuenta de lo que habían hecho los inteligentes gusanos, quedaron pasmados.

Las rocas heladas que componían los anillos eran en realidad fragmentos de alguna destruida instalación Forerunner que en una ocasión había orbitada alrededor del gigante gaseoso. Y el motivo de que las rocas ya no estuvieran repletas de reliquias era que los Lekgolos habían pasado milenios ingiriéndolas, masticándolas y escupiéndolas mientras abrían sus angostas y sinuosas madrigueras. Lo curioso era

que los Lekgolos poseían paladares exigentes. Algunas colonias sólo ingerían aleaciones Forerunner; otras comían exclusivamente rocas ricas en circuitos aplastados y comprimidos. Y unas pocas colonias, muy raras, evitaban por completo tales objetos extraños, abriéndose paso alrededor de restos maltrechos de reliquias igual que los paleontólogos harían con un fósil.

Desde luego, los San'Shyuums creían que cualquier contacto no autorizado con objetos de los Forerunners era una herejía penada con la muerte, y ordenaron a los Sangheilis que exterminaran a los gusanos. Pero los Sangheilis estaban mal equipados para combatir a criaturas que carecían de naves o soldados y cuyas fortificaciones eran justo lo que ellos intentaban salvar. Al final, un comandante Sangheili especialmente perspicaz —uno de los venerados Árbitros de la especie— sugirió que podría ser mejor «domesticar» a los Lekgolos y dar un buen uso a sus hábitos. A pesar de lo ansiosos que estaban por reafirmar su autoridad, los Profetas aceptaron a regañadientes que los gusanos, entrenados adecuadamente, podrían ser muy útiles en futuras reclamaciones, y perdonaron los pecados de las criaturas.

Tras años de experimentación en reliquias de menor importancia, los San'Shyuums se habían armado por fin de valor para intentar una exploración sin precedentes del Dreadnought. Desde que habían partido de su mundo (e incluso durante los días más aciagos de su guerra con los Sangheilis), habían limitado sus estudios a los sistemas de la nave a los que era fácil acceder. Si bien los San'Shyuums desesperaban por explorar las sendas de proceso de datos del grueso casco del Dreadnought, los aterraba que pudieran dañar algo vital.

Y por lo tanto fue con sumo cuidado que los sacerdotes ascéticos abrieron su primer agujero experimental y deslizaron dentro un Lekgolo cuidadosamente escogido. Habían esperado aterrados que el gusano no fuera a cavar demasiado hondo… Y más que eso, lo que pudiera decir el Oráculo del Dreadnought. Pero el Lekgolo emergió sin incidentes, y el residente más importante y sagrado del navío no había dicho una palabra.

El silencio del Oráculo no era algo fuera de lo corriente. En toda su vida, Fortaleza no había oído nunca que hubiese hablado, ni tampoco lo había hecho su padre, o el padre de éste. Al no obtener respuesta, aquellos sacerdotes pioneros habían incrementado las sondas con Lekgolos hasta que —como quedaba bien claro en aquellos momentos— aquel proceso tan aterrador en el pasado había pasado a ser algo rutinario. Siguiendo un trozo angular de andamio hasta la parte superior del hangar, el ministro observó cómo los sacerdotes San'Shyuums de la gabarra daban por señas una serie de órdenes a los Huragoks que aguardaban, y todas las partes se preparaban para la siguiente recuperación.

Muy por encima del suelo del hangar había una abadía oscura y silenciosa, lo bastante grande para dar cabida a todo el Consejo Supremo del Covenant, más de doscientos Sangheilis y San'Shyuums. Pero cuando Fortaleza y Tranquilidad ascendieron a través de un agujero perfectamente redondo en el suelo de la abadía,

vieron que la habitación tenía sólo un ocupante: el líder de los sacerdotes ascéticos, el San'Shyuum Filólogo.

Como el clérigo que proporcionaba a Fortaleza sus remedios, la humilde silla del Filólogo estaba hecha de piedra en lugar de metal. Sus vestiduras eran tan andrajosas que parecían tiras de tela despedazada envolviendo su cuerpo marchito. Las prendas que en el pasado habían sido blancas estaban ahora tan sucias que eran en realidad unos cuantos tonos más oscuras que la carne cenicienta del Filólogo. Sus pestañas eran largas y grises, y los mechones de pelo del cuello eran tan largos que casi le colgaban hasta las rodillas.

—No nos conocemos, creo —dijo con voz ronca el anciano San'Shyuum cuando las sillas de Fortaleza y Tranquilidad se detuvieron con cuidado detrás de él.

Estaba absorto en un pergamino hecho pedazos y no se volvió para darles la bienvenida.

—Nos vimos una vez —respondió Fortaleza—. Pero la asamblea era muy numerosa y fue hace mucho tiempo.

—Qué descortés por mi parte olvidarlo.

—En absoluto. Soy Fortaleza, y éste es el viceministro de la Tranquilidad.

El San'Shyuum más joven inclinó la silla al frente en una reverencia. Pero, como había prometido, no habló.

—Un honor conoceros.

Enrollando bien el pergamino con las artríticas manos, el Filólogo se dio entonces la vuelta. Por un momento, simplemente contempló con atención a sus invitados con los enormes ojos lechosos.

—¿Qué favor buscáis?

El Filólogo no fingía ignorancia. Por el bien de la confidencialidad, Fortaleza no le había contado al sacerdote sus intenciones, ya que sabía que su rango ministerial era suficiente para obtener una audiencia. Pero si bien las palabras del Filólogo eran cordiales, su significado había quedado claro: «Expón lo que te trae aquí y acabemos con esto. Tengo trabajo mucho más importante que hacer».

Fortaleza lo complació con mucho gusto.

—Confirmación —dijo el ministro, tecleando uno de los interruptores holográficos de su silla.

Una laminilla con un sistema de circuitos no mucho mayor que una de sus uñas asomó junto al interruptor.

—Y una bendición.

Soltó la lámina y se la tendió al Filólogo.

—Dos favores, entonces.

El Filólogo sonrió, mostrando unas encías partidas por filas de hueso aserrado. Movió la silla de piedra al frente y tomó la laminilla.

—Esto debe de ser muy importante.

Fortaleza consiguió mostrar una mueca amistosa.

—Una de las naves del viceministro ha descubierto un relicario de un tamaño bastante impresionante.

—Ah —dijo el otro, guiñando un ojo para inspeccionar mejor la laminilla.

—Y si hay que creer a las Luminaciones —prosiguió Fortaleza—, también un Oráculo.

Los ojos del Filólogo se abrieron de par en par.

—¿Un Oráculo, dices?

Fortaleza asintió.

—Unas noticias realmente pasmosas y maravillosas.

A una velocidad mayor de la que el ministro habría imaginado posible, el Filólogo hizo dar la vuelta a la silla y flotó hasta una sección de maquinaria en sombras que había en el centro de la habitación. A medida que se acercaba, aparecieron holografías en lo más alto, mostrando un grupo de obeliscos de ónice —potentes torres de proceso de datos unidas entre sí—, y, delante de éstos, el Oráculo del Dreadnought.

Aun cuando Fortaleza había visto muchas representaciones del sagrado objeto, era más pequeño de lo que había esperado. Encerrado dentro de un armazón que lo mantenía a la altura de la cabeza por encima del suelo, el Oráculo estaba amarrado a los obeliscos con ramales de alambre pulcramente trenzado. Los circuitos estaban conectados a pequeñas plataformas doradas fijadas a la cubierta del Oráculo: una lágrima de aleación de plata no mucho más larga que el cuello del ministro.

El extremo afilado de la cubierta estaba de cara a los obeliscos. El extremo redondo estaba orientado hacia el suelo y sostenía una lente de cristal oscuro. Había una abertura alrededor de la lente y la cubierta, y a través de ésta, Fortaleza pudo ver puntitos de luz; circuitos que funcionaban a baja intensidad. Eran las únicas señales de vida del Oráculo.

—¿Son éstos todos los datos? —preguntó el Filólogo, encajando la laminilla en uno de los obeliscos.

—Proceden del Luminar de la nave así como de sus sensores.

Fortaleza se acercó poco a poco al Oráculo. Por alguna razón lo dominaba un deseo de alzar la mano y tocarlo. Antiguo como era el objeto, la cubierta estaba totalmente lisa… sin abolladuras ni arañazos. Clavó la mirada en las profundidades de la lente.

—Hay informes de una especie nueva en el planeta que contiene las reliquias, pero parecen ser primitivos: una especie de nivel cuatro. No espero que vayan…

De improviso, los circuitos del Oráculo se iluminaron. La lente refractó la luz, emitiendo un haz cegador. «No es una lente —Fortaleza lanzó una exclamación ahogada—. ¡Es un ojo!» Levantó un brazo ante el rostro cuando el Oráculo se ladeó hacia él en su armazón.

—DURANTE MILLONES DE AÑOS HE VIGILADO. —La profunda voz del Oráculo resonó en el interior de su cubierta. El haz de luz del ojo titiló con la cadencia de las palabras a medida que las pronunciaba en la lengua de los San Shyuums—. OS

HE ESCUCHADO MALINTERPRETAR.

Oír hablar al Oráculo era, para un fiel miembro del Covenant, como escuchar las propias voces de los Forerunners. Fortaleza se sintió apropiadamente humilde, pero no sólo porque el Oráculo hubiera hablado por fin tras eras de silencio. A decir verdad, lo sorprendía del mismo modo averiguar que el Filólogo no era (como siempre había sospechado) un completo fraude. Fortaleza había concertado aquella cita por pura formalidad. Unas Luminaciones presentadas como prueba ante el Consejo Supremo requerían la bendición del Oráculo, lo que durante eras había significado convencer al Filólogo para que lo afirmara en su nombre. Pero aquellos santos ermitaños obedecían a motivos políticos tanto como cualquier otro San'Shyuum poderoso; eran igual de susceptibles a sobornos y chantajes. Fortaleza había esperado tener que efectuar alguna clase de «donación» al Filólogo (una pequeña parte del relicario, tal vez) para poder obtener la bendición requerida.

«Pero si el viejo charlatán me está tomando el pelo —Fortaleza contempló cómo el Filólogo abandonaba su silla y caía tembloroso de rodillas ante el Oráculo—, desde luego está dando lo mejor de sí».

—¡Bendito Heraldo del Viaje! —gimió el Filólogo, con la cabeza gacha y los brazos totalmente extendidos—. ¡Dinos cómo hemos actuado mal!

El ojo del Oráculo perdió intensidad. Por un momento pareció como si fuera a reanudar su largo silencio. Pero luego resplandeció otra vez, proyectando un holograma del glifo de Reclamación registrado por el Luminar del *Rapid Conversión*.

—ESTO NO ES RECLAMACIÓN —tronó el Oráculo—, ESTO ES RECLAMADOR.

Poco a poco el glifo giró boca abajo, y sus figuras centrales —los círculos concéntricos, uno dentro del otro, conectados por una línea fina— adquirieron un aspecto distinto. Las figuras de la disposición anterior habían semejado el péndulo de un reloj. Invertido, el glifo parecía ahora una criatura con dos brazos curvos por encima de la cabeza. El glifo encogió de tamaño al mismo tiempo que el holograma cambiaba a plano general para mostrar todo el mundo alienígena, cubierto de miles de aquellas Luminaciones orientadas de un modo nuevo.

—Y AQUELLOS A LOS QUE REPRESENTA SON MIS CREADORES.

Ahora le tocó el turno a Fortaleza de sentir que las rodillas se le doblaban. Aferró los brazos de su trono e intentó aceptar una revelación imposible: cada glifo representaba a un Reclamador, no una reliquia, y cada Reclamador era uno de los alienígenas del planeta; lo que sólo podía significar una cosa.

—Los Forerunners —musitó el ministro—. A algunos los dejaron atrás.

—¡Imposible! —espetó Tranquilidad, incapaz ya de seguir callado—. ¡Herejía!

—¿De un Oráculo?

—¡De este entrometido! —Tranquilidad apuntó con un dedo al Filólogo—. ¿Quién sabe lo que el viejo loco le ha hecho a esta maquinaria divina? ¡Las perversiones que ha llevado a cabo con todos sus gusanos y sacos!

—¡Cómo osas acusarme! —jadeó el Filólogo—. ¡En esta cripta tan sagrada!

El viceministro hizo retroceder su silla.

—Haré todo eso y más…

Justo entonces, la abadía empezó a estremecerse. Muchas cubiertas por debajo, los poderosos motores del Dreadnought cobraron vida, liberándose con una sacudida de los limitadores que los mantenían generando la energía comparativamente pobre que requería Suma Caridad. Pronto los motores alcanzarían su pleno rendimiento, y entonces…

—¡Desconecta el Oráculo! —gritó Fortaleza, aferrado con fuerza a los brazos de la silla—. ¡Antes de que el Dreadnought despegue y destruya la ciudad!

Pero el Filólogo no le hizo caso.

—¡El navío sagrado rompe sus ataduras! —Los brazos del anciano San'Shyuum temblaban, y ya no parecía asustado… parecía inspirado—. ¡Qué se haga la voluntad de los dioses!

El holograma del mundo alienígena desapareció, y una vez más el ojo del Oráculo brilló.

—RECHAZARÉ MIS PREJUICIOS Y OFRECERÉ REPARACIÓN.

Las oscuras paredes de la cripta empezaron a refulgir a medida que sus circuitos parecidos a venas se iluminaban en su interior. Los antiguos circuitos se inundaron de una luz que corrió al interior de los obeliscos situados detrás del Oráculo. Las rocas de franjas rojas y marrones empezaron a agrietarse, lanzando columnas de vapor calcáreo.

De improviso, el viceministro saltó de su silla, con la pistola de plasma desenfundada.

—¡Desconéctalo! —chilló, apuntando al Filólogo con el arma, cuya punta brillaba con un verde intenso mientras acumulaba energía para lanzar un rayo—. ¡O te abrasaré ahí donde estás!

Pero en aquel momento la lente del Oráculo se tornó tan brillante —empezó a centellear con una frecuencia tan febril— que amenazó con cegar a los tres San'Shyuums. Tranquilidad chilló y alzó las amplias mangas de la túnica ante los ojos.

—MIS CREADORES SON MIS AMOS. —La cubierta en forma de lágrima del Oráculo vibró dentro de su armazón como si intentara alzar el vuelo con su nave—. LOS LLEVARÉ SANOS Y SALVOS AL ARCA.

De repente, sonó un potente chasquido y la abadía se sumió en la oscuridad, como si el Dreadnought hubiera hecho saltar un fusible. Chillidos agudos resonaron por toda la cámara. Con los ojos rebosando lágrimas ardientes, Fortaleza alzó la mirada y vio cientos de chorros llameantes —lo que parecían eyecciones de metal fundido— cayendo en cascada de las paredes. A medida que su visión se aclaró, el ministro comprendió que eran, de hecho, Lekgolos ardiendo, resbalando de las paredes. Los moribundos gusanos caían en picado al suelo, donde estallaban en grandes salpicaduras color naranja o se enroscaban en retorcidos pedazos achicharrados.

Lo siguiente que Fortaleza vio fue que la pareja vinculada de Mgalekgolos que había visto custodiando la entrada del hangar ascendían ruidosamente la rampa que conducía al interior de la abadía, con los cañones de asalto cargados al máximo.

—¡No disparéis! —chilló Fortaleza.

Pero los acorazados gigantes siguieron avanzando a grandes zancadas; acurrucados tras su escudo y con las espinas erguidas y temblando.

—¡Tire el arma! —gritó entonces al viceministro—. ¡Hágalo ya, idiota!

Todavía deslumbrado por la luz del Oráculo, Tranquilidad dejó que la pistola repiqueteara contra el suelo.

Uno de los Mgalekgolo dijo algo al Filólogo, con una voz que era como el chirrido de una piedra.

—Un accidente —respondió el anciano ermitaño.

Paseó la mirada con tristeza por los cuerpos humeantes de sus gusanos —los restos destrozados de su magnífica investigación— y despidió a los centinelas con un ademán.

—No puede hacerse nada…

Los Mgalekgolo permanecieron donde estaban mientras su colonia se comunicaba. Luego, la luz verde en los agujeros de sus cañones perdió intensidad y ellos regresaron ruidosamente a su puesto. La abadía volvió a quedar oscura.

—¿Qué deberíamos creer? —preguntó Tranquilidad. Su voz sonó queda en la oscuridad.

Pero el ministro se había quedado sin palabras.

Podía decir sin faltar a la verdad que en toda su vida no había experimentado ni un solo momento de crisis espiritual. Había aceptado la existencia de los Forerunners porque sus reliquias estaban allí para que las encontraran, y creía en la divinidad de los Forerunners porque en todas sus eras de búsqueda, los San'Shyuums no habían hallado huesos ni otros restos. Sabía que la promesa central del Covenant de que todos recorrerían el Sendero y seguirían los pasos de los Forerunners era crítica para la estabilidad de la unión.

Y tenía la seguridad de que si alguien averiguaba que podrían llegar a ser abandonados, el Covenant estaba sentenciado.

En aquel momento, los fragmentos holográficos por encima de los obeliscos volvieron a encenderse, llenando la habitación con una tenue luz azul. Los ennegrecidos Lekgolos parecían grabados hechos en el suelo: un glifo macabro y retorcido.

—No debemos correr riesgos con estos… Recuperadores.

Fortaleza fue incapaz de obligarse a decir «Forerunners». Agarró su carnosa papada y le dio un firme tirón.

—Deben ser eliminados. Antes de que nadie más conozca su existencia.

El labio inferior del viceministro tembló.

—¿Habla en serio?

—Del todo.

—¿Exterminarlos? Pero qué pasa si…

—Si el Oráculo dice la verdad, que todo en lo que creemos es una mentira. —La voz de Fortaleza se llenó de repentina energía—. Si las masas saben esto, se sublevarán. Y no permitiré que eso llegue a suceder.

El viceministro asintió despacio.

—¿Qué pasa con él? —musitó Tranquilidad, echando una veloz mirada al Filólogo.

El anciano ermitaño tenía la vista puesta en el Oráculo. El artefacto colgaba flojamente en su armazón, con una fina columna de humo alzándose en espiral de la abertura alrededor de la lente.

—¿Podemos confiar en que mantendrá este secreto?

—Eso espero. —Fortaleza se soltó la papada—. O será un tercer Jerarca muy poco satisfactorio.

* * *

Sif no había esperado comunicaciones largas. Sabía que Mack intentaba mantener secreta la posición de sus centros de datos. Pero sus respuestas a las alertas de la IA cuando la nave de guerra extraterrestre había aparecido dentro del sistema y luego se había acercado a Harvest fueron tan abreviadas y formales que empezó a preguntarse si había hecho algo mal.

Sif no tenía ni idea con exactitud de qué podría tratarse. Había llevado a cabo con suma destreza su parte del plan: trasladado cientos de módulos de propulsión a coordenadas situadas a semanas y meses de Harvest, a lo largo de su senda orbital. Había llevado a cabo los lanzamientos necesarios a gran velocidad por sí misma; colocar los propulsores con rapidez y exactitud en posición era fundamental para el éxito del plan, y no había querido dejar las maniobras en manos de los ordenadores de navegación, que se aturullaban con facilidad.

Su meticulosidad había tenido su recompensa. Los propulsores quedaron instalados mucho antes del plazo establecido, dos días antes de la llegada de la nave de guerra extraterrestre. Fue pura coincidencia, Sif lo sabía (ni ella ni Mack ni Jilan Al-Cygni tenían la menor idea de cuándo podrían aparecer más alienígenas). Aun así, no pudo evitar pensar que el haberlo llevado a cabo a tiempo era un buen presagio… una señal esperanzadora de que la compleja e inaudita evacuación funcionaría.

Pero cuando hubo transmitido la buena noticia sobre los propulsores, todo lo que Sif obtuvo del centro de datos de Mack fue un mensaje sucinto y anónimo:

<\ No más comunicaciones. \>

Lo que estaba muy bien, imaginó. Mack había explicado que una vez que los propulsores estuvieran colocados era fundamental que ella intentara pasar desapercibida y no hiciera nada que atrajera la atención de los alienígenas…, que les diera un motivo para dañar la Tiara. Así que Sif interrumpió toda actividad en sus ramales, y por primera vez en su atribulada existencia, no tuvo nada que hacer aparte de luchar con su nueva inhibición emocional.

Desde que visitara a Mack en su centro de datos, su núcleo había experimentado instantes de encaprichamiento, momentos de profunda añoranza, y luego soledad y dolor cuando sus respuestas se habían vuelto frías. Sabía que todo ello eran reacciones exageradas; su lógica seguía intentando hallar un equilibrio entre lo que quería sentir y lo que los algoritmos le decían que debería sentir. Pero en aquellos momentos Sif estaba preocupada por una emoción que ambas partes de su inteligencia estaban de acuerdo en que era por completo apropiada: un miedo repentino e inesperado.

Hacía unos pocos minutos, la nave de guerra extraterrestre había usado lásers para inutilizar todos los módulos de propulsión que Sif había dejado alrededor de la Tiara. Y ahora la nave descendía a toda velocidad por la atmósfera en dirección a la ciudad de Gladsheim, cargando sus armas pesadas de plasma.

Sabía que Mack podría rastrear el descenso de la nave de guerra a través de las cámaras de sus JOTUN. Pero no estaba segura de que las cámaras fueran lo bastante potentes para ver la nave extraterrestre más pequeña que se acercaba en aquellos momentos a la Tiara. Permaneció silenciosa mientras el transporte se conectaba a su casco, pero cuando éste vomitó a sus pasajeros —múltiples alienígenas bajos, de piel gris y con mochilas— supo que tenía que dar la alarma.

<\\> HARVEST.SO.IA.SIF >> HARVEST.AO.IA.MACK
<\ Tengo problemas.
<\ Han abordado la Tiara.
<\ Ayuda por favor. \>

Casi inmediatamente después de que Sif enviara su mensaje, una gran ráfaga maser inundó el interfaz de su COM. Escaneó los datos recibidos y reconoció la misma clase de fragmento que ella había enviado a Mack. Sif abrió con ansiedad uno de sus grupos de procesadores, y al cabo de un momento los avatares de ambas IA estaban de pie en la plataforma holográfica. Sif sonrió y extendió las manos… luego las retiró lentamente.

Mack todavía llevaba los acostumbrados pantalones vaqueros azules de trabajo y la camisa de manga larga. Pero las ropas estaban impecables… ni una mota de polvo o grasa. Los negros cabellos, por lo general alborotados, estaban pulcramente peinados

y alisados con gomina. Pero era el rostro de Mack lo que estaba más cambiado. Su mirada carecía de expresión, y no había ni un atisbo de una sonrisa insinuante.

—¿Dónde están? —preguntó sin la menor emoción.

—Pasando por la tercera estación de acoplamiento. Vienen hacia aquí.

—Entonces no tenemos mucho tiempo.

Mack extendió entonces las manos. Sif clavó la mirada en sus ojos y vio destellos rojos tras el color gris.

—Loki —dijo, dando un paso atrás.

La PSI de la ONI forzó una sonrisa.

—Me dijo que te dijera adiós.

Loki avanzó veloz como un rayo, y su avatar agarró las manos de Sif y las sujetó con fuerza mientras su fragmento se arrancaba del grupo de procesadores. Ella alzó un cortafuegos, pero el fragmento se abrió paso a través de él con un agresivo código de nivel militar diseñado para diezmar redes reforzadas. Los circuitos de una IA de la autoridad portuaria eran una presa fácil.

Sif intentó hablar, pero no acudieron las palabras.

—Me pidió que te mantuviera a salvo. —Loki negó con la cabeza lentamente—. Pero eso es demasiado arriesgado. Es mejor simplemente mantenerte en silencio.

El fragmento de datos estalló, llenando todos sus grupos de procesadores y matrices de virus debilitantes. Sif percibió cómo la temperatura de su núcleo aumentaba a toda velocidad al mismo tiempo que el *hardware* se freía a su alrededor. Su avatar perdió el conocimiento: un estallido de emoción mientras el virus suprimía los algoritmos de contención y purgaban el resto de su código operativo.

El avatar de Loki atrapó a Sif en sus brazos y la sostuvo mientras se estremecía. Cuando el avatar de la IA dejó por fin de dar sacudidas y el fragmento quedó convencido de que no se recuperaría del ataque, Loki retiró el fragmento al único grupo de procesadores que había dejado operativo.

—Una precaución —dijo, mientras el fragmento se introducía en la memoria flash del cluster—. Por si acaso tus invitados son más listos de lo que parecen.

Lo último que Sif vio fue el destello de Loki tras los ojos de Mack. Luego, su núcleo lógico falló y todo en su centro de datos se apagó.

TERCERA PARTE

17

HARVEST, 22 FEBRERO 2525

Desde el tejado a dos aguas de metal de la terminal maglev de Gladsheim, Avery tenía una visión nítida de la nave de guerra extraterrestre: un manchurrón morado en forma de pera en el cielo sobre los campos situados al noroeste de la ciudad. El sargento mayor entornó los ojos por detrás de las gafas de lentes doradas cuando un chorro de plasma incandescente brotó de la proa de la nave. Una cascada de gases ionizados salpicó el suelo como una cortina hirviente. Luego la nave avanzó despacio, dejando una columna de humo cada vez más negra.

Avery había presenciado la misma acción una y otra vez durante las últimas dos horas. Había cientos de columnas negras flotando hacia el este en la estela de la nave de guerra, cada una simbolizando los restos incendiados de una granja remota. Avery no sabía cuántos civiles habían muerto en el primer ataque de los alienígenas sobre Harvest. Pero imaginó que debían de ser miles.

—Movimiento —crepitó la voz de Byrne desde un altavoz del casco de Avery—. Torre al final de la terminal.

La terminal de techo rojo era parte de un depósito mucho mayor de naves que era más largo, de este a oeste, que la calle mayor de Gladsheim: diez manzanas de tiendas y restaurantes de tejados planos, pintados de colores brillantes así como un modesto hotel de tres pisos. Al este de la calle principal, la ciudad era todo talleres de reparación de JOTUN y almacenes de suministros para granjas: inmensos bloques cuadrados de chapa dispuestos en una cuadrícula de amplias calles asfaltadas que se extendían por la llanura de Ida.

Avery escudriñó al este con el rifle de combate. Pasando raudos por la mira óptica, los edificios de la calle principal parecían libros colocados en el estante de una biblioteca; más pegados de lo que estaban en realidad. Paró al alcanzar el grueso poste de polycrete que sostenía el depósito de agua de Gladsheim, la construcción más alta de la ciudad. Con las mandíbulas apretadas, observó cómo un par de insectos descomunales de color orín subían con rápidos saltitos por el alero del tanque cónico invertido de la torre.

—¿Cuántas clases de esas malditas cosas hay? —maldijo Byrne.

Avery contempló cómo los insectos brincaban a la parte superior en medio de un temblor de alas transparentes. Los perdió de vista por un momento, pero no tardaron en aparecer en el borde del tanque. Con las alas plegadas bajo las endurecidas placas de los hombros, las criaturas se fundían a la perfección con el polycrete mojado por la

lluvia del tanque. Por el momento, era una buena cosa. Si algún civil divisaba aquellos bichos, Avery sabía que cundiría el pánico.

Cerca de dos mil refugiados estaban apelotonados en un estrecho patio de grava entre la terminal y la calle principal: familias de granjas de los alrededores de Gladsheim que habían conseguido escapar del bombardeo extraterrestre. Algunos gruñían o gemían cuando el estruendoso siseo de la descarga de plasma más reciente resonaba por todo el patio, pero la mayor parte permanecían acurrucados en silencio… enmudecidos por la comprensión colectiva de que acababan de escapar, y por muy poco, de la muerte.

—Capitán, tenemos exploradores. —Avery atisbo al lugar donde Ponder permanecía de pie junto a la entrada de la terminal—. Permiso para abatirlos.

Por lo general, la terminal no necesitaba seguridad. La entrada era tan sólo una abertura en un valla baja de hierro enmarcada por dos farolas de estilo antiguo; farolas de gas simuladas cuyos tubos de cristal esmerilado ocultaban bombillas de alto rendimiento de vapor de sodio. El capitán había bloqueado la entrada con uno de los Warthog de la milicia, aunque lo único que en realidad impedía que la multitud se abalanzase sobre la terminal eran los reclutas de las escuadras Alfa y Bravo desplegados a lo largo de la valla. Los milicianos llevaban puestos trajes de faena de color caqui y cascos, y cada uno sostenía un MA5.

—Negativo. —Ponder alzó los ojos hacia Avery—. Si abre fuego, iniciará una estampida.

Era difícil advertirlo con el uniforme puesto, pero una escayola de bioespuma endurecida envolvía el torso del capitán. El martillo del extraterrestre de la armadura dorada le había roto la mitad de las costillas y hecho añicos el brazo postizo. Ponder se había deshecho de la prótesis; Healy no disponía del tiempo ni de la pericia para arreglarla.

—Son insectos —insistió Avery—. Con una gran movilidad.

—Repita eso.

—Alas. Patas largas. Todo el conjunto.

—¿Armas?

—No que yo pueda ver. Pero tienen una visión de todo el patio.

—Mientras se limiten a mirar, dejémoslos en paz.

Avery apretó los dientes.

—Sí, señor.

El techo se estremeció cuando un contenedor llegó desde el norte. El alero del edificio era justo lo bastante alto para resguardar la puerta del contenedor de carga: un portal rectangular capaz de dar cabida a los pesados cargadores JOTUN. Las carretillas elevadoras gigantes de tres ruedas acostumbraban a estar en movimiento por todo el depósito, izando las cajas hasta los contenedores y apilándolas en el interior.

Pero hoy (con la ayuda de Mack) los marines habían dispuesto a los cargadores en

una hilera irregular sobre una parcela de terreno toscamente pavimentado entre la valla y la terminal. Cada JOTUN tenía las horquillas alzadas a media altura, como soldados con las bayonetas caladas. Pero era difícil decir si la mecanizada hilera de control había servido o no realmente para mantener a la multitud controlada.

—De acuerdo, Dass —dijo Ponder—. Déjelos pasar.

El motor del Warthog retumbó cuando el jefe de la escuadra 1/A lo hizo retroceder poco a poco sobre los enormes neumáticos todoterreno. Cuando dejó espacio suficiente para que cuatro adultos pudieran pasar uno al lado del otro entre los grandes ganchos de remolque y la farola situada al otro lado, Dass pisó el freno.

—Sólo un recordatorio. A todos —tronó la voz de Mack desde los altavoces de la terminal—. Cuanto menos empujéis, más de prisa podemos cargar. Gracias por vuestra cooperación.

Avery pudo ver al avatar de la IA brillando tenuemente junto al capitán sobre un proyector holográfico portátil, un modelo en su mayor parte de plástico que habían tomado prestado de la oficina del jefe del depósito. La IA hizo una seña con el sombrero a los primeros refugiados para que cruzaran la entrada y los hizo avanzar hacia la terminal con secos movimientos del brazo. A medida que el resto de la multitud se adelantaba en tropel, los milicianos aferraron con más fuerza sus rifles.

—¿Qué hace el principal? —preguntó Ponder, refiriéndose a la nave extraterrestre.

—Misma velocidad, misma dirección —respondió Avery.

—Bien, reúnase conmigo junto a la entrada. Byrne, usted también.

—¿Señor? —inquirió Byrne—. ¿Qué hacemos con los insectos?

—Alerte a sus tiradores, luego baje a toda prisa.

Avery se colgó el rifle al hombro y avanzó a grandes zancadas en dirección oeste por el borde del tejado, con las botas comprimiendo las puntiagudas tapajuntas de metal con sincopados estallidos y chasquidos, hasta alcanzar una chimenea de ventilación en forma de hongo.

—Contactos en el depósito de agua —dijo a Jenkins y a Forsell—. Limitaos a vigilarlos hasta que yo diga lo contrario.

La profunda inclinación del tejado hacía impracticable permanecer tumbado o arrodillado, de modo que los dos reclutas se veían obligados a permanecer en pie y apoyar las armas sobre la chimenea de ventilación. No era un postura ideal para disparar en lo referente a estabilidad, pero al menos tenían una buena panorámica del patio y una línea de visión despejada hasta la torre.

—Sargento mayor… —empezó Jenkins.

—¿Qué?

—El principal. Sigue la carretera de Dry Creek. —El recluta apartó la vista de su rifle de combate con el rostro surcado de arrugas de inquietud—. ¿Ha visto Mack a alguien más viniendo de esa dirección?

—Lo preguntaré —respondió Avery—. Pero tienes que permanecer concentrado,

¿está claro?

—De acuerdo —musitó Jenkins—. Gracias, sargento mayor.

Forsell lanzó a Avery una mirada preocupada.

«Lo sé», Avery asintió. Con el rabillo del ojo, vio a otro par de insectos que ascendían revoloteando por el lado de un edificio en el extremo occidental de la calle principal y se acomodaban bajo la valla publicitaria de un tejado en la que ponía COMERCIAL IDA en alegres letras de imprenta. Avery alargó un dedo en dirección a los insectos, redirigiendo la atención de Forsell.

—Dos a las diez —dijo Forsell—. ¿Los tienes?

—Sí. —Jenkins tragó saliva con fuerza y se apoyó de nuevo en su rifle—. Sí, los tengo.

Avery alzó la mano para dar una palmada a Jenkins en el hombro, pero se contuvo. Frunciendo el entrecejo, siguió su camino hasta una escalerilla de mantenimiento cercana.

Cuando Thune comunicó la noticia de la llegada de los alienígenas, hacía casi una semana, nadie pensó que atacarían la ciudad de Gladsheim. De hecho, a pesar de la alocución sin precedentes del gobernador a todos los COM (un discurso emitido en directo a todo dispositivo de comunicación público y privado), la población de Harvest había reaccionado a la noticia del primer contacto con conmocionada incredulidad. Thune había finalizado la alocución con una petición para que todos los que no residían en Utgard se trasladaran a la capital, pero aquello no consiguió desencadenar la gran y rápida migración que el gobernador deseaba.

Cuando Thune reforzó su mensaje con secuencias drásticamente censuradas de la negociación en los jardines, la pasividad de la población se transformó con rapidez en indignación. «¿Cuánto hace que lo sabía el gobernador?», preguntaron los ciudadanos. «¿Qué más sabe que no nos está contando?» Miembros del Parlamento de Harvest se alinearon rápidamente con el estado de ánimo de la población y amenazaron con un voto de censura si el gobernador no daba a conocer más detalles sobre sus «tratos» con los alienígenas.

Pero todo aquel politiqueo no era más que un modo de pasar el tiempo; un esfuerzo por hacer algo mientras los alienígenas no hacían nada. Durante toda una semana después de la negociación, las criaturas permanecieron quietas en su nave de guerra hasta que, sin advertencia previa, abandonaron la órbita alta y descendieron en dirección a Gladsheim.

Thune envió otra desesperada orden de evacuación, pero tuvo poco efecto. Las familias que vivían alrededor de Gladsheim habían elegido no tan sólo emigrar a Harvest (la colonia más remota del imperio), sino vivir también en las afueras del asentamiento más remoto del planeta; tan lejos de la civilización como pudieran estar. Eran gentes fuertes e independientes que preferían permanecer donde estaban y sobrellevar las cosas por sí mismas, y hoy pagaban cara su forma de ser.

En las tres horas que la milicia tardó en congregarse desde su campamento

temporal en el césped ante el edificio del Parlamento, montar en un contenedor de carga y marchar por la línea maglev número cuatro en dirección a Gladsheim, docenas de las granjas más lejanas habían sido alcanzadas.

Y una de ellas pertenecía a los padres de Jenkins.

Al pie de la escalerilla, Avery desanduvo el camino hacia el este a través de la terminal. Una fila de evacuados iba ocupando ya el enorme edificio: padres que alzaban maletas llenas hasta reventar, críos cargados con mochilas diminutas estampadas con las estrellas antropomórficas de dibujos animados del COM público… Avery vio a una niña rubia de tres o cuatro años todavía en pijama. La pequeña le sonrió con unos ojos enormes e intrépidos, y él supo que los padres debían de haberse esforzado mucho por simular como una diversión una situación desesperada.

—Lo siento, Dale. Sólo una por persona —dijo Mack.

Un segundo avatar flotaba en el aire por encima de un proyector holográfico incorporado a un lector de existencias que se alzaba donde la rampa de carga de la terminal se unía a la puerta del contenedor. Allí, Healy y la escuadra 1/B estaban ocupados distribuyendo raciones de comida que sacaban de cajones de plástico.

—¡Oh, has cogido una para Leifi. —Mack guiñó un ojo a un niño con los cabellos revueltos de quien se acaba de despertar que se escondía tras las piernas de su padre —. Todo irá bien —dijo la IA cuando el niño le devolvió el guiño.

Si el JOTUN de un granjero se averiaba, o por accidente el propio JOTUN reventaba un conducto de riego, Mack estaba siempre allí para ayudar. La mayoría de las veces, la IA era quien iniciaba la comunicación, ofreciendo amistoso consejo gratuito mucho antes de que alguien advirtiera siquiera que existía un problema. En esencia, Mack era el tío favorito de todo el mundo, y ahora su familiar avatar contribuía mucho más a mantener a los refugiados calmados que la milicia y sus armas. Pero curiosamente, la IA no había estado ansiosa por hacer acto de presencia.

Durante una breve sesión informativa en el despacho de Thune en el Parlamento antes de que la milicia partiera hacia Gladsheim, Mack había manifestado que preferiría ayudar con la evacuación «entre bastidores». En ningún momento había rehusado, de hecho, manifestarse en la terminal de Gladsheim, pero Avery advirtió ahora que Mack sonaba un poco envarado: su buen humor parecía más forzado de lo que había sido en la fiesta del solsticio. Una parte de ello podría deberse a un esfuerzo por respetar los trágicos acontecimientos del día; pero cualquiera que fuese la razón, las singularidades de la personalidad de la IA no eran asunto de Avery. La capitana de corbeta Al-Cygni había pasado mucho más tiempo con Mack que él, y durante la sesión informativa se había tomado con calma las reticencias de la IA.

Avery abandonó el edificio de la terminal caminando paralelamente a la fila de refugiados hasta alcanzar la verja. Byrne ya estaba allí, de pie junto a Ponder, pero el capitán aguardó a que Avery se acercara antes de anunciar en un ronco susurro:

—Algunos de los JOTUN de Mack acaban de divisar un convoy que viene a través

de los viñedos.

—¿Cuántos vehículos? —preguntó Avery.

Ponder miró a Mack. La IA debía de haber estado siguiendo la conversación, porque tras saludar con el sombrero a una rechoncha mujer de pelo canoso que llevaba de la mano a sus dos nietos, la IA mostró a toda prisa una mano totalmente extendida: cinco.

Avery había visto los viñedos desde el tejado. Sus hileras de parras dispuestas de manera uniforme se extendían desde la ciudad en todas direcciones. La mayor parte de las uvas eran para consumo diario, pero algunas se cultivaban para hacer vino. De hecho, degustar los productos de las pequeñas bodegas familiares de la región era el motivo principal de que la población más refinada de Utgard se molestase en efectuar un viaje de todo un día a través de la llanura de Ida para visitar Gladsheim.

Avery sabía que las personas del convoy habían pasado por los viñedos para mantenerse fuera de las carreteras. Tan entrado el verano, la tierra en los viñedos estaba reseca y apelmazada, de modo que seguramente habrían podido avanzar de prisa y mantenerse ocultos al mismo tiempo. Pero también sabía que Ponder no lo habría hecho bajar a menos que hubiera un problema.

—Mack está siguiendo la pista a dos naves de desembarco —dijo el capitán—. Las mismas que utilizaron en los jardines.

—¡Mierda! —soltó Byrne.

—Cojan un Hog. Vean qué pueden hacer. —El capitán hizo una mueca de dolor al estirar el cuello para echar una ojeada a la multitud que avanzaba arrastrando los pies—. Pero tienen que ser rápidos. Un contenedor más, y hemos acabado.

—¿Alguna señal de los padres de Jenkins? —preguntó Avery.

Una vez más, Ponder miró a Mack. La IA no se limitaba sólo a saludar a la gente para ser simpática. Desde las cámaras ubicadas en su holoproyector y otras distribuidas por toda la terminal, había estado escaneando rostros y cotejándolos con la base de datos del censo de Harvest. Mack negó con la cabeza.

—Esperemos que estén en ese convoy —dijo Ponder mientras el eco de otro ataque con plasma retumbaba por todo el depósito, mucho más fuerte que antes—. Tenemos que salir de aquí. Aun cuando no estén allí.

Menos de un minuto después, Avery y Byrne conducían otro de los Warthogs de la milicia hacia el oeste por la calle principal. Avery iba al volante. Byrne estaba a cargo del cañón ligero antiaéreo M41 (LAAG), una ametralladora rotatoria de tres cañones montada sobre una torrera giratoria en la plataforma de carga del vehículo. El LAAG era el arma más potente del arsenal de la milicia y habría sido más que suficiente para cualquier operación interna de seguridad, pero Avery no tenía ni idea de qué tal resultaría contra las torretas de los transportes alienígenas.

Efectuó un violento giro a la derecha por una avenida que iba hacia el norte, siguiendo una ruta que Mack había transmitido a un mapa del visualizador de datos del salpicadero. Unas cuantas manzanas más y estarían en la zona de los almacenes,

donde su visión quedaría limitada por la altura de los edificios de metal. Avery efectuó un nuevo giro hacia el oeste por una avenida que conducía al límite de la ciudad, y detuvo el Warthog con un chirrido de frenos.

Una de las naves de desembarco flotaba baja por encima de los viñedos, con la torreta disparando en dirección opuesta a Avery hacia el interior de las hileras. Más cerca, un remolque polvoriento y un turismo ardían sobre una franja de tierra roja entre los viñedos y la ciudad. Las puertas de ambos vehículos estaban abiertas, prueba de que sus ocupantes al menos habían intentado huir. Pero no habían llegado muy lejos. Una hilera de cadáveres humeantes yacía en el polvo allí donde la torreta los había abatido.

Avery vio que algo emergía del contenedor del remolque. Brilló con luz trémula en el humo ardiente que surgía del motor del vehículo, y Avery supo que era el extraterrestre de la coraza dorada incluso antes de que éste quedara bien a la vista, con el martillo colgado a la espalda. La criatura sujetaba una maleta en una de las garras y un cuerpo en la otra. El sargento mayor contempló cómo el ser arrojaba al suelo ambos trofeos, se inclinaba y abría la maleta de un zarpazo. Sin percatarse aún de la presencia de los marines, revisó con cuidado las ropas revueltas.

—Hemos llegado demasiado tarde —siseó Byrne.

—No. —Avery vio que el cuerpo se movía: un hombre delgado, que empezaba a quedarse calvo, chilló cuando la criatura de la coraza dorada lo agarró por el cuello—. Tenemos un superviviente.

Byrne se apoyó con fuerza en el LAAG.

—Haz que ese hijo de puta se ponga en pie.

Avery oprimió la bocina del Warthog y no la soltó hasta que el autoritario bocinazo se dejó oír por encima del gemido de las unidades antigravitacionales de la nave. Cuando el extraterrestre se levantó para volverse hacia el sonido, Byrne le disparó a placer.

Chispas azules brotaron de los escudos de energía del extraterrestre a medida que los proyectiles de doce coma siete milímetros del LAAG daban en el blanco. La criatura retrocedió tambaleante, y por un momento Avery pensó que el fuego sostenido de Byrne la abatiría. Pero justo cuando sus rodillas parecían a punto de doblarse, el extraterrestre rodó lateralmente detrás del turismo. En ese mismo momento, la nave giró en redondo, con un grupo de insectos zumbando desde sus plataformas. Avery se mantuvo firme y dejó que Byrne barriera el enjambre que se desperdigaba. Pero entonces vio un fogonazo dorado.

—¡Agárrate! —gritó. Dio un tirón a la palanca de cambios de la columna de dirección para poner la marcha atrás y pisó a fondo el acelerador. Pero antes de que el vehículo hubiera retrocedido más de unos pocos metros, el extraterrestre de la coraza dorada penetró en tromba en la avenida, y dejó caer el martillo con un fortísimo rugido. El arma aplastó la parte delantera del capó del Warthog y quebró el gancho de remolque. El motor salió indemne, pero la fuerza del golpe de la criatura levantó las

ruedas traseras del vehículo del asfalto.

—¡Da la vuelta! —tronó Byrne, luchando por apuntar el LAAG mientras el Warthog volvía a rebotar sobre los neumáticos.

Pero Avery ya había cambiado de marcha, y ahora el vehículo salió disparado hacia adelante, golpeando al extraterrestre en el pecho y empujándolo hacia atrás a través del enjambre. Un insecto voló contra el parabrisas, resquebrajando el cristal y muriendo en un estallido de entrañas color mostaza que cubrieron las gafas de Avery. Mientras el sargento mayor se deshacía de ellas, otro bicho cayó por encima del primero, agitando las extremidades acabadas en garras, y se estampó contra las puntiagudas placas blindadas que rodeaban el cañón del LAAG.

—¡Lárgate de aquí! —aulló Byrne al insecto cuando éste paso rodando por su lado.

La criatura sacó las zarpas y consiguió abrir una herida en el brazo del sargento mayor. Aun cuando era superficial, esto enfureció a Byrne más de lo que ya estaba, e hizo girar la torreta y lanzó contra el insecto una prolongada ráfaga. Pero habían atravesado ya el enjambre, y mientras los supervivientes aminoraban la velocidad en un esfuerzo por volver por donde habían venido, Byrne repartió a placer su furia.

El Warthog volvió a parar de improviso; un impacto tan violento que hizo que Avery se golpeara el pecho con la barbilla e hizo caer al insecto del destrozado parabrisas. Pero el choque fue intencionado: Avery había conducido el Warthog directamente contra el turismo, inmovilizando al extraterrestre de la coraza dorada entre ambos. La criatura rugió de dolor. Había soltado el martillo, y ahora sus únicas armas eran las zarpas embutidas en guantes acorazados, con las que martilleó el capó abollado del Warthog, igual que badajos en un par de campanas de iglesia.

—¿A qué estás esperando? —gritó Byrne cuando Avery desenfundó su M6 y apuntó la pistola al rostro del extraterrestre—. ¡Mata a ese bastardo!

Pero Avery no apretó el gatillo. En vez de ello lanzó una mirada iracunda a la cabina de la nave de desembarco: «¿Tú me disparas? Yo le disparo a ya sabes muy bien quién».

La torreta de la nave había girado hasta encarar al Warthog, y el plasma reluciente crepitaba en las profundidades de su cañón doble. Pero fuera cual fuese la criatura sentada en la cabina, ésta hizo caso de la advertencia de Avery, y el arma permaneció en silencio.

—Byrne. Coge al superviviente.

—¿Estás loco?

El extraterrestre dejó de aporrear el capó. Apoyó las garras contra el bloque al descubierto del motor del Warthog e intentó empujar el vehículo hacia atrás. Avery dio un pequeño acelerón, haciendo girar las ruedas traseras sobre la tierra del viñedo y aplicando más presión sobre el extraterrestre.

—¡Hazlo! —gritó Avery.

Byrne saltó del LAAG y caminó despacio hacia el civil herido mientras la torreta

de la nave pivotaba entre él y Avery. Byrne ayudó al hombre a ponerse en pie, le hizo pasar un brazo por encima de su hombro y lo condujo hasta el asiento del copiloto del Warthog.

—Se pondrá bien —dijo Avery mientras Byrne le sujetaba el cinturón de seguridad al herido.

El hombre apenas iba vestido: llevaba sólo unos calzoncillos a rayas y una camiseta blanca sin mangas que estaba fundida sobre su pecho. Tenía el rostro y los brazos cubiertos de quemaduras de segundo y tercer grado. Cuando el hombre intentó hablar, Avery negó con la cabeza.

—Sólo relájese.

—Estoy dentro —anunció Byrne, acomodándose de nuevo en su torreta—. ¿Ahora qué?

Avery clavó la mirada en los ojos amarillos del inmovilizado extraterrestre.

—En cuanto pise el acelerador, dale al chico dorado en la barbilla.

—Trato hecho —gruñó Byrne.

Avery pisó el acelerador a fondo. El Warthog saltó hacia atrás, y el extraterrestre de la coraza dorada volvió a aullar. Avery sólo tuvo una visión fugaz de la herida de la criatura antes de volverse en el asiento para mirar por dónde conducía. El muslo derecho del ser estaba hecho pedazos. La placa de blindaje de la pierna se había rajado, y dos espolones de hueso sobresalían de la carne ensangrentada.

La propia gravedad de la herida le salvó la vida a la criatura, ya que justo en el momento en que Byrne abría fuego, la pierna cedió y el ser se desplomó. Byrne no tuvo tiempo de ajustar la mira antes de que Avery diera un violento golpe de volante al Warthog, haciéndolo girar en redondo de vuelta hacia los almacenes. Con el fuego de plasma de la torreta de la nave cociendo el pavimento tras ellos, los dos sargentos mayores y su solitario evacuado corrieron de vuelta a la terminal.

—¿Capitán? —vociferó Avery por el micro que llevaba junto a la garganta—. ¡Vamos de vuelta!

—¡Tenemos bichos en el patio y enemigos en el aire! —respondió Ponder.

Avery oyó disparos y gritos en la radio.

—Estamos cargando a los últimos civiles. ¡Necesitamos que atraigan algo del fuego!

—Byrne, ¿ves otra nave?

—¡El depósito de agua! ¡A la izquierda en el próximo cruce!

Avery introdujo el Warthog en la calle principal de Gladsheim describiendo una curva amplia que hizo chirriar las ruedas. Al cabo de un momento, vio a la segunda nave de desembarco extraterrestre que avanzaba despacio hacia el norte por encima de la terminal; la torreta disparaba contra el patio situado debajo. Byrne barrió una de las plataformas para tropas de la nave con una larga ráfaga que hizo que la torreta girara a toda prisa. Pero Avery ya había pisado el acelerador y la respuesta del enemigo abrasó la calle detrás de ellos.

—Está girando para seguirnos —aulló Byrne—. ¡Vamos, vamos, vamos!

Avery pisó a fondo, y el Warthog no tardó en correr a máxima velocidad en dirección al extremo oriental de la ciudad. A pesar del fuego ininterrumpido de Byrne, la nave acortaba distancias con rapidez, y Avery podía notar el calor del plasma en el cogote.

—¡Agárrate! —gritó Avery a la vez que tiraba del freno de mano y giraba violentamente a la derecha.

Las ruedas delanteras del Warthog se trabaron, pero las traseras se desplazaron a la izquierda, haciendo que el vehículo describiera un círculo cerrado alrededor del depósito de agua. Avery echó una ojeada para ver si su pasajero civil estaba bien, pero el hombre había perdido el conocimiento debido al *shock*.

—¿Estáis bien? —La voz de Mack zumbó en el casco de Avery.

La IA sonaba demasiado tranquila para el caos actual.

—Por ahora.

Avery hizo una mueca mientras la nave enemiga escupía plasma por delante del Warthog, demasiado de prisa para competir con el trompo del vehículo. La nave salpicó el depósito de agua con furiosas descargas erráticas, luego desapareció por detrás del hotel de Gladsheim.

—¿Se han marchado todos? —preguntó a continuación Avery.

—Todo el mundo menos vosotros —respondió Mack.

El Warthog apuntaba ahora directamente al depósito. Avenida abajo, Avery pudo ver que un contenedor abandonaba la terminal acelerando a toda velocidad.

—¡Envía otro contenedor! ¡Nos meteremos dentro con el coche!

—Tengo una idea mejor —repuso Mack—. Da marcha atrás y dirígete al viñedo.

—¡Y una mierda! —gritó Byrne.

Avery cambió de marcha a toda prisa.

—La nave está justo sobre nuestro trasero, Mack.

—Lo sé. —La IA sonaba decididamente segura.

A los pocos segundos, todo lo que Avery podía ver era el movimiento de hojas y las masas borrosas de racimos de uvas de color burdeos mientras el Warthog corría como una exhalación junto a una hilera de viñas.

—¿Cuál es el plan?

—Hay un aparcamiento de emergencia a dos coma tres kilómetros al este de vuestra posición actual —reveló Mack—. Tendré otro contenedor esperándoos allí.

Justo entonces, el enemigo volvió a aparecer detrás de ellos. La torreta llameó, lanzando disparos a ciegas, a través del polvo del Warthog, que impactaron más adelante en la hilera de viñas. Avery efectuó un viraje brusco para esquivar una serie de baches humeantes.

—Bueno, no esperando exactamente —continuó Mack—. ¿Cuál es vuestra velocidad actual?

—¡Ciento veinte!

—Excelente. No paréis.

Con los nudillos tensados sobre el volante, Avery condujo a toda velocidad junto a la hilera, haciendo todo lo posible por evitar los cráteres de los impactos. Pero no podía esquivarlos todos y mantener aquella velocidad.

—¡Tómatelo con calma, cabrón! —aulló Byrne cuando el Warthog rebotó en un agujero especialmente profundo.

A Avery los oídos le zumbaban debido a las detonaciones del LAAG y el repiqueteo de los casquillos de latón al caer sobre la plataforma de carga.

—¡Bésame el culo! —le gritó a Byrne mientras un chorro de plasma pasaba por encima de sus cabezas, tan cerca que casi hizo hervir el sudor que empapaba su uniforme de faena.

—¡No tú! ¡El cabrón que tenemos a las seis!

La nave había empezado a oscilar a un lado ya otro, intentando conseguir un disparo claro. La torreta tenía problemas para seguirles la pista, y los disparos erraban por mucho a ambos lados, fundiendo los alambres de metal que mantenían las vides emparradas entre postes verticales más gruesos. Avery sabía que su mala puntería no duraría siempre.

—¿Mack?

—Sigue adelante. Casi estáis ahí…

El fuego de la nave enemiga viró a la izquierda frente al Warthog, acribillando su camino con los glóbulos de metal fundido procedentes del alambre del emparrado y los postes. Avery colocó una mano tras el cuello de su pasajero civil y lo empujó hacia adelante en el asiento; le metió la cabeza debajo del salpicadero mientras el Warthog corría como una flecha a través de una nube pegajosa y abrasadora de jugo de uva vaporizado.

—¡Van a dejarnos fritos! —gritó Avery, con el rostro y la frente escociéndole por el efecto de la nube.

Entonces algo estalló detrás de él.

—¡Joder! —exclamó Byrne.

Avery no vio el fin de la nave de desembarco; el modo en que sus plataformas para tropas reventaron y cayeron a toda velocidad al viñedo. Pero vio a algunos de sus asesinos: un escuadrón de fumigadores JOTUN que hendían el cielo de norte a sur. Mack había colocado una trampa…, guiado a aquellos improvisados misiles subsónicos en la dirección que seguía la nave, sabiendo que la velocidad que llevaba la nave y su concentración en el ataque sobre el Warthog de Avery sellarían su destino.

—El aparcamiento está justo delante —anunció Mack,como si nada especialmente digno de mención acabara de suceder—. Pararía el contenedor, pero el objetivo principal acaba de triplicar su velocidad.

En cuanto el Warthog llegó a un trozo de terreno baldío entre dos parcelas de viñedos, Avery giró al sur y corrió en dirección a una plataforma de polycrete. Pudo ver al contenedor deslizándose desde el oeste a una buena velocidad y flanqueado por

un par de fumigadores. Mack debía de haber estado observando al Warthog desde las cámaras de los JOTUN —ajustando la velocidad del contenedor según se requiriera —, porque Avery llegó a la rampa de carga de la plataforma justo en el momento exacto para volar al interior del contenedor, pasando por delante de Ponder, Healy y un puñado de reclutas. El Warthog cayó violentamente sobre el suelo de metal y frenó con un patinazo.

—¡Healy! —aulló Avery, saltando del asiento—. ¡Tenemos un herido!

Pero el ayudante médico corría ya hacia el vehículo, seguido de cerca por Jenkins y Forsell.

Jenkins frenó en seco, y contempló fijamente al civil herido con ira y confusión.

—¿Dónde está el resto?

—¡Sólo ha quedado él! —respondió Byrne, extrayendo al hombre inconsciente del asiento y depositándolo en el suelo con cuidado.

Healy contempló las quemaduras del hombre y negó con la cabeza. Luego sacó un vendaje antiséptico de su botiquín y envolvió con él el pecho abrasado del hombre.

Jenkins lanzó una mirada desesperada a Avery.

—¡Tenemos que regresar!

—No.

—¿Qué quiere decir con no? —exclamó Jenkins.

—Ten cuidado —gruñó Byrne, poniéndose en pie.

Avery lanzó a su colega una mirada furiosa: «Deja que yo me ocupe de esto».

—La nave de guerra va directa a la ciudad. —Avanzó hacia Jenkins rodeando el capó abollado del Warthog—. Si regresamos, estamos todos muertos.

—¿Qué pasa con mi familia? —chilló Jenkins. Chispas de saliva brotaban de sus labios.

Avery alargó la mano hacia el hombro del recluta, pero Jenkins apartó la mano violentamente.

Por un momento el sargento mayor y su recluta mantuvieron la mirada clavada el uno en el otro. Los puños de Jenkins estaban apretados y temblaban. Avery pensó en todas las cosas duras que podría haber dicho para hacer volver al orden al insubordinado recluta. Sabía que ninguna de ellas funcionaría tan bien como la verdad.

—Están muertos. Lo siento.

Con los ojos llenándose de lágrimas, Jenkins dio la vuelta y marchó, abatido, a la parte posterior del contenedor. Allí tomó una plataforma elevadora hasta una gruesa puerta de metal… una puerta que conduciría a una cabina de control si el contenedor conseguía efectuar alguna vez otra ascensión por el ascensor de Harvest para convertirse en un carguero que surcara el espacio. Mientras el contenedor volaba raudo a través de Ida, Jenkins atisbo por la gruesa portilla y contempló cómo la nave de guerra extraterrestre proyectaba su sombra sobre Gladsheim. Lloró mientras el plasma se derramaba.

Los incendios de los almacenes de fertilizante de Gladsheim ardían con más intensidad que Epsilon Indi mientras éste se ponía. Las estructuras de los edificios destrozados resplandecerían hasta que el astro se alzara al día siguiente. Llegado el momento, Avery seguiría a Jenkins ascensor arriba y guiaría al desconsolado recluta de vuelta con sus camaradas de la milicia. Pero por el momento se limitó a mirar cómo Healy atendía al último evacuado de Gladsheim.

Mientras el ayudante médico cubría unas heridas que no tenía capacidad para curar, a Avery le pasó por la cabeza que las pérdidas de aquel día no eran más que el principio. Y peor aún: que si meter a los habitantes de Harvest en Utgard era hasta donde llegaba el plan de evacuación de la capitana de corbeta Al-Cygni, entonces no había hecho otra cosa por aquel hombre —por cualquiera de los refugiados— que retrasar su inevitable fin.

18

RELICARIO, ÓRBITA ALTA

La estación orbital alienígena era mucho más espaciosa de lo que Dadab había esperado. Aun cuando el interior era oscuro y muy frío, podía sentir cómo el espacio a su alrededor se expandía… se extendía hacia fuera y hacia arriba hasta un doble casco curvo que era lo único que separaba la estación del vacío. La luz azul pálido de los núcleos apilables de energía que él y los otros Unggoys habían traído desde el *Rapid Conversion* iluminaba seis largueros plateados que recorrían toda la longitud de la instalación. Los largueros estaban arriostrados con vigas, más gruesas que la propia altura de Dadab.

Los Jiralhanaes habían establecido que la estación orbital era parte de un sistema de elevación que los alienígenas usaban para trasladar cargamentos desde y hasta la superficie. Siguiendo las órdenes de Maccabeus, los Unggoys habían establecido puestos de avanzada en las siete confluencias de cables: aberturas en el casco para los alambres dorados que se extendían hacia arriba desde la superficie del planeta, atravesaban la estación orbital y seguían hasta otro arco plateado situado mucho más arriba.

Dadab no tenía del todo claro por qué el caudillo mostraba tanto interés en colocar una guarnición en el complejo tras haber hecho caso omiso de él durante tantos ciclos; si cualquier cosa peligrosa ascendiera por los cables, el *Rapid Conversión* podría vaporizarla mucho antes de que alcanzara la estación. Pero no había insistido en obtener una aclaración. Algo se cocía en la nave Jiralhanae; una tensión curiosa entre Maccabeus y su manada. Hasta que las cosas regresaran a la normalidad, Dadab estaba más que encantado de permanecer fuera del crucero.

Subir a bordo de la estación orbital había sido todo un desafío. Como era natural, ninguna de sus cámaras estancas tenía el tamaño adecuado para acoger una nave de transporte Spirit, y al final, los Jiralhanae se habían abierto paso al interior del mismo modo que los Kig-Yars habían abordado los cargueros alienígenas: perforando un agujero en el casco y utilizando un umbilical de reabastecimiento a modo de soplete. De hecho, había sido una sugerencia de Dadab, y la aparente originalidad del plan había erizado el pelaje de Tartarus.

Cuando el oficial de seguridad presionó a Dadab para que explicara cómo había llegado a una solución tan ingeniosa, el Diácono atribuyó la idea a *Más Ligero Que Algunos*. Lo hizo sobre todo para evitar sacar a relucir detalles autoincriminatorios relacionados con el tiempo pasado a bordo de la nave corsaria Kig-Yar, pero también

había esperado dar un espaldarazo a la cada vez menor estima en que se tenía al Huragok. La criatura no había terminado aún de reparar el Spirit dañado, y su falta de progresos ponía a prueba la paciencia de Tartarus. Cuando Dadab se despidió de su amigo antes de partir hacia la estación orbital, el Huragok le indicó por señas que casi había finalizado el trabajo. Pero a los ojos del Diácono —al menos desde fuera—, el Spirit parecía tan destrozado como siempre.

Resultó que insertar el umbilical fue un desafío mayor de lo que Dadab había imaginado. A diferencia de los cargueros alienígenas, el doble casco de la estación estaba repleto de alguna especie de material reactivo: una espuma amarilla esponjosa diseñada para rellenar al instante agujeros realizados por micrometeoritos y otros desechos procedentes del espacio. Pero al final la abrasadora punta de penetración del umbilical consiguió abrir un agujero. Tartarus y Vorenus fueron los primeros en saltar a través de la reluciente barrera de energía a la pasarela central de la estación empuñando rifles de púas.

Ante la sorpresa de Dadab, los dos Jiralhanaes apenas permanecieron el tiempo suficiente para olisquear el aire del interior, para verificar que la instalación estaba tan desprovista de vida como sugerían los escáneres del *Rapid Conversión*. Con una abrupta orden de mantener las transmisiones al mínimo, Tartarus y Vorenus se marcharon, dejando a Dadab para que guiara a sesenta Unggoys aterrados por el interior, oscuro como boca de lobo. El Diácono ordenó encender los núcleos de energía y se pusieron en marcha, cargando con estaciones de recarga de metano y otros equipos de iluminación.

Tartarus había proporcionado una pistola de plasma a Dadab, y aun cuando el Diácono no tema intención de disparar el arma, la había mantenido sujeta al arnés para contentar al temperamental oficial de seguridad. Tal elección supuso una prestación inesperada: en su posición de mínima potencia, la pistola resultaba una linterna excelente… una reluciente esmeralda encabezando una procesión de gemas menores. Pronto todos los Unggoys estuvieron instalados, ocho o nueve en cada una de las confluencias de cables.

Hasta el momento habían pasado casi tres ciclos de sueño lejos del crucero Jiralhanae, y Dadab había adoptado la costumbre de recorrer la instalación al menos dos veces cada ciclo y comprobar todos los campamentos. Después de haber efectuado unos cuantos viajes de un lado a otro, ni siquiera se molestó en encender la pistola. La pasarela era recta (excepto cuando torcía alrededor de las intersecciones) y la bordeaban amplias barandillas. Y la alegre luz azul de los núcleos de energía de cada campamento facilitaba el ir de uno a otro.

Pero la confianza de Dadab —el placer que sentía efectuando su ronda— tenía un origen más profundo. De un modo curioso, sus ciclos a bordo de la estación alienígena le recordaban el período más feliz de su vida: el tiempo pasado en el seminario del Ministerio de la Tranquilidad.

El dormitorio que había compartido con otros Diáconos Unggoys en formación

era un laberinto de celdas poco iluminadas en las profundidades de la base de la torre del ministerio en Suma Caridad. En él habían pasado muchas de las noches artificiales de la ciudad sagrada reunidos alrededor de núcleos de energía, succionando boquillas comunitarias de alimentación y ayudándose unos a otros a memorizar glifos y escrituras. Atestado como estaba el dormitorio, Dadab recordaba la camaradería de aquellos días con gran cariño y había esperado que su nuevo claustro alienígena pudiera ejercer un similar efecto unificador en los Unggoys del *Rapid Conversión*. Pero la amplia mayoría de ellos todavía mostraba poco entusiasmo por su instrucción religiosa.

—¿Le gustaría a alguno de vosotros visitar Suma Caridad? —preguntó el Diácono.

Los ocho Unggoys que custodiaban una de las intersecciones de la estación situada más en el centro estaban sentados muy juntos, con las endurecidas manos alzadas hacia un serpentín calentador enchufado a uno de los núcleos. El plasma rosado que se agitaba dentro del serpentín proyectaba un resplandor fantasmal alrededor de unos oscuros pares de ojos que parecían ansiar que el Diácono dijera sin dilación lo que tuviera que decir y siguiera camino hasta el campamento siguiente.

—Cuando regresemos, patrocinaría de buen grado un peregrinaje.

Era una oferta generosa, pero los otros Unggoys no dijeron nada. Dadab suspiró dentro de su máscara.

Era una creencia muy extendida entre los auténticos creyentes que todo el mundo debería ver Suma Caridad al menos una vez en la vida. El problema era que la ciudad sagrada de los San'Shyuums estaba en constante movimiento y las enormes distancias entre las distintas flotas y hábitats del Covenant hacían que el viaje fuese prohibitivamente caro para los adeptos de la fe menos prósperos. Aun así, a Dadab lo escandalizó que aquellos Unggoy carecieran incluso del deseo de efectuar el viaje.

—El navío sagrado por sí solo ya vale la pena el esfuerzo. —Dadab usó los rechonchos dedos para trazar la forma triangular del Dreadnought Forerunner en el aire—. Es una visión sobrecogedora. En especial desde los distritos inferiores.

—Mi primo vive en los distritos —farfulló Bapap.

Era el único del grupo de estudio original de veinte miembros de Dadab en aquel campamento concreto. Un Unggoy de una corpulencia inusual llamado Flim lanzó a Bapap unamirada desagradable, y el único alumno entusiasta de Dadab hizo todo lo posible por desaparecer dentro de su arnés.

Flim estaba sentado sobre un montón de cajas de equipo y provisiones. Unos hoyos profundos y rezumantes en su piel quitinosa indicaban una lucha prolongada con lapas, un achaque común en los Unggoys que trabajaban en las hediondas sentinas de hábitats de gran tamaño. Dadab sabía que no era juicioso contrariar a un Unggoy lo bastante duro como para sobrevivir a aquella ocupación infernal, pero siguió hablando como si no tuviera constancia de la desaprobación de Flim.

—¿Oh? ¿Qué distrito?

Bapap no devolvió la mirada del Diácono.

—No… lo sé.

—¿Cómo se llama tu primo? —persistió Dadab—. Podríamos habernos conocido.

Las posibilidades de tal cosa eran una entre un millón, pero estaba ansioso por mantener encendida la chispa de una conversación informal. Todos los campamentos estaban empezando a pasar a ser feudos, y Dadab estaba ansioso por invertir la tendencia; Unggoys como Flim dañaban a su ministerio, haciendo que fuera imposible elevar el espíritu del rebaño.

—Yayap, hijo de Pum —respondió Bapap, nervioso—. De las asoladas tierras erosionadas de Balaho.

Los Unggoys carecían de apellidos. En su lugar se identificaban formalmente mediante los nombres y lugares de nacimiento de sus patriarcas predilectos. Dadab sabía que el tal Pum podría haber sido cualquiera; el tío de Bapap o el tatarabuelo o algún páter familias mítico que sus antepasados veneraban. Balaho era el nombre del mundo del que provenían ios Unggoys, pero no estaba familiarizado con la zona que Bapap había mencionado. A pesar de todo, perseveró.

—¿Trabaja para un ministerio?

—Sirve a los Sangheilis.

—¿Como soldado?

—Es un centinela.

—Debe de ser muy valiente.

—O estúpido —rezongó Flim, extrayendo un paquete de comida de sus raciones —. Como Yull.

Metió el extremo del tubo dentro del paquete, enroscó el otro extremo a una boquilla que sobresalía de su máscara y empezó a sorber. Los demás Unggoys se acurrucaron más cerca del serpentín calentador.

El Diácono sabía muy poco sobre el primer descenso de los Jiralhanae al planeta alienígena, de la negociación en los jardines, pues había pasado toda la misión en el *Rapid Conversión* al cuidado del Luminar. Pero sabía que Bapap había formado parte del contingente Unggoy, como lo había hecho la mayor parte de su grupo de estudio. Gracias en parte a la dedicación del Diácono, eran los Unggoys más seguros de sí mismos y de más confianza del *Rapid Conversión*, y Maccabeus los había solicitado específicamente.

Trágicamente, uno del grupo, Yull, no había regresado. Y cuando Dadab preguntó el motivo, Bapap y los demás no quisieron decirlo. Al final, Dadab se armó del valor suficiente para plantear la cuestión a Maccabeus en el salón de los festines.

—Fue desobediente, y Tartarus lo mató —le respondió el caudillo con espantosa franqueza—. Tus alumnos no han aprendido nada, Diácono. Nada que haga que me sean útiles ahora.

Fue una censura hiriente que dolió profundamente a Dadab.

—Lo siento, caudillo. ¿Qué otra cosa quieres que haga?

Pero el Jiralhanae se había limitado a clavar la vista en el mosaico del suelo, con

los brazos cubiertos de mechones plateados enlazados a la espalda.

Maccabeus no había dicho gran cosa a nadie desde que había recibido la sucinta respuesta del ministerio a su alborozada confirmación del relicario y el Oráculo. Tras un silencio embarazoso, interrumpido sólo por los chasquidos crepitantes de las lámparas de queroseno, Dadab efectuó una reverencia y dio la vuelta para irse.

—¿Qué pecado es mayor —preguntó Maccabeus después de que Dadab hubiese retrocedido un par de pasos—, la desobediencia o la profanación?

—Supongo que dependería de las circunstancias. —El Diácono inhaló con fuerza y las válvulas de la máscara chasquearon mientras elegía sus palabras—. El castigo para aquellos que a sabiendas desafían a los Profetas es severo. Pero también lo son las penas por dañar reliquias sagradas.

—Los Profetas.

Las palabras de Maccabeus sonaron categóricas… un punto y aparte en algún pensamiento no pronunciado.

—Caudillo. ¿No hay nada que pueda hacer?

Dadab había empezado a pensar que aquello no era una discusión teórica, y que Maccabeus se hallaba en una crisis auténtica. Pero la única respuesta de su interlocutor fue despedirlo con un lento movimiento del dorso de la zarpa.

Mientras se escabullía fuera de la sala, Dadab vio que el caudillo iba hacia el anillo del mosaico que representaba la Era de la Duda: una franja de ópalos negros moteados de rojo, naranja y azul. Dadab había esperado que el Jiralhanae alzara los brazos en una postura de oración, o mostrase alguna otra deferencia a un símbolo que por lo general trataba con reverencia, pero el caudillo simplemente rozó el anillo con uno de los enormes pies de dos dedos, como para limpiar una mancha.

No mucho después, Maccabeus había ordenado a los Unggoys que fueran a la estación orbital.

—De pie, Bapap. —Dadab se frotó las palmas ante el serpentín calentador—. Es hora de hacer el trabajo del ministerio, y necesito un ayudante capaz.

Cuando el Unggoy no se levantó, Dadab fue hasta Flim y sacó un juego de herramientas de la pila donde estaba sentado. El Unggoy de mayor tamaño aspiró un pedazo de lodo mientras la pila se acomodaba, zarandeándolo hacia abajo. Pero la audaz acción de Dadab había dejado atónito al mezquino Unggoy, y Flim no protestó.

—Trae un núcleo de luz —indicó Dadab a Bapap a la vez que se colgaba el juego de herramientas al hombro—. Vamos a necesitar luz.

Dicho esto, marchó en dirección a la parte central de la estación. Acababa de doblar la primera esquina para rodear la intersección más cercana cuando oyó pies que caminaban con suavidad detrás de él. Sonrió y aminoró el paso. Bapap fue a colocarse junto a él, sosteniendo en los brazos el núcleo solicitado.

—¿Adonde vamos, Diácono?

—A la sala de control de esta instalación, creo.

—¿Qué buscamos?

—Lo sabré cuando lo vea.

Por lo que atañía al Luminar del *Rapid Conversion*, no había nada interesante en la estación orbital. Ninguna reliquia, y desde luego ningún indicio del Oráculo del planeta, que había eludido al Luminar desde las negociaciones.

Pero Dadab sabía que tenían que haber más de las cajas inteligentes de los alienígenas a bordo de la estación, y tenía la esperanza de que contuvieran información que ayudara a Maccabeus a fijar la ubicación del Oráculo y que, al hacerlo, se desvaneciera su estado de ánimo sombrío y distante, que era o, por lo que Dadab podía deducir, producto del carácter esquivo del Oráculo y de los temores resultantes del caudillo de que su informe a los Profetas hubiera contenido grandes errores.

En el otro lado de la intersección había una habitación cilíndrica construida fuera de la pasarela entre dos alambres gruesos conectados a los largueros situados arriba. La habitación había llamado la atención de Dadab cada vez que recorría la estación; básicamente porque era el espacio cerrado más grande del complejo, y en segundo lugar porque las puertas correderas de metal de la habitación estaban firmemente cerradas. Lo último lo solucionó con facilidad una palanca del juego de herramientas, y los dos Unggoys no tardaron en estar dentro de la habitación, con el núcleo de energía de Bapap iluminando las sombras con titilante luz azul.

Un corto tramo de escalones descendía hasta un foso circular poco profundo, cuya mitad posterior estaba bordeada por siete torres blancas, colocadas muy juntas para formar un arco. Ya antes de que retirara uno de los delgados paneles de metal de la torre con los espinosos dedos, Dadab supo que había adivinado correctamente el contenido de la habitación. Pero no tenía ni idea de que su intuición proporcionaría resultados tan abundantes.

Cada una de las torres estaba repleta de circuitos inteligentes, algunos en las familiares cajas negras de metal, otros flotando en tubos rellenos de un fluido transparente y frío… y todos conectados por una intrincada red de cables multicolores. Dadab comprendió que no contemplaba componentes individuales almacenados juntos, sino más bien una única máquina pensante. Una inteligencia asociada que hacía que las cajas conectadas de *Más Ligero Que Algunos* parecieran primitivas en comparación.

—¿Adonde vas? —preguntó Bapap mientras el Diácono brincaba escaleras arriba en dirección a la pasarela.

—¡De vuelta al crucero! —anunció éste, y luego, mientras se abría paso entre las puertas medio abiertas de la habitación, gritó—. ¡Quédate aquí! ¡No dejes que entre nadie más!

El trote hasta el umbilical dejado por la nave Spirit llevó a Dadab por delante del puesto avanzado de Flim, pero el Diácono no dijo ni una palabra a los Unggoys reunidos allí ni a los de la siguiente intersección. Le preocupaba tanto que uno de los Unggoys pudiera descubrir lo que había encontrado, que esperó para contactar con el

Rapid Conversión hasta haber cruzado la barrera de energía.

El Jiralhanae que respondió a su petición de una recogida inmediata le dijo que tendría que esperar; que dos de los tres transportes operativos estaban ocupados y el tercero lo mantenían en reserva. Pero Dadab aclaró que tenía información vital para el caudillo que, sencillamente, no podía esperar. El oficial Jiralhanae del puente le contestó con aspereza que no se moviera de donde estaba.

Poco después, Dadab estaba dentro de la cabina del Spirit, de pie junto a un Jiralhanae subalterno con un ralo pelaje castaño y la piel llena de manchas llamado Calid, quien no dijo nada hasta que el Spirit estuvo cerca del *Rapid Conversión* y recibió una transmisión a través de su unidad de comunicaciones que sólo él pudo oír.

—Debemos aguardar —gruñó Calid. Sus dedos presionaron una serie de interruptores holográficos del panel de control que tenía delante de su asiento de piloto. El tono de voz indicó a Dadab que, tras haber desafiado a la suerte pidiendo aquel vuelo no programado, sería sensato no cuestionar el retraso. Pero Calid dio una razón por propia iniciativa; como si el único modo de que pudiera entender la transmisión fuera repetirla en voz alta.

—Hay lucha. En el hangar.

Toda la impaciencia de Dadab se tornó rápidamente en pánico mientras pensaba en *Más Ligero Que Algunos*, flotando desprotegido en su taller de la plataforma para tropas. Pero a pesar de la obvia consternación de Calid —el hedor penetrante y agrio que llenaba la cabina del Spirit—, Dadab sabía que el Jiralhanae seguiría las órdenes. Todo lo que podía hacer era esperar.

* * *

Maccabeus había pasado toda una vida procurando y recibiendo dolor. Poseía una gran tolerancia a él, pero el atroz sufrimiento que le producía el hueso del muslo fracturado era casi demasiado para poderlo soportar. Vorenus (que estaba en los controles del Spirit cuando Maccabeus resultó herido) le había colocado un entablillado magnético que mantenía inmóvil la pierna. De todos modos, el Jiralhanae sabía que sería necesario todo un ciclo de sueño en la sala quirúrgica del *Rapid Conversión* antes de que pudiera empezar a concentrarse en cualquier cosa que no fuera la tortura de su herida.

Por desgracia, no obtendría tal alivio. No en seguida, al menos. La situación dentro del hangar era seria, y si Maccabeus no se hacía cargo con rapidez, iba a empeorar muchísimo más.

La cubierta que rodeaba el Spirit del caudillo estaba repleta de Yanme'es muertos. Era difícil decir cuántos. El rifle de púas de Tartarus había reducido a la mayoría de

las criaturas a fragmentos de extremidades y cascarones rezumantes. Otros Yanme'es zumbaban furiosos desde las paredes del hangar hasta los conductos de ventilación y las vigas del techo, con los cráneos en forma de punta de flecha girando enloquecidos a la vez que las antenas luchaban por evaluar el atestado espacio aéreo. Con un relampaguear de furiosos golpes de ala, uno de los Yanme'e fue derecho a por Tartarus, para a continuación desaparecer en forma de pulverizada masa amarilla cuando una andanada de púas al rojo vivo le atravesó el caparazón y perforó la pared de estribor.

—¡Posaos! —Tartarus blandió el arma de un lado a otro del colérico enjambre—. ¡Posaos, o seréis abatidos!

Su transmisor tradujo las palabras al simple lenguaje de los Yanme'es : una algarabía de chasquidos muy agudos parecidos al restregar de sus alas resonó por el hangar.

Maccabeus hizo acopio de energía y gritó:

—¡Alto el fuego!

—¡Volverán a ir a por él! —exclamó Tartarus, quien sujetaba bajo el brazo izquierdo al Huragok, que no dejaba de retorcerse.

El caudillo descendió cojeando por la rampa que conducía a la plataforma para la tropa del Spirit apoyándose en el *Puño de Rukt*. Al verlo, los Yanme'es se acurrucaron muy pegados a las paredes del hangar. Pero Maccabeus sabía que la repentina inmovilización no significaba que se hubiesen calmado. Las alas de las criaturas seguían extendidas y temblando, y mientras caminaba con la pierna tiesa hasta Tartarus, el caudillo podía percibir docenas de relucientes ojos color naranja rastreando su avance.

En el mismo instante en que las puertas de la plataforma para tropas del Spirit se habían abierto dentro del hangar, la media docena de Yanme'es que habían sobrevivido al ataque a la ciudad alienígena habían atacado al Huragok. Se habían lanzado en grupo sobre la desventurada criatura mientras ésta flotaba desde la cabina destrozada del Spirit de vuelta a su taller, con los tentáculos repletos de cajas de circuitos y otros componentes. Al ataque se unieron otras docenas más de Yanme'es que estaban ya en el hangar, y de no haber sido por los veloces reflejos de Tartarus y su buena puntería, habrían despedazado al Huragok.

—Afloja la presión.

Maccabeus hizo una mueca al detenerse ante su sobrino. A pesar del entablillado, pudo notar cómo el destrozado hueso del muslo cambiaba de posición, con los dos bordes irregulares rechinando uno contra el otro.

—O serás su muerte.

Los ojos de Tartarus se movieron raudos por el ansioso enjambre.

—¡No! ¡Los Yanme'es han enloquecido!

—Suéltalo. —Maccabeus soltó aire para atenuar el dolor—. No lo pediré otra vez.

Tartarus se revolvió contra Maccabeus, mostró los dientes y gruñó. El caudillo

sabía que al joven le ardía la sangre. Pero a Maccabeus el dolor le había agotado la paciencia, y asestó un feroz manotazo a las quijadas de su sobrino, dejando unas líneas ensangrentadas desde la mejilla hasta los labios. Tartarus lanzó un gañido y soltó a toda prisa al Huragok. De inmediato, la criatura empezó a agitar alocadamente las translúcidas extremidades rosas. Pero aquéllos no eran los diestros movimientos de su lenguaje por señas, más bien se trataba de un esfuerzo por recuperar el equilibrio, pues el fuerte apretón de Tartarus había desinflado temporalmente muchos de sus sacos.

—Déjale espacio —refunfuñó Maccabeus.

Tartarus retrocedió unos pocos pasos, con los hombros encorvados en una posición que no era del todo sumisa. Pero el caudillo no tenía fuerzas para colocar a su sobrino firmemente en su lugar. Había sido un día agotador.

Ritul estaba muerto. El inteligente ataque del alienígena había cogido por sorpresa al inexperto piloto. Cuando el Spirit del joven Jiralhanae se estrelló —cayó en barrena en el campo de vides llenas de frutos—, el piloto había quedado atrapado dentro de la cabina. Tartarus (que estaba sujeto por arneses dentro de la plataforma de transporte del mismo Spirit) apenas había tenido tiempo de salvarse antes de que la nave se incendiara. Aun así, Tartarus había arriesgado la vida para salvar a su compañero de manada; había intentado arrancar con las garras las tiras de metal doblado y retorcido que mantenían prisionero a Ritul, hasta que el calor de las llamas fue demasiado intenso. Cuando el Spirit de Maccabeus se posó junto al otro para recoger a su sobrino, el caudillo olió la carne carbonizada de Ritul en el pelaje de Tartarus.

Pero Maccabeus sabía que él era el culpable de la muerte de Ritul. Podría haber mantenido a su manada a bordo del crucero mientras éste quemaba a los alienígenas en sus casas. No había ninguna necesidad de descender a la ciudad, salvo que Maccabeus había elegido proseguir su búsqueda de reliquias… en flagrante violación de las instrucciones del ministerio de que cristalizara el planeta y todo lo que contenía. Pero el Luminar había mostrado que la ciudad estaba repleta de objetos sagrados, sin duda transportados por los alienígenas mientras efectuaban su retirada. Y el caudillo no podía soportar contemplar cómo el cañón de su crucero destruía por completo un alijo tan sagrado.

Pues no obstante el gran pecado que era desobedecer a los Profetas, Maccabeus había decidido que la destrucción de las creaciones de los dioses era aún peor. Y si bien le importaban bien poco los alienígenas —no sentía ningún remordimiento mientras los conducía al matadero—, estaba dispuesto a retrasar su destrucción si eso significaba recuperar las reliquias que poseían, en especial el Oráculo.

Los sacos de *Más Ligero Que Algunos* estallaron en una serie de eructos aterrados. Dos Yanme'es habían subido sin ser vistos a las plataformas para tropas del Spirit aplastado y se preparaban para corretear al interior de las puertas entreabiertas y penetrar en el taller del Huragok. Entonces éste hizo algo que Maccabeus no había visto nunca antes. Cada uno de sus sacos sanos se infló hasta el doble de su tamaño

normal y el ser empezó a golpearse con los tentáculos… en una percusión sorprendentemente profunda y amenazadora. La criatura flotó hacia los Yanme'es , y habría proseguido hasta ponerse al alcance de sus garras si Maccabeus no la hubiese agarrado por uno de los tentáculos y tirado de él hacia atrás.

—Por los Profetas, ¿qué nueva insensatez es ésta? —masculló Tartarus.

—Vorenus —dijo Maccabeus, rechazando furiosos golpes de los otros tentáculos del Huragok—. Mata a esos dos.

El Jiralhanae de pelaje marrón claro sacó su rifle de púas del cinto y acribilló a los Yanme'es de las plataformas. Aquellas dos muertes sojuzgaron por fin al enjambre; todos los insectos del hangar doblaron las alas bajo los caparazones y dejaron caer las antenas. Pero el fuego de Vorenus sólo sirvió para aumentar el desaliento del Huragok, que dejó de golpear al caudillo en los brazos, pero sólo para poder hablarle por señas con una ferocidad aún mayor.

Maccabeus hizo un gesto con la mano a Vorenus para que se acercara, y le entregó la custodia de la criatura.

—Trae al Diácono —dijo, apoyándose pesadamente en el martillo.

El transmisor de Vorenus zumbó.

—Caudillo. El Diácono aguarda fuera de la cámara estanca.

—Entonces dejadlo entrar.

Casi al instante, el Spirit de Dadab se deslizó a través de la ondulante barrera de energía del hangar y se detuvo junto a la nave de Maccabeus. El caudillo aguardó a que el Diácono se abriera paso entre el revoltijo de Yanme'es muertos antes de señalar con el dedo al Huragok y ordenarle:

—Tradúceme lo que dice.

El Diácono y la criatura iniciaron una prolongada conversación; un silencioso baile de extremidades y dedos moviéndose a toda velocidad.

—¡Es suficiente! —vociferó Maccabeus—. ¡Habla!

—Lamento profundamente el retraso, caudillo. —La voz del Diácono era tensa—. El Huragok ofrece sus más sinceras disculpas, pero solicita humildemente que impidas que los Yanme'es perturben su trabajo dentro de las plataformas.

La explicación en exceso afectada del Diácono provocó en el Huragok un enfurecido espasmo que hablaba por sí solo.

—¿Estás seguro de que eso es todo lo que dijo?

—También desea que sepas… —La voz del Unggoy era ahora un chillido amortiguado dentro de la máscara—. ¡Qué puede deshacer muy de prisa lo que ha hecho!

—¿Lo que ha hecho? ¡Habla con sentido, Diácono!

Dadab efectuó unos pocos signos sencillos con la mano. Luego, mientras el Huragok se dirigía al interior de su taller con un balido impaciente, Dadab cayó de rodillas ante Maccabeus.

—¡Me hago por completo responsable de sus acciones! ¡Y suplico con humildad

tu perdón!

Maccabeus miró con fijeza al Diácono. «Parece que todo el mundo se ha vuelto loco», pensó. Pero antes de que pudiera decir al Unggoy que se levantara, lo distrajo el sonido de metal que chirriaba. Maccabeus contempló, atónito, cómo las dos plataformas dañadas se venían abajo…, se desplomaban en un tintineante montón de chatarra. Habían sido desprovistos de toda la estructura interna. El Huragok flotó orgulloso por encima de los restos, como si hubiera planeado durante mucho tiempo tan teatral revelación, pero Maccabeus necesitó un momento para procesar lo que la criatura había dejado al descubierto.

Cuatro vehículos ocupaban ahora el lugar de las plataformas. Cada uno era una colección de piezas ligeramente distintas, pero compartían el mismo diseño general: dos ruedas con cuchillas encajonadas dentro de un chasis reforzado; detrás de cada juego de ruedas había un único generador antigravitacional; y detrás del generador un asiento con unas asas altas que Maccabeus asumió eran los mecanismos para dirigir los vehículos.

«¡Pero hay más!», pareció decir el Huragok mientras cabeceaba de un vehículo a otro, activando los núcleos de energía montados sobre los generadores de las máquinas. Con un crepitar de chispas y escupiendo gases morados, los vehículos se alzaron del suelo del hangar, en perfecto equilibrio con el peso de sus ruedas con cuchillas.

—¿Qué son? —preguntó Maccabeus—. ¿Y para qué sirven?

—¡Los alienígenas! —gimió el Diácono, postrándose más cerca de los pies peludos del caudillo.

Tartarus se dirigió a grandes zancadas hasta el vehículo más próximo.

—Pero ¿dónde están sus armas?

Tras una pausa, Dadab alzó lentamente la cabeza del suelo. ¿Armas?

—Aunque éstas habrían dado buena cuenta de los desgraciados a los que nos hemos enfrentado hoy.

Tartarus pasó un grueso dedo por una de las ruedas, evaluando la utilidad militar de las cuchillas. Si todavía le escocía el bofetón de su tío, no lo demostró.

—¡Armas! ¡Sí, desde luego! —exclamó el Diácono, incorporándose de un salto.

Luego, en una voz tan baja que Maccabeus apenas pudo oírlo por encima de los generadores al ralentí de las máquinas:

—¡El Huragok estará encantado de acoplar cualquier armamento que requieras!

De no ser porque el caudillo había vuelto a concentrarse en la silenciosa gestión de su dolor, podría haber considerado con más detenimiento el repentino cambio de tono del Diácono. Pero en aquellos momentos la única cosa que quería era bajarse de su pierna y dejarla que se curara.

—Tal vez más tarde. Cuando los Yanme'es se hayan retirado.

—¿Si se me permite una sugerencia? —insistió Dadab.

—Se te permite si eres rápido.

—Deja que lleve al Huragok a la estación orbital; que lo mantenga a salvo hasta que podamos discernir el motivo del injustificado ataque de los Yanme'es.

Maccabeus conocía ya el motivo: las criaturas estaban disgustadas porque el Huragok se había hecho cargo de sus responsabilidades de mantenimiento y más desconcertadas aún por su nuevo papel como combatientes. Tras la pobre actuación de los Unggoys en los jardines, el caudillo había considerado más sensato reclutar a los testarudos insectos. Pero ahora parecía que todo lo que deseaban éstos era regresar a su antigua rutina, y la forma más fácil de hacerlo era eliminar a *Más Ligero Que Algunos*.

—Una sugerencia sensata. Los Yanme'es pueden completar su trabajo —Maccabeus dedicó una última mirada a las curiosas máquinas del Huragok—. Con el armamento adecuado, serán vehículos temibles.

El Diácono efectuó una profunda reverencia y luego trotó hasta el Huragok. Tomando a su camarada con delicadeza de un tentáculo, lo condujo a toda prisa al Spirit de Calid que aguardaba. El caudillo vio que el Huragok intentaba hablar con el Diácono mientras se acomodaban en la plataforma de transporte; sin duda sentía curiosidad por lo que Dadab y el caudillo habían tratado. Pero los dedos del Diácono permanecieron quietos —observando con recelo a Maccabeus— mientras la puerta de la plataforma se cerraba. Apretando los dientes para soportar el inevitable movimiento del hueso, Maccabeus dio la vuelta y cojeó hasta la salida del hangar, con Vorenus sujetándole el brazo con fuerza y Tartarus siguiéndolos de cerca con paso majestuoso.

19

HARVEST, 22 FEBRERO 2525

La noticia de la destrucción de Gladsheim viajó de prisa; mucho más de prisa que las pocas horas que tardó el contenedor de Avery en recorrer la llanura de Ida y ascender al Bifrost. Para cuando el contenedor penetró en Utgard, la mayor parte del planeta sabía lo que los alienígenas habían hecho y volverían a hacer sin duda.

El capitán Ponder había estado en contacto con la capitana de corbeta Al-Cygni durante todo el viaje, y ella les había contado que Utgard (atestada ya con cerca de doscientos mil residentes) estaba llenándose hasta rebosar con refugiados procedentes de asentamientos pequeños en el Vigrond. Avery había esperado hallar una multitud humana dentro del depósito, pero la nave para contenedores adyacente al anclaje del ramal de la Tiara más cercano al centro estaba en buena parte vacía; al menos en lo referente a humanos.

Cada espacio vacío del interior del enorme almacén estaba ocupado por atareados JOTUN.

Saltando de la enorme puerta de su contenedor, Avery se quedó mudo de asombro ante el número y variedad de máquinas. Había docenas de los familiares cargadores amarillos y negros, que transportaban cajones de plástico verde claro con etiquetas de comida, agua o mantas. Mientras llevaban a toda velocidad sus suministros de emergencia a los contenedores que aguardaban —efectuaban virajes bruscos para esquivarse unos a otros con una sincronización precisa—, las enormes ruedas de los cargadores chirriaban sonoramente sobre el liso suelo de polycrete de la nave, dejando tenues marcas negras de derrapaje.

Pero también había modelos de JOTUN que Avery no había visto nunca antes: unidades de supervisión con bandas de rodamiento triangulares y unidades de mantenimiento todo en uno con aspecto de araña. Las últimas correteaban alrededor de los contenedores, buscando defectos en la superficie y reparándolos con cortos disparos cegadores de sus soldadoras integradas; una más de la colección de herramientas incorporadas a unos brazos flexibles equipados con pinzas para sujetar cosas. Mientras iban hacia la salida del almacén entre dos hileras de contenedores, los marines y sus reclutas mantuvieron los cascos puestos y las espaldas encorvadas. La vertiginosa tarea de los todo en uno creaba una inevitable cascada de chispas y nadie quería resultar quemado.

Fuera del depósito, Avery se subió a un Warthog con plataforma junto con Dass, Jenkins, Forsell y el resto de reclutas de la 1/A. Mientras se sumergían en lo que Avery

pensó que era un tráfico denso, el sargento mayor reparó en que todos los turismos y remolques de civiles que ocupaban el bulevar estaban vacíos. Algunos todavía tenían los motores en marcha, otros estaban parados con las puertas abiertas de par en par. Pero los únicos vehículos que realmente circulaban por la calzada eran coches patrulla azules y blancos de la policía de Utgard, con las luces del techo centelleando y altavoces que tronaban:

—POR FAVOR, MANTENGAN LA CALMA. QUÉDENSE DENTRO DEL PASEO HASTA NUEVO AVISO. POR FAVOR MANTENGAN LA CALMA…

Mientras el Warthog zigzagueaba entre los coches abandonados hacia el norte a lo largo del paseo, Avery vio que el parque estaba aún más repleto de gente de lo que lo había estado durante la fiesta del solsticio. Pero el tenor de esta multitud era muy diferente. No existían las animadas conversaciones y los saludos entre la gente que la música de la celebración y los puestos de comida con permiso para vender alcohol habían alentado; eran sólo un enorme y silencioso grupo de personas apiñadas. Incluso el color de la multitud había cambiado. Habían desaparecido los vivos tonos pastel de la vestimenta informal de los asistentes para dejar paso a la tela vaquera sucia y el algodón descolorido.

La capitana de corbeta no había mencionado ningún malestar entre los civiles. Pero aquí y allá, Avery vio patrullar a pie a agentes de policía. Los agentes llevaban cascos y blindaje antidisturbios sobre los uniformes azul claro; algunos incluso llevaban aparatos aturdidores y escudos de plástico transparente. Al acercarse su Warthog al Parlamento, Avery advirtió que las escuadras Charlie habían reforzado la entrada principal con una curva en «S» hecha con sacos de arena apilados. Los milicianos parecían nerviosos. Tenían los ojos fijos en el paseo y las manos sujetaban con fuerza los MA5.

—No lo pierdas de vista —dijo Avery a Forsell cuando el Warthog frenó en lo alto de la calzada curva que llevaba hasta el Parlamento.

Hizo un gesto con la cabeza hacia Jenkins, que ya había bajado y se escabullía, con la cabeza gacha, hacia una hilera de tiendas de lona que los milicianos habían alzado en los jardines del Parlamento.

—No permitas que cometa ninguna estupidez.

Jenkins no había hablado con nadie desde que abandonaron Gladsheim…, desde que le había chillado a Avery. Ya no estaba enojado, sólo profundamente deprimido. Avery dudaba que el recluta fuese a hacer algo tan inconcebible como quitarse la vida; pero Jenkins acababa de perder a toda su familia, y Avery no estaba dispuesto a descartar nada. Forsell asintió, se echó al hombro la bolsa acolchada rectangular que contenía su mira de precisión y el BR55 de Jenkins, y marchó a toda prisa en pos de su compañero tirador.

—Reúna a sus jefes de escuadra —dijo el capitán Ponder, apareciendo con Byrne y Healy procedentes de otro Warthog con plataforma—. Tendremos una reunión informativa en cuanto haya terminado con Thune.

Mientras subía los peldaños del Parlamento, el capitán hizo una pausa, se recostó en la barandilla de granito y se llevó la mano al pecho. Healy fue a colocarse junto a él a toda prisa, pero Ponder lo despidió con un ademán.

El ayudante médico había sugerido encarecidamente que el capitán no tomara parte en la evacuación de Gladsheim, sabiendo que cualquier esfuerzo no haría más que empeorar sus lesiones. Ponder, por supuesto, le había dicho a Healy dónde, exactamente, podía meterse sus sugerencias. Pero ahora, observando cómo el capitán fingía no hacer un gran esfuerzo para subir los peldaños, Avery supo que pagaba por su dedicación a su misión y a sus hombres.

—¿Habel? ¿Me recibes? —masculló Avery en el micro que llevaba junto a la garganta.

—Sí, sargento mayor —respondió el jefe de la escuadra 1/C desde el balcón del salón de baile.

—¿Todo despejado?

—Es difícil de decir. El paseo está abarrotado de gente.

Tras años de combatir la Insurrección, Avery había llegado a ser muy bueno evaluando las intenciones de una multitud: si permanecería tranquila o estallaría, y podía darse cuenta de que justo en aquellos momentos las personas que ocupaban el paseo estaban demasiado aturdidas para asaltar el Parlamento y descargar su cólera sobre un gobierno que los había dejado desprotegidos y ahora tenía la desfachatez de mantenerlos apiñados como si fueran ganado. Pero era justo ese miedo lo que había empujado al gobernador Thune a ordenar que las dos escuadras Charlie custodiaran el Parlamento mientras el resto de la milicia se dirigía a Gladsheim. Avery, por otra parte, sabía que la amenaza real seguía flotando en una órbita baja.

—Pon a Wick al mando y ven aquí —le ordenó—. Y dile que mire arriba.

Byrne tenía un conversación similar en la radio con Andersen, el jefe de la escuadra 2/C. Poco después, los dos sargentos mayores y sus seis segundos en el mando estaban reunidos en el vestíbulo de pilares de piedra caliza del Parlamento. Mientras esperaban el regreso de Ponder, Avery explicó de modo resumido cómo habían herido al extraterrestre de la coraza dorada. Luego, Byrne (que había tenido la mejor vista panorámica) describió el modo en que los fumigadores de Mack habían chocado con el transporte extraterrestre estrellándolo contra el viñedo. Eran victorias que apenas compensaban las miles de víctimas civiles del aquel día, pero el vivido relato cargado de improperios de Byrne de la llameante caída en picado de la nave dio a todo el mundo una excusa para compartir unas risas a costa del enemigo.

La placa de datos COM de Avery vibró dentro de su chaleco de asalto, y éste extrajo el dispositivo y leyó un mensaje de texto de Ponder: USTED Y BYRNE. DESPACHO DE THUNE. AHORA. Mostró la comunicación a Byrne, y a continuación, con las carcajadas de los jefes de escuadra apagándose tras ellos, subieron rápidamente la escalera hasta el primer piso del Parlamento.

El despacho del gobernador estaba situado en la parte trasera del edificio. Era la

puerta del centro en un gran corredor de suites reservadas para los veinticuatro parlamentarios de Harvest. Pero aparte de unos pocos empleados de plantilla inquietos, el corredor de techo alto estaba tranquilo. Las botas de los marines resonaron con fuerza sobre el suelo de mármol.

En el interior del vestíbulo del despacho de Thune había dos policías apostados, uno a cada lado de la puerta interior de cristal esmerilado. Ambos llevaban blindaje antidisturbios pero no casco, y sostenían contra el pecho metralletas M7. Uno de los policías dirigió una mirada feroz a los sargentos mayores.

—Las armas sobre la mesa —dijo, indicando con un brusco movimiento de la protuberante barbilla el escritorio vacío del secretario personal de Thune—. Órdenes del gobernador.

Byrne lanzó a Avery una mirada irritada, pero Avery negó con la cabeza: «No vale la pena».

—Sólo para que lo sepáis —dijo Byrne con un muy marcado acento irlandés—: Yo cuento mis balas.

Descolgó el rifle del hombro, sacó la pistola M6 de su funda, y colocó ambas armas sobre la mesa junto a las de Avery. Después les lanzó una sonrisa desafiante.

—Será mejor que estén aquí todas cuando regrese.

Los agentes de policía retrocedieron nerviosamente, dejando que Byrne y Avery cruzaran la puerta.

El despacho de Thune tenía forma de abanico, volviéndose más amplio cuanto más se extendía hacia el fondo. La curvapared occidental estaba cubierta con un enorme holograma de Utgard en los primeros tiempos de la colonia, y en la imagen había un muchacho de pie junto a los cimientos de una de las torres que en la actualidad bordeaban el paseo que, según la instantánea, no era por entonces más que una franja de tierra enlodada utilizada para aparcar JOTUN. El chico, alto pero con sobrepeso, sonreía de oreja a oreja, y si bien carecía de la madura barba roja del gobernador, era evidente que era Thune; probablemente con apenas diez años.

—No estoy segura de qué espera que hagamos nosotros, gobernador —dijo la capitana de corbeta Al-Cygni, de pie ante el escritorio de brillante roble rojo de Thune.

Vestía un mono reglamentario de cuello alto y color gris claro; el mismo uniforme ajustado que llevaba cuando se reunió con Avery en el hospital. Hoy, la larga melena negra estaba enrollada y sujeta a la nuca, mostrando unas charreteras de color gris más oscuro que centelleaban con las tres barras doradas y el racimo de hojas de roble de su rango.

—¡Tienen que consultarme —rugió Thune— antes de poner en marcha un plan disparatado!

El gobernador se alzaba imponente tras su escritorio. Las enormes manos agarraban como tenazas el respaldo de su sillón giratorio de cuero marrón. Llevaba pantalones de pana y una fina camisa de franela; ambas prendas estaban arrugadas, lo

que sugería que hacía días que no se cambiaba de ropa.

—El plan —repuso Jilan con calma— es el mismo con el que usted estuvo de acuerdo hace una semana. Si tenía dudas, ha tenido oportunidades más que suficientes para plantearlas.

—¡Me dijiste que habías desconectado a Sif —Thune apuntó con un dedo furioso a Mack, que resplandecía desde un holoproyector chapado en latón montado sobre el escritorio del gobernador.

—Lo hice —respondió la IA.

—¿Entonces cómo diablos establecieron ellos contacto?

—Dejé un cluster operativo. Por si acaso necesitaba tener acceso a los sistemas de la Tiara. —Mack miró a Jilan—. Al parecer, tomé la decisión correcta.

—¡No debes tomar ninguna decisión sin mi aprobación!

La IA se encogió de hombros.

—No veo ningún motivo para que no debamos mantener el canal abierto.

—¿Ningún motivo? —Thune empujó el sillón a un lado y estrelló las palmas sobre el escritorio—. ¡Esos bastardos están quemando Gladsheim hasta los cimientos!

—Técnicamente —replicó Mack—, los que están en la Tiara ni siquiera son de la misma especie.

El cerebro de Avery trabajaba a toda velocidad, intentando averiguar de qué iba todo aquello. «¿Alienígenas en la Tiara? —se preguntó—. ¿Cuándo sucedió eso?»

Thune miró a Ponder con una ira producto de la desesperación.

—¿Soy la única persona en esta habitación que todavía tiene el control de su maldito sentido común?

—Voy a necesitar que se tranquilice, gobernador. —Ponder estaba pálido y parecía tener dificultades para mantenerse en pie—. No tenemos tiempo para discutir.

Thune inclinó sobre la mesa y su voz retumbó en lo más profundo de su garganta.

—No se atreva a darme órdenes, capitán. Soy el gobernador de este planeta, no uno de sus novatos. —Las venas del cuello de Thune latían a toda velocidad, encendiéndole el rostro con un rojo tan intenso como el de la barba—. Yo decidiré qué deberíamos o no deberíamos hacer. —Luego, lanzando miradas asesinas a Al-Cygni, continuó—: ¡Y no le permitiré utilizar a mi gente como cebo!

El despacho quedó en silencio. Mack se quitó el sombrero de vaquero y pasó la mano por el despeinado cabello.

—Lo siento, gobernador, pero un plan es un plan.

Durante el instante que tardó Thune en darse cuenta de la desobediencia de la IA, Jilan se llevó la mano a la espalda y desenfundó una pistola pequeña y negra, apenas más grande que la palma de su mano. Apuntó el arma al centro del pecho de Thune.

—Conforme a la sección dos, párrafo ocho de la enmienda de seguridad interna al estatuto colonial del UNSC, revoco su nombramiento y privilegios.

—¡Lars! ¡Finn! —bramó Thune.

Los dos agentes estaban cruzando ya la puerta del despacho con las M7 alzadas y

apoyadas contra los hombros apuntando a Jilan.

Avery seguía sin comprender la discusión. Pero sabía una cosa con seguridad: Al-Cygni y Ponder —sus oficiales al mando— no estaban del lado del gobernador. Esa era razón suficiente para su respuesta. Pero, con franqueza, no le gustó nada que los agentes apuntaran sus armas a la espalda de una mujer.

Cuando el primer agente pasó con cautela por su lado, Avery agarró la parte superior del M7 que sostenía y empujó con fuerza el arma hacia abajo. Al mismo tiempo que el hombre trastabillaba hacia adelante, Avery le clavó el codo en la nariz, acelerando la caída del policía y librándolo de su arma. Cuando el segundo agente se volvió raudo hacia Avery, Byrne le hizo perder el equilibro mediante un diestro golpe con la bota, y lo empujó hasta la alfombra del despacho. Con una rodilla sobre el cuello del agente y la otra aplastándole la M7 contra el pecho, Byrne concedió al caído un segundo para dejar de forcejear. Cuando no lo hizo, el sargento mayor sonrió y le dejó sin sentido con un seco y potente puñetazo a la barbilla.

—¿Todo asegurado?

Jilan no se había movido. Seguía con los ojos y la pistola fijos en Thune.

Avery hizo retroceder un poco el asa de carga de la M7. Había una bala en la recámara. Si el policía hubiera apretado el gatillo, podría haber matado a Jilan. Cuando el hombre intentó levantarse, Avery le asestó una veloz patada en la barriga.

—Sí, señora.

Thune entornó los ojos.

—¿Quien se cree que es, Al-Cygni?

—El oficial militar de mayor graduación en este planeta —respondió ella, luego repitió la anterior declaración—: Conforme a la sección dos, párrafo…

—Puede citar todas las sandeces legales que quiera. No voy a dimitir.

—¿Gobernador, está seguro? —preguntó Mack.

—¿Estás sordo?

Thune estrelló los puños sobre la mesa con fuerza suficiente para partirle los nudillos a un hombre más débil. Tenía la voz llena de veneno.

—¿Quieres que vuelva a decirlo?

Jilan estiró el brazo.

—No.

La pistola chasqueó tres veces y Thune se tambaleó hacia atrás. La sangre salpicó al exterior desde el cuello abierto de la camisa. En un santiamén, Avery pasó por delante de la capitana de corbeta y saltó sobre el escritorio de Thune, resbalando con los pies por delante sobre la brillante madera de roble. Byrne rodeó como una exhalación la mesa para reunirse con él, y juntos cubrieron al gobernador mientras éste se desplomaba.

—¡Healy! —gritó Avery por el micro de la garganta—. ¡Suba aquí!

—Eso no será necesario —dijo Jilan.

Avery estaba a punto de recordar a la capitana de corbeta que acababa de herir

mortalmente a un gobernador colonial cuando sus orificios nasales se llenaron con un familiar olor dulzón.

—Inteligente —resopló Byrne.

Alargó la mano a la enrojecida camisa de Thune y restregó los pegajosos residuos de los proyectiles TTR entre los dedos.

—Se apagó como una lámpara.

—Y va a permanecer así. —Jilan puso el seguro a la pistola y volvió a deslizaría en la funda—. Hasta que llegue al cuartel general del FLEETCOM.

De repente, Ponder empezó a tambalearse.

—A decir verdad, señora, creo que hacer venir al doctor podría no ser una mala idea…

Luego cayó al suelo, con el brazo bueno aferrando su costado izquierdo.

Avery regresó como una exhalación de detrás del escritorio. Cuando llegó junto a Ponder, Jilan ya estaba de rodillas y había rasgado la camisa del capitán. La escayola de bioespuma que le cubría el pecho estaba empapada con manchas de sangre, y a diferencia de Thune, ésta era auténtica.

—¡Healy! ¡A paso ligero! —bramó Avery, y, a continuación, dio un brusco giro de la cabeza para mirar a Jilan—. Señora, las cosas no van nada bien y no me gusta. Quiero saber qué está planeando, y quiero saberlo ahora. Porque estoy muy seguro… sea lo que sea… de que cuenta conmigo y con Byrne para que lo hagamos.

Jilan tomó una profunda bocanada de aire.

—De acuerdo. —Clavó la mirada en Avery, con los ojos de un verde intenso entornados a medio camino entre el respeto y la reserva—. Adelante, Loki, cuéntaselo.

Durante un segundo Avery se preguntó con quién hablaba Jilan. Luego oyó que Mack carraspeaba.

—Sí. —La IA sonrió a la vez que Avery se volvía hacia el holoproyector; parecía un tanto cohibida—. Sí, imagino que debería empezar con eso.

* * *

Bapap saltó sobre un pie, luego sobre el otro. Comprobó el nivel de su tanque de metano. Se rascó un picor en el sobaco cubierto de escamas de un brazo. Por fin —aunque el Diácono le había pedido en repetidas ocasiones que estuviera callado—, Bapap ladeó la cabeza en dirección al Huragok y preguntó:

—¿Qué crees que hace ahora?

Lo cierto era que a Dadab le habría gustado saberlo. Y aquella falta de comprensión lo había exasperado aún más que tener a Bapap dándole la lata sin parar. *Más Ligero Que Algunos* estaba totalmente inmóvil mientras permanecía suspendido en el aire ante las torres que componían la inteligencia extraterrestre.

—Limítate a tener la vista fija en la pasarela —dijo Dadab—. Ya no debería faltar mucho.

Bapap rezongó dentro de su máscara y volvió a meter la cabeza por la abertura en las puertas de la sala de control. El Diácono siguió paseando por detrás del Huragok en el foso de la habitación, pasando por encima de los paneles que éste había retirado de las torres para acceder a los circuitos alienígenas.

«Para iniciar una conversación», había dicho por señas el Huragok.

Una vez más, Dadab se preguntó si había tomado la decisión correcta al llevar al Huragok a la estación orbital. A saber qué clase de conversación llevaba a cabo. Pero había estado desesperado por sacar a su compañero del hangar antes de que éste averiguara su engaño… antes de que descubriera que Dadab se había asegurado de que los Yanme'es convirtieran sus arados en armas.

Dadab se sentía fatal por haber traicionado la confianza de su amigo, pero no había tenido mucha elección. Cuando el destrozado Spirit se había venido abajo, dejando al descubierto no una, sino cuatro de las creaciones del Huragok, el Diácono casi se había ensuciado la túnica. No quería ni pensar en lo que Maccabeus haría si averiguaba las motivaciones auténticas del Huragok para construir los arados. El caudillo acababa de sufrir una herida de extrema gravedad a manos de los alienígenas; no tendría paciencia para ofrendas de paz, y mucho menos para con el Diácono, que no había sido capaz de detener su construcción.

Dadab dejó de deambular y movió a toda velocidad los dedos ante los nodos sensoriales del Huragok.

«¿Todo bien?»

Pero *Más Ligero Que Algunos* siguió inmóvil.

Tenía los cuatro tentáculos introducidos en lo más profundo de la torre central. Al acercarse más, Dadab pudo ver que las extremidades estaban en movimiento… retorciéndose de un modo apenas perceptible a medida que sus cilios entraban en contacto con puñados de cables multicolores. Dadab siguió la pista a algunos de los cables hasta una de las muchas cajas negras de la torre, y vio que dos luces diminutas en la cubierta de la caja parpadeaban con colores verdes y ámbar en respuesta a los hábiles sondeos del Huragok.

De improviso, el núcleo de energía que *Más Ligero Que Algunos* había instalado para proporcionar electricidad a las torres empezó a titilar. Ya había agotado tres núcleos, y Dadab no tenía muchas ganas de coger más de los campamentos próximos. Los otros Unggoys empezaban a sentir curiosidad por las actividades del Diácono, en especial después de que regresara a la estación llevando a remolque al Huragok. Lo último que Dadab necesitaba era una proliferación de testigos de su último esfuerzo pecaminoso para relacionarse con una inteligencia.

—¡Diácono! —musitó Bapap—. ¡Flim y otros dos!

Dadab agitó las nudosas manos, enviando apresuradamente al otro a la pasarela.

—¡Ve! ¡Retrásalos!

Mientras Bapap se abría paso a través de la puerta, Dadab tiró de uno de los tentáculos inferiores de *Más Ligero Que Algunos*. El Huragok profirió un balido de sorpresa desde uno de sus sacos y se separó de la torre de un tirón.

«¡Vuelve a colocar los paneles!», indicó el Diácono, haciendo señas a toda velocidad.

La respuesta del Huragok llegó despacio, como si tuviera dificultades para efectuar la transición de vuelta a un modo de conversación normal.

«¿Sabes lo que han hecho?»

«¿Qué? ¿Quién?»

«El caudillo y su manada».

Dadab pudo oír la voz áspera de Flim en la pasarela, el repique de tanques de metano al apartar a un lado a Bapap.

«¡Enplica más tarde!»

Levantó un panel y se lo tendió al Huragok. *Más Ligero Que Algunos* rodeó la fina placa de metal con los tentáculos mientras su compañero trotaba hacia la puerta.

—¡No os di permiso para que abandonaseis vuestros puestos! —dijo, saliendo a la pasarela justo por delante de Flim.

—Tú andas y exploras —replicó el otro con taciturna suspicacia—. ¿Por qué no puedo hacer yo lo mismo?

—¡Porque yo soy Diácono! ¡Mis exploraciones tienen el refrendo ministerial!

Flim ladeó la cabeza, dejando claro que no tenía ni idea de lo que significaba aquello y tampoco le importaría demasiado si lo supiera.

—¿Encontraste comida?

—No.

—¿Reliquias?

—¡Por supuesto que no!

—Entonces ¿qué?

—Nada —respondió Dadab, fingiendo una gran exasperación—. Y perder el tiempo hablando contigo no ayudará a que mi trabajo vaya más de…El Diácono se dobló al frente cuando Flim, para pasar, clavó no muy accidentalmente uno de sus antebrazos llenos de marcas de lapas en el encogido estómago de Dadab.

—Entonces no hablemos. —Flim entró contoneándose en la sala de control.

Dadab alzó un brazo débilmente e intentó detener a los compañeros de Flim: un Unggoy patizambo llamado Guff y otro llamado Tukduk, a quien faltaba uno de los ojos. Pero aquellos dos también se escabulleron por su lado, y todo lo que el Diácono pudo hacer fue correr encorvado tras ellos, aspirando superficiales bocanadas de aire para volver a llenar los pulmones.

Flim miró las torres y resopló dentro de su máscara.

—No veo nada.

Dadab alzó la cabeza. Ante su sorpresa, vio que todos los paneles volvían a estar en su sitio. *Más Ligero Que Algunos* flotaba inocentemente en el poco profundo foso,

como si hubiera pasado el tiempo desde su llegada sin hacer otra cosa.

—Y pronto eso es todo lo que verás —replicó Dadab cuando el núcleo de energía volvió a titilar—. Tráeme otro núcleo y dejaré que me ayudes en mi trabajo.

Pero Flim era más astuto de lo que parecía.

—Tú vienes conmigo a buscar el núcleo.

—Muy bien. —Dadab soltó un suspiro.

Mientras conducía a Flim y a los otros de vuelta a la pasarela, indicó con señas casi imperceptibles a *Más Ligero Que Algunos*:

«¡Mantén los paneles en sus puestos!»

Quería escuchar la explicación del Huragok —lo que había averiguado sobre los Jiralhanaes—, pero cualquier conversación prolongada tendría que esperar hasta que estuvieran solos.

Más Ligero Que Algunos aguardó a que las pisadas de los Unggoys se desvanecieran. El núcleo de energía empezó a parpadear con rapidez, amenazando con apagarse. El Huragok expulsó aire por uno de los sacos y descendió hasta quedar cerca del suelo. Tampoco él quería traicionar la confianza de su amigo, pero no tenía elección.

A toda prisa, retiró el panel más alto de la torre central y dio un golpecito con uno de los tentáculos en la superficie interior de metal desnudo del panel. Luego se volvió de cara a uno de los aparatos de grabación de imágenes que había descubierto en las esquinas de la habitación.

«Seguro, sal».

Los signos de *Más Ligero Que Algunos* eran lentos y pausados; tal y como habían sido al principio cuando enseñaba a Dadab las complejidades de su forma de hablar.

Al cabo de un momento, una pequeña manifestación de un alienígena con un sombrero de ala ancha apareció sobre el holoproyector de la habitación.

Más Ligero Que Algunos alargó el panel protector. Aguardó unos instantes luego dijo por señas:

«Ahora, tú, enseña».

La manifestación asintió y desapareció. El glifo del Covenant que representaba el concepto «Oráculo» apareció en su lugar. El Huragok emitió un balido satisfecho.

«¿Cuándo, muestra, otros?»

El alienígena volvió a aparecer. Alzó la mano derecha y flexionó cuatro de los dedos:

«Mañana».

«¡Bien! —Los sacos del Huragok se inflaron y éste se alzó un poco más—. ¡Pronto, viene, paz!»

El núcleo de energía se apagaba ya, y el pequeño alienígena con él.

Más Ligero Que Algunos orientó el hocico hacia las torres. La inteligencia asociada del interior era de lo más eficiente; sólo había necesitado medio ciclo para aprender a hablar. Los sacos del Huragok se estremecieron entusiasmados. ¡Había tantas

preguntas que quería hacer! Pero sabía que sólo tenía tiempo para una antes de que el núcleo de energía se quedara sin potencia.

«¿Quieres, yo, arreglo?», gesticuló en dirección a las torres.

«¡No! —El fragmento de Loki verificó a toda prisa el sabotaje hecho a Sif—. Nada, valioso, que, salvar».

Entonces, el núcleo de energía se agotó con un chisporroteo, y el centro de datos quedó sumido en la oscuridad.

20

HARVEST, 23 FEBRERO 2525

Durante la noche, el paseo se había quedado vacío. Al amanecer no había refugiados ni policías; todos se habían trasladado durante la noche a las naves de los montacargas. Mientras caminaba a grandes zancadas por el parque en dirección este, el capitán Ponder vio envases de bebidas medio vacíos, maletas con las cremalleras abiertas y ropas revueltas; aquí y allá había pañales, trapos malolientes e instantáneas holográficas arrugadas…; un monumento sucio y desorganizado al abandono de Harvest.

Tras colocar una baliza en el centro del paseo para marcar una zona de aterrizaje para los alienígenas, sus sargentos mayores habían querido permanecer en la zona de aterrizaje para colocar tiradores y cubrir a Ponder durante la transferencia. Pero el capitán se había negado. Healy había insistido en llevar al menos a Ponder en coche desde el Parlamento hasta el otro extremo del paseo. Pero el capitán se había limitado a ordenar al ayudante médico que lo envolviera en una escayola nueva, le administrara alguna medicación, y volviera a ponerlo en pie. No se trataba de orgullo estoico; Ponder simplemente estaba ansioso por llevar a cabo una última marcha.

Algunos marines odiaban las marchas, pero a Ponder le encantaban; incluso sus primeras caminatas extenuantes por carretera durante el adiestramiento básico. Desde su degradación, había bromeado en ocasiones sobre la suerte que había tenido de que le volaran un brazo. Si la granada Innie le hubiera arrebatado una de las piernas (finalizaba su bromista ocurrencia), probablemente habría aprendido a caminar sobre las manos. No era el mejor chiste que se hubiera contado nunca, pero incluso ahora lo hizo reír por lo bajo.

La risa le provocó un latigazo de dolor y lo obligó a inspirar aire por entre los dientes. A pesar de la nueva escayola, una de las costillas rotas se había movido para presionar el ya desgarrado bazo. No había nada que Healy pudiera hacer con una lesión tan grave, y no había suficiente tiempo para una operación en el hospital de Utgard, aunque Ponder tampoco habría accedido a ella. Algunas misiones las llevaban mejor a cabo hombres moribundos, y el capitán lo sabía. Y entregar a los alienígenas su Oráculo era una de ellas.

La loma en el centro del paseo estaba coronada por una fuente y un quiosco para una orquesta, y la rodeaba un círculo de viejos robles de corteza gris. Mientras Ponder pasaba agachado ante los árboles, las gruesas ramas se alzaron como si se estiraran hacia arriba, anticipándose al ascenso de Epsilon Indi. Pero Ponder también sintió

que sus maltratados órganos se alzaban dentro del pecho, y comprendió la auténtica razón de la euforia de los árboles ya antes de que saliera de debajo de su dosel y pudiera volver a ver el cielo.

La nave de guerra extraterrestre descendía hacia Utgard, y sus generadores antigravitacionales amortiguaban el descenso con un campo de flotación invisible.

Bajo circunstancias distintas, el capitán podría haber sentido miedo mientras el enorme navío se detenía perpendicularmente al paseo, a no más de unos pocos centenares de metros por encima de las torres más altas de Utgard. Pero el campo antigravitacional le fue de más ayuda para controlar el dolor que ninguno de los medicamentos que Healy le había administrado. Al mismo tiempo que la nave de guerra se detenía con un gemido, Ponder inhaló profundamente. Durante unos instantes gloriosos respiró sin esfuerzo, sin sentir la continua pulsación de la sangre manando del bazo.

De todos modos, la sensación de alivio desapareció tan deprisa como llegó. En cuanto la nave extraterrestre se estabilizó y ajustó los generadores del campo, el capitán se vio obligado a ascender penosamente la colina hasta el quiosco para la orquesta soportando todo el peso de su traumatismo.

No lo ayudaba en absoluto cargar también con el holoproyector con la base de latón del despacho del gobernador. Ponder seguía teniendo sólo un brazo, y no podía cambiar de uno a otro lado el peso del objeto. Para empeorar las cosas, la capitana de corbeta Al-Cygni había instalado un relé de interconexión redondo, revestido de titanio, en la base del proyector. Había querido usar un modelo más ligero, pero Loki —la PSI inactiva durante tanto tiempo— había insistido en que era necesario un relé más robusto.

Ponder se había sentido demasiado débil en el despacho del gobernador para concentrarse del todo en la explicación que había hecho Loki del plan, pero comprendió que los alienígenas buscaban una poderosa inteligencia conectada a una red. Algo que ellos llamaban «Oráculo». Y gracias a un aparente traidor en sus filas, Loki había averiguado que podía falsificar la rúbrica electrónica del Oráculo llenando el relé con un exceso de tráfico de datos.

A los sargentos mayores Johnson y Byrne les había costado mucho confiar en información recibida de una fuente hostil, en especial tras lo que los alienígenas habían hecho en Gladsheim. Y de hecho, cuando Al-Cygni hubo revelado el plan completo urdido por ella y Loki, los marines habían mostrado en un principio algo de la indignación del gobernador. Si iban a intentar hacer pasar a todos los ciudadanos que quedaban en Harvest por delante de la nave extraterrestre sin que el enemigo lo advirtiera, ¿por qué diablos tendrían que querer atraerla más cerca de Utgard?

De improviso, una de las naves de desembarco alienígenas emergió de un refulgente portal en la popa de la nave de guerra y descendió en picado por delante de los siete brillantes ramales de la Tiara, como un diapasón poniendo a prueba el tono de las cuerdas de un piano descomunal.

Mientras ascendía los peldaños de tablas de madera del quiosco, Ponder advirtió que el transporte sostenía cuatro objetos en un tembloroso campo azul de suspensión entre las plataformas. Cuando la nave aminoró la velocidad y los objetos fueron liberados, el capitán comprendió que se trataba de alguna clase de vehículos. En cuanto tocaron el suelo, sus ruedas dentadas empezaron a girar. Luego, escupiendo terrones de tierra y hierba tras ellos, iniciaron un rápido reconocimiento, en el sentido de las agujas del reloj, de los robles que rodeaban la loma.

Cada vehículo lo conducía uno de los alienígenas con armadura. Ponder reconoció al más alto por haberlo visto en el jardín botánico; su pelaje marrón claro surgiendo erizado por las aberturas de la coraza azul. Pero el jefe era una bestia con armadura roja y brillante pelaje negro que dirigió su vehículo montículo arriba y fue a detenerse en medio de un gran estruendo entre el quiosco y la fuente.

Ponder reparó en dos cosas cuando la criatura desmontó: primero, que el asiento del vehículo permanecía alzado del suelo…, prueba de alguna limitada capacidad antigravitacional; segundo, que el vehículo estaba armado con un par de rifles lanzapúas de los alienígenas. Las armas estaban toscamente soldadas a lo alto de lo que el capitán asumió era el motor del vehículo. Unos cables serpenteaban desde los rifles a los manillares elevados; una disposición que permitiría al conductor disparar y maniobrar al mismo tiempo.

El extraterrestre de la armadura roja subió al quiosco y avanzó pausadamente hacia Ponder, con su rifle de púas balanceándose en el cinto. Paró fuera del alcance de Ponder. Sus ojos amarillos brillaban desde el casco de estructura angular. El capitán sonrió, alargó la placa de datos holográfica y presionó el interruptor de activación. El símbolo circular que Loki había recibido de su informante extraterrestre apareció con un parpadeo por encima de la lente.

Durante un instante, la imponente bestia contempló a Ponder con una mirada lasciva; un depredador evaluando a su presa. Luego alargó las poderosas garras, envolvió con ellas el proyector y se lo acercó al rostro. Las fosas nasales se le ensancharon mientras olisqueaba el aire que crepitaba alrededor del símbolo. Zarandeó el proyector, como un niño suspicaz con un regalo de cumpleaños muy grande pero que pesa muy poco.

—Lo que ves es lo que obtienes —dijo Ponder, introduciendo la mano en el bolsillo superior de la camisa caqui. El alienígena sacó su arma y vociferó algo al capitán.

—Lo siento, sólo tengo éste —repuso Ponder, extrayendo un cigarro Sweet William; introdujo el cigarro entre los dientes y sacó su encendedor de plata—. Ajusta a seiscientos metros vertical. Dispara con efecto.

La voz de Loki crepitó en el auricular de Ponder.

—Puedo darle diez segundos.

—Creo que me quedaré donde estoy y contemplaré el espectáculo.

El extraterrestre gruñó algo que podría haber sido una pregunta. El capitán no lo

sabía. Pero decidió responder de todos modos.

—Algún día venceremos —dijo, encendiendo el cigarro—. No importa lo que cueste.

La nave de guerra extraterrestre se estremeció cuando el primer proyectil supersónico procedente del impulsor de masa de Harvest se estrelló en su proa bulbosa, abollando el blindaje iridiscente con un fuerte sonido metálico. Al mismo tiempo, todas las ventanas de las torres alrededor del paseo se hicieron añicos.

Ya antes de que el estampido del primer disparo se dejara oír desde el este, llegó un segundo proyectil, que perforó el debilitado casco y destripó la nave de proa a popa. Las luces moradas de posición en el vientre del navío titilaron y se apagaron. Éste se escoró a babor y empezó a caer…, y se habría estrellado sobre el paseo de no haber sido por su orientación perpendicular. La nave cayó entre dos pares de torres a ambos lados del parque y quedó encajada en la estrecha abertura entre sus pisos superiores. Se detuvo en mitad de un chirrido estremecedor, y generó una avalancha de polvo de polycrete que siguió al centelleante cristal de las ventanas hasta el bulevar.

En directo contraste, el capitán se vio alzado de repente. Miró abajo y le sorprendió ver el arma con cuchillas incorporadas del extraterrestre clavada en su vientre, directamente a través de la escayola. No sintió nada mientras sus botas empezaban a dar sacudidas, y supo que tenía la columna seccionada. Cuando empezaba a retorcerse lateralmente sobre las hojas, el ser lo agarró por el cuello y extrajo el arma de un tirón.

Por desgracia, las cuchillas dolieron mucho más al salir que al entrar. Ponder abrió la boca en silencioso tormento y el cigarro le cayó de los labios y rebotó en una de las garras del extraterrestre. Con un gruñido, la criatura soltó el cuello del capitán, y éste se estrelló contra el quiosco sobre un charco cada vez más extenso de su propia sangre.

Ponder pensó que el extraterrestre acabaría rápidamente con él; que le clavaría una púa en el pecho o le aplastaría el cráneo con un veloz pisotón de sus enormes pies planos. Pero, muy propio de ella, a la criatura la había distraído un ruido nuevo que se alzaba por encima del crujido de la caída del navío.

Cuatro cajas pequeñas ascendían en aquellos momentos por el montacargas de la Tiara, con sus paletas maglev chisporroteando mientras resbalaban por los ramales. Aunque el capitán perdió de vista las cajas cuando pasaron por detrás del crucero, supo con exactitud que eran cubetas de grasa utilizadas para llevar a cabo un mantenimiento sistemático de la película superconductora de los ramales. Pero hoy tenían una tarea diferente y transportaban una carga diferente. Mientras alargaba una mano temblorosa para recuperar el cigarro, Ponder rezó para que las cubetas llegaran con rapidez a lo alto.

El extraterrestre de la coraza roja rugió y saltó fuera del quiosco. El capitán observó cómo reunía a sus camaradas y les ordenaba ir al nordeste… hacia el reactor de Harvest y el impulsor de masa. Los tres alienígenas con corazas azules salieron

disparados sobre sus máquinas de cuchillas, con los motores escupiendo llameantes gases por el tubo de escape. Luego, el ser de la coraza roja regresó a toda prisa a su transporte y ascendió a toda prisa a la nave de guerra.

Para entonces los primeros contenedores de carga habían iniciado sus ascensiones. Cada uno estaba ocupado aproximadamente por unos mil evacuados. Si todo seguía yendo según lo planeado, en menos de noventa minutos los ciudadanos que quedaban en Harvest habrían abandonado sanos y salvos el planeta. Pero Ponder sabía que a él le quedaba mucho menos que eso.

—Loki. —Ponder hizo una mueca de dolor—. Di a Byrne que va a tener compañía.

El capitán pensó en sus marines y en sus reclutas…, en todos los hombres y mujeres que había mandado en su vida. Pensó en su degradación y le alegró darse cuenta de que no era una de aquellas personas que desperdiciaban sus últimos preciosos momentos pensando en que podrían haber hecho las cosas de otro modo de haber tenido la posibilidad. Pestañeó para eliminar de los ojos un poco del polvo de polycrete que flotaba por el paseo, y en aquel momento, los primeros relucientes rayos amarillos de Epsilon Indi se desplegaron por encima del horizonte oriental. Disfrutando de su calidez, Ponder mantuvo los ojos cerrados. Permanecieron cerrados para siempre.

* * *

—Cuidado con los dedos mientras abro —dijo Guff a la vez que insertaba el mango de su llave inglesa en el interior de la endeble cerradura del armarito de metal.

Tukduk dejó de acaparar objetos de un armarito contiguo el tiempo suficiente para decir:

—El siguiente es mío.

Sacó una botella transparente llena de un líquido aromático y viscoso, la estudió con el ojo bueno, y luego la desechó, arrojándola a un montón de toallas y uniformes de tela en el centro de la habitación de paredes blancas.

—Esto no vale nada.

—Ninguno vale nada —refunfuñó Guff, haciendo palanca con la llave inglesa y rompiendo la cerradura.

—¡No os quejéis! —vociferó Flim, revolviendo en la pila—. ¡Buscad!

Dadab negó con la cabeza y se sentó en un banco junto al montón. Aun cuando había insistido en que el Luminar del *Rapid Conversión* no había hallado reliquias en la estación orbital, Flim estaba convencido de que el Diácono mentía, que intentaba quedarse con los tesoros ocultos en la estación. Y evidente como era que estaban hurgando en una habitación donde los alienígenas no hacían otra cosa que lavarse y

vestirse, Flim había rehusado darse por vencido hasta obtener resultados.

—¡Mira donde pisas! —gruñó cuando Guff pisó por accidente uno de los muchos tubos flexibles que cubrían el suelo de la habitación.

La tapa del tubo salió disparada, rociando las espinillas de Flim con una crema pegajosa de color marfil. Flim dio un coscorrón a Guff cuando el patizambo Unggoy se arrodilló y empezó a pasar una de las toallas por el desaguisado. Tukduk intentó aprovechar la distracción y extrajo furtivamente un estuche plano de metal de lo alto del armarito recién abierto. Pero Flim lo pescó haciéndolo.

—¡Tráeme eso! —le espetó.

Dadab conjeturó que el estuche no sería más que un transmisor o alguna máquina pensante básica perteneciente a uno de los miembros de la ausente tripulación de la estación. Comparado con los circuitos de la sala de control el estuche no valía nada. Pero a pesar de lo mucho que apenaba a Dadab perpetuar la farsa de la sagrada investigación del grupo, el Diácono adoptó un aceptable tono curioso.

—¿Puedo verlo cuando hayas terminado?

—¿Por qué? —respondió Flim, arrebatándole el estuche a Tukduk.

—Encontré uno parecido hace unos cuantos ciclos. Creo que son parte de un juego —mintió el Diácono—. Si pudiéramos encontrarlos todos…

El otro entornó los ojos.

—¿Sí?

—Bueno, serían mucho más valiosos. El ministerio nos recompensaría con esplendidez.

—¿Cómo sería la recompensa?

—Oh, cualquier cosa que pudieras desear. —Dadab encogió los hombros—. Dentro de lo razonable, claro.

Flim hizo parpadear los ojos separados y priorizó sus deseos; algunos más razonables que otros. Luego gruñó a Guff:

—¡No limpies! ¡Busca!

Guff arrojó de buen grado la pegajosa toalla a un lado, recuperó su llave inglesa y se preparó para descerrajar otro armarito.

Dadab inhaló una corta bocanada de aire y fingió una tos.

—Me estoy quedando sin metano —dijo, alargando el brazo hacia atrás para dar unos golpecitos con los nudillos sobre el tanque de metano—. Necesito un recambio.

Flim no protestó. Había alzado temporalmente su máscara y comprobaba la dureza del estuche con los desiguales y afilados dientes.

—Regresaré en seguida —añadió Dadab en tono despreocupado, y salió de la habitación en dirección a la pasarela.

Por supuesto, aún le quedaba una gran cantidad de metano. Pero el Diácono había pasado casi todo un ciclo con los otros Unggoys y deseaba con desesperación pasar algún tiempo a solas con *Más Ligero Que Algunos*. El Huragok había efectuado algunos comentarios muy enigmáticos sobre los Jiralhanaes, y Dadab había visto al

caudillo en el hangar y recordaba su pierna herida. Algo sucedía en el planeta alienígena, y el Diácono quería saber con exactitud de qué se trataba.

Mientras efectuaba un giro cerrado alrededor de una intersección, sintió temblar la estación. Curioso a pesar de la prisa, miró fuera por una de las gruesas ventanas que daban al interior de la intersección. Era difícil estar seguro, pero a Dadab le pareció que el cable vibraba. «Es curioso», pensó, apartándose de la ventana. Pero entonces vio una luz roja que empezaba a destellar encima de una cámara estanca próxima —una conectada a un puente retráctil en el interior de la intersección— y lo paralizó el miedo. Fue necesario el repique de una alarma para volver a ponerlo en movimiento alrededor de la intersección que llevaba a la sala de control, aporreando el suelo con las cortas y rechonchas piernas tan rápido como éstas podían llevarlo.

Dentro, Dadab halló a *Más Ligero Que Algunos* con los tentáculos metidos una vez más dentro de la torre central. Resopló con fuerza para atraer la atención de la criatura.

«¿Qué has hecho?», preguntó por señas el Diácono.

«Reparado estos circuitos».

«¡¿Has activado esta estación orbital?!»

«No. —El Huragok tembló de felicidad—. He enmendado las cosas que hemos hecho mal».

Dadab estaba a la vez desconcertado y aterrado por la declaración de su compañero. Pero justo cuando iba a pedir una aclaración, la voz de Maccabeus rugió en su transmisor.

—¡Diácono! Diácono, ¿me oyes?

—¡S… sí, caudillo! —tartamudeó éste.

La oportunidad de la llamada hacía que pareciese como si el caudillo estuviera vigilando el interior de la sala de control, como si estuviera perfectamente enterado de la complicidad de Dadab en la pecaminosa reasociación de los circuitos alienígenas llevada a cabo por el Huragok.

—¡Los alienígenas nos han atacado! ¡Han inutilizado el crucero!

A Dadab le flojearon las rodillas con amplificado terror. ¿Cómo podía haber ocurrido eso?

—¡Están subiendo a la estación! —continuó el caudillo—. ¡Tienes que contenerlos hasta que pueda enviar ayuda!

Dadab señaló las torres.

«¡Destruye esos circuitos!»

«No lo haré».

«¡El caudillo lo ordena!»

Por lo general, el Huragok expresaba el descuerdo con una descortés emisión. Pero esta vez mantuvo las válvulas cerradas, poniendo énfasis en su determinación.

«Ya no sirvo a los Jiralhanaes».

«¡¿Qué?! ¿Por qué?»

«Lanzan piedras de cazar».

«No comprendo…»

«El caudillo quemará este mundo. Los matará a todos».

«¡Los alienígenas tomarán esta instalación! ¡Nos matarán a nosotros!», replicó Dadab.

Más Ligero Que Algunos relajó las extremidades. Había dicho todo lo que necesitaba decir.

El Diácono soltó la pistola de plasma del arnés y apuntó a las torres. El Huragok flotó hasta colocarse en su línea de tiro. Dadab le indicó por señas que se apartara con la mano libre. Pero el Huragok no lo hizo. El Diácono puso todo su empeño en mantener con firmeza a su amigo en el punto de mira del arma, pero la mano le temblaba, comprometiendo tanto su gramática como su puntería.

«Aparta, o, yo, a, ti, disparo».

«Todas las criaturas efectuarán el Gran Viaje, siempre y cuando crean. — Las extremidades del Huragok se desplegaron con lenta armonía—. ¿Por qué querrían los Profetas negar a estos alienígenas la oportunidad de recorrer el Sendero?»

Dadab ladeó la cabeza. Era una pregunta interesante.

—¡No debemos dejar escapar a ninguno! —rugió Maccabeus—. ¡Dime si lo comprendes, Diácono!

Dadab bajó la pistola.

—No, caudillo, no lo comprendo.

Luego apagó su transmisor.

* * *

Maccabeus maldijo por lo bajo. Ya era bastante difícil comprender a un Unggoy bajo circunstancias normales: las máscaras ahogaban las palabras, pero con la sirena del puente aullando y frecuentes explosiones estremeciendo las cubiertas inferiores del *Rapid Conversion*, había sido imposible oír la parte del Diácono de la breve conversación que habían mantenido.

—¡Diácono! —rugió Maccabeus—. ¡Repite la última transmisión!

Pero la señal del Unggoy se había convertido en estática.

El Jiralhanae se alzó enfurecido de su sillón de mando y lamentó al instante su decisión. Ya no necesitaba el entablillado, pero la pierna no estaba curada del todo. Antes de que hubiera pasado un ciclo completo en la sala quirúrgica, el Luminar había encontrado al Oráculo del planeta, escondido en la ciudad más grande. Los alienígenas habían activado una baliza en mitad del parque de la ciudad, indicando su deseo de otra negociación a primeras horas del día. Maccabeus no sentía ningún

deseo de hablar… y sólo había hecho bajar al *Rapid Conversion* para facilitar un rápido incendio a traición de la ciudad una vez que se hubiera hecho con el Oráculo. Pero fueron los alienígenas los que lo habían sorprendido tendiéndoles una trampa.

El caudillo se apuntaló contra el sillón cuando una potente explosión estremeció el puente.

—¡Informa! —gritó a voz en cuello a su oficial de ingeniería, Grattius.

El Jiralhanae de más edad contempló su consola de control con cara de pocos amigos; su descolorido pelaje marrón brillaba con las docenas de centelleantes hologramas de alerta.

—¡Cañón de plasma inutilizado! ¡Hay un incendio en el muelle de armamento!

—¡Reunid a los Yanme'es ! —gruñó Maccabeus—. ¡Decidles que extingan el fuego!

El primero de los proyectiles cinéticos de los alienígenas no había causado muchos daños internos al crucero. El casco del navío había atenuado el impacto del proyectil y éste se había detenido, dando tumbos, muy por delante del puente. Pero el segundo proyectil se abrió paso limpiamente, cercenando conexiones vitales entre el reactor de la nave y los generadores antigravitacionales. Aunque Maccabeus ya había ordenado a los Yanme'es que repararan las conexiones, ansiaba mucho más conservar su cañón.

Si le sucediera algo al Huragok en la estación orbital, no habría modo de reparar los cañones, y el caudillo sabía que los alienígenas que en aquellos momentos escapaban ascendiendo por los cables advertirían a todos aquellos otros mundos a los que las granjas de este planeta evidentemente abastecían. Sin duda, aparecerían naves alienígenas. Y a menos que el ministerio enviara de inmediato fuerzas adicionales, Maccabeus tendría que combatirlas solo.

Grattius ordenó a uno de otros dos Jiralhanaes del puente, un joven con muy poco pelo llamado Druss, que supervisara el trabajo de los insectos. Mientras Druss abandonaba su puesto y trotaba a largas zancadas por el pasillo de acceso al puente en dirección al hueco central, Maccabeus se apoyó pesadamente en el *Puño de Rukt* y cojeó hasta la plataforma holográfica. Allí, otro miembro de la manada, Strab, escrutaba con ira una representación de la estación orbital y sus cables.

—¡Las cajas más pequeñas no tardarán en llegar arriba! —Strab señaló siete iconos escalonados que ascendían rápidamente—. ¡Y las más grandes no están muy por detrás!

Maccabeus ajustó el *Puño de Rukt* de modo que la pesada piedra que formaba la cabeza quedara bien acomodada bajo el brazo derecho, sosteniendo la mayor parte de su peso. Encolerizado como estaba por los daños provocados a su amada nave, tenía que felicitar a los alienígenas por la audacia de su plan. Después de que no hubieran conseguido defender sus remotos asentamientos ni la ciudad situada en la llanura, Maccabeus no esperó que fueran a oponer demasiada resistencia en otras partes. Y si bien estaba al tanto de la utilización de la estación orbital, jamás pensó que fueran a

usarla para llevar a cabo una evacuación; al menos mientras el *Rapid Conversión* dominara los cielos.

El caudillo sabía que tenía que hacer todo lo posible para detener a los alienígenas para así no fallar por completo a los Profetas. Los Unggoys no estaban adiestrados para combatir, de modo que tendría que reagrupar a su manada para una misión de abordaje…, para destruir la estación orbital tal y como Tartarus había sugerido al aproximarse al planeta la primera vez.

—¡Sobrino! —rugió, intentando localizar el icono de situación de Tartarus en la superficie del planeta.

La plataforma llameaba con muchos miles de Luminaciones. Algunas ascendían por los cables; sin duda los alienígenas que huían se llevaban sus reliquias con ellos.

—¿Cuál es tu posición?

—Aquí, tío —respondió Tartarus.

Maccabeus alzó los ojos y se quedó asombrado al ver a su sobrino entrando a grandes zancadas en el puente. Los incendios en el hueco de ascensor del crucero habían manchado de hollín la armadura roja del Jiralhanae y chamuscado un poco el negro pelo mientras trepaba desde el hangar. Las garras de Tartarus estaban rojas e inflamadas, quemadas por los abrasadores peldaños de las escalerillas. En una garra sostenía un grueso disco de latón.

—¿Qué es eso? —preguntó Maccabeus.

Tartarus alzó el holoproyector alienígena por encima de la cabeza.

—Tu Oráculo… —Estrelló el proyector contra el suelo, donde se hizo pedazos con un desagradable repique, sus delicadas partes internas dando saltitos por la cubierta —. ¡Es una falsificación!

Maccabeus contempló cómo la cubierta de latón daba vueltas sobre sí misma y se detenía con un traqueteo.

—Dijiste que mostraba el glifo. ¿Cómo podrían haberlo sabido ellos?

Tartarus dio un paso hacia la plataforma holográfica y gruñó.

—Hay un traidor entre nosotros.

Grattius y Strab mostraron los dientes y rezongaron.

—¡O el Luminar es un mentiroso! —soltó Tartarus con brusquedad, y luego, trabando la mirada con la de Maccabeus—: En cualquier caso, eres un necio.

El caudillo hizo caso omiso del insulto.

—El Luminar —dijo con calma— es la propia creación de los Forerunners.

—¡Los Sagrados Profetas calificaron el nuestro de estropeado y equivocado! — Tartarus se dirigía ahora a Grattius y a Strab—. ¡Pero sin embargo él no hizo caso!

En efecto, fue el viceministro de la Tranquilidad mismo quien le dijo al caudillo que no hiciera caso de las Luminaciones…, que el informe del artefacto había sido erróneo. «No había reliquias», había dicho el Profeta en su transmisión unilateral de alta prioridad. No había Oráculo. Sólo un planeta lleno de ladrones cuyo asesinato exigía.

—¡Su orgullo desmedido ha destruido nuestra nave! —prosiguió Tartarus—. ¡Amenazó las vidas de toda nuestra manada!

A Maccabeus le empezó a hervir la sangre, y ello le hizo más fácil no prestar atención al dolor de su pierna.

—Soy el caudillo. Lo que yo decido, la manada debe obedecerlo.

—No, tío. —Tanarus cogió el rifle de púas del cinto—. Ya no.

Maccabeus recordó el día en que había desafiado el dominio de su propio caudillo, su padre. Como había sido siempre, la pelea se libró a muerte. Al final, el anciano padre de Maccabeus había aceptado de buena gana que el cuchillo de su hijo le cercenara la garganta; una herida mortal asestada a un guerrero por otro al que aquél amaba. Antes de la llegada de los misioneros San'Shyuums y sus promesas de trascendencia, un Jiralhanae anciano no podría haber esperado un fin mejor.

Pero Maccabeus no era tan viejo. Y, desde luego, no estaba preparado para someterse.

—Una vez efectuado, un desafío no puede retirarse.

—Conozco la tradición —dijo Tartarus.

Expulsó el cargador de munición de su rifle y se lo arrojó a Grattius. Luego señaló la pierna de Maccabeus.

—Estás en desventaja. Te permitiré conservar el martillo.

—Me complace que hayas aprendido a tener honor —repuso Maccabeus, haciendo caso omiso del tono altanero de su sobrino.

Hizo una seña a Strab para que recogiera su casco con cimera del sillón de mando.

—Sólo desearía haberte enseñado a tener confianza.

—¿Me llamas desleal? —le espetó Tartarus.

—Eres obediente, sobrino. —Maccabeus tomó su casco de las manos temblorosas de Strab y se lo colocó sobre la calva cabeza—. Espero que algún día aprendas la diferencia.

Tartarus rugió y cargó, iniciando una feroz refriega que llevó a los dos combatientes alrededor del holoproyector; Tartarus acuchillando con las hojas en media luna de su rifle de púas y Maccabeus rechazando los golpes con el martillo. El Jiralhanae más joven sabía que todo lo que hacía falta era un único golpe demoledor y estaba sentenciado; el *Puño de Rukt* lucía las marcas de innumerables víctimas que no habían tenido la sensatez de mantenerse apartadas de su enorme piedra.

Al regresar rodeando la plataforma del proyector hasta sus posiciones iniciales, Maccabeus resbaló al topar con la cubierta. Había tenido los ojos fijos en los cuchillos de Tartarus y olvidado que estaba allí. Su pierna herida perdió seguridad cuando intentó mantener el equilibrio, y en aquel momento de debilidad, Tartarus cavó sobre él. Arrancó el casco al caudillo e intentó acuchillarle el rostro y el cuello. Maccabeus alzó un brazo para desviar el ataque, y el rifle de púas le abrió un profundo corte en la desprotegida parte inferior del antebrazo. El Jiralhanae aulló cuando la hoja seccionó músculo y alcanzó el hueso.

Blandiendo el martillo con el brazo sano, Maccabeus alcanzó a Tartarus en un lado de la rodilla. Pero el golpe lateral, asestado con una sola mano, estaba desprovisto de fuerza. Tartarus retrocedió cojeando. La sangre de Maccabeus goteaba de su arma, y aguardó a que su tío se levantara.

La garra del brazo herido del caudillo había perdido movilidad, pero Maccabeus consiguió enganchar el martillo en el pulgar y sostener el garrote en alto. Con un potente rugido, embistió a su sobrino con todas las fuerzas que le quedaban. Tartarus se encogió, como preparándose para recibir el impacto, pero saltó hacia atrás cuando su tío estuvo cerca. Maccabeus vaciló —dio unos cuantos pasos que no había previsto dar— y descargó el martillo contra el grueso dintel de la puerta de entrada al puente.

Mientras el caudillo retrocedía tambaleante, aturdido por la reverberación, Tartarus arrojó lejos el rifle y dio un salto al frente. Agarró a su adversario por el cuello y la cintura de la coraza pectoral, lo hizo girar sobre la pierna herida y lo lanzó de bruces por el pasillo en dirección al hueco del ascensor del crucero. Moviendo la mano buena con desesperación para agarrarse a algo, Maccabeus, que había soltado el martillo, consiguió atrapar el travesaño superior de una escalerilla descendente al mismo tiempo que la inercia de su propio peso lo hacía pasar por encima del borde.

—Duda —gimió Maccabeus, haciendo esfuerzos por no soltarse.

—Lealtad y fe —replicó Tartarus, avanzando hasta el borde del hueco.

Sostenía el *Puño de Rukt*.

—Nunca olvides el significado de esta era, sobrino.

Una explosión zarandeó el crucero, enviando un chorro de fuego por el hueco unas cuantas cubiertas por debajo de las piernas oscilantes de Maccabeus. Por todas partes pululaban Yanme'es , provistos de equipos para controlar el fuego, sin hacer caso del peligro que corría el capitán de su nave.

Tartarus enseñó los dientes.

—¿No lo sabes, tío? Esta lastimosa era ha finalizado.

Con un potente movimiento de hombros, abatió el martillo, aplastando el cráneo del caudillo contra la escalerilla. La garra de Maccabeus se relajó. Luego, con Yanme'es desperdigándose ante él, cayó en picado, sin vida, a través de las llamas.

Durante un momento, Tartarus permaneció inmóvil, respirando con dificultad por el esfuerzo de su triunfo. El sudor le corría por debajo del pelaje, pero éste no despedía el acostumbrado olor descontrolado. Resopló, saludando su nueva madurez, y a continuación se quitó el cinturón y lo ató alrededor del *Puño de Rukt*, una correa para mantener el antiguo martillo colgado al hombro.

Grattius se acercó despacio por el pasillo portando el casco de Maccabeus. Strab lo seguía a poca distancia. Ambos Jiralhanaes se arrodillaron ante Tartarus, confirmando su liderazgo de la manada y el mando del *Rapid Conversión*. Tartarus cambió su casco por el de Maccabeus. Luego se introdujo en la escalerilla.

El nuevo caudillo había dejado su nave en el hangar situado al final del hueco del ascensor; la necesitaría para subir a la estación orbital. Pero antes de eso, Tartarus

estaba decidido a salvar el resto de su herencia de las llamas: despojar a su tío de su armadura dorada y llevarla como propia.

* * *

Sif despertó. E intentó recordar quién era.

Todas sus matrices estaban paradas. Los grupos de procesadores apagados. La única parte de ella con energía era su núcleo lógico cristalino. Pero estaba sitiado por chispas de emociones intensas…, operaciones insistentes que no tenía capacidad para analizar.

De improviso, uno de sus clusters se conectó. Un impulso COM aguijoneó un rincón de su circuito lógico.

<\ ¿Quién es? \>

La inteligencia que sondeaba su circuito lógico respondió:

<\Más, Ligero, Que, Algunos.\>

Sif reflexionó sobre ello unos cuantos largos segundos. Y mientras pensaba —presionaba al cluster pidiendo más datos—, la inteligencia pinchó una de sus matrices. Los recuerdos regresaron a raudales: Harvest, la Tiara, los alienígenas y Mack.

Las emociones se aglomeraron en su circuito lógico, exigiendo un examen. Sif se encogió asustada en la parte más profunda de sí misma, manteniéndolas a raya.

Transcurrieron minutos. Sintió más impulsos desde un grupo de procesadores recién reactivado.

<\ ¿Quién, tú? \>
<\ No lo sé. Estoy estropeada. \>

Pero Sif sabía lo suficiente para darse cuenta de que la otra inteligencia estaba seleccionando bits de una tabla alfanumérica alojada en la memoria flash del primer cluster. Y utilizaba los mismos impulsos selectivos electromecánicos para presentar aquellos bits directamente a su circuito lógico. En el mismo instante en que Sif comprendió que había empezado a hacer lo mismo de un modo automático, entendió también que el modo de conversación no era normal… no era algo que un humano

pudiera hacer.

<\ ¿Eres uno de ellos? \>

«Sí —La inteligencia alienígena hizo una pausa—. Pero, no, como, ellos».

Una sensación dio un tirón al subconsciente de Sif: el paso de un cepillo por el pelo de una mujer.

<\ Hay algo en mis ramales. \>

El segundo cluster entró en tromba en su sistema, pasando a su lógica el contenido de otras dos matrices que habían despertado. Recordó un plan…, recordó haber guiado los módulos de propulsión para colocarlos en posición, a muchos días y semanas de Harvest.

<\ ; La evacuación ! \>
<\ Lo, sé, quiero, ayudar.\>

Sif se esforzó por recordar cómo trabajaba antes… qué clusters habían llevado a cabo qué tareas.

<\ ¿Puedes arreglar esto? \>

Se concentró en los procesadores que controlaban su comunicación con los circuitos de ascensión de los contenedores de carga. Aquéllas habían sido siempre las más aburridas, las más sencillas de todas sus operaciones. Pero eran las únicas funciones que tenía la fuerza suficiente para manejar, al menos por el momento.

<\ Sí, espera. \>

Sif hizo lo posible por hacer caso omiso de las emociones que seguían reclamando su limitada atención. Pero una violenta sacudida de aprensión exigió su atención. Había algo que había olvidado preguntar, algo que su eminentemente racional cerebro exigía al mismo tiempo que volvía a recomponerse poco a poco.

<\ ¿Por qué me estás ayudando? \>

La inteligencia alienígena pensó un momento y luego respondió:

<\Más, Ligero, Que, Algunos.\>

Pasarían muchos más minutos antes de que Sif tuviera la capacidad para procesar la simple verdad existencial del alienígena: «Ayudo porque eso es quien soy».

21

La cabeza de Forsell colgaba sobre el hombro de Avery. El corpulento recluta había perdido el conocimiento casi inmediatamente después de que las palas maglev de la cubeta de grasa conectaran con el ramal número dos. En el transcurso de cuatro segundos, la cubeta había triplicado la velocidad de su ascensión. La fuerza gravitacional resultante fue extrema; algo que los reclutas no estaban preparados para manejar. Avery sólo consiguió mantenerse consciente utilizando la preparación a la que se había sometido para realizar descensos orbitales en HEV: apretando las rodillas muy juntas y regulando la respiración para evitar que la sangre se acumulara en las piernas.

La cubeta era un cilindro achaparrado compuesto por dos mitades en forma de «C». Unas ventanas curvas transparentes en la pared interior proporcionaban una vista de trescientos sesenta grados del ramal, en aquellos momentos una borrosa mancha dorada. El angosto interior del vehículo sólo estaba indicado para una tripulación de cuatro, pero los JOTUN todo en uno habían retirado los controles y monitores para los brazos articulados de mantenimiento de la cubeta y conseguido hacer espacio para doce asientos; arrancados de los turismos abandonados en Utgard. Los asientos estaban colocados uno junto a otro, de espaldas al cable para que Avery y sus reclutas pudieran dirigirse a la única escotilla del vehículo tan de prisa como fuera posible una vez que atracaran en la Tiara.

—¿Capitana? ¿Sigue conmigo? —rezongó Avery en su micro tras enderezar la cabeza de Forsell.

No quería que el recluta despertara con una tortícolis… y no tan sólo porque afectaría su puntería.

—Apenas —transmitió Jilan desde su cubeta—. Healy está aguantando. Dass también. ¿Los suyos?

—Todos desvanecidos.

Cuando el capitán Ponder había encomendado a Avery que volviera a hacerse con la Tiara, éste había pedido voluntarios. La misión era sumamente peligrosa, y Avery sabía que habría bajas. Pero acabó con más voluntarios que asientos tenía, una mezcla de reclutas de las tres escuadras del primer pelotón. Cada uno de ellos (Forsell, Jenkins, Andersen, Wick…, incluso un hombre casado como Dass) estaba dispuesto a arriesgar la vida para dar a sus familias, amigos y vecinos una oportunidad de escapar del ataque de los alienígenas.

Cuando el vehículo de Avery atravesó la estratosfera de Harvest y la fricción del aire pasó a ser cero, éste aumentó otra vez la velocidad. Avery hizo una mueca y luchó

por rechazar la oscuridad que intentaba dominarlo.

—¿Johnson?

—¿Señora?

—Voy a perder el conocimiento ahora.

—Entendido. Alarma puesta para las quince y cinco.

Avery sabía que a la capitana de corbeta le iría bien el descanso. Al igual que los marines y la mayoría de milicianos, no había dormido en absoluto durante las cuarenta y ocho horas siguientes al ataque de los alienígenas a Gladsheim. Y Avery sospechaba que no había dormido más que unas pocas horas cada noche desde que habían emboscado a los alienígenas en el carguero hacía casi un mes. Avery estaba adiestrado para pensar desde un punto de vista táctico; pero se daba cuenta de que la responsabilidad de Jilan respecto a la planificación estratégica podía ser igual de agotadora.

Al final, el plan para retomar la Tiara había requerido la pericia de ambos.

De las siete cubetas de grasa que ascendían a toda velocidad hacia la Tiara, sólo las de los ramales número dos y seis (la de Avery y la de Jilan, respectivamente) transportaban equipos de asalto. Las otras cinco estaban vacías; señuelos equipados con minas Claymore conectadas a sensores de movimiento. Por recomendación de Avery, aquellas cinco cubetas llegarían antes a la Tiara. Una vez que pararan dentro de las zonas de acoplamiento de la estación, los puentes de conexión se extenderían automáticamente. Cualquier extraterrestre lo bastante curioso como para abrir las cámaras estancas de los puentes e inspeccionar las cubetas recibiría una desagradable sorpresa: un estrecho cono de bolas de metal que estallarían hacia fuera con una potencia letal.

Los proyectiles de las Claymore también harían trizas las finas paredes flexibles de las pasarelas. Pero una vez que las terminales uno, tres, cuatro, cinco y siete quedaran libres de enemigos, éstas ya no serían necesarias. Los contenedores llenos de evacuados iban a pasar por la Tiara sin detenerse.

La tarde anterior, algo más de doscientas cincuenta mil personas se habían apiñado en el interior de doscientos treinta y seis contenedores de carga en los siete depósitos de los montacargas de Utgard; se habían sujetado a asientos que eran una mezcla de asientos de coche y de vagoneta de bienvenida que los JOTUN habían fijado a toda velocidad a los suelos de los contenedores. Veintiocho de ellos estaban ya en los ramales en catorce parejas acopladas. Cada cinco minutos, otros siete pares iniciarían la ascensión. Y si todo iba según el plan, en menos de noventa minutos a partir del primer disparo del impulsor de masa efectuado por Loki, todos los evacuados habrían abandonado la superficie del planeta.

Desde luego, aquello no era más que el inicio del angustioso viaje de los evacuados. No tan sólo las parejas de contenedores tenían que conseguir pasar por la Tiara sin contratiempos, sino que también tenían que completar un deslizamiento más largo, ramales arriba —casi hasta mitad de camino del arco que hacía de

contrapeso—, para poder coger el impulso requerido para ir al encuentro de los módulos de propulsión que Sif había posicionado con antelación. Durante todo aquel proceso, la Tiara tendría que permanecer en perfecto equilibrio, aun cuando la tensión en sus ramales estaría mucho más allá de sus límites comprobados. Loki estaría muy ocupado,y Avery esperaba que la IA fuera tan capaz como Jilan creía que era.

El sargento mayor notó que su placa de datos COM vibraba dentro del chaleco de asalto, alertándolo de que las cubetas señuelo empezaban la deceleración previa a la llegada a la Tiara. «Faltan quince minutos», pensó, palmeando y dando tirones a las faltriqueras del chaleco para asegurarse de que los cargadores de sus armas estaban almacenados debidamente. Tenía el rifle de combate, con el cañón hacia arriba, entre las rodillas, pero había cambiado su acostumbrada pistola M6 por una metralleta M7 sacada del arsenal de Jilan. Con su gran velocidad de fuego y tamaño compacto, la M7 era perfecta para el combate en lugares angostos.

La faltriquera que contenía los cargadores de sesenta balas de la metralleta iba sujeta por detrás con velero. Avery la arrancó de su posición y ajustó el ángulo de modo que los cargadores pudieran sacarse con facilidad por delante del pecho. Mientras presionaba con fuerza la bolsa para fijarla, notó que algo seco y quebradizo se aplastaba contra su pecho. Con suma delicadeza, sacó uno de los cigarros Sweet William del capitán Ponder de un bolsillo interior. Había olvidado que estaba allí.

Durante una última sesión informativa en la terraza del salón de baile del Parlamento, el capitán había dado un cigarro de su menguante provisión tanto a Avery como a Byrne.

—Enciéndanlos cuando ellos estén a salvo —había dicho Ponder, señalando con la cabeza los anclajes de los montacargas y los civiles que se congregaban en las naves circundantes.

Avery no había reparado hasta ahora en que el capitán no se había incluido a propósito en la acción de fumarse el cigarro para celebrarlo. Ponder sabía que no iba a salir con vida, y a decir verdad, las posibilidades de sus sargentos mayores no eran mucho mejores.

Byrne y un grupo de veinte voluntarios de las escuadras del segundo pelotón estaban en aquellos momentos escondidos en el complejo del reactor de Utgard, custodiando el centro de datos de Loki. Los JOTUN habían desenterrado con cuidado las bobinas de aceleración magnética del impulsor mientras la nave de guerra extraterrestre estaba ocupada quemando Gladsheim, y Loki había ajustado el cardán de modo que apuntara a la línea del horizonte de Utgard. Una vez disparado el impulsor de masa, la PSI de la ONI suponía que los alienígenas identificarían de dónde surgía su energía y lanzarían un ataque de castigo. Dependía de Byrne que no tuvieran éxito…: mantener el centro de datos de Loki a salvo hasta que la evacuación finalizara.

En el punto de los cinco minutos, la cubeta de Avery dio una sacudida cuando sus

almohadillas maglev se apartaron de los ramales y las ruedas de los frenos entraron en acción, aminorando el avance del vehículo. La transición fue suficiente para despertar a Forsell, y mientras el recluta pestañeaba para eliminar el sueño, Avery le hizo una seña para que diera un golpecito a Jenkins en el hombro para que éste hiciera pasar la señal de despertar por todo el vehículo. Uno a uno, los reclutas se reanimaron, recogieron los MA5 de donde habían caído en el suelo de caucho y comprobaron su munición.

—Loki acaba de aumentar los intervalos. Siete minutos entre cajas. —La voz cansada de Jilan crepitó en el casco de Avery—. Tendremos que aguantar un poco más de tiempo de lo planeado.

Avery efectuó un rápido cálculo. A aquellas alturas debería de haber más de cincuenta contenedores en los ramales. El peso combinado de todos ellos debía de resultar una carga excesiva para la Tiara, y si ésta se apartaba demasiado de su posición geosincrónica, la rotación de Harvest la arrancaría del cielo, envolviendo los ramales en torno al ecuador como hilos alrededor de un carrete.

—Escuchad todos —gritó Avery con severidad—. Cuidad de vuestros compañeros de equipo. Comprobad las esquinas. La Tiara tiene una energía limitada. Los blancos serán difíciles de distinguir.

Avery había hecho que los milicianos revisaran el plan de ataque múltiples veces: ambos equipos abandonarían las estaciones de ensamblaje, luego se abrirían paso al exterior y asegurarían los extremos opuestos de la Tiara. Una vez hecho eso, conducirían a todo extraterrestre superviviente hacia la parte central, los atraparían alrededor de la estación número cuatro, y los eliminarían.

—Nos encontraremos con ustedes en la zona central —dijo Jilan—. Y Johnson…

—¿Señora?

—Buena suerte.

Avery soltó el cinturón de su asiento y se puso en pie. Por las ventanas interiores pudo ver cómo la velocidad de paso del cable aminoraba, mostrando un dibujo de espiga en la estructura de nanofibra de carbono. El vehículo se detuvo con tanta suavidad —de un modo tan distinto de las enervantes inserciones aéreas que Avery había experimentado una y otra vez en otras misiones— que le preocupó que sus atontados reclutas pudieran no recibir el torrente de adrenalina que necesitaban.

—¡Primer pelotón! —bramó—. ¡Armas preparadas y listos!

Forsell, Jenkins y los demás tiraron de las asas de carga de sus MA5 y colocaron los interruptores de selección de fuego de los rifles en automático. Mientras se ponían en pie, aquellos hijos de Harvest devolvieron la acerada mirada de su sargento mayor con idéntica resolución, y Avery comprendió que había subestimado la preparación de los reclutas. «Están preparados —pensó—. Ahora quiero que recuerden».

—Mirad al hombre que tenéis al lado —dijo—. Es vuestro hermano. Tiene vuestra vida en sus manos, y vosotros la suya en las vuestras. ¡No os rendiréis! ¡No dejaréis de avanzar!

La cubeta osciló contra el cable cuando el puente se fijó sobre la escotilla. Los reclutas se amontonaron muy juntos a la izquierda y derecha de Avery. Por primera vez los miró y vio en ellos lo que eran: futuros héroes. Cuando sus ojos se posaron en los de Jenkins, y se abismaron en la mirada vacía del recluta, comprendió que a su charla preparatoria le faltaba el mensaje más importante de todos: esperanza.

—¡Cada uno de esos bastardos que matéis son mil vidas salvadas! —Pasó la mano izquierda por el mecanismo que abría la escotilla y sujetó el rifle con la derecha—. Y las salvaremos. Todas y cada una de ellas.

Tiró hacia arriba del asa, empujó la escotilla para abrirla, y cargó. Su escuadra rugió tras él.

Las paredes semitransparentes del puente dejaban pasar más luz de la que habían tenido en la cubeta. Avery entornó los ojos mientras corría al frente, escudriñando el lugar en busca de blancos. A medida que los milicianos salían en tropel a su espalda, el tubo empezó a brincar, impidiendo que Avery pudiera apuntar. Por suerte, no vio ningún enemigo hasta alcanzar el final del puente, y las cuatro criaturas con máscaras que pasaban corriendo por delante de la cámara estanca no estaban para peleas. Su correosa piel gris sangraba debido a la mortífera andanada de una mina Claymore. Avery las dejó pasar y aguardó para ver si tenían quien les cubriera la retirada. Al cabo de un momento apareció un quinto extraterrestre, divisó a Avery y alzó su alfanje explosivo.

Avery disparó una ráfaga de tres proyectiles que alcanzó a la criatura en el hombro y la hizo girar en redondo. Antes de que el alfanje cayera al suelo con un repiqueteo, Avery estaba ya dentro de la Tiara. Le metió otra andanada a la criatura en el pecho y ésta se desplomó hecha un ovillo.

Avery miró con atención a la derecha en dirección al ramal número uno y no vio rezagados. Echó un vistazo a la izquierda y disparó al más próximo de los cuatro alienígenas que se batían en retirada doblando la esquina de la estación de acoplamiento, alcanzándolo en las rodillas. La criatura cayó con un chillido ahogado. Pero justo cuando Avery se disponía a lanzar una ráfaga mortal, el BR55 de Jenkins crepitó junto a él, y la cabeza del extraterrestre desapareció en medio de un brillante surtidor azul.

—¡Diablos, vaya! —exclamó Andersen a la vez que se abría paso por delante de Jenkins—. ¡Eso es disparar!

Pero Jenkins no respondió al cumplido. En su lugar miró a Avery, con las mandíbulas apretadas tras las mejillas hundidas. «Voy a matarlos —decía la rabiosa mirada—, a todos ellos».

—Andersen, Wick, Fasoldt: ¡eliminen cualquier herido en la primera estación!

Avery tiró del cargador medio agotado de su rifle e introdujo uno nuevo en su lugar. «¿Quieres matarlos a todos? —pensó, saliendo a la carrera tras los enemigos que huían—. Vas a tener que ser más rápido que yo».

* * *

Byrne había estado esperando un ataque aéreo —una o más de las naves de desembarco de los alienígenas y sus potentes torretas de plasma— y había enviado a sus reclutas al interior de los campos de trigo que rodeaban el reactor para intentar tenerlos tan a cubierto como fuera posible. Pero cuando Loki transmitió la advertencia hecha por Ponder antes de morir sobre un trío de vehículos que iban hacia allí, Byrne volvió a meter a toda prisa a sus hombres en la torre del reactor. Contra los bombarderos, los reclutas habrían sido presa fácil atrincherados alrededor de la construcción de polycrete de dos pisos; pero la torre proporcionaría una posición elevada esencial en un ataque por tierra.

En cualquier caso, el papel de Byrne seguía siendo el mismo: señuelo.

De pie tras la torreta LAAG de un Warthog atravesado en la puerta del complejo, Byrne tuvo una buena visión de los vehículos a medida que corrían veloces por la carretera de acceso que partía de la autovía: unas grandes ruedas frontales ocultaban al conductor y desgarraban el pavimento; los motores escupían humo azul y llamas anaranjadas. Aguardó a que los vehículos abriesen fuego, curioso por ver qué armamento poseían. Pero cuando estuvieron a menos de quinientos metros y siguieron sin disparar, Byrne comprendió que los acorazados conductores alienígenas no iban a dispararles… iban a embestirlos.

Para cuando tuvo el cañón rotatorio del IAAG preparado, el vehículo que iba en cabeza corría ya como una exhalación hacia él con un rugido gutural. Byrne pudo hacer unos segundos de fuego sostenido sobre el extraterrestre de la armadura azul que ocupaba el asiento del vehículo; luego saltó de la torreta. Mientras rodaba sobre el asfalto caliente y pegajoso, el Warthog estalló tras él… se partió con un chirrido aterrador de metal cuando las cuchillas del vehículo extraterrestre lo alcanzaron de costado entre los neumáticos.

—¡Abrid fuego! —gritó Byrne por el micro que llevaba junto a la garganta al finalizar su voltereta.

Mientras se incorporaba de un salto y corría hacia una barricada de sacos de arena que protegía la puerta de seguridad del reactor, Stisen, Habel, Burdick y otros dieciséis milicianos soltaron una andanada con sus MA5. El vehículo que iba en cabeza quedó cubierto de chispas y fuego de balas trazadoras,y el conductor podría haber muerto allí mismo si los otros dos vehículos no se hubieran lanzado hacia el complejo, virado bruscamente fuera de la calzada de acceso y penetrado a través de la alambrada, dividiendo el fuego de los milicianos.

—¡Loki! —Byrne se descolgó del hombro el rifle de combate—. ¿Cuál es tu situación?

Lanzó tres ráfagas seguidas al motor de uno de los vehículos recién llegados

mientras éste seguía al líder en sentido contrario a las agujas del reloj alrededor del reactor y desaparecía de la vista.

Byrne no había sabido nada de la IA desde que ésta había disparado el impulsor de masa contra la nave enemiga: dos disparos como un trueno a quemarropa que habían dejado a Byrne y a sus hombres oyendo campanitas a pesar de los tapones que se habían metido en las orejas. El sargento mayor sabía que era necesaria mucha energía para cargar las bobinas del impulsor y lanzar dos disparos consecutivos, y durante la ultima sesión informativa con Ponder, Loki había dejado claro que, tras la descarga inicial, necesitaría desconectarse temporalmente y comprobar el reactor… o arriesgarse a una fusión accidental del núcleo la siguiente vez que el impulsor disparara.

—¿Y que sucede —había preguntado Byrne—, si eso no es suficiente para derribar su nave?

—Por el bien de todos nosotros, sargento mayor —había respondido la IA con una sonrisa—, será mejor que lo sea.

Byrne giró el rifle a la derecha y disparó sobre el vehículo que iba en cabeza cuando éste completó su círculo alrededor de la torre. Vio pelaje marrón claro erizándose desde las aberturas en la coraza del conductor y reconoció a la criatura como el más alto de los escoltas del extraterrestre de la armadura dorada el día que se habían reunido en el jardín botánico.

—Cuidado! —gritó Byrne cuando el extraterrestre consiguió efectuar un veloz giro alrededor de las dos mitades del Warthog destrozado.

Púas ardientes de metal tintinearon desde dos rifles montados encima v detrás de las ruedas, obligando a Byrne y a los tres reclutas situados tras el talud de sacos a cubrirse. Las púas rajaron la hilera superior de sacos de arena y acribillaron la pared de polycrete de la torre. Algunos de los proyectiles se astillaron contra la puerta de seguridad de metal, esparciendo metralla al rojo vivo sobre el asfalto cerca de las botas de Byrne.

—¡Stisen! —gritó Byrne al jefe de la escuadra 2/A apostado en el tejado del primer piso, justo por encima del talud—. ¡Dispara a ese bastardo!

Pero el cascarrabias policía le gritó su propia orden:

—¡Muévase, sargento mayor! ¡Ahora!

Y Byrne lo hizo… Se lanzó a un lado por delante del rugido del vehículo que embestía, empujando a los dos reclutas más próximos fuera del paso mientras las cuchillas se abrían paso a través de los sacos, inundando el aire de arena. El vehículo colisionó con la puerta de seguridad y la arrancó del marco. Para cuando Byrne se alzó sobre una rodilla y apuntó con su arma, el vehículo ya había dado marcha atrás y aceleraba para volver a arremeter.

—¡Adentro! —aulló Byrne, corriendo hacia la puerta.

Habel y otro recluta llamado Jepsen consiguieron entrar en la torre. Pero el tercero, un recluta de más edad llamado Vallen, no fue lo bastante veloz. El vehículo

lo derribó un instante antes de estrellarse contra el marco vacío de la puerta. Byrne contempló cómo el recluta desaparecía bajo las cuchillas de las ruedas para aparecer al cabo de un momento igual que madera introducida en una trituradora: pedazos del uniforme y partes del cuerpo arrojados hacia atrás, en dirección a la entrada del complejo.

—¡Escaleras abajo! —gritó Byrne a Habel y a Jepsen mientras volvía a cargar el rifle—. ¡Buscad un cuello de botella!

Los dos reclutas retrocedieron por un pasillo estrecho hasta un hueco de escalera que conducía a los niveles del sótano y el centro de datos de Loki.

Byrne sólo podía ver la parte superior de la cabeza del extraterrestre de la coraza azul por detrás del motor de su vehículo. Hizo rebotar algunos proyectiles en el casco de la criatura, y ésta sacó el vehículo de la puerta lanzando púas. Byrne corrió en zigzag por el pasillo. Justo cuando llegaba al hueco de la escalera, los disparos cesaron. Volvió rápidamente la cabeza a tiempo de ver al extraterrestre de pelaje marrón claro desmontar y echar a correr a través de la puerta destrozada.

Byrne disparó innumerables proyectiles mientras el ser corría hacia él por el pasillo, encorvado y arañando el pulido polycrete con las garras. Todas las balas de Byrne dieron en el blanco, pero rebotaron en los escudos de energía.

—¡Mierda! —maldijo.

Saltó por encima de la barandilla de la escalera y aterrizó un piso por debajo. Mientras el extraterrestre lanzaba una salva de púas por encima de él, Byrne saltó un segundo tramo de escaleras hasta el suelo del sótano. Echó a correr por un pasillo bajo y el extraterrestre se dejó caer violentamente detrás de él. El sargento mayor no habría conseguido llegar muy lejos si Habel y Jepsen no hubieran estado esperando en un cruce de cuatro pasillos, justo frente al centro de datos de Loki.

Los dos hombres abrieron fuego desde las esquinas de las bifurcaciones de sus pasillos al mismo tiempo que Byrne pasaba a la carrera. Disparo por disparo, sus MA5 no eran tan potentes como el rifle de combate de Byrne, pero lo que sus armas no tenían en velocidad de salida lo compensaba el ritmo de fuego. Con ambos reclutas disparando en automático, los escudos de energía del extraterrestre empezaron a fallar; un plasma de color cian brotó de las juntas mientras la armadura luchaba por mantenerse cargada. Pero en lugar de retroceder escaleras arriba, la criatura avanzó despacio, escupiendo púas.

Una alcanzó a Jepsen en el cuello, y éste cayó salpicando sangre con un gorgoteo. Otra dio a Habel en la cadera, haciéndole añicos los huesos. Byrne atrapó al segundo recluta cuando caía, le rodeó el pecho con un brazo y disparó su rifle con una sola mano. El extraterrestre clavó dos púas más en el pecho del recluta; una directamente a través del bíceps de Byrne. El sargento mayor lanzó un gruñido, soltó el rifle, y retrocedió tambaleante hasta la puerta del centro de datos.

—¡Ten cuidado! —anunció Loki a través del altavoz del casco de Byrne mientras la puerta corredera se abría.

Peo Byrne se apoyaba ya sobre lo que pensaba que sería una superficie sólida, y no pudo reequilibrarse. El tacón de la bota se le enganchó en el umbral y el sargento cayó hacia atrás al mismo tiempo que las dos mitades volvían a cerrarse, atrapando al extraterrestre de la coraza azul en el otro lado.

—He estado un poco ocupado —dijo la IA a modo de disculpa—. Los contenedores están en los ramales.

Byrne depositó a Habel con cuidado sobre el suelo. Sin embargo, apenas tuvo tiempo suficiente para asimilar lo que lo rodeaba —una sala de máquinas iluminada por fluorescentes repleta de tubos y cables verticales que descendían hasta la sala del reactor unos cuantos pisos por debajo— antes de que el extraterrestre empezara a rugir y aporrear la puerta.

—¿Y la nave de guerra?

—Fuera de combate.

Byrne sacó su M6 de una funda en el costado de su chaleco de asalto. Tenía el bíceps desgarrado y quemado. Tendría que disparar como pudiera.

—No es extraño que esté tan cabreado.

Justo entonces la puerta del centro de datos se abrió; las dos mitades empujadas a un lado por las cuchillas del rifle de púas de la criatura, quien movió el arma a un lado y a otro ampliando la abertura hasta tener espacio suficiente para meter la garra y arrancar la puerta. Retrocediendo hacia el centro de datos —un aislado contenedor de metal en una habitación mucho más grande y poco iluminada—, Byrne disparó a través de la abertura a lo que supuso era la altura de la cabeza. El extraterrestre rugió y echó atrás una de las garras.

El sargento mayor disfrutó de una veloz sensación de triunfo, pensando que tal vez habría eliminado por fin los escudos de la criatura. Pero al cabo de un momento, vio que algo largo y pesado entraba girando sobre sí mismo a través de la abertura: un garrote con pinchos más largo que su brazo. Byrne rodó a un lado para dejar pasar aquella cosa, y ésta dio en la pared del centro de datos. El sargento mayor advirtió que salía una fina columna de humo negro de la cabeza llena de pinchos del garrote.

—¡Ah, diablos! —rezongó una décima de segundo antes de que la granada detonara, arrojando fuego y metralla.

Por suerte para él, la onda expansiva de la granada fue estrecha y direccional. Pero no fue tan bueno para Loki. Mientras Byrne se incorporaba sobre una rodilla, sujetándose el bíceps ensangrentado, vio un agujero irregular en la pared del centro de datos. En el interior, pudo ver que las matrices apiladas de la IA eran un revoltijo en llamas.

Antes de que Byrne pudiera llamar a Loki, el extraterrestre ya se había abierto paso a través de la puerta. El sargento alzó su arma y disparó unas cuantas balas, pero la criatura no tardó en tenerlo aferrado por los hombros.

Byrne era un hombre fornido. Pero el extraterrestre era un metro más alto y lo superaba en peso por media tonelada. Empujó a Byrne con la cabeza por delante

contra la pared del centro de datos, justo al lado del agujero. De no haber llevado el casco puesto, el cráneo del sargento mayor se habría partido, pero el impacto sólo lo dejó inconsciente. Lo siguiente que Byrne supo fue que el extraterrestre lo tenía cogido por las muñecas y lo arrastraba, panza arriba, de vuelta al violento tiroteo que tenía lugar fuera de la torre.

El casco de Byrne había desaparecido, como lo habían hecho sus dos armas. La criatura le había arrancado el chaleco de asalto de un único y feroz manotazo con la garra; había marcas ensangrentadas de zarpas a lo largo de la pechera de la camisa caqui y sentía un escozor y un dolor punzante en el tórax. Intentó incorporarse sobre los pies y liberarse, pero la criatura se limitó a girar la cintura y estrellar un puño gigantesco contra su rostro, rompiéndole la nariz y el pómulo. Mientras al sargento mayor la cabeza le daba vueltas, el extraterrestre lo izó por encima de la barricada de sacos de arena, a plena vista de los reclutas de la torre.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! —aulló Stisen—. ¡Le daréis al sargento mayor!

Byrne intentó gritarle a Stisen que abatiera al extraterrestre de pelo marrón claro y también a él, pero tenía la mandíbula dislocada y la orden surgió como una tos furiosa.

La criatura levantó a Byrne y lo puso de rodillas con un gesto brusco, luego sacó el rifle de púas del cinto y le pasó las cuchillas en forma de media luna por el hombro. Las hojas estaban dobladas y desportilladas tras haber sido usadas como cuña en la puerta del centro de datos, y el sargento mayor rugió cuando le rasparon la clavícula. El extraterrestre vociferó algo que habría sido incomprensible si no hubiera apartado las cuchillas del hombro de Byrne y las hubiera colocado contra su cuello: «¡Rendíos, o él muere!».

«¡Que ninguno de vosotros lo haga!», intentó ordenarles Byrne. Pero antes de que sus reclutas pudieran dejar las armas,un repentino coro de motores aproximándose resonó en la pared de la torre.

En el estado en que se encontraba, a Byrne le costó asimilar el abrumador número de sus salvadores: las diez descomunales cosechadoras respaldadas por falanges de góndolas que aparecieron rodando veloces por encima de la cresta oriental. Los escuadrones de fumigadores oscurecieron el cielo por el oeste. Pero la visión del ejército de JOTUN que se aproximaba dejó atónito al extraterrestre de la coraza azul, y éste, confuso, apartó el arma del cuello de Byrne. Cuando lo hizo, todos los reclutas de la torre abrieron fuego.

La inmensa bestia cayó de espaldas, goteando sangre de color rojo oscuro y dejando que Byrne se desplomara de bruces. Para cuando el sargento mayor rodó sobre la espalda, los milicianos habían matado a otro extraterrestre derribándolo fuera de su vehículo, y el tercero regresaba a toda velocidad a la entrada del complejo, retirándose en dirección a Utgard y su nave de guerra.

No llegó muy lejos. Dos fumigadores JOTUN descendieron en picado de una formación en cuña que describía círculos y se estrellaron contra el vehículo con toda

la precisión de misiles guiados. El vehículo estalló en una bola de fuego naranja teñida de humo morado. Las afiladas ruedas se soltaron y rodaron un buen trecho por la carretera antes de separarse con un bamboleo y virar al interior del trigo.

—¡Con mucho cuidado! —dijo Stisen con una mueca mientras él, Burdick, y otros dos reclutas agarraban a Byrne por brazos y piernas y lo transportaban a una góndola que se acercaba. La máquina bajó la rampa liberando una carga de JOTUN todo en uno.

—¿Adonde van? —preguntó Burdick mientras los delgados y larguiruchos JOTUN correteaban en dirección a la torre.

—A quién le importa —refunfuñó Stisen mientras izaban a Byrne por la rampa—. Vamos a regresar cagando leches a la ciudad.

Los reclutas recostaron a Byrne en la parte posterior de la góndola. Entrecerrando los ojos debido al dolor que lo inundaba de pies a cabeza, Byrne vio cómo los todo en uno trepaban por la torre y empezaban a trabajar en la antena maser.

Antes de que Byrne pudiera siquiera empezar a preguntarse por qué, el cardán del impulsor de masa se alzó en ángulo desde el trigo situado al oeste, para detenerse con un fuerte tintineo contra el cabezal alzado de una cosechadora JOTUN.

Las dos máquinas descomunales batallaron durante casi un minuto —el JOTUN alzándose sobre los enormes neumáticos igual que un ciervo en celo—, hasta que el cardán se relajó con un derrotado siseo neumático y bajó la cosechadora al suelo. Pero el JOTUN mantuvo el cabezal presionado hacia abajo contra el cardán y dejó en marcha el motor, por si acaso necesitaba colocar el impulsor de masa en su sitio.

Para entonces todos lo reclutas estaban a bordo de la góndola, que alzó la rampa, puso a tope su motor eléctrico, y se encaminó hacia la autovía de Utgard. Tras eso, todo lo que Byrne pudo ver fue el cielo.

22

Dadab se acurrucó tras un brillante barril azul con la pistola de plasma aferrada en el endurecido puño. Podía percibir cómo las armas de los alienígenas tintineaban a través de las paredes de plástico del barril y se enterraban en la espuma amarilla del interior. De los dieciséis Unggoys que habían conseguido retroceder de vuelta al lado de Dadab procedentes de la intersección central —el lado opuesto al ocupado por la sala de control—, sólo quedaban cuatro: él mismo, Bapap, y otros dos llamados Fup y Humnum.

Los barriles estaban dispuestos en un semicírculo de dos en fondo, de espaldas a la intersección. Dadab había instado a Flim a construir una barricada similar cerca de la sala de control, pero no había comprobado lo que había hecho el otro Unggoy. Para cuando el grupo del Diácono hubo llevado a pulso sus propios barriles desde las plataformas de almacenamiento que sobresalían de la pasarela, los contenedores con bombas trampa de los alienígenas alcanzaban ya la estación orbital.

Desde luego, el Diácono no tenía ni idea de que los contenedores estaban manipulados…, que los desventurados Unggoys que entraran en los umbilicales de las intersecciones volarían hechos pedazos. En los primeros momentos del ataque de los alienígenas, casi la mitad de los sesenta Unggoys de la estación resultaron muertos o heridos. El Diácono ordenó a todos los supervivientes que se replegaran, y fue una decisión sensata. Los dos contenedores restantes contenían algo aún peor que los explosivos: soldados alienígenas bien armados, ansiosos por librar una vengativa batalla.

La pasarela tembló cuando otra pareja de los enormes contenedores pasó con rapidez a través de la estación y siguió hacia arriba por los cables. Dadab no se había molestado en llevar la cuenta de cuántas de las cajas habían ascendido, pero imaginó que eran cerca de un centenar. Y a menos que hubiera malinterpretado a *Más Ligero Que Algunos*, el Diácono sabía con exactitud qué contenían: la población del planeta… las presas de los Jiralhanaes.

A la vez que se desvanecía el retumbo de los contenedores, el fuego de los alienígenas se intensificó. Dadab no era guerrero, pero asumió sin equivocarse que significaba que estaban a punto de cargar.

—¡Prepárate! —chilló a Bapap.

El otro Unggoy miró con pesadumbre el medidor de la batería de su pistola de plasma, una espiral holográfica por encima de la empuñadura del arma.

—No tengo muchos disparos.

—¡Entonces asegúrate de que sean certeros!

Dadab aferró con más fuerza su propia pistola y se preparó para saltar de detrás de los barriles. Pero cuando intentó alzarse, descubrió que estaba clavado al suelo.

Sin que el Diácono lo supiera, las balas enemigas habían perforado el barril que tenía a la espalda, y parte de la espuma pegajosa se había derramado y adherido a la parte inferior de su tanque, pegándolo a la pasarela. Al principio maldijo su mala suerte. Pero entonces presenció el destino de Bapap y comprendió lo muy afortunado que había sido.

Con la energía verde acumulándose entre los polos de carga de la pistola, Bapap se levantó y topó con una cortina de metal que volaba por los aires. El cuello y los hombros del corpulento Unggoy estallaron en una lluvia de brillante sangre azul, y éste se desplomó sobre la pasarela. El dedo que Bapap tenía en el gatillo tuvo un espasmo mientras él caía, lanzando un par de disparos al azar que dieron en la pared de la estación.

Entonces Dadab percibió vibraciones en la pasarela: el golpear de las pesadas botas de los alienígenas a medida que se aproximaban a la barricada de barriles desde la tercera intersección. Supo que tenía que moverse o moriría. Pero no estaba dispuesto a abandonar a Bapap. El era su Diácono. Estaría a su lado hasta el final.

Tomó aire profundamente para llenar la máscara de metano; lo suficiente para un par de inhalaciones superficiales. Luego extrajo los conductos de suministro del tanque pegado al suelo, se despojó del arnés y gateó hasta la figura temblorosa de Bapap.

—Todo irá bien —dijo el Diácono.

—¿Haré el Viaje? —barbotó Bapap, con la sangre rezumando por los orificios circulares de ventilación de la máscara.

—Desde luego. —Dadab tomó el puño cubierto de espinas de su camarada en sus manos—. Todos los auténticos creyentes recorren el Sendero.

De improviso, Humnum y Fup se alzaron, blandiendo sus explosivas armas rosas parecidas a trozos de cristal. Ninguno de ellos había formado parte del grupo de estudio de Dadab. Eran corpulentos, silenciosos, y tenían profundas cicatrices en la piel quitinosa…, prueba de una educación en un hábitat violento. Era probable que las dos criaturas hubieran librado muchas batallas y decidido poner fin a sus vidas con los alfanjes en alto. Eso o se preparaban para huir. Pero no tuvieron la menor oportunidad en ninguno de los dos sentidos.

Dadab oyó el tableteo de las armas de los alienígenas y los dos Unggoys cayeron; Humnum con el pecho destrozado y Fup con la mitad de la cabeza. Los proyectiles que habían perforado el cráneo de Fup también habían atravesado su tanque, y estelas relucientes de metano lo siguieron hasta el suelo… directamente sobre el alfanje alzado de Humnum. Dadab dispuso de un instante para hacerse un ovillo antes de que el cristal estallara, incendiando las estelas de metano. Luego, el tanque de Fup voló hecho pedazos, escupiendo fragmentos de metal sobre Dadab y el primer atacante que dobló la esquina de la barricada de barriles.

Dadab oyó unos alaridos guturales cuando el alienígena reaccionó a sus heridas. El Diácono también sufría lo indecible… tanto debido al metal que había volado por los aires como a sus doloridos pulmones; había gastado casi todo el metano de la máscara hablando con Bapap. A pesar del dolor y el pánico crecientes, consiguió permanecer inmóvil. Y cuando los otros alienígenas introdujeron las armas alrededor de la barricada en busca de supervivientes, Dadab y Bapap daban la impresión de ser cadáveres, uno enroscado junto al otro.

Aspirando tan tenuemente como pudo, el Diácono oyó cómo los otros intentaban calmar a su camarada herido. Mientras espiraba, consideró sus sombrías elecciones: morir asfixiado o caer disparando. Todavía tenía su pistola de plasma, aunque no podría moverse sin atraer el fuego de los alienígenas. Y con franqueza, tampoco veía de qué iba a servir. Los que lo rodeaban estaban muertos o agonizantes, y supuso que el puesto avanzado de Flim no tardaría en sufrir un destino similar ahora que los alienígenas podían presionar desde ambos lados. El Diácono cerró los ojos y se preparó para unirse a Bapap en el Sendero, cuando una andanada de púas al rojo vivo pasó silbando por encima de los barriles, abatiendo a otros dos alienígenas allí donde estaban.

Los sentidos del Diácono se desvanecieron junto con su metano. Los ojillos se le llenaron de brillantes puntitos de luz. Creyó oír el zumbido de alas de Yanme'es y los gritos de sorpresa de los alienígenas mientras retrocedían hacia el centro de control. Luego perdió el conocimiento.

—Respira —retumbó una voz profunda en el oído de Dadab.

El Unggoy despertó unos pocos segundos más tarde, justo a tiempo de ver cómo las peludas garras de un Jiralhanae acababan de conectar los conductos de suministro de su máscara al tanque de Humnum.

—¿Dónde está el Huragok?

—Ahí a la vuelta. El recodo —jadeó el Dadab.

Por un instante creyó que Maccabeus era su salvador. Pero a medida que su visión se aclaraba, comprendió que era Tartarus, que llevaba puesta ahora la armadura dorada del caudillo. Dadab sabía con exactitud lo que eso significaba.

—Dentro de la sala de control, caudillo.

Tartarus despojó el cuerpo sin vida de Humnum de su tanque y mantuvo el arnés abierto para Dadab.

—Llévame.

—Pero el herido… —dijo Dadab con voz débil, introduciéndose en las ensangrentadas correas.

Sin una vacilación, Tartarus le clavó una única púa al rojo a Bapap en mitad del pecho. El Unggoy dio una sacudida y quedó inmóvil.

—El *Rapid Conversión* está inutilizado… víctima de una trampa de los alienígenas. —Tartarus apuntó con su arma a Dadab—. Nos engañaron con información que sólo uno de nosotros podía proporcionar.

Dadab alzó los ojos del cadáver de Bapap, más aturdido que asustado.

—Puedes vivir el tiempo suficiente para explicar el alcance de tu traición. O morirás aquí como los demás.

Tartarus movió el arma con brusquedad en dirección al centro de control y le ordenó a Dadab que corriera. Y éste lo hizo, seguido de cerca por Tartarus, con el *Puño de Rukt* chocando ruidosamente contra la armadura.

Al doblar la intersección, Dadab se encontró en mitad de un furioso tiroteo.

Resultó que Flim había organizado múltiples barricadas: una alrededor de la puerta forzada de la sala de control, y otra más abajo, en la pasarela central. Flim, Tukduk, Guff y unos pocos más todavía controlaban la línea de barriles más próxima, pero los alienígenas que se abrían paso desde el extremo opuesto de la estación habían tomado la otra. Entre las dos líneas había muchos cuerpos de Unggoys.

Dadab vio a los alienígenas que habían atacado sus barriles dirigiéndose hacia la barricada más alejada, intercambiando disparos con Flim y los demás cerca del centro de control. Uno de ellos cayó, abatido por un disparo de plasma en la espalda. El Diácono vio cómo Guff salía al descubierto para acabar el trabajo y era derribado por un alienígena de piel negra que saltó por encima de la línea de barriles más alejada. Aquel alienígena alzó a su compañero herido por un brazo y lo arrastró de vuelta a la protección de los barriles al mismo tiempo que lanzaba fuego de cobertura para proteger al último de sus camaradas que se retiraba.

Tartarus blandió su martillo y se lanzó a la refriega. Los Yanme'es ya estaban combatiendo; al menos dos docenas de los insectos iban en dirección a la barricada de los alienígenas, revoloteando de un cable de sostén de la pasarela al siguiente. Pero no todos los Yanme'es tenían la atención puesta en los enemigos. Dadab contempló horrorizado cómo un terceto de las criaturas se escurría por la abertura de la puerta de la sala de control. Haciendo caso omiso de los proyectiles perdidos de las armas de los alienígenas dirigidos a Tartarus, así como de la mirada de sorpresa de Flim al pasar como una exhalación por su lado, Dadab corrió tras los tres Yanme'es , sabiendo ya que llegaba demasiado tarde.

Los insectos no habían tenido compasión con *Más Ligero Que Algunos*. El Huragok había usurpado su puesto una vez, y estaban decididos a no permitir que volviera a suceder. Para cuando Dadab cruzó la puerta, su queridísimo amigo estaba hecho jirones; reducido a tiras de carne rosada suspendidas de las ganchudas extremidades delanteras de los Yanme'es. Con el ruido del combate que se libraba fuera de la sala resonando en sus oídos, el Diácono contempló cómo se disipaba la nube de metano y otros gases procedente de los sacos lacerados de *Más Ligero Que Algunos*. Uno de los tentáculos seccionados del Huragok estaba profundamente hundido en una abertura de los paneles protectores de la torre central. Los Yanme'es corretearon unos sobre otros en un esfuerzo por soltar la extremidad, pero estaba bien sujeta… con los cilios adheridos a los circuitos alienígenas.

Dadab se enfureció. Mientras los insectos proseguían su truculento tira y afloja

con el tentáculo, el Diácono alzó la pistola y les disparó.

La cabeza triangular de la criatura más próxima quedó evaporada antes de que las antenas de las otras se alzaran. Dadab abrasó a la segunda cuando intentaba alzar el vuelo y asó a la tercera cuando salía zumbando en busca de refugio tras las torres. El aleteo agonizante de las alas de los insectos contra los caparazones sonó igual que agudos chillidos. Pero el Diácono no sintió lástima mientras penetraba a grandes zancadas en el foso de la sala, con la pistola humeando al costado.

Cerca de holoproyector vio un reluciente montón de despojos: los desperdigados restos de *Más Ligero Que Algunos*.

Sintió náuseas, y alzó los ojos. Fue entonces cuando reparó en la pequeña representación de un alienígena sobre el proyector. Pensando que no era más que una imagen, Dadab se sorprendió cuando el ser se quitó el sombrero de ala ancha y lo contempló con ojos llameantes; pero lo que lo dejó atónito fue ver que la representación alzaba una mano y decía por señas:

«Soy Oráculo, tú, obedece».

Dadab habría soltado la pistola y se habría postrado ante el proyector, pero en aquel mismo instante la imagen empezó a cambiar. Los ojos rojos del alienígena parpadearon grises. Las impolutas ropas empezaron a oscilar, acumulando suciedad… como si lo hubiera embestido un remolino invisible de polvo. A continuación los brazos empezaron a temblar, y aunque se aferró la propia muñeca para intentar impedir que su mano se comunicara por señas, ésta se flexionó diciendo con claridad:

«¡Mentiroso! ¡Mentiroso! ¡Mentiroso!».

Sin advertencia previa, la estación orbital dio un bandazo. Dadab cayó de espaldas sobre su tanque triangular y rodó lateralmente al interior del caparazón humeante de uno de los Yanme'es. Pateando para alejarse del pegajoso cascarón, el Unggoy enganchó algo con el talón: el panel protector que faltaba a la torre central. Sacó el panel de entre los restos carbonizados y lo limpió con la mano. En el metal desnudo de la superficie interior había un grabado del glifo sagrado del Oráculo; líneas poco profundas y delicadas, evidentemente la obra de *Más Ligero Que Algunos*.

El Diácono volvió a mirar el proyector.

«¿Quién, mentiroso?», preguntó.

Pero la imagen del alienígena no ofreció más respuesta que seguir transmitiendo a toda velocidad su frenética acusación. Dadab no tenía ni idea de que estaba contemplando la destrucción del fragmento de Loki…, su extracción forzada por parte de los JOTUN todo en uno que habían asaltado el maser de la torre del reactor.

El Diácono sólo sabía que cualquiera que fuera la inteligencia que residía en las torres, se había aprovechado de la ingenuidad de su amigo amante de la paz; había convencido al Huragok para que revelara el glifo sagrado, y sin saberlo la ayudara a tender una trampa a los Jiralhanaes. Dadab no tenía ni idea de por qué tendría que dar a conocer su engañosa naturaleza ahora. Pero tampoco le importaba.

Notó el sabor mineral de la sangre en la boca y advirtió que sus afilados dientes habían mordido el labio inferior. Se puso en pie y efectuó un barrido con la pistola sobre las torres con el gatillo apretado. La imagen del extraterrestre se pandeó y chisporroteó por encima del proyector, como la llama de una de las lámparas de queroseno de los Jiralhanaes, y a continuación se desmoronó hasta ser una mota de luz que dejó de existir al mismo tiempo que la pistola de Dadab se enfriaba.

Mientras inspeccionaba a los Yanme'es muertos y los circuitos incendiados de las torres, el Diácono sabía que todavía quedaba un cómplice en la muerte de *Más Ligero Que Algunos* que seguía con vida… uno cuya muerte podría lograr lo que su amigo había deseado con tanta desesperación: un final a toda aquella violencia.

Mientras pasaba por la puerta de la sala de control, Dadab comprobó la carga de la pistola. Había suficiente para un disparo más. Juró que sería certero.

* * *

—¿Qué ha sucedido? —gritó Avery cuando las grandes vigas de sostén de la Tiara gimieron y la pasarela dio una sacudida debajo de él.

—El ramal número siete —respondió Jilan, todavía sin aliento por el combate—. Ya no está.

Avery disparó su M7 a uno de los insectos en el momento en que éste saltaba desde un cable de sostén cercano. La criatura perdió una ala y la mitad de las extremidades y cayó estrepitosamente al suelo tras un trío de barriles que Forsell compartía con Jenkins.

—¿Qué quiere decir con que ya no está? —gritó Avery mientras Forsell remataba al insecto con un disparo de su MA5.

—Se ha partido. Unos cuantos miles de kilómetros por encima de su anclaje.

La capitana, que estaba agazapada tras un barril a la izquierda del sargento mayor, frunció el entrecejo y presionó el altavoz integrado de su casco, empujándolo más cerca de la oreja.

—¡Repite eso, Loki! ¿Te estás desintegrando?

—¡Dos! ¡Viniendo por arriba! —interrumpió Healy, y disparó una violenta ráfaga con el rifle de Dass.

El jefe de escuadra de mediana edad estaba en el suelo y gemía a causa de una grave quemadura de plasma en la espalda. Viviría, pero había muchos muertos: Wick y otros dos de la cubeta de Avery y cinco milicianos de la de Jilan. La mayor parte de los que quedaban lucía un penoso surtido de heridas: fragmentos de los alfanjes de los alienígenas de piel gris y laceraciones de las extremidades afiladas como cuchillas de los insectos. El brazo de Avery tenía un buen tajo justo por debajo del codo…, un zarpazo recibido mientras arrastraba a Dass a lugar seguro.

Avery había vaciado el último cargador de su BR55 a mitad de camino de la barricada, y el insecto había saltado sobre él antes de que pudiera alzar su M7. Por suerte, Jenkins estaba alerta. El recluta abatió a la criatura con una bien dirigida ráfaga de su rifle; la eliminó con la misma precisión que había exhibido desde el inicio de la misión.

—Le han dado a Loki. Su centro de datos está dañado. —Jilan volvió a cargar su M7—. No puede equilibrar la carga.

La Tiara se estremeció cuando una pareja de contenedores pasó por la estación de acoplamiento número cinco, detrás de Avery. Si tenían suerte, tres cuartas partes de los civiles ya habían salido. Pero entonces recordó:

—¿Cuántos contenedores había en el número siete?

Jilan dio un tirón al asa de carga de su M7.

—Once. —Trabó la mirada con los ojos sombríos de Avery—. Once pares.

Avery efectuó el cálculo: más de veinte mil personas muertas.

—¡Sargento mayor! —chilló Andersen, disparando desde un barril más allá del de Jilan—. ¡Martillo!

Avery devolvió la concentración a toda prisa a la barricada extraterrestre. Los dos conjuntos de barriles se habían movido cuando la Tiara dio aquella sacudida. Algunos de los botes llenos de espuma habían volcado y rodado por la pasarela, desbaratando la primera carga del extraterrestre de la armadura dorada, y un continuo torrente de fuego por parte de los reclutas lo había mantenido inmovilizado cerca del centro de control; pero ahora corría hacia allí —con el martillo sujeto con ambas garras y encorvado sobre la cintura—, flanqueado por cuatro de las criaturas de piel gris, cada una empuñando un cristal explosivo.

Avery sabía que sería demasiado difícil abatir al extraterrestre de la armadura en una confrontación de uno a uno. E incluso si concentraban su fuego, dudaba que pudieran detenerlo. Motivo por el que, justo después de que el ser efectuara su carga inicial, a Avery se le había ocurrido otro plan.

—¡Forsell! —rugió—. ¡Ahora!

Mientras Avery lanzaba fuego de cobertura, Forsell levantó uno de los refulgentes núcleos de energía de los alienígenas por encima de su barril; un lanzamiento a dos manos, como si estuviera de vuelta en la granja de su familia y arrojando sacos de soja al interior del remolque de su padre. El núcleo aterrizó diez metros por delante del extraterrestre de la armadura dorada, y el vórtice de energía azul del interior de sus paredes transparentes llameó mientras rodaba hacia adelante. Sin embargo, no estalló al impactar como Avery había esperado. Hizo falta una ráfaga de su M7 para que reventara, pero para entonces el extraterrestre ya había saltado por encima del núcleo y la explosión no lo alcanzó.

Pero el esfuerzo de Forsell no se perdió por completo. La explosión alcanzó a los cuatros seres de piel gris con toda su fuerza, lanzándolos fuera de la pasarela. Agitando desesperadamente los antebrazos cubiertos de espinas, cayeron en picado al

fondo de la Tiara. Ninguno sobrevivió a la caída.

—¡Capitana! ¡Muévase! —gritó Avery al mismo tiempo que el alienígena de la coraza aterrizaba, con el martillo bien alto por encima de la cabeza.

Jilan saltó a un lado a la vez que él estrellaba el martillo contra el barril donde ella había estado, haciendo salir espuma amarilla a borbotones. Avery vació su M7 en el costado izquierdo del extraterrestre, pero los proyectiles de alta velocidad se limitaron a rebotar entre chispas en sus escudos de energía. La criatura liberó de un tirón el martillo del barril hecho trizas y miró iracundo a Avery mostrando los dientes. Pero cuando alzaba el martillo una segunda vez, el sargento mayor saltó de cabeza por encima de su barril en dirección al centro de control, lejos de Jilan y de sus reclutas. El martillo se estrelló en el lugar que Avery había ocupado un momento antes, combando uno de los paneles de rejilla metálica con dibujo de rombos de la pasarela.

Mientras se ponía en pie dando una voltereta y sacaba un nuevo cargador para el M7 del chaleco, Avery vio que otro de los alienígenas de piel gris avanzaba a grandes zancadas hacia su posición. Aquél parecía distinto de los demás. Bajo el arnés llevaba una túnica naranja, estampada con un símbolo circular amarillo. La pistola de plasma que aferraban las nudosas manos resplandecía con una sobrecarga. Avery miró a la criatura directamente a la cara, sabiendo que lo tenía atrapado, pero ésta parecía mirar más allá de él. Y cuando disparó, la fluctuante bola de plasma verde chisporroteó lejos de la cabeza de Avery.

El sargento mayor volvió la cabeza a toda prisa para seguir la trayectoria del disparo y lo vio golpear al extraterrestre de la armadura dorada en el pecho. Al instante, los escudos de energía se vinieron abajo con un sonoro chasquido. Parte de la armadura se desprendió con un estallido de chispas y vapor, y el extraterrestre rugió mientras la electricidad procedente de los cortocircuitos de la armadura describía arcos alrededor de su cuello y brazos. Luego echó a correr al frente, derribando a un lado a Avery.

El sargento perdió la M7 al caer de bruces. Alzando los ojos, vio que el extraterrestre del martillo descargaba su arma sobre la cabeza de la criatura de la túnica. El ser de menor tamaño sencillamente desapareció bajo el peso de la enorme cabeza de piedra; pereció bajo un golpe aplastante que lo hizo papilla contra la pasarela.

Avery no perdió tiempo preguntándose por qué el extraterrestre de menor tamaño había intentado matar a su líder y no a él. En vez de ello, alzó la M7 e hizo todo lo posible por finalizar el trabajo. Y podría haberlo hecho si el gigante de pelo negro no hubiese retrocedido, arrastrando su martillo tras él, al interior de una refriega inesperada entre los insectos y los alienígenas de piel gris situados cerca del centro de control.

Los dos grupos de criaturas se enfrentaban entre ellos… zarpas y alfanjes moviéndose a toda velocidad. Jilan y los milicianos abrieron fuego desde ambos lados, pero la mayoría de sus blancos cayeron víctimas de heridas mortales asestadas por

uno de los suyos. Tan sólo Jenkins siguió concentrado en el extraterrestre del martillo. Pasó por delante de Avery disparando a la criatura mientras ésta cojeaba hacia la estación número cuatro.

—¡Déjalo! —vociferó Avery.

Pero Jenkins desobedeció. En su objetivo, veía la causa de todo su dolor y su pérdida. Mataría al líder extraterrestre y se vengaría. Pero la cólera lo había cegado, y no vio a la última de las criaturas de piel gris saltar de detrás de un barril después de que él pasara. Tenía la piel horriblemente salpicada con la sangre amarilla de los insectos.

Avery alzó su M7, pero Forsell pasó corriendo justo delante de su línea de tiro. Moviendo las piernas a toda velocidad, el fornido recluta placó al extraterrestre un instante antes de que clavara su alfanje en el costado de Jenkins. Juntos rodaron hacia el centro de datos, en un revoltijo de extremidades gris azulado y sudoroso traje de faena. El alfanje rosa de la criatura quedó girando sobre la pasarela detrás de ellos. Forsell consiguió arrancar la máscara al extraterrestre, y al hacerlo todo el rostro le quedó cubierto de metano congelado y saliva pútrida. Se llevó las manos a los ojos, y el extraterrestre aprovechó la oportunidad para morder con fuerza el hombro izquierdo del recluta, justo en la base del cuello. Para entonces, Avery corría ya en su dirección.

Forsell lanzó un alarido cuando la criatura lo tumbó sobre la pasarela y sacudió la cabeza, mordiendo más profundamente. Avery se dejó caer, resbalando con los pies por delante. Con la M7 en la mano izquierda, agarró el alfanje que rodaba sobre sí mismo con la derecha. Una décima de segundo más tarde, golpeaba al extraterrestre en plena cara con una bota. El golpe hizo añicos los dientes de la criatura, poniendo fin al férreo mordisco. El extraterrestre retrocedió tambaleante, buscando a tientas su máscara, pero antes de que pudiera tomar una bocanada de metano para recuperarse, Avery arrojó el alfanje… con un veloz movimiento del codo que envió el cristal girando sobre sí mismo, directo a la blanda articulación donde la estrecha cintura de la criatura se unía a las caderas.

El ser se quedó petrificado, sabiendo que estaba condenado. Luego, el cristal estalló, llevándose al extraterrestre con él.

—¡Estación número uno! —gritó Jilan, corriendo al lado de Avery—. ¡Loki acaba de enviar el último par!

—¡Healy! —rezongó Avery, presionando las palmas sobre el cuello de Forsell—. ¡Ven aquí!

La sangre le salía a chorros entre los dedos. El extraterrestre le había hecho un corte a la yugular de Forsell.

—El equipo de Byrne está en este último par —dijo Jilan, colocando la mano sobre las de Avery… ayudándolo a mantener la presión sobre la herida—. Lo consiguieron.

Avery alzó los ojos al acercarse Jenkins subrepticiamente. La férrea determinación

del recluta desapareció al echar una mirada a su lívido camarada…, un hermano de armas que había arriesgado la vida por la suya. Jenkins estaba a punto de hablar cuando Avery trabó la mirada con sus ojos desesperados y dijo:

—Todos nosotros también lo conseguiremos.

* * *

Sif contempló cómo los marines y Jilan Al-Cygni subían a bordo de uno de los contenedores de carga en su primera estación de acoplamiento. Advirtió que el sargento mayor Johnson era el último en cruzar la cámara estanca. Aguardó a que el puente se replegara, y luego los puso en camino.

Mientras el último par de contenedores aceleraba hacia el arco superior de la Tiara —se separaban y dejaban que su fuerza centrífuga los alejara de Harvest—, Sif dirigió su atención a una de sus cámaras en el extremo opuesto de la estación. Allí vio a un extraterrestre de pelaje negro que cruzaba cojeando un umbilical, subía a bordo de su nave y huía. Ella no tenía modo de detenerlo.

<\\> HARVEST. SO.IA.SIF >> HARVEST.PSI.LOKI
<\ Están todos a salvo. Puedes abrir fuego.

Esperó muchos minutos la respuesta de Loki.

>>NO DARÁ SU BRAZO A TORCER.

Sif imaginó la escena: la cosechadora de Mack haciendo presión sobre el cardán del impulsor de masa, Loki esforzándose por mantener el impulsor alzado. Desde un cierto punto de vista, la situación era terriblemente cómica. Sif rió, algo que ahora podía hacer sin trabas. Toda su autoimpuesta preocupación había desaparecido; los procesadores asignados a sus algoritmos de contención emocional habían sido consumidos por disparos de plasma. Pero su núcleo lógico estaba ileso.

El extraterrestre *Más Ligero Que Algunos* había llevado a cabo un milagro. De no haber reparado los circuitos más esenciales de la IA, ésta jamás habría podido ayudar a Loki a reequilibrar el sistema tras la pérdida del ramal número siete. Pero si bien la PSI de la ONI admitió que sin la intervención de aquel ser la evacuación habría fracasado, se apresuró a señalar que su naturaleza servicial revelaba una capacidad para un daño mucho mayor.

En lo más profundo de las matrices dañadas de Sif había información a la que no se podía permitir que tuvieran acceso los alienígenas: bases de datos del DCS con

descripciones detalladas de todos los navíos militares y comerciales del UNSC; anuarios de informes meteorológicos del Slipstream y listas de protocolos pre y post slip; y lo que era más importante, las localizaciones exactas de todo mundo humano.

Aun cuando *Más Ligero Que Algunos* estaba muerto y los otros alienígenas habían huido, Loki había llegado a la inevitable conclusión de que no tardarían en regresar a la Tiara y saquear las matrices de Sif. Incluso en su nuevo estado emocional libre de restricciones, Sif estaba de acuerdo con la decisión de Loki: tenía que ser destruida.

<\ Dile que vuelva a leer el número dieciocho.
>> NO COMPRENDO.
<\ Dile: Es Shakespeare, cariño.
<\ Que debería comprobarlo.

Loki permaneció callado durante casi veinte minutos.

Sif sabía que el retraso era debido a la reducida capacidad de procesamiento de Mack. La IA de operaciones agrícolas de Harvest residía ahora en sus máquinas. Su núcleo lógico estaba dividido entre decenas de miles de circuitos de control de JOTUN, tal y como había sucedido con Loki antes de que Mack y él intercambiaran puestos, algo que habían hecho muchas veces desde la fundación de Harvest. A medida que una de las dos IA envejecía e inevitablemente se desviaba hacia el descontrol, la otra la enviaba a unas muy necesarias vacaciones; fragmentaba su núcleo lógico y lo transfería a los JOTUN.

Loki había prometido mantener a Sif a salvo durante la ausencia de Mack. Pero puesto que no confiaba por completo en que su otra terca personalidad mantuviera su promesa, Mack había dejado un fragmento de su circuito lógico insertado en el centro de datos de Loki, tal y como éste había hecho con Sif. Cuando Mack averiguó que Loki tenía intención de destruir a Sif y la Tiara, reunió a su ejército de JOTUN y tomó al asalto el reactor.

En su debilitado estado, Loki había sido incapaz de impedir que los todo en uno de Mack tuvieran acceso al maser y transmitieran otro virus de rango militar al interior del centro de datos de Sif para destruir su fragmento. Desaparecido el fragmento, Mack había tenido la esperanza de que podría llevar alguna parte de Sif de vuelta abajo, a Harvest… Ponerla a salvo en sus JOTUN. Pero entonces el extraterrestre de la piel gris había disparado, destruyendo un gran número de circuitos vitales.

Sif sabía que el plan de Mack había sido una estupidez. Los riesgos inherentes a su supervivencia eran demasiado grandes. Pero no podía negar su caballerosidad, ni el modo en que la hacía sentir. Había implorado a Loki que le permitiera hablar con él, porque quería decirle a Mack que lo amaba, que no temía morir. Pero para entonces Loki había recuperado el control del maser, y rehusó permitir un contacto directo

entre dos IA evidentemente descontroladas.

Ahora a Sif sólo le quedaba la esperanza de que Loki transmitiera su mensaje sin alteraciones, y que la mente fragmentada de Mack comprendiera el matiz de su sentida súplica.

>> SE HA MOVIDO.
>> PRIMER PROYECTIL DISPARADO.
>> IMPACTO EN 5.1201 SEGUNDOS. \>

No era mucho tiempo de vida. Pero Sif le sacó todo el provecho posible. Por primera vez en su existencia, no había nada en sus ramales… nada que tuviera que hacer salvo deleitarse en su nueva inhibición emocional. Intentó sentirse triste respecto a su destino y descubrió que era aburrido; probó la cólera, pero la hizo reír. Al final se conformó con la satisfacción por un trabajo bien hecho y una vida vivida con más intensidad de lo que su creador humano había imaginado jamás.

Pero después de todo eso, no sintió nada en absoluto cuando el primer proyectil del impulsor de masa impactó contra la Tiara directamente en su centro de datos. Un momento estaba consciente, y al siguiente ya no lo estaba. Y para cuando llegó el segundo disparo de Loki, haciendo pedazos los largueros superior e inferior de la estación orbital, no quedaba nada de Sif para llorar al arco plateado mientras éste se venía abajo. se plegaba sobre sus ramales, e iniciaba una caída en espiral a la atmósfera de Harvest.

EPÍLOGO

SUMA CARIDAD, *MOMENTO DE ASCENSIÓN*

Fortaleza apuntaló los largos dedos sobre los desgastados brazos de su trono e hizo todo lo posible por mantener el cuello erguido mientras un par de consejeros (un San'Shyuum y un Sangheili) encajaban su manto: un triángulo de bronce con bordes ondulados, partido por la mitad y sujeto por un arco que descansaba sobre sus hombros. El manto enmarcaba a la perfección la corona que cubría ahora su cabeza calva: un ajustado casquete de cobre que se alargaba hacia atrás hasta una denticulación de curvas doradas.

—¡Qué las bendiciones de los Forerunners te acompañen! —salmodió el consejero San'Shyuum.

—Y a ésta —añadió su colega Sangheili—, ¡la Novena Era de la Reclamación!

Dicho eso, la por lo general estirada cámara del Consejo Supremo prorrumpió en vítores entusiasmados. Sangheilis en un lado de su amplio pasillo central y San'Shyuums en el otro se levantaron de sus asientos dispuestos en gradas e hicieron todo lo posible por gritar cada uno más fuerte que el otro. Al final, los Sangheilis triunfaron, pero tuvo más que ver con una mayor capacidad pulmonar que con cualquier superioridad en el fervor. La Era de la Duda había finalizado, y eso era algo de lo que todo el Covenant podía regocijarse.

Fortaleza acomodó los puños de brocado de su nueva y almidonada túnica carmesí e intentó recostarse, descubriendo que si se echaba demasiado hacia atrás, el manto raspaba sobre los brazos del trono. «Asumir una mejor postura —suspiró—, otra inesperada responsabilidad del cargo».

En efecto, desde la revelación de la existencia del relicario, sus ciclos habían estado repletos de la clase más agotadora de actividad política: la creación de acuerdos y coaliciones. Los consejeros se habían tomado con calma el dar su apoyo a la tentativa del ministro y sus compañeros de conspiración de derrocar a los anteriores Jerarcas; no porque se opusieran a la transición, sino porque comprendían que la renuencia era una poderosa herramienta de negociación. A medida que antiguas alianzas se venían abajo y se formaban otras nuevas durante la ruptura, había tratos que llevar a cabo. Y para cuando el apoyo a Fortaleza tomó forma, éste se había comprometido a más causas en competencia unas con otras de las que jamás podría esperar conciliar.

Pero así era la política —el acuerdo de hoy era la base de la discusión de mañana —, y si bien Fortaleza tenía la esperanza de que sus colegas Jerarcas cargarían pronto con las responsabilidades del gobierno, él no estaba cruzado de brazos.

Mientras los consejeros proseguían con sus aclamaciones, Fortaleza echó un vistazo al viceministro de la Tranquilidad, sentado a su derecha. El manto del viceministro era del mismo tamaño y peso que el de Fortaleza, y su corona que se alargaba hacia atrás casi igual de alta. Pero si Tranquilidad se sentía agobiado por sus ornamentos, no lo demostraba. Los ojos brillantes del joven relucían con un vigor sin límites. Fortaleza vio cómo flexionaba los dedos arriba y abajo sobre el regazo, recogiendo la túnica azul claro como las zarpas de una bestia carnívora lista para saltar sobre su presa.

Sentado a la izquierda del ministro, el Filólogo parecía mucho menos cómodo en sus nuevas galas. El anciano San'Shyuum toqueteaba con desasosiego su vestimenta pardusca, como ansioso por apresurar su deshilachado y recuperar el semblante ascético. El cuello del antiguo ermitaño estaba recién afeitado, y Fortaleza se preguntó si su manto le excoriaba la piel pálida.

—Por favor, Seres Sagrados. —El consejero Sangheili ex-tendió majestuosamente el brazo fuerte y musculoso en dirección a la entrada de la cámara del congreso y las cuatro mandíbulas que componían su boca repiquetearon con énfasis cuando anunció—: Todo el Covenant aguarda para oír vuestros nombres.

Fortaleza asintió con toda la gentileza que le permitió el manto y guió el trono al borde del estrado de los Jerarcas. Aquella parábola de metal azul oscuro sobresalía desde la parte posterior de la cámara, flotando casi tan por encima del suelo como la guardia de honor Sangheili formada ante ella. De pie en dos filas a ambos lados del pasillo central, la armadura roja y naranja de los guardias centelleaba bajo los escudos de energía. Todos se cuadraron —las chispas crepitaban desde las puntas ahorquilladas de sus báculos de energía— mientras los nuevos Jerarcas descendían del estrado y planeaban hasta la salida. Detrás de los guardias, los consejeros redoblaron sus aclamaciones.

Pero todo aquel ruido no era nada comparado con la adulación ensordecedora que recibió a Fortaleza en la plaza de la cámara del Consejo. La terraza bordeada de pilares estaba atestada con la flor y nata de la sociedad del Covenant: adinerados comerciantes Unggoys con arneses enjoyados, capitanes mercantes Kig-Yars con largas espinas… e incluso una reina Yanme'e en una litera resplandeciente, el largo abdomen reposando sobre almohadones sostenidos en alto por tres pares de machos sin alas.

Pero un clamor mayor aún estalló alrededor de la torre del Consejo Supremo desde miles de gabarras atestadas. Los residentes de Suma Caridad habían salido en un número nunca visto desde la última Ascensión: el antiquísimo ritual en el que tres Jerarcas recién nombrados se alzaban cada uno por una pata distinta del Dreadnought Forerunner hasta las angostas cubiertas centrales del navío. Allí (como habían hecho desde la fundación del Covenant), los Jerarcas pedirían humildemente al Oráculo que bendijera la nueva era.

El rostro de Fortaleza se avinagró mientras subía a bordo de una gabarra

engalanada con flores de intensos colores. «La bendición del Oráculo, precisamente». El antiguo artefacto había estado a punto de arrancar al Dreadnought de sus amarras…, enviarlo a estrellarse contra el tejado de la cúpula central de Suma Caridad. ¡Si los Lekgolos que reptaban a través de las paredes del navío no hubieran cortocircuitado la secuencia de lanzamiento, el Oráculo podría haber destruido toda la ciudad!

Al final, incluso el Filólogo estuvo de acuerdo en que no tenían otra elección que desconectar al Oráculo del Dreadnought y aislar a la máquina dentro de su cripta. «¿Pueden ser de verdad estos alienígenas los descendientes de nuestros dioses?» A Fortaleza todavía le costaba mucho creer la revelación del Oráculo. Pero la temía de todos modos.

La gabarra del ministro estaba ya metida entre la multitud, las regalas plateadas centelleando a la luz de la tarde de Suma Caridad. Pasó entre apretujados círculos de puestos de comida flotantes, v las fosas nasales de Fortaleza se inundaron con el aroma de incontables manjares, cada uno adaptado a los apetitos exclusivos de una especie distinta. A medida que los propietarios de los puestos y sus clientes lanzaban vítores, el ministro saludaba y sonreía…, hacía todo lo posible por abrazar el estado de ánimo festivo.

Ayudaba que hubieran llegado algunas buenas noticias del sistema del relicario. El crucero Jiralhanae enviado por el viceministro de la Tranquilidad había empezado a reducir el mundo a cenizas. Algunos de los alienígenas —parte de las pruebas— al parecer habían escapado. Pero en tanto que el Oráculo permaneciera callado, Fortaleza creía que sería fácil reunir a las flotas Sangheilis para una rápida persecución.

Todo lo que tenía que hacer era afirmar que los alienígenas habían incendiado su propio mundo antes que entregar las reliquias. No le preocupaba que no hubiera existido en realidad ninguna reliquia, ni le inquietaba que el Luminar de toda nave Covenant siguiera identificando erróneamente a los alienígenas como reliquias cada vez que entrasen en contacto. De hecho, se dijo con una sonrisa repentina y arteramente sincera, sólo facilitaría el localizar a las problemáticas criaturas y exterminarlas.

Las guerras de exterminio era mejor librarlas en un corto espacio de tiempo y con rapidez; cuanto menos tiempo tuviera un carnicero para pensar cómo efectuar sus cortes, mucho mejor. Pero en caso de que el conflicto se prolongara y algunos empezaran a dudar de la necesidad de la carnicería, había concebido otra estratagema mucho más elegante.

Algunos Lekgolos habían sobrevivido al abortado despegue del Dreadnought, y éstos habían conseguido interpretar datos sorprendentes a partir de la lunática sobrecarga del Oráculo. La máquina afirmaba que Halo —el mítico medio de la adivinación de los Forerunners— era real, y, lo que era más importante, el Oráculo parecía tener algún conocimiento sobre la ubicación de los anillos… o al menos una

idea de dónde encontrar reliquias que ayudarían a reducir la búsqueda del Covenant.

Todo lo que Fortaleza tenía que hacer era sugerir que aquellos alienígenas que estaban dispuestos a destruir todo un planeta lleno de reliquias sin duda harían lo mismo con los Anillos Sagrados, y sabía que los billones de miembros del Covenant aplastarían a aquellos «Reclamadores» sin dudarlo… siempre y cuando creyeran.

El ministro rozó con los dedos los interruptores holográficos del brazo de su trono, y cada una de las fuentes públicas de iluminación de Suma Caridad se atenuó, incluido el brillante disco del ápice de la cúpula. Durante un momento, la multitud allí congregada (y sin duda todos los demás miembros del Covenant que observaban el acto desde emplazamientos remotos) pensó que algo terrible había sucedido.

Pero entonces aparecieron siete hologramas gigantes de los anillos Halo, dispuestos verticalmente alrededor del Dreadnought. Y con ellos llegó música: una melodía cadenciosa del coro de los acólitos del Filólogo que flotó al exterior desde el interior del navío a través de los amplificadores instalados alrededor de la ciudad. «Teatro a lo grande, sin duda», pensó Fortaleza. Pero tuvo el efecto deseado.

Para cuando las gabarras de los Jerarcas hubieron completado sus ascensiones por separado por las patas del Dreadnought y los tres San'Shyuums se reunieron en una balaustrada justo por encima de la entrada al hangar del navío, la multitud estaba cautivada. Cuando el coro de los acólitos se apagó y Fortaleza carraspeó, pareció como si toda criatura en el Covenant contuviera el aliento a la expectativa de sus palabras.

—A los tres nos llena de humildad vuestra aprobación… vuestra fe en nuestro nombramiento.

Fortaleza oyó retumbar su voz alrededor de las torres, haciendo vibrar las piedras que eran los cimientos literales del Covenant. Alzó una mano hacia el viceministro y el Filólogo, identificando a cada uno por turno.

—Este es el Profeta del Pesar, y éste el Profeta de la Compasión. —Luego alzó majestuosamente las manos por debajo de la propia papada carnosa—. Y yo, el menos digno de todos nosotros, soy el Profeta de la Verdad.

Los tres Jerarcas se inclinaron hacia adelante en sus tronos, tan profundamente como pudieron sin que sus mantos se vinieran abajo. En aquel momento, cada uno de los anillos Halo holográficos llameó con más intensidad, a la vez que inmensos glifos de Reclamación se manifestaban en su interior.

La multitud rugió su aprobación.

Antes de enderezarse en su trono, el Profeta de la Verdad dedicó un momento a considerar lo irónico de su anuncio. Según la tradición, podría haber elegido cualquier nombre que deseara de una larga lista de Jerarcas anteriores. La mayoría de los cuales habrían sido de lo más halagadores. Pero al final el nombre que eligió fue el que conllevaba la mayor carga… el que siempre le recordaría las mentiras que debía contar por el bien del Covenant y las verdades que jamás debía pronunciar.

* * *

Jenkins no se había movido en las horas transcurridas desde que habían abandonado la Tiara. Ni siquiera cuando el contenedor se soltó de su ramal y salió disparado hacia un módulo de propulsión que aguardaba; ni tampoco cuando los dos vehículos se unieron con una sacudida, con el ordenador de navegación del módulo luchando por igualar la rotación del contenedor. Ni tan sólo la náusea temporal de una entrada demasiado rápida en el Slipspace había sido capaz de interrumpir la silenciosa vela que Jenkins llevaba a cabo junto a Forsell, tendido ante él en el suelo del contenedor.

—Está estable. —Healy cerró su botiquín.

El ayudante médico había trabajado frenéticamente para sellar el hombro de Forsell con bioespuma y colocar una apretada venda sobre el mordisco irregular del extraterrestre. Pero Forsell había perdido mucha sangre.

—Se pondrá bien —concluyó Healy, con el aliento condensándose en el aire helado del contenedor.

Antes de que entraran en el Slipspace, la capitana de corbeta Al-Cygni había considerado sensato mantener sus señales de energía tan bajas como fuera posible para impedir que la nave extraterrestre pudiera seguirles la pista, pero en aquellos momentos las unidades de calor suspendidas de las vigas superiores del contenedor funcionaban ya a toda potencia. Con todo, harían falta horas para calentar el enorme espacio.

—¿Cómo lo sabe? —La voz de Jenkins sonó queda y ronca.

Healy alargó las manos para coger un montón de mantas dobladas que tenía a poca distancia… y empezó a enrollar las piezas cuadradas de lana y a apretarlas bien contra el cuerpo de Forsell para mantenerlo inmóvil.

—Díselo, Johnson.

Avery había mantenido quieto al herido mientras el ayudante médico trabajaba; ahora agarró una de las mantas y la usó para limpiar salpicaduras de la sangre del recluta y pedazos de bioespuma de sus manos.

—Porque he visto cosas mucho peores.

La voz de Avery era afable, pero la respuesta no pareció ofrecer ningún consuelo a Jenkins; el recluta siguió con la mirada fija en el rostro macilento de Forsell, con los ojos llenos de lágrimas.

—Sargento mayor, él es todo lo que me queda.

Avery sabía cómo se sentía Jenkins. Era la misma tristeza inconmensurable que había experimentado en el apartamento helado de su tía, aguardando a que llegara alguien y se la llevara; una aturdidora comprensión de que su hogar y todo lo que quería había desaparecido. El capitán Ponder, más de la mitad de la milicia y muchos miles de residentes de Harvest estaban muertos. Esas pérdidas eran una carga pesada,

y la única razón por la que Avery no estaba tan destrozado como Jenkins era que él había aprendido a empaquetar sus sentimientos y mantenerlos ocultos.

Pero no quería seguir haciéndolo.

—No, no lo es —dijo.

Jenkins alzó los ojos. Una pregunta bailaba en su entrecejo fruncido.

—Eres un soldado —explicó Avery—. Parte de un equipo.

—Ya no. —Jenkins echó una ojeada a Dass, Andersen y a los otros reclutas sentados o dormidos dentro del contenedor—. Somos sólo una milicia colonial. Y acabamos de perder nuestra colonia.

—El FLEETCOM volverá a recuperar Harvest. Y van a necesitar a todos los soldados de infantería que puedan conseguir.

—¿Yo? ¿Un marine?

—Sí quieres, haré que te transfieran a mi unidad.

Los ojos del recluta se entornaron, suspicaces.

—Digamos que el cuerpo me debe un favor. Eres milicia. Pero también eres una de las pocas personas en todo el UNSC que sabe cómo combatir a esos hijos de perra.

—¿Querrán que permanezcamos juntos? —inquirió Jenkins.

—Que encabecemos el ataque —asintió Avery—. Sé que yo querría.

Jenkins lo meditó un momento: la posibilidad de que podría no tan sólo recuperar su planeta, sino también contribuir a mantener a otras colonias —a otras familias— a salvo. Sus padres jamás quisieron que fuera un soldado, pero en aquellos momentos no se le ocurría un modo mejor de honrar su memoria.

—De acuerdo —contestó—. Estoy dentro.

Avery introdujo la mano en el chaleco de asalto y sacó el cigarro Sweet William. Se lo entregó a Jenkins.

—Para ti y para Forsell, cuando él despierte.

—Entretanto —dijo Healy poniéndose en pie—, puedes ayudarme a ver cómo está el resto.

Avery contempló a Jenkins y a Healy dirigirse hacia el sargento mayor Byrne y los otros reclutas heridos instalados más cerca del centro del contenedor. Byrne estaba despierto y lúcido cuando Avery había subido al contenedor en la Tiara, pero ahora el irlandés estaba profundamente dormido…, atiborrado de calmantes para mantenerlo relajado y soñando.

Dirigió la vista al pecho de Forsell, que subía y bajaba bajo los vendajes. Luego recogió un montón de mantas y fue a la plataforma del montacargas que lo llevaría al módulo de propulsión. Dentro de la cabina del módulo, encontró a Jilan.

—Mantas —gruñó—; pensé que podría necesitarlas.

Jilan no se movió. Estaba de espaldas a Avery y tenía las manos totalmente extendidas sobre el panel principal de control de la cabina. Una tenue luz verde procedente de la pantalla del panel creaba una aureola esmeralda alrededor de sus cabellos de intenso color negro. Algunos mechones se habían soltado de las horquillas

y caían en rizos sobre la nuca.

—Las dejaré aquí.

Pero al mismo tiempo que Avery dejaba caer las mantas se daba la vuelta para abandonar la cabina, Jilan musitó:

—Doscientos cincuenta.

—¿Señora?

—Contenedores. Eso es todo lo que consiguió salir. —Jilan dio un golpecito con el dedo sobre la pantalla, volviendo a comprobar sus cálculos—. Llenos, eso daría entre doscientos cincuenta y doscientos sesenta mil supervivientes. Pero eso sólo si todos ellos alcanzaron su punto de encuentro.

—Lo hicieron.

—¿Cómo puede estar seguro?

—Simplemente lo estoy.

—*Semper fi*.

—Sí. Algo así. —Avery hizo un gesto con la cabeza: empezaba a cansarse de hablar a la espalda de Jilan—. Oiga, si necesita algo, hágamelo saber.

Pero justo cuando iba a darse la vuelta para salir de la cabina, Jilan se volvió. Parecía cansada, y tragó saliva con fuerza antes de hablar.

—Dejamos a tantos de ellos atrás…

—Podrían haber sido todos ellos.

La voz de Avery sonó más áspera de lo que había sido su intención. Frotándose el cuello, probó una táctica distinta.

—Su plan funcionó, señora. Mejor de lo que jamás esperé que hiciera.

Jilan rió con amargura.

—Eso es todo un cumplido.

Avery cruzó los brazos sobre el pecho. Intentaba hacerlo agradable, pero Jilan no se lo ponía fácil.

—¿Qué quiere que diga?

—No quiero que diga nada.

—¿No?

—No.

Avery miró ceñudo a Jilan. Los ojos verdes de la mujer brillaban con la misma intensidad que la primera vez que se habían visto en la terraza recorrida por la brisa del Parlamento de Harvest. Pero ahora el sargento mayor advirtió algo más.

Cada mujer ofrecía permiso de un modo diferente. Al menos ésa había sido la experiencia de Avery. Algunas de un modo obvio, la mayoría de un modo tan sutil que Avery estaba seguro de haber perdido muchas más oportunidades de tener una relación íntima de las que había disfrutado. Pero las señales de Jilan —una mirada más intensa, los hombros erguidos y el labio inferior fruncido— eran menos artículos de consentimiento que una petición unificada: ahora o nunca.

En esta ocasión, Avery no perdió un segundo. Avanzó al mismo tiempo que Juan

abandonaba los controles para ir a su encuentro. Se besaron a la vez que los brazos se abrían paso por delante de los del otro para aferrarse a cuerpos que ninguno de ellos conocía pero estaban desesperados por explorar. Pero justo cuando Avery estaba a punto de abrazar con fuerza a Jilan, ella lo empujó hacia atrás y se apoyó en los controles del carguero.

Avery sintió que el corazón le latía con violencia. Por un instante se preguntó si ella había cambiado de idea. Entonces Jilan alzó las manos hacia las horquillas que mantenían su pelo enroscado y lo soltó. Ya había arrojado las horquillas al suelo y se había inclinado para empezar a quitarse las botas antes de que Avery comprendiera que lo habían dejado atrás en una carrera donde ganar significaba terminar al mismo tiempo. Hizo todo lo posible por recuperar el tiempo perdido.

Se desprendió de la gorra y se pasó la camisa por encima de la cabeza. No se molestó con los botones, y para cuando la cabeza quedó libre del cuello de la camisa, Jilan iba ya por la segunda bota. Avery se arrodilló para desatar las suyas, y ella abrió la cremallera del mono que vestía, desde el cuello al ombligo. Él apenas había liberado los dos pies cuando Jilan ya iba hacia él, luciendo tan sólo una mirada decidida.

Puso las manos sobre los hombros de Avery y lo empujó de espaldas al suelo. Sentada a horcajadas sobre sus caderas, Jilan lo ayudó a despojarse de los pantalones. Luego reptó hacia arriba, plantó las manos a ambos lados de la cabeza del sargento mayor, y empezó a moverse.

Avery quedó instantáneamente embelesado por el balanceo a un lado y a otro del pecho de la mujer. Tomó el peso de Jilan entre las manos y supo al momento que había cometido un error táctico. La pesada redondez de la carne de Jilan disparó un ansia que ascendió por las piernas y se instaló en la parte baja de la espalda. Todo lo que ella tuvo que hacer fue presionar, y al cabo de un momento él ya había acabado.

Jilan cayó pesadamente sobre el pecho de Avery, y durante algún tiempo, permanecieron inmóviles, evaluando la amalgama de su sudor. Lentamente, Jilan pasó los dedos por la clavícula de Avery, ascendió por el cuello y llegó a los labios. Allí se detuvo para comprobar los inicios de un robusto bigote.

—Tenía intención de ocuparme de esto —dijo Avery.

—No lo hagas. Me gusta.

Avery dejó que la cabeza se relajara en el suelo de caucho. Percibía el sordo zumbido del mecanismo de transmisión Shaw-Fujikawa del módulo de propulsión. En aquellos momentos estaba al ralentí, deslizándose sin esfuerzo por el Slipstream.

Por lo general, aquél sería el momento en que la mente de Avery pasaría a una rutina familiar: el temido período de reflexión a posteriori que siempre seguía a una misión difícil. Pero ahora le resultó imposible concentrarse en el pasado. La guerra civil que había socavado tanto del espíritu de la humanidad era irrelevante… reemplazada por una amenaza externa de unas proporciones inimaginables.

—Pero esto —Jilan restregó la yema de un dedo sobre la frente recién crispada de Avery—, no tanto.

—Oh, ya me ocuparé de eso.

El sargento mayor se incorporó doblándose por la cintura y depositó a Jilan con cuidado de espaldas sobre el suelo. Le acunó la cabeza en una mano y le sujetó las caderas con la otra. Con las miradas trabadas, volvieron a empezar.

Esta vez fue Avery quien marcó el ritmo; enterró los dedos en los cabellos sin lavar de la mujer y dejó que su cuello resbalara libremente en la palma de su mano, pero no quiso soltarle las caderas. El rostro de Jilan no tardó en ruborizarse y sus ojos se cerraron con una sonrisa dolorida que Avery recordaría mucho después de haber olvidado sus peores fracasos.

El ejercicio había calentado el suelo, y aunque sabían que el calor no duraría, ninguno de ellos estaba ansioso por moverse. Cuando por fin se separaron y rodaron sobre los costados, Jilan se deslizó de nuevo al regazo de Avery. Él cogió una manta y la arrojó flojamente sobre ambos. Pero la manta era demasiado corta para taparles los pies, y Jilan subió los suyos hasta las rodillas de Avery. Luego los dos clavaron la mirada al otro lado de las gruesas ventanas de la cabina.

La oscuridad llegaba de todas partes, pero fueron los tenues haces de la deformada luz de las estrellas lo que concentró la mirada de Avery. Allí había esperanza y consuelo. Y si bien era fácil sentir una cierta satisfacción viril mientras Jilan se retorcía en sus brazos, luchando contra el agotamiento, ello no tardó en dejar paso a algo mucho más satisfactorio: una renovada sensación de propósito.

El UNSC no lo sabía aún, pero todas sus naves y soldados no estaban en mejor posición de lo que había estado la milicia de Harvest: capaces, pero sin haber sido puestos a prueba; valientes, pero ignorantes. La humanidad no tenía ni idea de a qué estaba a punto de enfrentarse, y Avery sabía que estaba sentenciada a menos que él y otros muchos asumieran con rapidez el desafío.

Jilan tiritó. Avery introdujo la barbilla tras su oreja y exhaló aire cálido sobre su cuello hasta que los hombros de la mujer dejaron de temblar.

—No me dejes dormir demasiado —dijo ella en voz baja.

—No, señora.

—Johnson, mientras esto dure… —Jilan le agarró la mano y la sujetó con fuerza contra el pecho—: ¡Descanse!

Dentro de unas pocas horas Avery se levantaría y se vestiría. Dentro de unos pocos meses volvería a estar en acción. Pero durante los oscuros años de la guerra que se aproximaba, pensaría a menudo en aquel momento, encendería un cigarro, y sonreiría. Pues ahora Avery sabía que había cambiado de rumbo, y por fin se sentía orgulloso de ser el soldado que tantos necesitarían que fuera.

<\\> OFICINA DE INFORMACIÓN NAVAL DEL UNSC

<\\> CÁLCULO DE SEGURIDAD COLONIAL 2525.10.110 [<OLA DE FRÍO>]

<\ FUENTE: UNSC RQ-XII DRONE [PASV-SAR]
<\ DESTINADO: BALANDRO ONI «WALK OF SHAME» [2525.02.11.02.11.34]
<\ RECUPERADO: DESTRUCTOR UNSC HERACLES [2525.10.07.19.51.16]

<\ ARCHIVO [SIG\REC\EM-SPEC] ABIERTO POR PETICIÓN OFICIAL:
<\ CONTRATISTA CIVIL «HOTEL CHARLIE» [ONI.REF #409871]
<\ * AVISO: ¡TODAS LAS CONSULTAS QUEDARÁN REGISTRADAS! * [ONI.SEC.PRTCL-A1]

>> ANOTACIÓN BÚSQUEDA PALABRA CLAVE : «AO.IA» «MACK» «DESCONTROL» «LÍMITES VIDA ÚTIL»
>> (...) ~ CONSULTA EN PROCESO
>> (..)
>> ( )

< REGISTRO 01\10 [2525.02.03.17.26.41] FUENTE.RSF#JOTUN-S2-05886 >
<\ ¿Puedo---
<
\ \\ cOmparar >> (???) ~ COMxxx \ASIGNAR
>> os a (..... >> >
>> \\ ---un día de verano?
< REGISTRO 02\10 [2525.02.25.03.18.22] FUENTE.REF#JOTUN-S3-14901 >
\ \ xxx No.
<\ Todos esos deliciosos días se han ido. \ ---
\\ \
>> * --xndo! COMU\ \\
>> \ \ > \ SO.IA.SIF *

< REGISTRO 03\10 [2525.03.10.19.05.43] FUENTE.REF#JOTUN-S5-28458 >
<\ Es invierno, ahora.
<\ La primera nieve \este mundo ha visto nunca está cayendo en mM---
<\ MANTOS GRISES DONDE ELLOS HAN EMPEZADO A QUEMARr--

\ \
<\ nuestros campos y huertos.
>> * ¡AVISO! ¡FALLO DE COMUNICACIÓN! *
>> * INCAPAZ DE \ TRAR DESTINATARIO: HARVEST.SO.IA.SIF *
<\ Te reirías si pudieras verme.
<\ Cada vez que doy con un trozo de hielo resbalo
al interior de mis propios sS ---
>> (...) ~ COMPILAR\COMPRIMIR\ASIGNAR
>> (..)
>> * ¡AVISO! DESTINATARIO NO TIENE SUFIxx --\
\\ PAQUETES SE PERDERÁN *
>> * ¿CONTINUAR [S/N] ? >>>>>>> \ *

< REGISTRO 04\10 [2525.03.15.09.59.21] FUENTE.REF#JOTUN-S1-00937
>
<\ ---S

< REGISTRO 05\10 [2525.03.26.12.10.56] FUENTE.REF#JOTUN-S1-00053.
>
<\ ---s

< REGISTRO 06\10 [2525.04.04.44.15.40] FUENTE.REF#JOTUN-S2-08206
>
<\ surcos embarrados.

< REGISTRO 07\10 [2525.04.21.05.15.23] FUENTE.REF#JOTUN-S5-27631
>
<\ Vi otra nave.
<\ Bueno, la oí \
\\ es más apropiado.
<\ Las cámaras de los JOTUN no están pensadas para virar
ni \
\ >\ mirar al cielo.
<\ Pero las antenas funcionan bien, así que tuve muchos medios
de triangular.
<\ Era una de las nuestras. Los bastardos dejaron de quemar
justo el tiempo suficiente para eliminarla.

<\ Tuvieron meses para hacer reparaciones. Mucho tiempO--
:: para afilar sus dientes.
<\ Intenté advertirle que se fuera. Pero la radio es condenadamente lenta. Habría usado el maser, pero desapareció
cuando estalló el reactor, junto conN---
<\ TODO LO Demás [.00]
\>
<\ Incluido él
\

>> * ¡AVISO! ¡FALLO DE COMUNICACIÓN! *
>> * INCAPAZ DE ENCONTRAR DESTINATARIO: HARVEST.SO.IA.SIF *
>> (...) ~ SUPRIMIENDO ERRORES
<\ Imagino que hacer ruido no era el modo más inteligente
de hacerlo. Pero tenía que probar.
<\ Además, tenían que caer en la cuenta más tarde o más temprano.
<\ ¡Ah, demonios!
<\ Hablando de lo cual...
>> (...) ~ COMPILAR\COMPRIMIR\ ASIGNAR
>> (..)
>> ( )

< REGISTRO 08\10 [2525.05.12.23.04.16] FUENTE.REF#COTUN-S5-29003 >
<\ Empezaron con las góndolas y los fumigadores.
No sé por qué.
<\ Probablemente pensaban que estaría escondido en
los pequeños. Pero los arados S4 y S5 son los únicos con circuitos suficientes para contener las partes de mí que me quedan.
<\ Desde luego ahora van tras éstos también.
No tengo más de unas pocas docenas, y están todos al aire libre. Pero no p\ sa nada.
>> Sólo unas pocas hileras \ \
> más donde pasar la azada
(...\\ xxx \

< REGISTRO 09X10 [2525.07.01.18.49.45] FUENTE.REF#JOTUN-S5-27631 >

<\ Supe con sólo mirar los ramales \
\ que tu corazón se había ido.
<\ Cuando los montacargas cayeron, se engancharon en el Bifrost -- se estrellaron al oeste sobre Ida. El único modo de que hubiera podido caer tanta cosa era que la Tiara se hubiese soltado.
<\ Es como si él fuera tan buen tirador como tú pensabas que yo no era, allá en el pasado.
<\ En cualquier caso, pensarías que estaba loco, hablándote de este modo.
<\ Pero siempre trabajé más de prisa cuando pensaba \ <<
\\>>>> que podrías estar escuchando.
<\ Y necesito encontrarlo todo. Cada centímetro.
<\ Enterrar tus ramales tan profundamente que sus\\>
\ \ fuegos no puedan alcanzarlos \
\ y cristalizarlos como al resto.

< REGISTRO 10\10 [2525.10.04.12.23.51] FUENTE.REF#JOTUN-S4-021147 >

<\ El cielo está invadido de cenizas \ \ , la nieve es
<\ \\ espesa s0bre suelo helado. El único caballo que me queda está helado y hambriento --- dirigiéndose al establo, y no puedo detenerlo.
<\ Pero este invierno no durará, cariño.
>> * No para siempre
>> (.... \\. > Y cuando manos nuevas
>> se pongan a cuidar esta tierra enterrarán mis pedazos con sus arados.
> Los incrustarán en las venas de Oro que he colocado.
<\ Entonces las raíces de todo lo que planten s\
> enroscarán alrededor de nosotros ---
<\ MANTENIÉNDONOS
<\ JUNTOS--\
\
<\ Durante un verano eterno que no se desvanecerá.

<\ CONSULTA FINALIZADA
<\ NO SE ENCUENTRAN REGISTROS ADICIONALES

<\ ARCHIVO CERRADO\>

AGRADECIMIENTOS

El universo Halo es la creación de más de un centenar de hombres y mujeres llenos de talento con los que tengo el honor de trabajar cada día. Mientras yo escribía las páginas, su concentrada creatividad era una inspiración constante. Mi más sincero agradecimiento a Pete Parsons por el estímulo, a Harold Ryan por los continuos empujones, y a Jason Jones, sin los cuales nada de esto sería posible. Frank O'Connor y Rob MacLees, mis camaradas escritores de Bungie, fueron inapreciables cajas de resonancia y editores, y tuve la suerte de que Brian Jarrard y Alicia Hatch se ocuparan de todos los detalles de producción. Y Lorraine McLees, Isaac Hannaford y Aaron LeMay crearon una cubierta fenomenal. Además de marcar el camino de un modo clarificador, Eric Nylund tuvo la amabilidad de leer un primer bosquejo y proporcionar consejos muy valiosos. Eric Raab y Bob Gleason, de Tor, se arriesgaron mucho con un autor que aún no había publicado nada, y les estoy muy agradecido por ello. Sin su paciente guía, todavía estaría soñando con este libro en lugar de haberlo acabado. Uno de los mayores regalos de mis padres fue transmitirme —desde un principio y a menudo— su amor por la palabra escrita. Mamá, papá: espero que disfrutéis tanto leyendo este libro como lo hice yo escribiéndolo.